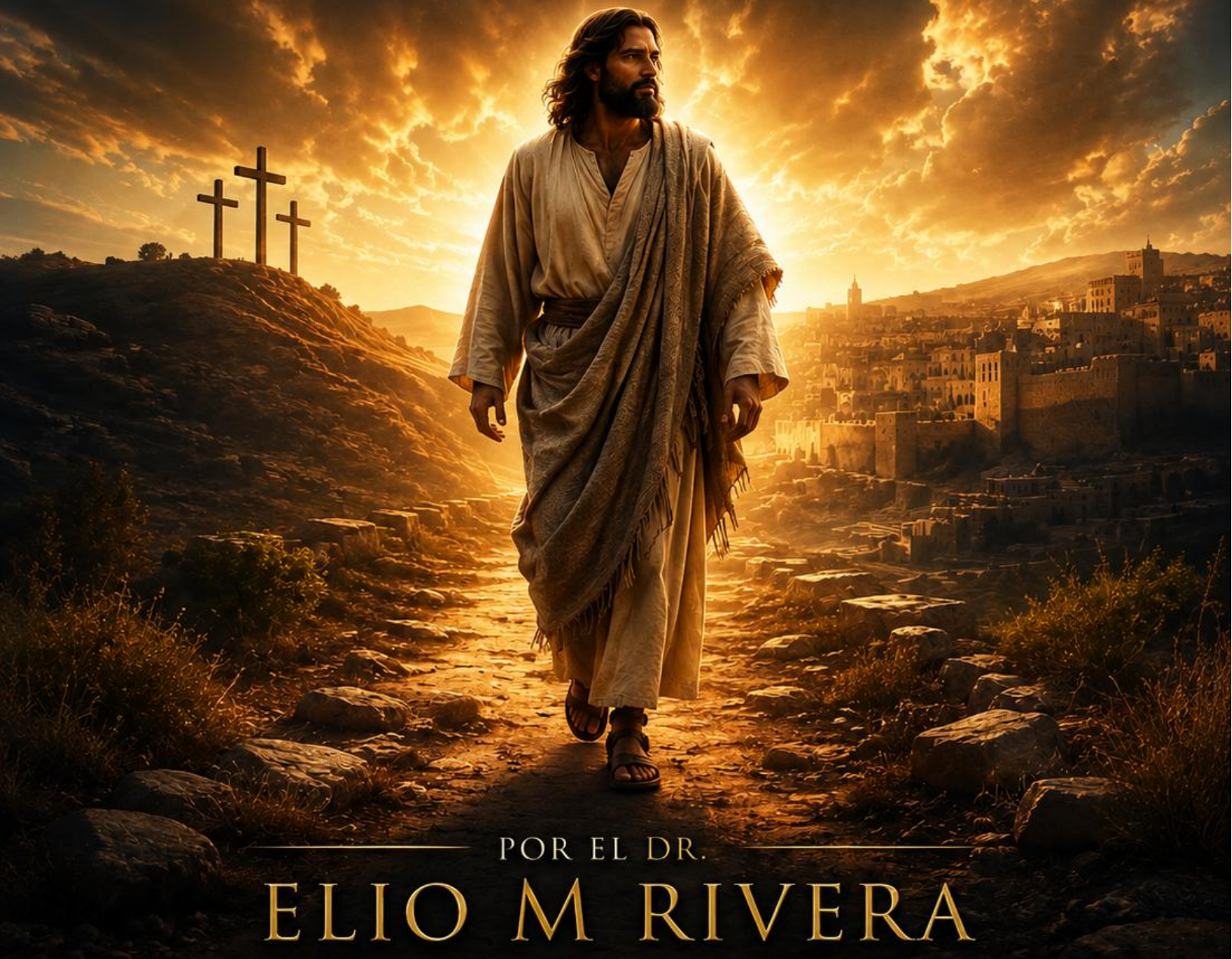


¿QUÉ JESUCRISTO DIJO QUE?

EL DÍA QUE UN HOMBRE APARECE EN LA HISTORIA
Y SE DECLARA DIOS



POR EL DR.

ELIO M RIVERA

¿Qué Jesucristo dijo que?

*El día que un hombre aparece en la historia y se
declara Dios*

Por el Dr. Elio M Rivera

Agradecimientos

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a **mi esposa**, quien con amor, paciencia y comprensión me ha permitido dedicar incontables horas al estudio, la oración y la escritura de este libro. Muchas de estas páginas fueron escritas gracias al tiempo que ella generosamente cedió, al apoyo que me brindó y a la manera en que ha caminado conmigo a través de tantos años de ministerio. Este trabajo también lleva, de alguna manera, parte de su sacrificio.

Mi gratitud se extiende igualmente a **mis consiervos de la iglesia**, hombres y mujeres que han compartido conmigo la responsabilidad del ministerio y que, en muchas ocasiones, han llevado cargas que también me correspondían para permitirme disponer del tiempo necesario para estudiar y escribir. Gracias por su fidelidad, por sus oraciones, por su trabajo y, sobre todo, por servir al Señor con un corazón dispuesto.

Escribir un libro puede parecer el trabajo de una sola persona, pero rara vez lo es. Detrás de cada página existen personas que oran, esperan, comprenden, ayudan y sostienen.

Gracias por haberme regalado algo que nunca podré devolverles: tiempo.

Mi oración es que cada vida que pueda ser bendecida a través de estas páginas sea también fruto de la parte que ustedes tuvieron en hacerlas posibles.

Con todo mi amor y gratitud.

Derechos reservado

TXU001856435

Derechos Reservados

Copyrighth by Electronic Copyright Office (ECO) System.

Impreso en Estados Unidos Mexicanos

2026 Primera Edición

dreliorivera@hotmail.com

Contenido:

¿Qué Jesucristo dijo que?	0
<i>El día que un hombre aparece en la historia y se declara Dios</i>	1
00. Introducción: Jesús de Nazaret: ¿Y si Dios entró en la historia?	13
01. Jesucristo, cuando un hombre comenzó a hablar como Dios.....	16
No era simplemente otro maestro religioso.....	17
Algunas personas pensaron que había perdido la razón.....	19
Intentaron apedrearlo	20
Comenzaron a buscar cómo matarlo	20
Finalmente lo acusaron de blasfemia	21
Pero entonces ocurrió algo todavía más extraño	22
Una pregunta que lleva dos mil años esperando respuesta.....	23
Referencias bíblicas.....	24
Referencias históricas y académicas.....	24
.....	26
02. “Antes que Abraham fuese, YO SOY”: Jesús utiliza el nombre divino	26
Unas palabras que un judío difícilmente podía escuchar con indiferencia	27
Jesús estaba afirmando algo todavía más grande: existía antes de Abraham	28
Y no fue la única vez que dijo “YO SOY”	29
Hay un “YO SOY” todavía más impresionante	31
El Antiguo Testamento hace que estas palabras resulten todavía más interesantes	32
Pero hay algo todavía mayor: el Nuevo Testamento lo coloca antes de todas las cosas.....	32
Intente escucharlo como si fuera la primera vez.....	33
Referencias bíblicas.....	35
Para profundizar	35
.....	36
03. “Yo y el Padre uno somos”: cuando entendieron que Jesús se hacía Dios.....	36
Para nosotros es fácil escucharlo; para ellos era escandaloso	38
“Yo les doy vida eterna”	39
“Nadie las arrebatará de mi mano”	40
¿Jesús estaba diciendo que Él era el Padre?.....	41
Sus adversarios entendieron perfectamente la gravedad de la afirmación.....	42
No era la primera vez que lo acusaban de algo semejante	43

¿Qué Jesucristo dijo que?

Pero todavía hay algo más profundo: Jesús utiliza la imagen del Pastor	44
¿Cómo habríamos reaccionado nosotros?	45
¿Quién era realmente Jesús?	46
Referencias bíblicas.....	47
.....	48
04. “El Hijo del Hombre”: mucho más que una declaración de humanidad	48
Una visión escrita siglos antes de Jesús.....	49
¿Qué significa que venga “con las nubes”?	51
La noche en que Jesús tuvo que responder quién era	52
“Sentado a la diestra”: el Salmo 110	53
Y entonces ocurrió algo extraordinario	53
El acusado anuncia que un día ellos lo verán como juez	54
Jesús ya había hablado del Hijo del Hombre como juez.....	55
“El Hijo del Hombre tiene potestad para perdonar pecados”	56
El Hijo del Hombre también es Señor del sábado.....	57
Pero existe una paradoja fascinante.....	57
Regresemos nuevamente al siglo I	58
¿Quién creía Jesús que era?.....	59
Referencias bíblicas.....	60
.....	61
05. “Tus pecados te son perdonados”: Jesús ejerce una autoridad que pertenece a Dios.....	61
Una casa llena y un hombre que necesitaba un milagro	62
Jesús no evitó la pregunta; la llevó todavía más lejos	67
Una pregunta que comienza a repetirse	70
Referencias.....	72
.....	73
06. “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”: Jesús se coloca como único acceso al Padre.....	73
Una conversación pocas horas antes de la cruz	74
“Yo soy el camino”	76
“Yo soy la verdad”	78
“Yo soy la vida”	80
“Nadie viene al Padre, sino por mí”	82
Pero Jesús todavía no había terminado.....	83

¿Qué Jesucristo dijo que?

La pregunta se vuelve cada vez más difícil de evitar	84
Referencias.....	86
87	
07. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”: la extraordinaria respuesta de Jesús a Felipe	87
Felipe quería ver a Dios.....	88
¿Jesús estaba diciendo que Él era el Padre?.....	91
El Dios invisible se hace visible	93
Jesús ya había dicho algo semejante	95
Ahora escuchemos toda la conversación.....	96
Intente escucharlo sin dos mil años de cristianismo	97
La pregunta comienza a volverse inevitable.....	98
Referencias.....	100
08. “Señor mío, y Dios mío”: Jesús acepta que Tomás lo llame Dios.....	101
De YHWH a Adonai y de Adonai a Kýrios	102
Pero debemos hacer una precisión fundamental.....	105
Entonces llegamos a Tomás	108
“Dios mío”: palabras con un enorme trasfondo bíblico	109
Lo verdaderamente sorprendente: Jesús lo acepta	110
Y Juan coloca esta confesión casi al final de su Evangelio	111
“Jesús es Señor”: una confesión que adquirió dimensiones enormes	112
Ahora regresemos nuevamente al siglo I	114
Ya no estamos frente a una sola declaración	115
Referencias.....	117
.....	118
09. Jesús acepta adoración: ¿por qué no la rechazó?	118
La adoración pertenecía a Dios.....	119
Los discípulos adoraron a Jesús	123
Un hombre sanado termina adorando a Jesús	125
Después de la resurrección ocurre nuevamente	126
¿Realmente significa “adorar”?	128
Pedro dice “levántate”; Jesús permite que permanezcan postrados.....	129
¿Por qué Jesús no la rechazó?	130
Ahora reunamos las piezas	131

¿Qué Jesucristo dijo que?

¿Qué hacemos entonces con Jesús?	133
Referencias.....	134
.....	136
10. “Al tercer día resucitaré”: Jesús anunció su propia muerte y resurrección	136
Jesús no habló de su muerte como una posibilidad	137
Lo volvió a decir	139
Y lo anunció todavía una tercera vez con más detalles	140
“Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”	141
Incluso sus enemigos recordaron que lo había anunciado.....	142
Jesús habló de entregar voluntariamente su vida	143
¿Quién puede anunciar su propia resurrección?	144
Pero debemos hacer una pregunta histórica legítima.....	145
Sus discípulos no parecieron esperarlo	146
Ahora imaginemos haber escuchado esas palabras antes de la cruz.....	147
La resurrección se convierte en la gran prueba.....	148
Ahora las piezas comienzan a encajar	149
Referencias.....	151
.....	152
11. Jesús estuvo dispuesto a morir por lo que afirmaba ser	152
Jesús sabía hacia dónde se dirigía.....	153
La crucifixión no era una manera sencilla de morir	155
¿Morir por algo demuestra que es verdadero?	158
Una mentira conocida es diferente de una creencia equivocada	159
“Yo pongo mi vida”	160
Getsemaní demuestra que no era indiferente al sufrimiento	161
Podía haber huido.....	162
Incluso en la cruz no retiró su mensaje	163
¿Qué ganó Jesús humanamente con esa supuesta mentira?	163
La muerte de Jesús demuestra al menos algo importante.....	165
Intente imaginar aquella noche	165
Referencias.....	167
.....	168
12. Los discípulos dijeron que Jesús resucitó... y estuvieron dispuestos a morir por esa convicción	168

¿Qué Jesucristo dijo que?

De discípulos aterrorizados a testigos públicos	169
Fueron golpeados... y continuaron predicando	172
Una creencia equivocada no es lo mismo que una mentira inventada.....	173
La resurrección aparece desde el principio del mensaje cristiano	174
¿Murieron realmente todos los apóstoles como mártires?	175
Jacobo: un caso particularmente extraño	176
Pablo: de perseguidor a proclamador	177
Entonces, ¿qué explica el cambio?	178
¿Y si los discípulos simplemente inventaron la resurrección?	179
Una diferencia esencial entre Jesús y sus discípulos	180
¿Qué ocurrió realmente después de la crucifixión?	181
La investigación continúa en Cristopedia	182
Referencias.....	183
.....	184
13. ¿Qué ganaban con mentir? Cuando seguir la verdad parecía costarlo todo	184
Sigamos por un momento la pista de los motivos	186
¿Y qué ganaron los discípulos?	190
Pablo: ¿qué ganó?.....	192
Entonces, ¿qué estaban buscando?.....	193
Pero seamos rigurosos: esto todavía no demuestra que tenían razón	195
¿Dinero? No. ¿Poder? No. ¿Palacios? No. ¿Entonces qué?	196
Hemos demostrado sinceridad; ahora necesitamos investigar verdad.....	197
La siguiente investigación: ¿Demostró Jesús ser quien decía ser?.....	199
Referencias.....	201
Sección II	202
¿Cumplió Cristo lo que prometió?	390
.....	391
00. Introducción: ¿Cumple Cristo lo que prometió?	391
¿Existen evidencias de que Cristo continúa cumpliendo esas promesas hoy?	393
Si Jesucristo dijo que haría estas cosas, ¿las está cumpliendo?	393
.....	394
01. Prometió darnos su paz	394
Una promesa que todavía puede ponerse a prueba	394

¿Qué Jesucristo dijo que?

¿Puede Jesucristo realmente dar paz?	395
Pregúnteles	395
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	396
Una promesa hecha hace casi dos mil años	398
“Mi paz os doy”	399
¿Puede cumplirlas hoy?	399
.....	402
02. Prometió estar con nosotros	402
Una promesa que debería ser imposible para un hombre común.....	402
¿Puede Jesucristo realmente estar con nosotros?	403
Pregúnteles	404
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	405
Una promesa hecha hace casi dos mil años	406
¿Puede cumplirla hoy?.....	407
.....	410
03. Prometió responder la oración	410
Una promesa que puede dejar resultados concretos.....	410
¿Puede Jesucristo realmente responder nuestras oraciones?	411
Pero mi testimonio no es suficiente	412
Pregúnteles	414
Esto no significa que Dios haga todo lo que le pidamos.....	415
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	416
Una promesa hecha hace casi dos mil años	417
¿Puede cumplirla hoy?.....	417
.....	420
04. Prometió transformar la vida de quienes permanecieran en Él	420
Una promesa cuyos resultados deberían poder verse	420
¿Puede Jesucristo realmente transformar una vida?	421
Pero mi historia es solamente una entre muchísimas.....	422
Pregúnteles	423
¿Significa esto que todos los cristianos cambian inmediatamente?	424
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	425
Una promesa hecha hace casi dos mil años	426

¿Qué Jesucristo dijo que?

¿Puede cumplirla hoy?.....	427
.....	430
05. Prometió sanar enfermos	430
Una de las afirmaciones que debe investigarse con mayor cuidado.....	430
¿Continúa Jesucristo sanando enfermos?	431
Pero también he visto personas que no sanaron	432
Pregúnteles	433
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	434
Una realidad que no puedo ignorar	435
¿Puede hacerlo hoy?.....	435
Una promesa que se vuelve visible cuando llega el dolor	436
.....	438
06. Prometió dar consuelo.....	438
¿Puede Dios realmente consolar a una persona?	438
Lo he observado muchas veces	439
En mi propia vida también lo he experimentado	440
Pregúnteles	442
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	442
Una promesa hecha hace casi dos mil años	443
¿Puede cumplirla hoy?.....	444
.....	446
07. Prometió darnos descanso	446
Una promesa para quienes ya no pueden con sus cargas.....	446
¿Puede Jesucristo realmente darle descanso al alma?	447
Yo también lo he experimentado	448
Pregúnteles	449
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	450
Una promesa hecha hace casi dos mil años	452
¿Puede cumplirla hoy?.....	452
08. Prometió sanar a los quebrantados de corazón y dar libertad a los oprimidos	455
Hay heridas que ningún médico puede suturar.....	455
¿Puede Jesucristo sanar un corazón quebrantado?	456
Yo también sé lo que significa necesitar sanidad interior	458

¿Qué Jesucristo dijo que?

He visto lo mismo en muchas otras personas	459
Pregúnteles	459
Esto no significa negar la ayuda humana.....	460
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	461
Una promesa hecha hace casi dos mil años	462
¿Puede cumplirla hoy?.....	462
.....	465
09. Prometió cargar con nuestra ansiedad	465
¿Qué hacemos con aquello que nuestra mente ya no puede cargar?	465
La ansiedad tiene un lugar donde ser depositada	467
¿Funciona?	468
Pregúnteles	469
El mundo también está buscando cómo controlar la ansiedad	470
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	471
Una promesa que continúa funcionando	472
¿Puede hacerlo hoy?.....	472
.....	474
10. Prometió ser nuestro Consejero	474
¿Puede Jesucristo aconsejarnos hoy?.....	474
¿Continúa aconsejando a las personas hoy?	475
No soy el único.....	476
El consejo de Jesucristo también quedó escrito.....	477
Pero existe algo todavía más personal	478
Pregúntele.....	479
Una descripción hecha siglos antes de Cristo.....	480
¿Puede hacerlo hoy?.....	481
.....	483
11. Prometió libertad interior	483
Hay cárceles que no tienen barrotes	483
¿Puede Jesucristo realmente hacer libre a una persona?	484
Yo también conozco esa libertad	485
Pregúnteles	486
Una libertad que comienza con la verdad	487

¿Qué Jesucristo dijo que?

Esto tampoco significa rechazar la ayuda profesional.....	488
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	488
Una promesa hecha hace casi dos mil años	489
¿Puede cumplirla hoy?.....	490
12. Prometió darnos gozo	492
Un gozo que no depende de que todo salga bien	492
¿Puede Jesucristo realmente producir gozo en una persona?	493
Lo he visto muchas veces.....	494
Yo también lo he experimentado	495
Pregúnteles	496
Los primeros cristianos afirmaron experimentarlo	497
Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo	498
Una promesa hecha hace casi dos mil años	498
¿Puede cumplirla hoy?.....	499



00. Introducción: Jesús de Nazaret: ¿Y si Dios entró en la historia?

Hasta este momento hemos recorrido un camino fascinante. Hemos observado el universo, la extraordinaria organización de la creación, las condiciones que hacen posible la vida, la conciencia humana y otros indicios que durante siglos han llevado al ser humano a formular una de las preguntas más grandes de todas: **¿existe Dios?**

Pero ahora nuestra investigación da un giro sorprendente.

Porque hace aproximadamente dos mil años apareció en un pequeño rincón del Imperio romano un hombre llamado **Jesús de Nazaret**. Nació en un ambiente humilde, creció en una pequeña población de Galilea y durante años vivió prácticamente en el anonimato. No fue emperador, general, sacerdote principal ni miembro de las grandes élites intelectuales de su época.

Sin embargo, alrededor de los treinta años comenzó a recorrer pueblos y ciudades enseñando públicamente. Y entonces ocurrió algo extraordinario.

Jesús comenzó a realizar afirmaciones acerca de sí mismo que ningún hombre común podría hacer.

Habló de haber existido antes que Abraham. Se presentó como el **“YO SOY”**. Afirmó ser uno con el Padre. Se atribuyó autoridad para perdonar pecados. Se llamó a sí mismo **la resurrección y la vida**. Invitó a los sedientos a venir a Él y beber. Declaró que nadie podía llegar al Padre sino por Él. Permitió que lo llamaran **Señor y Dios** y, todavía más sorprendente, **aceptó la adoración de seres humanos**.

Semejantes afirmaciones deberían haber provocado solamente rechazo y desprecio. Podríamos esperar que aquel hombre hubiera desaparecido rápidamente de la historia como un personaje desequilibrado o como uno más de tantos pretendientes religiosos que han surgido a través de los siglos.

Pero ocurrió exactamente lo contrario.

Quienes convivieron con Él no simplemente conservaron sus enseñanzas. Muchos llegaron a estar convencidos de que aquel hombre era realmente quien decía ser. Sus discípulos proclamaron posteriormente que lo habían visto vivo después de su muerte, estuvieron dispuestos a sufrir por esa convicción y comenzaron un movimiento que, desde aquel pequeño territorio del mundo antiguo, terminaría extendiéndose por numerosas naciones.

Dos mil años después, Jesús de Nazaret continúa siendo una de las figuras más influyentes de toda la historia humana.

Esto nos coloca frente a una posibilidad que merece ser investigada seriamente.

Hasta ahora hemos preguntado: **¿existen evidencias que indiquen que Dios existe?** Pero a partir de este momento formularemos una pregunta todavía más extraordinaria:

Si Dios existe, ¿es posible que haya entrado personalmente en nuestra historia?

Y concretamente:

¿Quién fue realmente Jesús de Nazaret?

¿Fue simplemente un extraordinario maestro religioso? ¿Un profeta? ¿Un hombre cuyas palabras fueron posteriormente exageradas por sus seguidores? ¿Estaba equivocado acerca de su propia identidad? ¿O existe evidencia suficiente para considerar seriamente la afirmación más extraordinaria de todas?

¿Es Jesús realmente Dios?

No comenzaremos suponiendo la respuesta. Vamos a examinar el caso paso a paso.

Primero escucharemos **lo que Jesús dijo acerca de sí mismo**. Después veremos lo que hizo, cómo reaccionaron quienes estuvieron frente a Él, qué dijeron sus discípulos y qué evidencia histórica existe alrededor de su vida, muerte y resurrección.

Nuestra primera parada será, por tanto, inevitable:



01. Jesucristo, cuando un hombre comenzó a hablar como Dios

Para nosotros resulta relativamente fácil escuchar expresiones como “**Jesús es Dios**”, “**Jesús es el Hijo de Dios**” o “**Jesucristo es el Señor**”. Han transcurrido casi dos mil años de cristianismo y estas palabras forman parte del lenguaje habitual de millones de personas.

Pero para comprender verdaderamente lo que ocurrió con Jesús de Nazaret tenemos que hacer un esfuerzo: **debemos olvidar por unos momentos esos dos mil años de historia y trasladarnos mentalmente a la Judea y Galilea del siglo I.**

Imaginemos que todavía no existe el cristianismo.

No existen iglesias cristianas. No existe el Nuevo Testamento reunido como lo conocemos. No existen catedrales, cruces en los templos ni millones de personas llamando a Jesús “Señor”.

Existe, en cambio, un pueblo profundamente marcado por las Escrituras de Israel y por la convicción de que el Dios de Israel ocupa una posición absolutamente incomparable.

Una de las declaraciones fundamentales de su fe decía:

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.”

Deuteronomio 6:4, RVR1960

Dentro de ese mundo aparece **Jesús de Nazaret**.

Un hombre.

La gente podía verlo caminar. Podía escucharlo hablar. Lo habían visto comer, dormir y cansarse. Había crecido en Nazaret. Algunos conocían a su familia.

Y entonces aquel hombre comenzó a decir cosas acerca de sí mismo que resultaban extraordinariamente difíciles de asimilar.

No era simplemente otro maestro religioso

Jesús enseñaba acerca de Dios, pero no se limitaba a hablar **de** Dios.

Una y otra vez comenzó a colocarse a sí mismo en lugares que obligaban a quienes lo escuchaban a preguntarse: **¿Quién cree este hombre que es?**

Perdonó pecados.

Afirmó tener una relación única con el Padre.

Dijo que había existido antes que Abraham.

Se presentó como la resurrección y la vida.

Afirmó que el destino eterno del ser humano estaba relacionado con su respuesta hacia Él.

Declaró que un día vendría con autoridad celestial.

Y permitió que seres humanos se postraran delante de Él.

Esto necesita ser entendido dentro de su contexto histórico.

No debemos simplificar diciendo que cualquier persona que se proclamara “Mesías” habría sido automáticamente acusada de blasfemia. El judaísmo de aquella época conocía expectativas mesiánicas diversas. Incluso expresiones como “hijo de Dios” podían utilizarse en determinados contextos sin significar necesariamente que alguien fuese Dios.

El problema con Jesús era mucho mayor.

Era la acumulación de sus afirmaciones, sus acciones y la autoridad que reclamaba.

Los Evangelios incluso conservan la reacción de sus adversarios:

“Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios.”

Juan 10:33, RVR1960

Observe cuidadosamente la acusación.

“Tú, siendo hombre...”

Aquí se encuentra precisamente el escándalo.

Ellos estaban viendo frente a ellos a un hombre de carne y hueso y, sin embargo, interpretaban algunas de sus palabras como una pretensión de ocupar una posición que pertenecía a Dios.

Algunas personas pensaron que había perdido la razón

La reacción no vino solamente de sus enemigos.

Marcos conserva un detalle extraordinariamente humano y, precisamente por eso, muy significativo:

“Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí.”

Marcos 3:21, RVR1960

El texto dice **“los suyos”**; otras traducciones lo explicitan como sus parientes o familiares. Unos versículos después, Marcos menciona a su madre y a sus hermanos buscándolo (Marcos 3:31-35). Por ello, es mejor expresarlo cuidadosamente: **personas de su entorno familiar llegaron a pensar que estaba “fuera de sí”**.

Pensemos en lo que esto significa.

Hoy millones de personas se arrodillan ante Jesús.

Pero cuando comenzó su ministerio, hubo personas cercanas a Él que aparentemente pensaron que aquello había llegado demasiado lejos.

Otros reaccionaron todavía peor. Los escribas procedentes de Jerusalén no negaban que estaban ocurriendo acontecimientos extraordinarios; llegaron a atribuir su poder a Beelzebú:

“Pero los escribas que habían venido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebú...”

Marcos 3:22, RVR1960

Las reacciones comenzaban a polarizarse.

Para algunos estaba fuera de sí. Para otros actuaba por poder demoníaco. Para otros era un profeta. Para otros era el Mesías. Y algunos comenzaron a creer que era verdaderamente el Hijo de Dios.

Intentaron apedrearlo

En determinadas ocasiones la reacción llegó a la violencia.

Jesús declaró:

“Yo y el Padre uno somos.”

Juan 10:30, RVR1960

La siguiente reacción resulta reveladora: **“Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle”** (Juan 10:31). Cuando Jesús les pregunta por qué quieren hacerlo, responden que no es por una buena obra, sino por blasfemia, “porque tú, siendo hombre, te haces Dios”.

No necesitamos imaginar cómo interpretaron aquella declaración.

El propio relato nos lo dice.

En otra ocasión Jesús pronunció unas palabras todavía más desconcertantes:

“De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy.”

Juan 8:58, RVR1960

Y nuevamente la reacción fue inmediata:

“Tomaron entonces piedras para arrojárselas...”

Juan 8:59, RVR1960

Algo estaba sucediendo alrededor de Jesús que hacía imposible permanecer indiferente.

Comenzaron a buscar cómo matarlo

El conflicto continuó creciendo.

Juan explica que después de una controversia relacionada con el sábado:

“Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.”

Juan 5:18, RVR1960

Una vez más aparece la misma cuestión.

¿Quién era este hombre?

El problema no consistía simplemente en que Jesús enseñara acerca de Dios. Israel había tenido profetas durante siglos.

Los profetas podían decir:

“Así dice Jehová.”

Pero Jesús hablaba con una autoridad personal sorprendente:

“Pero yo os digo...”

Y no solamente enseñaba con autoridad. Perdonaba pecados, redefinía la relación de las personas con Él, reclamaba una relación singular con el Padre y hablaba de una existencia que trascendía la vida humana ordinaria.

Finalmente lo acusaron de blasfemia

La tensión llega a uno de sus puntos culminantes durante el interrogatorio ante el sumo sacerdote.

Este le pregunta:

“¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?”

Jesús responde:

“Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo con las nubes del cielo.”

Marcos 14:61-62, RVR1960

Jesús está combinando imágenes extraordinarias de las Escrituras, particularmente Daniel 7 y el Salmo 110.

La reacción del sumo sacerdote fue inmediata:

“Entonces el sumo sacerdote, rasgando su vestidura, dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia...”

Marcos 14:63-64, RVR1960

Desde la perspectiva de quienes lo juzgaban, aquello había cruzado una línea.

Los estudios históricos señalan que existían distintas maneras de entender jurídicamente la blasfemia en el judaísmo antiguo. Sin embargo, también contamos con fuentes judías de la época que muestran que atribuirse igualdad o prerrogativas propias de Dios podía ser considerado blasfemo. Por eso la acusación presentada en los Evangelios encaja dentro de un contexto judío antiguo reconocible.

Pero entonces ocurrió algo todavía más extraño

Aquí aparece quizá la parte más desconcertante de toda la historia.

No todos pensaron que Jesús estaba loco.

No todos pensaron que era un blasfemo.

No todos quisieron matarlo.

Hubo personas que lo escucharon, convivieron con Él, viajaron con Él, comieron con Él y observaron su comportamiento durante años...

y le creyeron.

Ese es el hecho que hace que nuestra investigación sea todavía más interesante.

Porque si un hombre aparece afirmando poseer prerrogativas divinas, tenemos varias posibilidades que investigar. Puede estar engañando deliberadamente. Puede estar equivocado respecto de sí mismo. Sus seguidores pueden haber deformado posteriormente lo que realmente dijo. O quizá exista otra explicación mucho más extraordinaria.

No debemos decidirlo todavía.

Pero tampoco podemos ignorar la pregunta.

Una pregunta que lleva dos mil años esperando respuesta

Intentemos mirar nuevamente a Jesús sin dos mil años de familiaridad cristiana.

Imagine encontrarse en Galilea.

Delante de usted hay un hombre de Nazaret.

Lo ve caminar.

Lo escucha hablar.

Y aquel hombre comienza a decir cosas que parecen colocar su identidad en una categoría completamente diferente.

Algunos dicen:

“Está fuera de sí.”

Otros:

“Blasfema.”

Otros toman piedras.

Otros conspiran para matarlo.

Pero otros abandonan sus ocupaciones, comienzan a seguirlo y terminan convencidos de que aquel hombre es realmente quien afirma ser.

Entonces ya no basta con preguntar qué enseñaba Jesús.

Tenemos que hacer una pregunta mucho más incómoda:

¿Quién era Él?

Y existe una manera extraordinariamente sencilla de comenzar nuestra investigación.

En lugar de empezar preguntando qué dice el cristianismo acerca de Jesús, comenzaremos preguntando:

¿Qué dijo Jesús acerca de sí mismo?

Eso es precisamente lo que examinaremos a continuación.

Referencias bíblicas

- Deuteronomio 6:4.
- Daniel 7:13-14.
- Salmo 110:1.
- Marcos 2:5-12.
- Marcos 3:20-35.
- Marcos 14:61-64.
- Juan 5:16-18.
- Juan 8:48-59.
- Juan 10:27-39.
- Juan 11:25-27.
- Juan 14:6-11.

Referencias históricas y académicas

- Adela Yarbro Collins, **“The Charge of Blasphemy in Mark 14.64”**, *Journal for the Study of the New Testament*, 2004. La autora analiza la acusación de blasfemia en Marcos dentro de su contexto judío y las implicaciones de atribuirse autoridad y estatus divinos.

¿Qué Jesucristo dijo que?

- Brant Pitre, “**Jesus's Divinity and the Quest for the Historical Jesus**”, University of Notre Dame. Presenta fuentes judías antiguas —incluidos Filón, Josefo y 2 Macabeos— relevantes para comprender cómo podían percibirse las pretensiones de igualdad o estatus divino.
- **Reina-Valera 1960**, textos de Juan 10 y Marcos 14 para las reacciones de blasfemia y condenación descritas en los Evangelios.



02. “Antes que Abraham fuese, YO SOY”: Jesús utiliza el nombre divino

Hay palabras de Jesús que, después de dos mil años de cristianismo, hemos escuchado tantas veces que pueden dejar de sorprendernos. Pero imaginemos por un momento que estamos escuchándolas **por primera vez**, en el siglo I, dentro de una sociedad profundamente judía.

Delante de nosotros se encuentra un hombre de aproximadamente treinta años.

Podemos verlo. Podemos escucharlo. Sabemos que procede de Nazaret. Conocemos a su madre. Algunas personas incluso conocen a sus hermanos.

Y de pronto aquel hombre comienza a hablar de **Abraham**, quien había vivido muchos siglos antes.

Sus interlocutores le preguntan:

“Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?”

Juan 8:57, RVR1960

Era una pregunta perfectamente lógica.

Pero la respuesta de Jesús fue cualquier cosa menos ordinaria:

“De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy.”

Juan 8:58, RVR1960

Observe cuidadosamente lo que Jesús **no** dijo.

No dijo simplemente: **“Antes que Abraham existiera, yo existía.”**

La construcción es sorprendente:

“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”

Abraham **llegó a existir.**

Jesús simplemente dice:

YO SOY.

Unas palabras que un judío difícilmente podía escuchar con indiferencia

Para comprender el impacto debemos regresar al libro de Éxodo.

Cuando Moisés pregunta a Dios qué nombre deberá dar a los israelitas cuando pregunten quién lo ha enviado, Dios responde:

“YO SOY EL QUE SOY.”

“Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros.”

Éxodo 3:14, RVR1960

El texto hebreo utiliza **Ehyeh** (אֶהְיֶה), mientras que Juan escribe en griego **egō eimi** (ἐγὼ εἰμι), “yo soy”. Por eso debemos ser precisos: Jesús no está pronunciando literalmente las cuatro letras del nombre YHWH.

Pero la conexión conceptual resulta extraordinariamente importante, especialmente cuando Juan presenta repetidamente a Jesús utilizando la expresión “Yo soy”.

Y el propio relato nos permite comprobar que sus palabras no fueron recibidas como una observación inocente.

El siguiente versículo dice:

“Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo.”

Juan 8:59, RVR1960

¿Por qué piedras?

Porque quienes estaban frente a Jesús comprendieron que acababan de escuchar una afirmación extraordinaria acerca de su identidad.

Aquello no era una conversación teológica tranquila.

Querían apedrearlo.

**Jesús estaba afirmando algo todavía más grande:
existía antes de Abraham**

Incluso antes de discutir la expresión “YO SOY”, existe una afirmación imposible de pasar por alto.

Jesús estaba afirmando **preexistencia**.

Abraham había vivido muchos siglos antes del nacimiento de Jesús en Belén. Sin embargo, Jesús habla de sí mismo como alguien cuya existencia precede a Abraham.

Esto aparece nuevamente en la oración de Jesús poco antes de su muerte:

“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.”

Juan 17:5, RVR1960

Aquí la afirmación se vuelve todavía más sorprendente.

Jesús ya no habla solamente de existir antes que Abraham.

Habla de una **gloria compartida con el Padre antes de que existiera el mundo.**

Y unos versículos después declara:

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.”

Juan 17:24, RVR1960

La afirmación ya no puede limitarse a: “Jesús cree que existía antes que Abraham”.

Su horizonte se extiende **antes de la creación del mundo.**

Y no fue la única vez que dijo “YO SOY”

Aquí comienza una de las características más fascinantes del Evangelio de Juan.

Jesús utiliza repetidamente la expresión **“Yo soy”**.

Algunas veces añade una descripción:

“Yo soy el pan de vida.”

Juan 6:35

“Yo soy la luz del mundo.”

Juan 8:12

“Yo soy la puerta.”

Juan 10:9

“Yo soy el buen pastor.”

Juan 10:11

“Yo soy la resurrección y la vida.”

Juan 11:25

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.”

Juan 14:6

“Yo soy la vid verdadera.”

Juan 15:1

Cada una merece estudiarse individualmente.

Pero existen otros momentos todavía más intrigantes en los que aparece **egō eimi** de manera absoluta o particularmente enfática.

Jesús dice:

“Porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis.”

Juan 8:24, RVR1960

Más adelante:

“Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy...”

Juan 8:28, RVR1960

Y finalmente:

“Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy.”

Juan 13:19, RVR1960

La repetición difícilmente pasa inadvertida.

Hay un “YO SOY” todavía más impresionante

La noche en que Jesús fue arrestado ocurrió algo particularmente extraño.

Judas llega acompañado de soldados y otras personas para detenerlo.

Jesús pregunta:

“¿A quién buscáis?”

Ellos responden:

“A Jesús nazareno.”

Entonces Jesús contesta:

“Yo soy.”

Juan 18:4-5, RVR1960

Y Juan añade inmediatamente:

“Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra.”

Juan 18:6, RVR1960

La escena resulta impresionante.

Llegaron para arrestar a Jesús.

Él pronuncia:

“YO SOY.”

Y quienes vienen a detenerlo **retroceden y caen al suelo**.

No debemos construir toda la doctrina de la divinidad de Cristo únicamente sobre este episodio; “yo soy” también puede funcionar en griego como una identificación normal: “soy yo”. Pero dentro de la estructura del Evangelio de Juan, después de todos los usos anteriores de **egō eimi**, resulta difícil no percibir la enorme carga literaria y teológica de la escena.

El Antiguo Testamento hace que estas palabras resulten todavía más interesantes

En Isaías encontramos declaraciones de Dios que presentan sorprendentes paralelos:

“Para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí.”

Isaías 43:10, RVR1960

Y nuevamente:

“Aun antes que hubiera día, yo era...”

Isaías 43:13, RVR1960

Dios se presenta como aquel cuya existencia no depende de ninguna criatura.

Esto nos ayuda a comprender por qué las palabras de Jesús resultaban tan extraordinarias dentro del monoteísmo judío.

Pero hay algo todavía mayor: el Nuevo Testamento lo coloca antes de todas las cosas

Posteriormente los primeros cristianos describieron a Jesús de una manera que encaja sorprendentemente con estas declaraciones.

Juan comienza su Evangelio:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.”
Juan 1:1, RVR1960

Y posteriormente declara:

“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”
Juan 1:3, RVR1960

Pablo expresará una idea semejante acerca de Cristo:

“Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.”
Colosenses 1:17, RVR1960

Aquí aparece precisamente la idea que queremos investigar: **Cristo no solamente es presentado como anterior a Abraham, sino anterior a todas las cosas creadas; y además, todas las cosas subsisten en Él.**

Hebreos lleva la afirmación todavía más lejos al hablar del Hijo como aquel por quien Dios hizo el universo y quien:

“...sustenta todas las cosas con la palabra de su poder...”
Hebreos 1:3, RVR1960

Sin embargo, debemos distinguir cuidadosamente las evidencias. **Juan 8:58 registra lo que Jesús dice de sí mismo; Colosenses y Hebreos muestran cómo posteriormente sus primeros seguidores entendieron su identidad.** Esta distinción hará nuestra investigación mucho más sólida.

Intente escucharlo como si fuera la primera vez

Quizá este sea el ejercicio más importante.

Olvidemos por unos segundos que conocemos el final de la historia.

Estamos en Jerusalén.

Frente a nosotros hay un hombre de Nazaret de aproximadamente treinta años.

Y aquel hombre nos dice:

Antes de Abraham... YO SOY.

Después afirma haber poseído gloria junto al Padre **antes que el mundo existiera.**

Declara:

Yo soy la luz.

Yo soy la vida.

Yo soy la resurrección.

Yo soy el camino.

Yo soy el buen pastor.

Si no creéis que YO SOY, en vuestros pecados moriréis.

Ahora podemos comprender mejor las reacciones.

Algunos pensaron que estaba fuera de sí.

Otros lo acusaron de blasfemia.

Otros quisieron matarlo.

¡Era para no dormir aquella noche!

Porque solamente quedaban posibilidades extraordinarias.

O aquel hombre estaba realizando afirmaciones inconcebibles acerca de sí mismo...

o verdaderamente era quien decía ser.

Y nosotros apenas hemos comenzado a examinar el caso.

Referencias bíblicas

- Éxodo 3:13-15.
- Isaías 43:10-13.
- Juan 1:1-3.
- Juan 6:35.
- Juan 8:12, 24, 28, 56-59.
- Juan 10:9, 11.
- Juan 11:25.
- Juan 13:19.
- Juan 14:6.
- Juan 15:1.
- Juan 17:5, 24.
- Juan 18:4-6.
- Colosenses 1:15-17.
- Hebreos 1:1-3.

Para profundizar

- D. A. Carson, *The Gospel According to John*. Eerdmans.
- Craig S. Keener, *The Gospel of John: A Commentary*. Baker Academic.
- Richard Bauckham, *Jesus and the God of Israel*. Eerdmans.
- Andreas J. Köstenberger, *John*. Baker Academic.
- Larry W. Hurtado, *Lord Jesus Christ: Devotion to Jesus in Earliest Christianity*. Eerdmans.



03. “Yo y el Padre uno somos”: cuando entendieron que Jesús se hacía Dios

Después de escuchar a Jesús decir “Antes que Abraham fuese, yo soy”, podríamos preguntarnos si estamos interpretando correctamente sus palabras. ¿Realmente estaba haciendo una afirmación relacionada con su divinidad? ¿O estamos leyendo en ellas algo que sus contemporáneos nunca entendieron?

Existe otro episodio que resulta especialmente importante para nuestra investigación porque, en esta ocasión, **no necesitamos imaginar cómo interpretaron sus palabras quienes estaban allí.**

Ellos mismos nos lo dicen.

Jesús pronunció una breve declaración:

“Yo y el Padre uno somos.”

Juan 10:30, RVR1960

Son solamente unas cuantas palabras.

Pero la reacción fue inmediata:

“Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle.”

Juan 10:31, RVR1960

Otra vez las piedras.

No es la primera vez que ocurre. En Juan 8:58-59, después de que Jesús declarara **“Antes que Abraham fuese, yo soy”**, también intentaron apedrearlo.

Algo en las afirmaciones de Jesús estaba provocando una reacción extraordinariamente violenta.

Pero esta vez Jesús les pregunta directamente por qué quieren hacerlo:

“Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?”

Juan 10:32, RVR1960

Y entonces llega una de las respuestas más importantes para nuestra investigación:

“Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios.”

Juan 10:33, RVR1960

Detengámonos aquí.

Porque esta frase nos permite escuchar directamente **cómo interpretaron algunos de sus contemporáneos las palabras de Jesús:**

“Tú, siendo hombre, te haces Dios.”

Para nosotros es fácil escucharlo; para ellos era escandaloso

Dos mil años después estamos acostumbrados a escuchar expresiones como **“Jesús es Dios”, “Jesús es el Hijo de Dios” o “Jesucristo es el Señor”**.

Pero volvamos nuevamente al siglo I.

Quienes rodeaban a Jesús eran judíos.

Desde pequeños habían aprendido una de las declaraciones fundamentales de la fe de Israel:

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.”

Deuteronomio 6:4, RVR1960

No estaban frente a una cultura acostumbrada a convertir fácilmente a los hombres en dioses.

Estaban dentro del mundo religioso de Israel.

Y frente a ellos se encontraba un hombre.

Podían verlo.

Sabían que procedía de Nazaret.

Conocían a su familia.

Y aquel hombre acababa de decir:

“Yo y el Padre uno somos.”

No sorprende que algunos reaccionaran violentamente.

Pero para comprender por qué aquella declaración resultaba tan poderosa debemos leer **lo que Jesús había dicho inmediatamente antes**.

“Yo les doy vida eterna”

Jesús estaba hablando de sus ovejas, es decir, de quienes escuchan su voz y lo siguen.

Entonces declara:

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen.”

Juan 10:27, RVR1960

Hasta aquí alguien podría pensar simplemente en un maestro hablando de sus discípulos.

Pero la siguiente declaración cambia completamente la dimensión de sus palabras:

“Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás...”

Juan 10:28, RVR1960

Observe cuidadosamente:

Jesús no dice solamente:

“Dios les dará vida eterna.”

Dice:

“YO les doy vida eterna.”

Estamos nuevamente frente a una afirmación extraordinaria.

¿Qué hombre puede prometer a otro ser humano que **jamás perecerá**?

¿Qué maestro religioso puede decir que tiene autoridad para **dar vida eterna**?

Un profeta podía anunciar la salvación de Dios.

Un maestro podía explicar las Escrituras.

Pero Jesús coloca la vida eterna de sus seguidores directamente en **sus propias manos**.

“Nadie las arrebatará de mi mano”

Jesús continúa:

“...ni nadie las arrebatará de mi mano.”

Juan 10:28, RVR1960

Esta frase puede parecernos sencilla hasta que leemos la siguiente:

“Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.”

Juan 10:29, RVR1960

Observe la construcción.

Primero Jesús dice:

“Nadie las arrebatará de MI mano.”

Después dice:

“Nadie las puede arrebatar de la mano de MI PADRE.”

Y entonces concluye:

“Yo y el Padre uno somos.”

Juan 10:30, RVR1960

Ahora la declaración adquiere una profundidad mucho mayor.

Jesús no pronunció esas palabras en el vacío.

Está hablando de **dar vida eterna**, de proteger eternamente a sus ovejas y de una seguridad que se encuentra simultáneamente **en su mano y en la mano del Padre**.

Entonces declara:

“Yo y el Padre uno somos.”

¿Jesús estaba diciendo que Él era el Padre?

No.

Y esta distinción es muy importante.

Jesús dice:

“Yo Y el Padre...”

Hay una distinción entre ambos.

Jesús habla con el Padre, es enviado por el Padre y afirma que el Padre lo ama.

Por tanto, cuando dice **“uno somos”**, no está diciendo: “Yo soy el Padre”.

Además, el texto griego utiliza *hen* para “uno”, una forma neutra. La expresión apunta a una unidad profunda, pero no significa que Jesús y el Padre sean la misma persona.

Esto será importante posteriormente cuando estudiemos la doctrina cristiana de la Trinidad.

Por ahora debemos permanecer dentro de nuestra investigación histórica y preguntar algo más sencillo:

¿Qué estaba reclamando Jesús para sí mismo?

Y el contexto nos proporciona elementos impresionantes:

Da vida eterna.

Garantiza que sus ovejas jamás perecerán.

Nadie puede arrebatárselas de su mano.

Nadie puede arrebatárselas de la mano del Padre.

Y finalmente:

“Yo y el Padre uno somos.”

Sus adversarios entendieron perfectamente la gravedad de la afirmación

Aquí debemos ser cuidadosos.

El hecho de que los adversarios de Jesús interpreten sus palabras de determinada manera **no demuestra por sí solo que su interpretación sea correcta.** En otros lugares del Evangelio encontramos personas que malinterpretan a Jesús.

Pero en este episodio ocurre algo particularmente interesante.

Jesús no responde:

“Me entendieron mal. Yo nunca pretendí atribuirme nada divino.”

En cambio, continúa la discusión.

Después de citar el Salmo 82, Jesús pregunta:

“¿Al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?”

Juan 10:36, RVR1960

Y entonces vuelve a señalar sus obras:

“Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras...”

Juan 10:37-38, RVR1960

¿Para qué?

Jesús mismo da la respuesta:

“...para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre.”

Juan 10:38, RVR1960

Y nuevamente ocurre algo revelador:

“Procuraron otra vez prenderle...”

Juan 10:39, RVR1960

La tensión no desapareció.

No era la primera vez que lo acusaban de algo semejante

Esta acusación ya había aparecido anteriormente en el Evangelio de Juan.

Después de que Jesús sanara a un hombre en sábado, Juan explica:

“Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.”

Juan 5:18, RVR1960

Observe la semejanza:

Juan 5:18: “haciéndose igual a Dios”.

Juan 10:33: “tú, siendo hombre, te haces Dios”.

Ya no estamos frente a una frase aislada.

Existe un patrón dentro del Evangelio.

Pero todavía hay algo más profundo: Jesús utiliza la imagen del Pastor

Todo este capítulo gira alrededor de una imagen:

el pastor y sus ovejas.

Jesús declara:

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.”

Juan 10:11, RVR1960

Para nosotros la imagen del “Buen Pastor” resulta tierna y familiar.

Pero un lector conocedor del Antiguo Testamento podía recordar inmediatamente textos extraordinarios.

David había escrito:

“Jehová es mi pastor; nada me faltará.”

Salmo 23:1, RVR1960

Y por medio de Ezequiel, Dios había declarado:

“Yo apacentaré mis ovejas, y yo les daré aprisco, dice Jehová el Señor.”

Ezequiel 34:15, RVR1960

En Ezequiel 34, Dios denuncia a los malos pastores de Israel y anuncia que **Él mismo buscará y cuidará a sus ovejas.**

Y siglos después aparece Jesús diciendo:

“Yo soy el buen pastor.”

Después:

“Mis ovejas oyen mi voz.”

Después:

“Yo les doy vida eterna.”

Después:

“Nadie las arrebatará de mi mano.”

Y finalmente:

“Yo y el Padre uno somos.”

Leído dentro del mundo bíblico de Israel, el conjunto resulta extraordinario.

¿Cómo habríamos reaccionado nosotros?

Intentemos nuevamente realizar nuestro ejercicio.

No conocemos todavía el cristianismo.

Estamos caminando por Jerusalén hace aproximadamente dos mil años.

Escuchamos hablar a un hombre llamado Jesús de Nazaret.

Y aquel hombre declara:

Yo soy el buen pastor.

Mis ovejas oyen mi voz.

Yo les doy vida eterna.

Jamás perecerán.

Nadie puede arrebatarlas de mi mano.

Yo y el Padre uno somos.

Algunos de quienes están junto a nosotros comienzan a recoger piedras.

Jesús pregunta por qué quieren matarlo.

Y ellos responden:

“Porque tú, siendo hombre, te haces Dios.”

Ahora podemos comenzar a sentir algo del impacto que aquellas palabras debieron producir.

El problema fundamental estaba expresado perfectamente en aquellas pocas palabras:

“Tú, siendo hombre...”

Ellos veían un hombre.

Pero escuchaban afirmaciones que consideraban incompatibles con la condición de un simple hombre.

Y esto nos devuelve nuevamente a nuestra investigación.

¿Quién era realmente Jesús?

Todavía no necesitamos llegar a una conclusión.

Estamos acumulando evidencia.

En el artículo anterior escuchamos a Jesús declarar:

“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”

Ahora lo escuchamos afirmar:

“Yo les doy vida eterna.”

“Nadie las arrebatará de mi mano.”

“Yo y el Padre uno somos.”

Y escuchamos a sus propios adversarios responder:

“Tú, siendo hombre, te haces Dios.”

La pregunta comienza a volverse inevitable.

Si Jesús era solamente un hombre, **¿por qué hablaba de esta manera?**

¿Sus enemigos simplemente lo malinterpretaron?

¿Sus seguidores exageraron posteriormente sus palabras?

¿Jesús estaba equivocado acerca de sí mismo?

¿O realmente estaba revelando algo acerca de su identidad que sus contemporáneos apenas podían concebir?

No decidamos todavía.

Sigamos escuchando a Jesús.

Referencias bíblicas

- Deuteronomio 6:4.
- Salmo 23:1-6.
- Salmo 82:1-8.
- Ezequiel 34:11-16.
- Juan 5:16-18.
- Juan 8:56-59.
- Juan 10:1-18.
- Juan 10:27-39.



04. “El Hijo del Hombre”: mucho más que una declaración de humanidad

Si alguien preguntara cuál fue el título que Jesús utilizó con mayor frecuencia para referirse a sí mismo en los Evangelios, probablemente muchas personas responderían: **“Hijo de Dios”**.

Sin embargo, existe otro título que aparece repetidamente en labios de Jesús y que puede resultar todavía más intrigante:

“El Hijo del Hombre.”

A primera vista parece una expresión sencilla. Incluso podríamos pensar que Jesús solamente estaba diciendo: **“Soy un ser humano.”**

Y ciertamente el título puede subrayar su verdadera humanidad.

Pero existe un problema.

Cuando examinamos cómo Jesús utiliza esta expresión, especialmente en algunos de los momentos más importantes de su vida, descubrimos que **“Hijo del Hombre” puede llevarnos directamente a una de las visiones más extraordinarias del Antiguo Testamento.**

Una visión en la que aparece un personaje que viene **con las nubes del cielo**, se presenta delante del Anciano de días y recibe **dominio, gloria y un reino que jamás será destruido.**

Estamos hablando de **Daniel capítulo 7.**

Y Jesús aplicó esta figura a sí mismo.

Una visión escrita siglos antes de Jesús

El profeta Daniel describe una visión nocturna:

“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre...”

Daniel 7:13, RVR1960

Detengámonos.

Daniel no está simplemente observando a un hombre caminando sobre la tierra.

Este personaje aparece:

“con las nubes del cielo”.

Después sucede algo todavía más extraordinario:

“...que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él.”

Daniel 7:13, RVR1960

El **Anciano de días** aparece anteriormente en la visión sentado sobre un trono, rodeado de una escena celestial de majestad y juicio.

Entonces este personaje semejante a un hijo de hombre es llevado ante Él.

¿Y qué recibe?

“Y le fue dado dominio, gloria y reino...”

Daniel 7:14, RVR1960

Pero no termina ahí:

“...para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran...”

Daniel 7:14, RVR1960

Y finalmente:

“...su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”

Daniel 7:14, RVR1960

Leamos nuevamente las características de este personaje:

Viene con las nubes del cielo.

Se presenta delante del Anciano de días.

Recibe dominio.

Recibe gloria.

Recibe un reino.

Pueblos, naciones y lenguas le sirven.

Su dominio es eterno.

Su reino jamás será destruido.

Estamos muy lejos de una simple manera de decir:

“Soy humano.”

¿Qué significa que venga “con las nubes”?

Este detalle merece especial atención.

Para nosotros las nubes pueden ser solamente un elemento del paisaje.

Pero dentro del lenguaje del Antiguo Testamento, **venir sobre las nubes está asociado repetidamente con Dios.**

Por ejemplo:

“He aquí que Jehová monta sobre una ligera nube...”

Isaías 19:1, RVR1960

El salmista dice acerca de Dios:

“El que pone las nubes por su carroza...”

Salmo 104:3, RVR1960

Y Deuteronomio declara:

“No hay como el Dios de Jesurún, quien cabalga sobre los cielos para tu ayuda...”

Deuteronomio 33:26, RVR1960

Por eso, la imagen de Daniel resulta tan sorprendente.

Un personaje **“como un hijo de hombre”** aparece asociado con las nubes del cielo y recibe una autoridad universal y eterna.

Ahora guardemos esta imagen en nuestra mente.

Porque siglos después Jesús se encuentra frente al sumo sacerdote.

La noche en que Jesús tuvo que responder quién era

Estamos ahora en Jerusalén.

Jesús ha sido arrestado.

Sus enemigos buscan evidencia para condenarlo.

Finalmente, el sumo sacerdote le hace una pregunta directa:

“¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?”

Marcos 14:61, RVR1960

Este es uno de los momentos decisivos de nuestra investigación.

Jesús está frente a quienes tienen autoridad para acusarlo.

No está hablando metafóricamente ante una multitud.

Está siendo interrogado.

Y responde:

“Yo soy...”

Marcos 14:62, RVR1960

Pero Jesús no se detiene allí.

Añade:

“...y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo con las nubes del cielo.”

Marcos 14:62, RVR1960

Para nosotros quizá sea simplemente una frase religiosa.

Pero quienes conocían las Escrituras podían reconocer inmediatamente las imágenes.

Jesús está reuniendo **dos grandes pasajes del Antiguo Testamento**.

“Sentado a la diestra”: el Salmo 110

La primera imagen procede del Salmo 110:

“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra...”

Salmo 110:1, RVR1960

Jesús habla de estar:

“sentado a la diestra del poder de Dios”.

La diestra representa una posición de extraordinario honor y autoridad.

Pero inmediatamente añade una segunda imagen:

“viniendo con las nubes del cielo”.

Y ahora regresamos exactamente a Daniel:

“He aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre...”

Daniel 7:13, RVR1960

Jesús está tomando **Salmo 110** y **Daniel 7** y aplicándolos a sí mismo.

En otras palabras:

El Hijo del Hombre de Daniel soy yo.

Y entonces ocurrió algo extraordinario

¿Cómo reaccionó el sumo sacerdote?

¿Dijo:

“Muy bien, Jesús acaba simplemente de decir que es humano”?

No.

Marcos registra:

“Entonces el sumo sacerdote, rasgando su vestidura, dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos?”

Marcos 14:63, RVR1960

Y continúa:

“Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece?”

Marcos 14:64, RVR1960

La respuesta fue:

“Y todos ellos le condenaron, declarándole ser digno de muerte.”

Marcos 14:64, RVR1960

Detengámonos nuevamente.

Jesús se identifica con **el Hijo del Hombre**.

Habla de sentarse **a la diestra del Poder**.

Declara que vendrá **con las nubes del cielo**.

Y el sumo sacerdote rasga sus vestiduras y exclama:

“Habéis oído la blasfemia.”

Evidentemente, para quienes lo estaban juzgando, Jesús acababa de realizar una afirmación muchísimo más seria que:

“Yo soy un ser humano.”

El acusado anuncia que un día ellos lo verán como juez

Hay algo todavía más impresionante en esta escena.

Pensemos en la situación.

Jesús está detenido.

Está siendo interrogado.

Humanamente hablando, **ellos tienen poder sobre Él.**

Ellos están juzgando a Jesús.

Pero la respuesta de Jesús prácticamente invierte la escena.

Les dice:

“Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios...”

El hombre que está siendo juzgado anuncia que un día aparecerá investido de autoridad celestial.

El acusado habla como quien finalmente tendrá autoridad sobre sus acusadores.

Eso cambia completamente la escena.

Jesús ya había hablado del Hijo del Hombre como juez

Y no era la primera vez.

En Mateo encontramos estas palabras:

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria.”

Mateo 25:31, RVR1960

Después:

“Y serán reunidas delante de él todas las naciones...”

Mateo 25:32, RVR1960

Observe nuevamente:

Viene en gloria.

Los ángeles lo acompañan.

Se sienta en un trono.

Todas las naciones comparecen delante de Él.

Él ejecuta juicio.

No estamos frente a la descripción de un simple maestro religioso.

“El Hijo del Hombre tiene potestad para perdonar pecados”

Existe todavía otra utilización sorprendente del título.

Cuando unos hombres llevan un paralítico ante Jesús, Él primero le dice:

“Hijo, tus pecados te son perdonados.”

Marcos 2:5, RVR1960

Los escribas reaccionan inmediatamente:

“¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”

Marcos 2:7, RVR1960

Jesús entonces sana al paralítico para demostrar algo:

“Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados...”

Marcos 2:10, RVR1960

Otra vez aparece el título.

El Hijo del Hombre.

Y ahora ese Hijo del Hombre reclama autoridad para **perdonar pecados**.

El Hijo del Hombre también es Señor del sábado

En otra controversia Jesús declara:

“Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo.”

Marcos 2:28, RVR1960

El sábado no era una institución cualquiera.

Formaba parte de la Ley dada por Dios a Israel.

Y Jesús declara que:

“El Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo.”

Una vez más, el título aparece acompañado de una afirmación extraordinaria de autoridad.

Pero existe una paradoja fascinante

Aquí debemos evitar cometer un error.

Jesús no utilizó “Hijo del Hombre” solamente para hablar de gloria, autoridad y juicio.

También lo utilizó para anunciar **su sufrimiento y su muerte**.

“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

Marcos 10:45, RVR1960

Esto hace que el título sea todavía más extraordinario.

El mismo Hijo del Hombre que:

recibe un reino eterno,

viene con las nubes,

perdona pecados,

es Señor del sábado,

juzgará a las naciones

es también aquel que:

sirve, sufre y entrega su vida.

Gloria y humillación aparecen reunidas en la misma persona.

Regresemos nuevamente al siglo I

Intentemos escucharlo como si nunca hubiéramos oído hablar de Jesús.

Un hombre de Nazaret aparece delante de nosotros.

Y comienza a llamarse:

“El Hijo del Hombre.”

Después afirma:

El Hijo del Hombre puede perdonar pecados.

El Hijo del Hombre es Señor del sábado.

El Hijo del Hombre vendrá en gloria.

El Hijo del Hombre se sentará en su trono.

Todas las naciones comparecerán delante de Él.

Y finalmente, frente al sumo sacerdote, declara:

“Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo con las nubes del cielo.”

El sumo sacerdote rasga entonces sus vestiduras.

“Habéis oído la blasfemia.”

Ahora podemos comprender por qué la expresión **“Hijo del Hombre”** no debe ser pasada por alto.

¿Quién creía Jesús que era?

Nuestra investigación comienza a acumular afirmaciones extraordinarias.

Primero escuchamos:

“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”

Después:

“Yo y el Padre uno somos.”

Y ahora descubrimos que Jesús se identifica con aquel **Hijo del Hombre de Daniel** que viene con las nubes del cielo y recibe dominio, gloria y un reino eterno.

Todavía no estamos pidiendo al lector que crea.

Estamos haciendo algo anterior a la fe:

estamos escuchando.

Queremos saber qué afirmó realmente Jesús acerca de sí mismo.

Y cuanto más avanzamos, más difícil resulta sostener que Jesús se presentó simplemente como **un buen maestro que vino a enseñarnos a ser mejores personas.**

Sus palabras son demasiado grandes para eso.

La pregunta vuelve a aparecer:

¿Quién era este hombre?

¿Estaba equivocado acerca de sí mismo?

¿Fueron posteriormente exageradas sus afirmaciones?

¿O aquel hombre de Nazaret tenía realmente derecho a hablar de esta manera?

Todavía no respondamos.

Porque Jesús está a punto de hacer algo todavía más desconcertante:

atribuirse autoridad para hacer aquello que sus propios adversarios afirmaban que solamente Dios podía hacer: perdonar pecados.

Referencias bíblicas

- Deuteronomio 33:26.
- Salmo 104:3.
- Salmo 110:1.
- Daniel 7:9-14.
- Isaías 19:1.
- Marcos 2:1-12.
- Marcos 2:23-28.
- Marcos 8:31.
- Marcos 10:45.
- Marcos 13:26.
- Marcos 14:61-64.
- Mateo 25:31-46.



05. “Tus pecados te son perdonados”: Jesús ejerce una autoridad que pertenece a Dios

Hasta este momento hemos escuchado afirmaciones extraordinarias de Jesús. Lo hemos oído decir: “**Antes que Abraham fuese, yo soy**”. Lo hemos escuchado declarar: “**Yo y el Padre uno somos**”. También hemos descubierto que utilizó para sí mismo el título “**Hijo del Hombre**”, identificándose con la figura de Daniel 7 que recibe dominio, gloria y un reino eterno.

Pero ahora sucede algo diferente.

Jesús ya no solamente **dice** algo acerca de su identidad.

Ahora **hace algo** que provoca inmediatamente una pregunta entre los expertos religiosos presentes:

“¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”

Marcos 2:7, RVR1960

La pregunta es extraordinariamente importante para nuestra investigación.

Porque Jesús está a punto de realizar una acción mediante la cual obliga nuevamente a quienes lo rodean a preguntarse:

¿Quién es realmente este hombre?

Una casa llena y un hombre que necesitaba un milagro

El acontecimiento ocurrió en Capernaum.

Jesús había regresado a la ciudad y rápidamente comenzó a correr la noticia de que estaba en una casa. Marcos describe una multitud tan grande que ya no había espacio disponible.

“E inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra.”

Marcos 2:2, RVR1960

Entonces llegaron cuatro hombres cargando a un paralítico.

Querían llevarlo hasta Jesús.

Pero era imposible entrar.

La casa estaba completamente llena.

En lugar de darse por vencidos, aquellos hombres subieron al techo, hicieron una abertura y comenzaron a bajar la camilla sobre la que estaba acostado su amigo.

Imagine por un momento la escena.

Jesús está enseñando.

La casa está abarrotada.

De pronto comienza a abrirse el techo sobre las cabezas de quienes se encuentran allí.

Y lentamente aparece un hombre paralítico descendiendo frente a Jesús.

Todos saben lo que necesita.

Necesita caminar.

Probablemente todos esperan lo mismo:

“Jesús, sánalo”.

Pero Jesús hace algo completamente inesperado.

“Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados.”

Marcos 2:5, RVR1960

¿Sus pecados?

El hombre había venido buscando una sanidad física.

Y Jesús comienza hablando de algo que nadie podía ver:

su pecado.

¿Quién puede perdonar pecados?

Entre las personas que estaban dentro de aquella casa había escribas.

Ellos conocían las Escrituras.

Y cuando escucharon las palabras de Jesús comenzaron inmediatamente a razonar:

“¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”

Marcos 2:7, RVR1960

Aquí necesitamos detenernos.

Porque, dentro de la teología bíblica de Israel, la pregunta tenía fundamento.

El pecado es, en última instancia, una ofensa contra Dios.

David, después de su terrible pecado, había orado:

“Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos...”

Salmo 51:4, RVR1960

Y las Escrituras presentaban repetidamente a Dios como aquel que perdona la maldad.

El profeta Isaías registra estas palabras de Jehová:

“Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados.”

Isaías 43:25, RVR1960

Miqueas pregunta:

“¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad?”

Miqueas 7:18, RVR1960

Y el Salmo 103 declara:

“Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias.”

Salmo 103:3, RVR1960

Por eso los escribas comprendieron inmediatamente la gravedad de lo que acababan de escuchar.

Jesús no había dicho:

“Voy a pedirle a Dios que perdone tus pecados.”

Tampoco había pronunciado simplemente un anuncio sacerdotal relacionado con un sacrificio realizado en el templo.

Jesús miró directamente al hombre y declaró:

“Tus pecados te son perdonados.”

La pregunta surgió inmediatamente:

“¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”

Jesús sabía exactamente lo que estaban pensando

Lo que sucede después hace que el episodio sea todavía más interesante.

Los escribas no habían expresado necesariamente sus pensamientos en voz alta.

Marcos dice que estaban **“cavilando en sus corazones”**.

Entonces añade:

“Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones?”

Marcos 2:8, RVR1960

Jesús conocía la objeción.

Y en lugar de retirar sus palabras, plantea una pregunta:

“¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?”

Marcos 2:9, RVR1960

La pregunta es brillante.

Decir **“tus pecados te son perdonados”** es fácil en un sentido: nadie puede mirar dentro del cielo para comprobar inmediatamente si ocurrió.

Pero decirle a un paralítico:

“Levántate y anda”

es diferente.

Eso puede comprobarse en ese mismo instante.

El hombre caminará...

o permanecerá acostado.

Jesús entonces utiliza **lo visible para demostrar su autoridad sobre lo invisible.**

El milagro se convierte en evidencia

Jesús declara:

“Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados...”

Marcos 2:10, RVR1960

Observe cuidadosamente esas palabras:

“Para que sepáis...”

Jesús está a punto de proporcionar una evidencia.

No sana simplemente porque siente compasión por aquel hombre, aunque evidentemente la compasión forma parte de su ministerio.

En esta ocasión el milagro tiene además una función específica:

demostrar autoridad.

¿Autoridad para qué?

Para perdonar pecados.

Entonces Jesús mira al paralítico y dice:

“A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa.”

Marcos 2:11, RVR1960

Toda la casa debe haber quedado en silencio.

Ahora ya no había argumentos.

Había que esperar.

¿Se levantaría?

Marcos responde:

“Entonces él se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos...”

Marcos 2:12, RVR1960

El hombre que había entrado cargado por cuatro personas **salió caminando y cargando aquello que antes lo había cargado a él.**

Y Marcos registra la reacción:

“...de manera que todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa.”

Marcos 2:12, RVR1960

Jesús no evitó la pregunta; la llevó todavía más lejos

Aquí encontramos un detalle fundamental para nuestra investigación.

Los escribas plantearon una objeción teológicamente seria:

Solamente Dios puede perdonar pecados.

Jesús pudo haber respondido:

“No me entendieron. Yo no estoy afirmando poseer semejante autoridad”.

Pero no lo hizo.

En lugar de retirar la declaración, **realizó un milagro precisamente para demostrar que tenía esa autoridad.**

El razonamiento del relato es extraordinariamente sencillo:

Jesús declara perdonados los pecados de un hombre.

Los escribas piensan:

“Sólo Dios puede hacer eso.”

Jesús conoce su objeción.

Entonces dice, en esencia:

“Voy a demostrarles que el Hijo del Hombre tiene autoridad para hacerlo.”

Y sana al paralítico delante de ellos.

No estamos diciendo todavía que este episodio, aislado de todo lo demás, resuelva completamente la cuestión de la divinidad de Cristo.

Pero cuando lo colocamos junto a las demás afirmaciones que estamos estudiando, el cuadro comienza a hacerse cada vez más impresionante.

Un profeta podía anunciar el perdón; Jesús habla con autoridad propia

Esta distinción merece atención.

Los profetas del Antiguo Testamento podían anunciar que Dios perdonaría.

Natán, por ejemplo, después de que David confesara su pecado, le dijo:

“También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás.”

2 Samuel 12:13, RVR1960

Pero observe la diferencia.

Natán señala hacia Dios:

“Jehová ha remitido tu pecado.”

En Capernaum, Jesús se coloca frente al paralítico y declara:

“Hijo, tus pecados te son perdonados.”

Y cuando cuestionan su derecho para hacerlo, Jesús no dirige la atención hacia otra autoridad que esté actuando independientemente de Él.

Declara:

“El Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados.”

Estamos nuevamente frente a aquel título que acabamos de estudiar:

El Hijo del Hombre.

El personaje de Daniel 7 que recibe dominio y un reino eterno aparece ahora en labios de Jesús relacionado con una autoridad que sus propios adversarios reconocían como perteneciente a Dios.

¿Y si el hombre hubiera permanecido paralítico?

Hay una manera sencilla de comprender la fuerza del episodio.

Imagine que Jesús hubiera dicho:

“Para que sepan que tengo autoridad para perdonar pecados: levántate y anda.”

Y el hombre no hubiera podido levantarse.

La afirmación de Jesús habría quedado públicamente desacreditada.

El milagro era verificable.

Había personas presentes.

El hombre había llegado paralítico.

Y Jesús vinculó deliberadamente la sanidad física con su afirmación de poseer autoridad para perdonar.

Según el relato de Marcos, el hombre:

“se levantó en seguida”.

Eso explica el asombro de quienes estaban allí.

No solamente habían escuchado una enseñanza.

Habían presenciado una afirmación extraordinaria acompañada por un acto extraordinario.

Una pregunta que comienza a repetirse

Recordemos nuestro propósito.

No comenzamos esta serie diciendo al lector:

“Tiene que creer que Jesús es Dios.”

Estamos intentando reconstruir el caso paso a paso.

Estamos escuchando a Jesús dentro de su propio mundo.

Hasta ahora hemos encontrado:

“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”

Juan 8:58.

Después:

“Yo y el Padre uno somos.”

Juan 10:30.

Después descubrimos que Jesús se identifica con **el Hijo del Hombre** de Daniel, que viene con las nubes y recibe dominio eterno.

Y ahora encontramos algo diferente.

Jesús mira a un hombre y declara:

“Tus pecados te son perdonados.”

Los expertos religiosos presentes inmediatamente piensan:

“¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”

Y Jesús responde realizando un milagro para demostrar que:

“El Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados.”

Una afirmación podría ser malinterpretada.

Dos podrían ser discutidas.

Pero conforme avanzamos, comienza a aparecer **un patrón**.

Jesús habla de haber existido antes de Abraham.

Afirma una extraordinaria unidad con el Padre.

Se identifica con el Hijo del Hombre celestial de Daniel.

Y ahora reclama autoridad para perdonar pecados.

Por eso debemos continuar haciendo la misma pregunta:

¿Quién era realmente Jesús de Nazaret?

Porque si Jesús era solamente un maestro religioso, sus palabras comienzan a resultar difíciles de explicar.

Pero nuestra investigación apenas continúa.

Todavía quedan declaraciones aún más sorprendentes.

Referencias

Biblia Reina-Valera 1960: 2 Samuel 12:13; Salmo 51:4; Salmo 103:1-3; Isaías 43:25; Miqueas 7:18-19; Daniel 7:13-14; Marcos 2:1-12; Lucas 5:17-26.

France, R. T. *The Gospel of Mark*. The New International Greek Testament Commentary. Eerdmans, 2002.

Edwards, James R. *The Gospel according to Mark*. The Pillar New Testament Commentary. Eerdmans, 2002.

Keener, Craig S. *The IVP Bible Background Commentary: New Testament*. InterVarsity Press.

Bauckham, Richard. *Jesus and the God of Israel: God Crucified and Other Studies on the New Testament's Christology of Divine Identity*. Eerdmans, 2008.

1. “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”: Jesús se presenta como la fuente de agua viva

Juan 4:10-14; Juan 7:37-39. En las Escrituras Dios es llamado **fuentes de agua viva**; Jesús invita ahora a los sedientos a venir directamente a Él.

2. “Yo soy la resurrección y la vida”: Jesús afirma tener autoridad sobre la muerte

Juan 11:25-44. Jesús no solamente promete que habrá una resurrección: declara **“Yo soy la resurrección y la vida”**, y posteriormente llama a Lázaro fuera de la tumba.



06. “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”: Jesús se coloca como único acceso al Padre

Hay declaraciones de Jesús que, si realmente intentamos escucharlas como las habría escuchado una persona del siglo I, resultan difíciles de imaginar en labios de cualquier ser humano.

Esta es una de ellas.

Jesús dijo:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”

Juan 14:6, RVR1960

Después de casi dos mil años de cristianismo podemos leer estas palabras sin detenernos demasiado. Aparecen en predicaciones, libros, canciones y conversaciones cristianas. Nos resultan familiares.

Pero intentemos escucharlas nuevamente **como si nunca antes hubiéramos oído hablar de Jesús.**

Delante de nosotros hay un hombre de Nazaret.

Y aquel hombre no dice:

“Yo conozco el camino hacia Dios.”

Tampoco:

“Yo puedo enseñarles el camino.”

Ni siquiera:

“Dios me ha mostrado el camino.”

Jesús declara algo muchísimo más extraordinario:

“YO SOY el camino.”

Después añade:

“YO SOY la verdad.”

Y finalmente:

“YO SOY la vida.”

Pero todavía falta la parte más radical:

“Nadie viene al Padre, sino por mí.”

Si queremos investigar seriamente quién creía Jesús que era, difícilmente podemos pasar por alto estas palabras.

Una conversación pocas horas antes de la cruz

El contexto hace que la declaración sea todavía más significativa.

Jesús no pronunció estas palabras durante un discurso multitudinario. Se encontraba con sus discípulos durante las últimas horas antes de su arresto.

Les había anunciado que se marcharía.

Los discípulos estaban confundidos.

Jesús intenta consolarlos:

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.”

Juan 14:1, RVR1960

Detengámonos aquí antes de continuar.

Incluso esta frase resulta extraordinaria.

Jesús coloca paralelamente:

“Creéis en Dios...”

y:

“...creed también en mí.”

No les está pidiendo simplemente que recuerden sus enseñanzas después de su muerte.

Está reclamando para sí mismo **la confianza de sus discípulos**.

Después les habla de la casa de su Padre y declara:

“Voy, pues, a preparar lugar para vosotros.”

Juan 14:2, RVR1960

Y añade:

“Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo...”

Juan 14:3, RVR1960

Entonces Jesús les dice:

“Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino.”

Juan 14:4, RVR1960

Tomás, con esa sinceridad que lo caracteriza, responde:

“Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?”

Juan 14:5, RVR1960

La pregunta de Tomás prepara una de las respuestas más importantes de Jesús.

Tomás quiere conocer **un camino**.

Jesús le presenta **una persona**.

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida...”

En otras palabras, el camino hacia Dios no es presentado simplemente como una serie de instrucciones.

El camino es Jesús mismo.

“Yo soy el camino”

Esta afirmación merece ser examinada lentamente.

A lo largo de la historia, los maestros religiosos normalmente han señalado hacia algo que está fuera de ellos mismos.

Un profeta señala hacia Dios.

Un rabino enseña la Ley.

Un maestro explica cómo debe vivir una persona.

Pero Jesús hace algo diferente.

No dice simplemente:

“Sígueme porque conozco el camino.”

Dice:

“Yo soy el camino.”

Esto significa que, según Jesús, la reconciliación entre el ser humano y el Padre está inseparablemente relacionada con **su propia persona**.

Y después elimina cualquier posible ambigüedad:

“...nadie viene al Padre, sino por mí.”

La afirmación es universal.

Jesús no dice:

“Algunas personas pueden llegar al Padre por medio de mí”.

Dice:

“Nadie.”

No dice:

“Soy uno de los caminos”.

Dice:

“Yo soy el camino.”

Para un simple ser humano, semejante afirmación sería extraordinariamente difícil de justificar.

Imagine escuchar aquello hace dos mil años

Intentemos nuevamente colocarnos dentro de la escena.

Un hombre de aproximadamente treinta años nos dice:

Si quieres llegar a Dios, tienes que venir por medio de mí.

No está hablando solamente a personas de una aldea.

No está limitando la declaración a una generación.

La expresión es absoluta:

“Nadie viene al Padre, sino por mí.”

Si Jesús fuera solamente un maestro religioso, esta sería una afirmación desproporcionada.

Porque significaría que un hombre está colocando **su propia persona entre Dios y toda la humanidad.**

Precisamente por eso Juan 14:6 resulta tan importante para nuestra investigación.

Jesús no se limita a proporcionar información acerca de Dios.

Se coloca a sí mismo en el centro de la relación del ser humano con Dios.

“Yo soy la verdad”

La segunda afirmación resulta igualmente sorprendente.

Jesús no dice:

“Yo enseño la verdad.”

Eso sería perfectamente comprensible en labios de un maestro.

Tampoco dice:

“Conozco la verdad.”

Dice:

“Yo soy... la verdad.”

En el Antiguo Testamento, la verdad está profundamente relacionada con el carácter de Dios.

Moisés declara:

“Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él...”

Deuteronomio 32:4, RVR1960

El salmista ora:

“Encamíname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación...”

Salmo 25:5, RVR1960

Y ahora Jesús no solamente afirma enseñar esa verdad.

Se identifica personalmente con ella.

Esta idea aparece repetidamente en Juan.

Al comienzo del Evangelio leemos:

“...la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.”

Juan 1:17, RVR1960

Y frente a Pilato, Jesús declarará:

“Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad.”

Juan 18:37, RVR1960

La verdad, en las palabras de Jesús, no es simplemente una teoría que debemos comprender.

Está relacionada con **quién es Él.**

“Yo soy la vida”

Pero quizá la tercera expresión sea todavía más sorprendente:

“Yo soy la vida.”

Aquí necesitamos recordar nuevamente el mundo bíblico de Jesús.

¿Quién es la fuente de la vida en las Escrituras?

Dios.

El salmista declara:

“Porque contigo está el manantial de la vida...”

Salmo 36:9, RVR1960

Nehemías dice acerca de Dios:

“Tú solo eres Jehová; tú hiciste los cielos... y tú vivificas todas estas cosas...”

Nehemías 9:6, RVR1960

La vida procede de Dios.

Sin embargo, Jesús había realizado ya una declaración extraordinaria:

“Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida.”

Juan 5:21, RVR1960

Observe cuidadosamente.

El Padre da vida.

Y:

“El Hijo a los que quiere da vida.”

Posteriormente, frente a la tumba de Lázaro, Jesús no dirá solamente que cree en la resurrección.

Declarará:

“Yo soy la resurrección y la vida...”

Juan 11:25, RVR1960

Y ahora, en Juan 14, vuelve a decir:

“Yo soy... la vida.”

Estamos comenzando a encontrar nuevamente un patrón.

No solamente ofrece vida: afirma poseerla en sí mismo

Existe otra declaración de Jesús que lleva esta idea todavía más lejos:

“Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo.”

Juan 5:26, RVR1960

La expresión **“vida en sí mismo”** merece nuestra atención.

Nosotros tenemos vida, pero no somos la fuente independiente de nuestra propia existencia.

Nuestra vida es recibida.

Dependemos constantemente de condiciones externas para continuar viviendo.

Jesús, sin embargo, habla de una relación extraordinaria con el Padre y declara que el Hijo tiene **“vida en sí mismo”**.

Cuando esto se combina con:

“Yo soy la vida”

y:

“Yo soy la resurrección y la vida”

la afirmación adquiere dimensiones enormes.

“Nadie viene al Padre, sino por mí”

Ahora llegamos a la conclusión de la declaración.

Y quizá sea la parte que más dificultades produce en nuestra cultura contemporánea.

Jesús presenta una afirmación absolutamente exclusiva:

“Nadie viene al Padre, sino por mí.”

Debemos permitir que las palabras signifiquen lo que dicen.

Jesús está afirmando que **Él es el acceso al Padre.**

No está diciendo simplemente que su enseñanza es útil para acercarnos a Dios.

No se presenta como una posibilidad entre muchas.

Se coloca personalmente en medio de la relación entre Dios y la humanidad.

Eso plantea un problema enorme si Jesús era solamente un hombre.

Imagine a cualquier otro maestro de la historia diciendo:

“Ningún ser humano puede llegar a Dios excepto por medio de mí.”

Inmediatamente preguntaríamos:

¿Quién cree este hombre que es?

Y esa es precisamente la pregunta que estamos haciendo acerca de Jesús.

Pero Jesús todavía no había terminado

Lo verdaderamente sorprendente es que Juan 14:6 no constituye el final de esta conversación.

Jesús continúa:

“Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.”

Juan 14:7, RVR1960

Entonces Felipe hace una petición perfectamente comprensible:

“Señor, muéstranos el Padre, y nos basta.”

Juan 14:8, RVR1960

Y Jesús responde con otra declaración extraordinaria:

“¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre...”

Juan 14:9, RVR1960

Observe la progresión.

Creed en Dios; creed también en mí.

Yo soy el camino.

Yo soy la verdad.

Yo soy la vida.

Nadie viene al Padre sino por mí.

Si me conocéis, conoceréis al Padre.

El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.

Es difícil reducir todo esto a las palabras de un maestro que simplemente quería enseñar buenos principios morales.

La pregunta se vuelve cada vez más difícil de evitar

Recordemos nuevamente nuestra investigación.

No comenzamos afirmando la respuesta.

Estamos preguntando:

¿Quién creía Jesús que era?

Y estamos permitiendo que sus propias palabras construyan el caso.

Hasta ahora hemos escuchado:

“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”

“Yo y el Padre uno somos.”

Lo hemos visto identificarse con **el Hijo del Hombre** de Daniel.

Lo hemos visto reclamar autoridad para **perdonar pecados**.

Y ahora escuchamos:

“Yo soy el camino.”

“Yo soy la verdad.”

“Yo soy la vida.”

“Nadie viene al Padre, sino por mí.”

Poco a poco resulta cada vez más difícil presentar a Jesús simplemente como **un buen maestro religioso**.

Un buen maestro puede mostrar un camino.

Jesús afirma **ser el camino**.

Un profeta puede anunciar la verdad.

Jesús afirma **ser la verdad**.

Un hombre puede hablar acerca de la vida.

Jesús afirma **ser la vida**.

Y un maestro religioso puede intentar acercar a las personas hacia Dios.

Jesús declara:

“Nadie viene al Padre, sino por mí.”

Hace aproximadamente dos mil años, un hombre de Nazaret pronunció estas palabras.

La cuestión no es si nos parecen hermosas.

La cuestión es mucho más seria:

¿Tenía derecho a decirlas?

Porque si no era quien afirmaba ser, sus palabras resultan difíciles de explicar.

Pero si realmente era quien decía ser, entonces Juan 14:6 deja de ser simplemente una frase religiosa.

Se convierte en una de las declaraciones más trascendentales pronunciadas por un ser humano:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”

Y todavía Jesús hará una afirmación más sorprendente en aquella misma conversación:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Referencias

Biblia Reina-Valera 1960: Deuteronomio 32:4; Salmo 25:5; Salmo 36:9; Nehemías 9:6; Juan 1:1-4, 14-18; Juan 5:19-29; Juan 8:12; Juan 10:27-30; Juan 11:25-26; Juan 14:1-11; Juan 17:1-5; Juan 18:37.

Carson, D. A. *The Gospel According to John*. The Pillar New Testament Commentary. Eerdmans, 1991.

Keener, Craig S. *The Gospel of John: A Commentary*. Baker Academic, 2003.

Köstenberger, Andreas J. *John*. Baker Exegetical Commentary on the New Testament. Baker Academic, 2004.

Bauckham, Richard. *Jesus and the God of Israel: God Crucified and Other Studies on the New Testament's Christology of Divine Identity*. Eerdmans, 2008.

Hurtado, Larry W. *Lord Jesus Christ: Devotion to Jesus in Earliest Christianity*. Eerdmans, 2003.



07. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”: la extraordinaria respuesta de Jesús a Felipe

Hay momentos en los Evangelios en los que las palabras de Jesús resultan tan extraordinarias que necesitamos detenernos y preguntarnos cómo habrían sonado **antes de dos mil años de cristianismo.**

Este es uno de esos momentos.

Jesús está reunido con sus discípulos pocas horas antes de ser arrestado. Durante aproximadamente tres años aquellos jóvenes han caminado con Él, han escuchado sus enseñanzas y han presenciado acontecimientos extraordinarios.

Entonces Felipe le hace una petición:

“Señor, muéstranos el Padre, y nos basta.”

Juan 14:8, RVR1960

La petición parece completamente razonable.

Felipe quiere conocer mejor a Dios.

Pero la respuesta de Jesús es sorprendente:

“¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre...”

Juan 14:9, RVR1960

Intentemos escuchar esas palabras por primera vez.

Delante de Felipe hay un hombre.

Un hombre que come, duerme, camina, siente cansancio y puede ser tocado.

Y aquel hombre le dice:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

¿Qué clase de hombre puede decir algo así?

Felipe quería ver a Dios

Para comprender la magnitud de la petición de Felipe debemos recordar algo fundamental acerca del mundo bíblico.

El deseo de conocer y contemplar a Dios aparece repetidamente en las Escrituras.

Moisés había pedido:

“Te ruego que me muestres tu gloria.”

Éxodo 33:18, RVR1960

La respuesta de Dios dejó clara la enorme distancia existente entre la criatura y su Creador:

“No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá.”

Éxodo 33:20, RVR1960

Siglos después, Isaías tuvo una visión de la majestad divina y exclamó:

“¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.”

Isaías 6:5, RVR1960

Para un judío conocedor de las Escrituras, hablar de **ver a Dios** no era un asunto ligero.

Dios era invisible, santo y trascendente.

Juan mismo había escrito al comienzo de su Evangelio:

“A Dios nadie le vio jamás...”

Juan 1:18, RVR1960

Y ahora Felipe mira a Jesús y le dice:

“Muéstranos el Padre.”

Podríamos esperar que Jesús levantara los ojos hacia el cielo.

Podríamos esperar que respondiera:

“Felipe, algún día Dios se revelará a ustedes”.

O quizá:

“Yo puedo enseñarles cómo es el Padre”.

Pero Jesús hace algo completamente diferente.

Dirige la atención de Felipe **hacia Él mismo**.

“¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido?”

Esta parte de la respuesta puede pasar inadvertida.

Felipe había pedido:

“Muéstranos al Padre.”

Pero Jesús responde:

“¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?”

Observe el cambio.

Felipe pregunta por **el Padre**.

Jesús responde preguntando por qué todavía no lo ha conocido **a Él**.

Después explica:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

La conexión entre conocer a Jesús y conocer al Padre es extraordinariamente estrecha.

Esto ya había comenzado unos versículos antes.

Jesús había declarado:

“Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.”

Juan 14:7, RVR1960

¿Cómo podían afirmar haber visto al Padre?

Felipe no lo comprende.

Por eso pregunta.

Y Jesús responde:

Porque me han visto a mí.

¿Jesús estaba diciendo que Él era el Padre?

Aquí debemos hacer una precisión importante.

Jesús **no está diciendo que Él y el Padre sean la misma persona.**

Todo el Evangelio de Juan distingue claramente entre ambos.

El Padre envía al Hijo.

El Hijo habla con el Padre.

El Padre ama al Hijo.

Jesús ora al Padre.

Y precisamente en este mismo pasaje Jesús continúa hablando del Padre como alguien personalmente distinguible de Él.

Por tanto, cuando declara:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”

no significa:

“Yo soy el Padre.”

La afirmación es diferente y, en cierto sentido, todavía más profunda.

Jesús está afirmando que **Él revela de manera perfecta al Padre.**

Quien contempla quién es Jesús, su carácter, sus obras, su compasión, su santidad y su autoridad, está contemplando la revelación visible del Dios invisible.

Por eso Jesús continúa:

“¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?”

Juan 14:10, RVR1960

Nuevamente encontramos una relación que difícilmente podría describirse como la relación normal entre un profeta y Dios.

“Yo soy en el Padre, y el Padre en mí”

Recordemos una declaración que estudiamos anteriormente:

“Yo y el Padre uno somos.”

Juan 10:30, RVR1960

Ahora Jesús utiliza otro lenguaje:

“Yo soy en el Padre, y el Padre en mí.”

Y vuelve a repetirlo:

“Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí...”

Juan 14:11, RVR1960

Observe la insistencia.

Jesús no está describiendo simplemente una relación de obediencia.

Existe una profunda unidad entre el Padre y el Hijo.

Y Jesús afirma que esa relación puede observarse incluso en sus palabras y obras.

“Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras.”

Juan 14:10, RVR1960

Por eso añade:

“...de otra manera, creedme por las mismas obras.”

Juan 14:11, RVR1960

Una vez más encontramos el mismo patrón que hemos observado en otros episodios.

Jesús realiza afirmaciones extraordinarias acerca de su identidad y después señala hacia **sus obras** como evidencia que debe ser considerada.

El Dios invisible se hace visible

Aquí aparece uno de los grandes temas del Evangelio de Juan.

El Evangelio comienza con una afirmación impresionante:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.”

Juan 1:1, RVR1960

Después declara:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros...”

Juan 1:14, RVR1960

Y finalmente:

“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.”

Juan 1:18, RVR1960

Ahora podemos comprender mejor la respuesta a Felipe.

Felipe pregunta:

“Muéstranos el Padre.”

Jesús prácticamente le responde:

Felipe, eso es precisamente lo que has estado contemplando durante todo este tiempo.

No porque Jesús sea el Padre, sino porque **el Hijo hace visible al Dios que ningún ser humano puede contemplar directamente.**

Esta idea será expresada posteriormente de una manera extraordinariamente clara.

Pablo describe a Cristo como:

“...la imagen del Dios invisible...”

Colosenses 1:15, RVR1960

Y Hebreos declara que el Hijo es:

“...el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia...”

Hebreos 1:3, RVR1960

Debemos distinguir nuevamente las evidencias: Colosenses y Hebreos muestran cómo los primeros cristianos comprendieron posteriormente la identidad de Jesús. Pero resulta extraordinario observar cómo esas afirmaciones corresponden con las palabras atribuidas al propio Jesús:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Pensemos en lo que Jesús estaba diciendo

Supongamos que un gran profeta hubiera dicho:

“Si quieren conocer a Dios, escuchen el mensaje que Él me ha dado”.

Eso sería perfectamente comprensible.

Pero imagine que Moisés hubiera dicho:

“El que me ha visto a mí, ha visto a Dios.”

O que Isaías hubiera declarado:

“Si me conocen a mí, conocen a Dios.”

La afirmación habría resultado extraordinaria.

Los profetas señalaban hacia Dios.

Jesús repetidamente señala hacia **su propia persona**.

Esto es precisamente lo que hace que nuestra investigación resulte cada vez más interesante.

Jesús no solamente anuncia un mensaje acerca de Dios.

Afirma ser **la revelación personal del Padre**.

Jesús ya había dicho algo semejante

Esta no era la primera ocasión.

Anteriormente Jesús había declarado:

“El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió.”

Juan 12:44-45, RVR1960

Nuevamente:

“El que me ve...”

“...ve al que me envió.”

Y todavía encontramos otra declaración:

“El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece.”

Juan 15:23, RVR1960

Observe cómo Jesús relaciona continuamente la respuesta hacia Él con la respuesta hacia Dios.

Ver a Jesús → ver al Padre.

Conocer a Jesús → conocer al Padre.

Creer en Jesús → creer en quien lo envió.

Rechazar a Jesús → rechazar al Padre.

Una vez más debemos preguntar:

¿Quién puede hablar de esta manera?

Ahora escuchemos toda la conversación

Existe algo todavía más impactante cuando reunimos las declaraciones que aparecen en unos cuantos versículos de Juan 14.

Jesús dice:

“Creéis en Dios, creed también en mí.”

Juan 14:1

Después:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida...”

Juan 14:6

Después:

“...nadie viene al Padre, sino por mí.”

Juan 14:6

Después:

“Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais...”

Juan 14:7

Y finalmente:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Juan 14:9

Todo esto ocurre prácticamente dentro de la misma conversación.

Por eso resulta difícil explicar estas palabras diciendo simplemente:

“Jesús fue un gran maestro que enseñó a las personas acerca de Dios.”

Según Juan, Jesús está haciendo algo muchísimo mayor.

Está colocando **su propia identidad en el centro de nuestra comprensión de Dios.**

Intente escucharlo sin dos mil años de cristianismo

Volvamos nuevamente a nuestro ejercicio.

Olvidemos por unos momentos las iglesias.

Olvidemos las catedrales.

Olvidemos los libros de teología.

Olvidemos que millones de personas alrededor del mundo llaman a Jesús “Señor”.

Estamos hace aproximadamente dos mil años dentro de una habitación en Jerusalén.

Frente a nosotros hay un hombre procedente de Nazaret.

Felipe le pregunta:

“Señor, muéstranos el Padre.”

Y aquel hombre responde:

“¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?”

Después mira a quienes lo rodean y declara:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Si cualquier hombre común pronunciara semejantes palabras, probablemente nos alejaríamos profundamente preocupados por su estado mental.

Pero sus discípulos no terminaron alejándose de Jesús considerándolo simplemente un desequilibrado.

Ocurrió algo mucho más extraño.

Después de su muerte, aquellos hombres llegaron a proclamar públicamente que Jesús era **Señor**, y los primeros escritos cristianos terminaron describiéndolo como **la imagen del Dios invisible y el resplandor de la gloria de Dios**.

Eso no demuestra todavía que sus afirmaciones fueran verdaderas.

Pero plantea una pregunta histórica y teológica que no podemos ignorar:

¿Qué vieron aquellos hombres en Jesús para llegar a semejante conclusión?

La pregunta comienza a volverse inevitable

Nuestra investigación continúa acumulando evidencia.

Jesús ha dicho:

“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”

Después:

“Yo y el Padre uno somos.”

Se identificó con **el Hijo del Hombre** que viene con las nubes del cielo.

Reclamó autoridad para **perdonar pecados**.

Declaró:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.”

Y ahora afirma:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Una frase aislada podría discutirse.

Otra podría interpretarse de diferentes maneras.

Pero nosotros ya no estamos examinando una frase aislada.

Estamos observando **un patrón**.

Una y otra vez Jesús habla de sí mismo de una manera extraordinaria.

Por eso nuestra pregunta inicial comienza a adquirir todavía mayor fuerza:

¿Quién creía Jesús que era?

Y todavía nos espera una escena quizá más directa.

Después de la resurrección, uno de sus propios discípulos estará frente a Él y pronunciará unas palabras imposibles de confundir:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

La pregunta entonces será inevitable:

¿Qué hizo Jesús cuando un hombre lo llamó directamente Dios?

Referencias

Biblia Reina-Valera 1960: Éxodo 33:18-23; Isaías 6:1-5; Juan 1:1-18; Juan 10:27-30; Juan 12:44-45; Juan 14:1-11; Juan 15:23; Juan 17:1-5; Juan 20:26-29; Colosenses 1:15-17; Hebreos 1:1-3.

Carson, D. A. *The Gospel According to John*. The Pillar New Testament Commentary. Eerdmans, 1991.

Keener, Craig S. *The Gospel of John: A Commentary*. Baker Academic, 2003.

Köstenberger, Andreas J. *John*. Baker Exegetical Commentary on the New Testament. Baker Academic, 2004.

Bauckham, Richard. *Jesus and the God of Israel: God Crucified and Other Studies on the New Testament's Christology of Divine Identity*. Eerdmans, 2008.

Hurtado, Larry W. *Lord Jesus Christ: Devotion to Jesus in Earliest Christianity*. Eerdmans, 2003.



08. “Señor mío, y Dios mío”: Jesús acepta que Tomás lo llame Dios

Hasta ahora hemos escuchado a Jesús realizar afirmaciones extraordinarias acerca de sí mismo. Ha hablado de existir antes que Abraham, ha declarado su unidad con el Padre, se ha identificado con el Hijo del Hombre de Daniel, ha reclamado autoridad para perdonar pecados y ha dicho que quien lo ha visto a Él ha visto al Padre.

Pero ahora nuestra investigación llega a una escena diferente.

Esta vez no será Jesús quien pronuncie inicialmente la afirmación.

Será uno de sus propios discípulos.

Un hombre que había dudado.

Un hombre que había exigido evidencia.

Tomás estará frente a Jesús y pronunciará una de las confesiones más directas acerca de su identidad que encontramos en los Evangelios:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28, RVR1960

Y quizá lo más extraordinario no sea solamente lo que Tomás dijo.

Es también **lo que Jesús no hizo.**

No lo reprendió.

No rechazó sus palabras.

No dijo:

“Tomás, no me llames Dios”.

Por el contrario, Jesús respondió:

“Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.”

Juan 20:29, RVR1960

Para comprender la magnitud de esta escena debemos detenernos primero en una palabra que aparece constantemente en nuestras Biblias:

SEÑOR.

Porque detrás de esa palabra existe una historia extraordinaria.

De YHWH a Adonai y de Adonai a Kýrios

Para comprender qué podía significar llamar “**Señor**” a Jesús necesitamos regresar al Antiguo Testamento.

El Dios de Israel reveló a Moisés su nombre:

“YO SOY EL QUE SOY.”

Éxodo 3:14, RVR1960

Y posteriormente:

“Jehová, el Dios de vuestros padres... este es mi nombre para siempre...”

Éxodo 3:15, RVR1960

En el texto hebreo aparece el nombre divino representado por cuatro consonantes:

יהוה

Transliteradas normalmente:

YHWH

A estas cuatro letras se les conoce como **el Tetragrámaton**, palabra que significa literalmente “cuatro letras”.

Este era el nombre propio del Dios de Israel.

Con el transcurso del tiempo, dentro de la tradición judía se desarrolló un profundo respeto por este nombre. Para evitar pronunciarlo de manera irreverente, al leer las Escrituras en voz alta se comenzó a sustituir su pronunciación por otra palabra:

Adonai.

¿Qué significa Adonai?

La palabra hebrea אֲדֹנָי — *adon* significa básicamente **señor, amo o dueño**.

Puede utilizarse para referirse a una persona que posee autoridad.

Pero la forma **Adonai** llegó a utilizarse de manera característica como una forma reverente de dirigirse al Dios de Israel.

Por eso, cuando un lector judío encontraba en el texto:

YHWH

no necesariamente pronunciaba el nombre.

Leía:

Adonai — “Señor”.

Así, una cosa es lo que estaba **escrito**:

YHWH

y otra lo que tradicionalmente podía **pronunciarse al leerlo**:

Adonai.

Esta distinción es importantísima.

Adonai no era simplemente otro nombre escrito en lugar de YHWH en todos esos textos. Funcionaba como **sustitución reverencial al pronunciar el nombre divino**.

Por eso, para un judío familiarizado con las Escrituras, llamar a Dios **Adonai** tenía una enorme carga religiosa.

¿Y de dónde aparece Kýrios?

Ahora sucede algo fundamental para comprender el Nuevo Testamento.

Durante los siglos anteriores a Jesús, las Escrituras hebreas comenzaron a traducirse al griego. La colección de traducciones griegas del Antiguo Testamento es conocida generalmente como **la Septuaginta**.

¿Y qué palabra griega encontramos ampliamente utilizada para traducir títulos como *Adonai* y, en la tradición textual que recibió la Iglesia, para representar el nombre divino YHWH?

Κύριος — Kýrios.

Su significado básico es:

Señor.

Por tanto, podemos visualizar la relación de esta manera:

YHWH → leído reverentemente como ADONAI → representado ampliamente en griego como KÝRIOS → traducido al español como SEÑOR.

Esto será extraordinariamente importante.

Porque los primeros cristianos escribieron el Nuevo Testamento en griego.

Y una de las palabras que comenzaron a utilizar constantemente para Jesús fue precisamente:

KÝRIOS — SEÑOR.

Pero debemos hacer una precisión fundamental

Aquí sería muy fácil exagerar el argumento.

No debemos hacerlo.

Kýrios no significa automáticamente “Dios” cada vez que aparece.

La palabra podía utilizarse en el lenguaje cotidiano como una expresión de respeto equivalente, dependiendo del contexto, a:

señor, amo, dueño.

Por ejemplo, alguien podía dirigirse respetuosamente a otra persona utilizando *kýrios* sin estar afirmando que aquella persona era Dios.

De manera semejante, la palabra hebrea *adon* podía utilizarse para señores humanos.

Por tanto, no sería correcto afirmar:

“Cada vez que alguien llamó Señor a Jesús estaba necesariamente llamándolo YHWH.”

Eso iría más allá de la evidencia.

La pregunta correcta es:

¿En qué contexto llaman Kýrios a Jesús?

Y aquí comienza lo verdaderamente extraordinario.

Porque existen lugares en el Nuevo Testamento donde textos del Antiguo Testamento que hablan de **YHWH** son aplicados directamente a **Jesús**.

Entonces *Kýrios* deja de ser simplemente una fórmula de cortesía.

Un ejemplo extraordinario: preparar el camino de YHWH

Marcos comienza su Evangelio hablando de Juan el Bautista:

“Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas.”

Marcos 1:3, RVR1960

La palabra griega utilizada es:

Kýrios.

Pero Marcos está citando al profeta Isaías.

Regresemos al texto original:

“Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios.”

Isaías 40:3, RVR1960

¿Para quién debía prepararse el camino en Isaías?

Para Jehová — YHWH.

¿Para quién prepara Juan el Bautista el camino en el Evangelio?

Para Jesús.

Eso resulta extraordinariamente significativo.

Un texto que originalmente habla de preparar el camino para YHWH es utilizado por el Evangelio para describir la llegada de Jesús.

Otro ejemplo: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor”

El profeta Joel había escrito:

“Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo...”

Joel 2:32, RVR1960

Pablo cita este mismo texto en Romanos:

“Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”

Romanos 10:13, RVR1960

Pero observe el contexto inmediato:

“Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor...”

Romanos 10:9, RVR1960

Aquí la relación resulta mucho más profunda que simplemente llamar respetuosamente “señor” a un maestro.

Pablo está utilizando lenguaje escritural acerca del Señor dentro de una confesión centrada en **Jesucristo como Kýrios**.

Entonces llegamos a Tomás

Con todo este trasfondo regresemos ahora a aquella habitación.

Jesús ha sido crucificado.

Los discípulos afirman haberlo visto vivo.

Pero Tomás no estaba presente.

Cuando le cuentan:

“Al Señor hemos visto.”

Juan 20:25, RVR1960

Tomás se niega a creer solamente por el testimonio de los demás.

Responde:

“Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.”

Juan 20:25, RVR1960

Tomás quiere evidencia.

Ocho días después los discípulos están nuevamente reunidos.

Tomás está con ellos.

Entonces Jesús aparece.

Y se dirige directamente al hombre que había dudado:

“Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.”

Juan 20:27, RVR1960

Tomás está ahora frente al Jesús crucificado y vivo.

Y responde:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28, RVR1960

En griego:

Ho Kýrios mou kai ho Theós mou.

Es decir:

“El Señor mío y el Dios mío.”

Aquí ya no necesitamos preguntarnos si *Kýrios* significa simplemente “señor” como tratamiento respetuoso.

Porque Tomás añade inmediatamente:

Theós mou — “Dios mío”.

La confesión es directa.

Personal.

Y está dirigida a Jesús.

“Dios mío”: palabras con un enorme trasfondo bíblico

La expresión **“mi Dios”** tampoco era trivial para un judío.

Aparece repetidamente en las Escrituras como una manera de dirigirse al Dios de Israel.

David había declarado:

“Jehová, roca mía y castillo mío... Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré...”

Salmo 18:2, RVR1960

El Salmo 35 dice:

“Dios mío y Señor mío.”

Salmo 35:23, RVR1960

Y ahora Tomás está frente a Jesús diciendo:

“Señor mío, y Dios mío.”

Esta es una de las confesiones cristológicas más explícitas de todo el Evangelio de Juan.

Lo verdaderamente sorprendente: Jesús lo acepta

Ahora llegamos a un detalle fundamental.

En las Escrituras existen ejemplos donde seres humanos o seres celestiales **rechazan inmediatamente honores que pertenecen a Dios.**

Cuando Cornelio se postró delante de Pedro, el apóstol reaccionó:

“Mas Pedro le levantó, diciendo: Levántate, pues yo mismo también soy hombre.”

Hechos 10:26, RVR1960

Cuando Juan intentó postrarse delante del ángel en Apocalipsis, este respondió:

“Mira, no lo hagas... Adora a Dios.”

Apocalipsis 22:9, RVR1960

Existe una línea que las criaturas no deben cruzar.

Por eso resulta tan importante observar la reacción de Jesús ante Tomás.

Tomás declara:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

¿Y Jesús responde:

“No, Tomás. Solamente soy un profeta”?

No.

¿Dice:

“No me llames Dios”?

No.

¿Corrige la confesión?

No.

Jesús responde:

“Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.”

Juan 20:29, RVR1960

Jesús interpreta las palabras de Tomás como **una expresión de fe.**

No como blasfemia.

No como un error que necesita corrección.

Como fe.

Y Juan coloca esta confesión casi al final de su Evangelio

Esto resulta todavía más impresionante cuando observamos cómo está construido el Evangelio.

Juan comienza diciendo:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.”

Juan 1:1, RVR1960

Y hacia el final encontramos a Tomás frente a Jesús declarando:

“Señor mío, y Dios mío.”

Es como si el Evangelio comenzara y terminara su gran presentación de Jesús con la misma afirmación.

Al principio:

“El Verbo era Dios.”

Al final:

“Dios mío.”

Y apenas unos versículos después Juan explica por qué escribió su Evangelio:

“Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.”

Juan 20:31, RVR1960

La confesión de Tomás no aparece accidentalmente allí.

Forma parte del clímax de todo el relato.

“Jesús es Señor”: una confesión que adquirió dimensiones enormes

Después de la resurrección encontramos repetidamente una confesión central entre los primeros cristianos:

Jesús es Señor.

Pablo escribe:

“...nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo.”

1 Corintios 12:3, RVR1960

Y en Romanos:

“...si confesares con tu boca que Jesús es el Señor...”

Romanos 10:9, RVR1960

Pero quizá el ejemplo más impresionante aparece en Filipenses.

Pablo dice que llegará el momento en que:

“...en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra...”

Filipenses 2:10, RVR1960

Y:

“...toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”

Filipenses 2:11, RVR1960

¿Por qué esto resulta tan importante?

Porque Pablo está utilizando lenguaje procedente de Isaías 45.

Allí YHWH declara:

“Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más.”

Isaías 45:22, RVR1960

Después:

“Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua.”

Isaías 45:23, RVR1960

En Isaías:

toda rodilla se dobla ante YHWH.

En Filipenses:

toda rodilla se dobla en el nombre de Jesús y toda lengua confiesa que Jesucristo es Kýrios.

Aquí difícilmente podemos reducir *Kýrios* a un simple:

“señor, maestro”.

Los primeros cristianos están incluyendo a Jesús dentro del lenguaje mediante el cual las Escrituras hablaban del Dios de Israel.

Ahora regresemos nuevamente al siglo I

Intentemos sentir el peso de todo esto.

Somos judíos.

Desde nuestra infancia hemos escuchado:

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.”

Deuteronomio 6:4, RVR1960

Cuando encontramos **YHWH** en las Escrituras, existe una tradición reverente de decir:

Adonai.

Cuando esas Escrituras son leídas en griego encontramos ampliamente:

Kýrios.

Y ahora aparece Jesús.

Sus seguidores comienzan a llamarlo:

Kýrios.

Textos que hablaban de **YHWH** comienzan a ser aplicados a Jesús.

Se prepara para Jesús el camino que Isaías decía preparar para **YHWH**.

La salvación vinculada en Joel a invocar el nombre de **YHWH** aparece en Pablo dentro de la proclamación de Jesús como **Señor**.

La rodilla que Isaías decía que se doblaría ante **YHWH** aparece doblándose ante Jesús.

Y finalmente uno de los hombres que caminó con Él se encuentra frente al Resucitado y declara:

“¡SEÑOR MÍO, Y DIOS MÍO!”

Jesús no lo corrige.

Jesús acepta la confesión.

Y responde:

“Creíste.”

Ya no estamos frente a una sola declaración

Este punto es fundamental para nuestra investigación.

Si solamente tuviéramos Juan 20:28, ya tendríamos un texto extraordinario.

Pero no lo tenemos aislado.

Tenemos un patrón que continúa creciendo.

Jesús ha dicho:

“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”

Ha declarado:

“Yo y el Padre uno somos.”

Se ha identificado con el **Hijo del Hombre** de Daniel.

Ha reclamado autoridad para **perdonar pecados**.

Ha declarado:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.”

Ha dicho:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Y ahora un discípulo se encuentra frente a Él y declara:

“Señor mío, y Dios mío.”

Y Jesús acepta su confesión.

Entonces nuestra pregunta se vuelve cada vez más difícil de evitar:

¿Quién era realmente Jesús de Nazaret?

Porque estamos llegando a un punto donde la explicación:

“Jesús solamente fue un buen maestro religioso”

comienza a resultar insuficiente para explicar los propios textos.

Pero todavía nos falta una evidencia particularmente impactante.

En las Escrituras, hombres fieles y ángeles se niegan a recibir la adoración que corresponde a Dios.

Sin embargo, los Evangelios presentan repetidamente personas **postrándose y adorando a Jesús**.

La siguiente pregunta será inevitable:

¿Qué hizo Jesús cuando las personas lo adoraron?

Referencias

Biblia Reina-Valera 1960: Éxodo 3:13-15; Deuteronomio 6:4; Salmo 18:2; Salmo 35:23; Isaías 40:3; Isaías 45:22-23; Joel 2:32; Marcos 1:1-3; Juan 1:1-18; Juan 20:24-31; Hechos 10:25-26; Romanos 10:9-13; 1 Corintios 12:3; Filipenses 2:5-11; Apocalipsis 19:10; Apocalipsis 22:8-9.

Bauckham, Richard. *Jesus and the God of Israel: God Crucified and Other Studies on the New Testament's Christology of Divine Identity*. Eerdmans, 2008.

Hurtado, Larry W. *Lord Jesus Christ: Devotion to Jesus in Earliest Christianity*. Eerdmans, 2003.

Carson, D. A. *The Gospel According to John*. The Pillar New Testament Commentary. Eerdmans, 1991.

Keener, Craig S. *The Gospel of John: A Commentary*. Baker Academic, 2003.

Köstenberger, Andreas J. *John*. Baker Exegetical Commentary on the New Testament. Baker Academic, 2004.

Tov, Emanuel. *Textual Criticism of the Hebrew Bible*. Fortress Press. Para el estudio de la transmisión del texto hebreo y el Tetragrámaton.

Jobs, Karen H. y Moisés Silva. *Invitation to the Septuagint*. Baker Academic. Para el estudio de la Septuaginta y la transmisión griega de las Escrituras hebreas.



09. Jesús acepta adoración: ¿por qué no la rechazó?

Estamos llegando a uno de los momentos más delicados de nuestra investigación acerca de la identidad de Jesús.

Hasta ahora hemos escuchado sus palabras. Jesús declaró existir antes que Abraham, habló de una extraordinaria unidad con el Padre, se identificó con el Hijo del Hombre de Daniel, reclamó autoridad para perdonar pecados, afirmó ser el camino, la verdad y la vida, y declaró que quien lo había visto a Él había visto al Padre.

Después encontramos algo todavía más directo.

Tomás estuvo frente al Jesús resucitado y exclamó:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28, RVR1960

Jesús no lo corrigió.

Pero ahora debemos examinar algo diferente.

¿Qué sucedió cuando seres humanos se postraron delante de Jesús y lo adoraron?

La pregunta resulta especialmente importante porque, dentro de las Escrituras, la adoración pertenece a Dios. Cuando hombres piadosos o ángeles reciben equivocadamente esta clase de homenaje, encontramos ocasiones en las que lo rechazan inmediatamente.

Sin embargo, en los Evangelios encontramos repetidamente personas postrándose delante de Jesús.

Y Jesús **no las detiene**.

¿Por qué?

La adoración pertenecía a Dios

Para comprender la importancia de estos episodios necesitamos regresar nuevamente al mundo religioso de Jesús.

Israel no era un pueblo al que se le permitiera adorar libremente a diferentes seres divinos.

Uno de los mandamientos fundamentales decía:

“No tendrás dioses ajenos delante de mí.”

Éxodo 20:3, RVR1960

Y continuaba:

“No te inclinarás a ellas, ni las honrarás...”

Éxodo 20:5, RVR1960

Deuteronomio declara:

“A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás...”

Deuteronomio 6:13, RVR1960

Pero existe algo todavía más importante para nuestro estudio.

Jesús mismo confirmó este principio.

Durante las tentaciones, Satanás le dijo:

“Todo esto te daré, si postrado me adorares.”

Mateo 4:9, RVR1960

Jesús respondió:

“Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.”

Mateo 4:10, RVR1960

Esta declaración resulta fundamental.

Jesús sabía perfectamente que la adoración pertenece a Dios.

No estamos frente a alguien que desconocía las Escrituras o que no comprendía el significado de la adoración.

Jesús mismo había declarado:

“Al Señor tu Dios adorarás.”

Guardemos esas palabras.

Porque posteriormente veremos personas adorando al propio Jesús.

Pedro se negó a recibir un honor indebido

Existe una comparación particularmente útil en el libro de Hechos.

Cuando el centurión Cornelio recibió a Pedro:

“Cornelio salió a recibirle, y postrándose a sus pies, adoró.”

Hechos 10:25, RVR1960

¿Cómo reaccionó Pedro?

Inmediatamente:

“Mas Pedro le levantó, diciendo: Levántate, pues yo mismo también soy hombre.”

Hechos 10:26, RVR1960

Observe la reacción.

Pedro no permitió que continuara.

“Levántate.”

¿Y cuál fue su explicación?

“Yo mismo también soy hombre.”

Pedro conocía su lugar.

Era apóstol.

Había caminado con Jesús.

Había realizado milagros.

Pero seguía siendo una criatura.

Y cuando alguien se postró ante él de manera inapropiada, inmediatamente lo levantó.

Los ángeles también rechazan la adoración

Encontramos algo todavía más impresionante en Apocalipsis.

Juan queda tan sobrecogido por lo que está contemplando que cae delante de un ángel:

“Yo me postré a sus pies para adorarlo.”

Apocalipsis 19:10, RVR1960

La reacción del ángel es inmediata:

“Y él me dijo: Mira, no lo hagas...”

Y después:

“Adora a Dios.”

Apocalipsis 19:10, RVR1960

La situación vuelve a ocurrir al final del libro.

Juan dice:

“Me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas.”

Apocalipsis 22:8, RVR1960

Y nuevamente el ángel responde:

“Mira, no lo hagas...”

Y concluye:

“Adora a Dios.”

Apocalipsis 22:9, RVR1960

El principio resulta clarísimo.

Pedro:

“Levántate.”

El ángel:

“No lo hagas.”

¿Por qué?

“Adora a Dios.”

Ahora estamos preparados para regresar a Jesús.

Los discípulos adoraron a Jesús

Una de las escenas más impresionantes ocurrió en el mar de Galilea.

Los discípulos se encontraban en una barca durante una tormenta.

Jesús se acercó a ellos caminando sobre el agua.

Pedro incluso salió de la barca e intentó caminar hacia Él. Cuando comenzó a hundirse, Jesús lo rescató.

Entonces ambos subieron a la embarcación.

Mateo dice:

“Y cuando ellos subieron en la barca, se calmó el viento.”

Mateo 14:32, RVR1960

La reacción de los discípulos resulta extraordinaria:

**“Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo:
Verdaderamente eres Hijo de Dios.”**

Mateo 14:33, RVR1960

Detengámonos.

Los discípulos acaban de contemplar a Jesús **caminando sobre el mar.**

Lo han visto dominar el viento.

Entonces:

“le adoraron”.

Y dijeron:

“Verdaderamente eres Hijo de Dios.”

¿Y qué hizo Jesús?

No encontramos:

“Levántense, yo también soy solamente un hombre.”

Tampoco:

“No lo hagan. Adoren solamente a Dios.”

Jesús **recibe aquella acción.**

Incluso el escenario tiene un trasfondo sorprendente

Para nosotros caminar sobre el agua puede ser simplemente un milagro espectacular.

Pero el Antiguo Testamento utiliza imágenes semejantes al describir el poder de Dios.

Job declara acerca de Dios:

“Él solo extendió los cielos, y anda sobre las ondas del mar.”

Job 9:8, RVR1960

El Salmo 77 describe poéticamente:

“En el mar fue tu camino, y tus sendas en las muchas aguas...”

Salmo 77:19, RVR1960

Ahora Mateo presenta a Jesús caminando sobre las aguas, calmando el viento y recibiendo la respuesta:

“Verdaderamente eres Hijo de Dios.”

Y los discípulos:

“le adoraron”.

Un hombre sanado termina adorando a Jesús

Juan conserva otro episodio particularmente importante.

Jesús había sanado a un hombre que había nacido ciego.

Después de una larga controversia con las autoridades religiosas, aquel hombre fue expulsado.

Jesús lo encontró y le preguntó:

“¿Crees tú en el Hijo de Dios?”

Juan 9:35, RVR1960

El hombre respondió:

“¿Quién es, Señor, para que crea en él?”

Juan 9:36, RVR1960

Jesús contestó:

“Pues le has visto, y el que habla contigo, él es.”

Juan 9:37, RVR1960

Entonces ocurre algo extraordinario:

“Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró.”

Juan 9:38, RVR1960

La secuencia es muy clara.

Jesús revela su identidad.

El hombre responde:

“Creo, Señor.”

Y después:

“le adoró”.

Nuevamente no aparece ninguna corrección.

Jesús no le dice:

“Puedes creer en mí, pero no debes adorarme”.

La adoración es recibida.

Después de la resurrección ocurre nuevamente

Quizá las escenas más impresionantes aparecen después de la resurrección.

Mateo relata que unas mujeres encontraron a Jesús resucitado.

“Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve!”

Mateo 28:9, RVR1960

¿Qué hicieron ellas?

“Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron.”

Mateo 28:9, RVR1960

Observe la descripción física.

No estamos simplemente ante una emoción interior.

Las mujeres:

se acercaron,

abrazaron sus pies

y:

“le adoraron”.

Jesús no las detuvo.

Pero todavía falta otra escena.

Poco después, los discípulos se encuentran con Jesús en Galilea.

Mateo escribe:

“Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban.”

Mateo 28:17, RVR1960

Otra vez:

“Le adoraron.”

Y precisamente después de recibir esa adoración, Jesús declara:

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.”

Mateo 28:18, RVR1960

La combinación resulta extraordinaria.

Lo ven.

Lo adoran.

Y Jesús declara:

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.”

No alguna autoridad.

Toda potestad.

¿Realmente significa “adorar”?

Aquí necesitamos introducir una precisión para que nuestro argumento sea sólido.

La palabra griega utilizada en muchos de estos pasajes es **proskynéō** (*προσκυνέω*).

Puede significar **postrarse, rendir homenaje o adorar**, dependiendo del contexto.

Por tanto, sería incorrecto afirmar que cada aparición de *proskynéō* en la literatura griega significa necesariamente adoración divina.

Una persona podía postrarse ante un rey o una autoridad sin considerarla Dios.

La pregunta nuevamente es:

¿Cuál es el contexto?

Y en el caso de Jesús encontramos una acumulación extraordinaria de elementos.

Jesús mismo había dicho:

“Al Señor tu Dios adorarás.”

Pedro rechaza que alguien se postre ante él de manera indebida.

Los ángeles rechazan adoración y dicen:

“Adora a Dios.”

Pero Jesús repetidamente recibe *proskynéō*.

Además, algunos de estos episodios aparecen acompañados por confesiones acerca de su identidad:

“Verdaderamente eres Hijo de Dios.”

“Creo, Señor.”

Y después de la resurrección, la adoración aparece junto a la declaración:

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.”

Por eso no debemos construir el argumento sobre una sola palabra griega.

Es el conjunto de la evidencia lo que resulta significativo.

Pedro dice “levántate”; Jesús permite que permanezcan postrados

La comparación resulta difícil de ignorar.

Cornelio ante Pedro:

Se postra.

Pedro lo levanta.

“Yo mismo también soy hombre.”

Juan ante el ángel:

Se postra para adorarlo.

El ángel lo detiene.

“No lo hagas... Adora a Dios.”

Los discípulos ante Jesús:

Se postran.

Lo adoran.

Jesús lo recibe.

El hombre que había sido ciego:

“Creo, Señor.”

Lo adora.

Jesús lo recibe.

Las mujeres ante Jesús resucitado:

Abrazan sus pies.

Lo adoran.

Jesús lo recibe.

Los discípulos en Galilea:

Lo ven.

Lo adoran.

Jesús declara:

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.”

La diferencia merece una explicación.

¿Por qué Jesús no la rechazó?

Llegamos entonces a nuestra pregunta central.

Si Jesús era solamente un hombre, ¿por qué permitió acciones que otros siervos de Dios rechazaron?

Recordemos además que Jesús conocía perfectamente el mandamiento:

“Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.”

Él mismo lo había citado.

Por tanto, difícilmente podemos explicar estos episodios suponiendo que Jesús simplemente desconocía que la adoración pertenecía a Dios.

Las posibilidades comienzan a reducirse.

O los Evangelios están presentando equivocadamente lo sucedido.

O las acciones descritas no significaban adoración divina en esos contextos.

O Jesús estaba aceptando conscientemente una respuesta hacia su persona que, dentro del marco bíblico, adquiere una dimensión extraordinariamente elevada.

Y cuando colocamos estos episodios junto con todo lo que ya hemos estudiado, la tercera posibilidad merece ser tomada muy seriamente.

Ahora reunamos las piezas

Recordemos cómo comenzó nuestra investigación.

Nos preguntamos:

Si Dios existe, ¿es posible que haya entrado personalmente en la historia?

Entonces apareció ante nosotros Jesús de Nazaret.

Y decidimos no comenzar aceptando una doctrina.

Decidimos simplemente **escucharlo y observarlo**.

¿Qué hemos encontrado?

Jesús declaró:

“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”

Después:

“Yo y el Padre uno somos.”

Se identificó con el **Hijo del Hombre** de Daniel que viene con las nubes y recibe dominio eterno.

Perdonó pecados y, cuando cuestionaron su autoridad, realizó un milagro para demostrar que:

“El Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados.”

Después declaró:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.”

A Felipe le dijo:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Tomás estuvo frente a Él y exclamó:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Jesús aceptó aquella confesión.

Y ahora encontramos algo más:

las personas lo adoraron.

No una sola vez.

En diferentes momentos.

Antes y después de la resurrección.

Y Jesús no respondió como Pedro:

“Levántate, yo también soy hombre.”

Ni como el ángel:

“Mira, no lo hagas... Adora a Dios.”

Jesús recibió aquella respuesta.

¿Qué hacemos entonces con Jesús?

Hace aproximadamente dos mil años apareció en Galilea un hombre.

Sus contemporáneos podían tocarlo.

Podían escucharlo.

Podían verlo comer y dormir.

Sabían de dónde procedía.

Y sin embargo, alrededor de aquel hombre comenzaron a ocurrir cosas extraordinarias.

Habló como ningún maestro ordinario.

Reclamó autoridad que sus propios adversarios relacionaban con Dios.

Aceptó que lo llamaran **Señor y Dios**.

Y permitió que seres humanos se postraran delante de Él.

Si Jesús fuera solamente un hombre, todo esto resulta profundamente desconcertante.

Pero existe otra posibilidad.

Quizá la pregunta no sea:

¿Por qué Jesús permitió que lo adoraran si era solamente un hombre?

Quizá debemos preguntarnos:

¿Y si precisamente la razón por la que no rechazó la adoración es que no era solamente un hombre?

No necesitamos apresurarnos.

Todavía debemos examinar más evidencia.

Pero después de todo lo que hemos visto, una conclusión comienza a resultar difícil de evitar:

Jesús de Nazaret ciertamente no habló ni actuó como alguien que se considerara simplemente un maestro religioso más.

La verdadera pregunta continúa frente a nosotros:

¿Era realmente quien afirmaba ser?

Referencias

Biblia Reina-Valera 1960: Éxodo 20:1-6; Deuteronomio 6:13; Job 9:8; Salmo 77:16-20; Mateo 4:8-10; Mateo 14:22-33; Mateo 28:8-10, 16-20; Juan 5:18-23; Juan 9:35-38; Juan 20:24-29; Hechos 10:25-26; Apocalipsis 19:9-10; Apocalipsis 22:8-9.

France, R. T. *The Gospel of Matthew*. New International Commentary on the New Testament. Eerdmans, 2007.

Carson, D. A. *The Gospel According to John*. The Pillar New Testament Commentary. Eerdmans, 1991.

Keener, Craig S. *The Gospel of John: A Commentary*. Baker Academic, 2003.

Bauckham, Richard. *Jesus and the God of Israel: God Crucified and Other Studies on the New Testament's Christology of Divine Identity*. Eerdmans, 2008.

Hurtado, Larry W. *Lord Jesus Christ: Devotion to Jesus in Earliest Christianity*. Eerdmans, 2003.

Liddell, H. G., Scott, R. y Jones, H. S. *A Greek-English Lexicon*. Entrada προσκυνέω (*proskynéō*), para el rango semántico de postrarse, rendir homenaje y adorar.



10. “Al tercer día resucitaré”: Jesús anunció su propia muerte y resurrección

Hay afirmaciones de Jesús que sorprenden por su autoridad. Otras impresionan por la manera en que habla acerca de Dios, del perdón, de la vida eterna o de su propia identidad.

Pero existe otra clase de declaración que produce una sensación distinta.

Jesús anunció anticipadamente que moriría... y que después resucitaría.

No una vez.

Varias veces.

Y esto cambia completamente la naturaleza de nuestra investigación.

Porque una cosa es que alguien diga:

“Algún día voy a morir.”

Todos los seres humanos podemos decirlo.

Pero otra cosa muy diferente es anunciar con anticipación:

que será rechazado, que será entregado, que será condenado, que morirá violentamente y que después volverá a vivir.

Eso ya no es una afirmación común.

Y si realmente fue pronunciada antes de los acontecimientos que describe, entonces estamos frente a algo que merece ser examinado con enorme atención.

Jesús no habló de su muerte como una posibilidad

En determinado momento de su ministerio, Jesús comenzó a hablar de manera cada vez más directa acerca de lo que le esperaba.

Marcos registra:

“Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días.”

Marcos 8:31, RVR1960

Observe los elementos.

Jesús afirma que:

padecerá,

será rechazado,

será muerto,

y:

resucitará después de tres días.

No habla de una posibilidad remota.

No dice:

“Quizá algún día me maten”.

Presenta los acontecimientos como algo que ocurrirá.

La reacción de Pedro demuestra que no era algo que los discípulos esperaban

El siguiente versículo es muy importante.

Marcos dice:

“Esto les decía claramente.”

Marcos 8:32, RVR1960

No era una parábola difícil de comprender.

Jesús estaba hablando **claramente**.

¿Y cómo reaccionó Pedro?

“Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle.”

Marcos 8:32, RVR1960

Mateo conserva incluso las palabras de Pedro:

“Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca.”

Mateo 16:22, RVR1960

Esto resulta muy significativo.

Los discípulos no parecen haber inventado posteriormente estas predicciones porque esperaran naturalmente un Mesías crucificado.

Todo lo contrario.

La idea los desconcertaba.

Pedro incluso intenta convencer a Jesús de que aquello no ocurrirá.

Pero Jesús continúa anunciándolo.

Lo volvió a decir

Después, mientras atravesaban Galilea, Jesús repitió la predicción:

“El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día.”

Marcos 9:31, RVR1960

La reacción de los discípulos vuelve a ser reveladora:

“Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle.”

Marcos 9:32, RVR1960

Intentemos imaginar esa conversación.

El hombre al que están siguiendo les dice:

Van a matarme.

Y después añade:

Voy a resucitar.

Los discípulos no saben qué hacer con aquello.

Marcos dice que:

no lo entendían

y:

tenían miedo de preguntarle.

Es difícil imaginar una reacción más humana.

Y lo anunció todavía una tercera vez con más detalles

Mientras se dirigían hacia Jerusalén, Jesús volvió a reunir a sus discípulos.

Esta vez la predicción se vuelve todavía más específica:

“He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.”

Marcos 10:33-34, RVR1960

Detengámonos.

Ahora Jesús anuncia:

el lugar: Jerusalén,

quiénes intervendrán: principales sacerdotes y escribas,

que será condenado,

que será entregado a los gentiles,

que será burlado,

que será azotado,

que será escupido,

que será muerto,

y nuevamente:

“al tercer día resucitará.”

La predicción ya no es genérica.

Tiene una secuencia.

Y resulta difícil leerla sabiendo lo que posteriormente ocurrió sin sentir cierta inquietud.

Era para que a cualquiera se le erizara la piel.

“Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”

El Evangelio de Juan conserva otra declaración temprana.

Después de la purificación del templo, algunos le piden una señal a Jesús.

Él responde:

“Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.”

Juan 2:19, RVR1960

Sus interlocutores piensan que está hablando del edificio.

Por eso responden:

“En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?”

Juan 2:20, RVR1960

Pero Juan explica:

“Mas él hablaba del templo de su cuerpo.”

Juan 2:21, RVR1960

Y añade algo importantísimo:

“Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto...”

Juan 2:22, RVR1960

Nuevamente aparece la misma idea.

Jesús habla anticipadamente de su muerte y de volver a levantarse.

La señal de Jonás

En otra ocasión algunos escribas y fariseos pidieron una señal.

Jesús respondió:

“Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.”

Mateo 12:40, RVR1960

Aquí Jesús utiliza la historia de Jonás como una figura relacionada con su propia muerte y posterior vindicación.

La idea vuelve a aparecer:

descenso, muerte, retorno.

Incluso sus enemigos recordaron que lo había anunciado

Existe un detalle que suele pasar inadvertido.

Después de la muerte de Jesús, los principales sacerdotes y fariseos acudieron a Pilato.

Le dijeron:

“Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré.”

Mateo 27:63, RVR1960

Observe cuidadosamente.

Según Mateo, **sus propios adversarios recordaban que Jesús había anunciado su resurrección.**

Por eso pidieron que la tumba fuera asegurada:

“Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día...”

Mateo 27:64, RVR1960

Esto añade una dimensión particularmente interesante.

La predicción de la resurrección no aparece solamente en boca de los discípulos después del acontecimiento.

Dentro del propio relato evangélico, incluso los enemigos de Jesús recuerdan que Él había dicho:

“Después de tres días resucitaré.”

Jesús habló de entregar voluntariamente su vida

Pero la afirmación se vuelve todavía más impresionante.

Jesús no presenta su muerte simplemente como algo que otros harán contra su voluntad.

En Juan declara:

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.”

Juan 10:17, RVR1960

Y continúa:

“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo.”

Juan 10:18, RVR1960

Después añade:

“Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar.”

Juan 10:18, RVR1960

Esta declaración es extraordinaria.

Un hombre puede decidir arriesgar su vida.

Puede incluso entregar voluntariamente su vida por otra persona.

Pero Jesús añade algo que ningún hombre común puede garantizar:

“Tengo poder para volverla a tomar.”

En otras palabras:

Voy a morir voluntariamente y después volveré a vivir.

Eso cambia completamente el carácter de sus palabras.

¿Quién puede anunciar su propia resurrección?

Aquí debemos detenernos y pensar.

Muchos personajes de la historia han anticipado su muerte.

Algunos sabían que estaban siendo perseguidos.

Otros comprendieron que sus decisiones podían conducirlos a la ejecución.

Pero anunciar anticipadamente:

cómo ocurrirá la muerte,

quiénes participarán,

que será violenta,

y que después se volverá a vivir

es otra cosa.

Porque hay algo que ningún hombre puede controlar una vez muerto:

lo que sucede después de su muerte.

Un hombre puede organizar su funeral.

Puede escribir instrucciones.

Puede dejar un testamento.

Pero no puede simplemente decidir:

“Tres días después volveré a vivir.”

Y hacerlo.

Por eso estas predicciones forman parte central de nuestra investigación.

Pero debemos hacer una pregunta histórica legítima

Alguien podría objetar:

“¿Y si los discípulos pusieron estas predicciones en labios de Jesús después de la resurrección?”

Es una pregunta válida y debe ser considerada.

No debemos evitarla.

Los Evangelios fueron escritos después de la muerte de Jesús, por lo que un investigador histórico tiene derecho a preguntar si algunas formulaciones pudieron haber sido recordadas y expresadas a la luz de acontecimientos posteriores.

Sin embargo, existen razones para tomar seriamente la tradición de que Jesús anticipó su muerte.

Primero, los Evangelios sinópticos presentan repetidamente estas predicciones en diferentes contextos.

Segundo, las reacciones negativas de los discípulos —Pedro reprendiendo a Jesús, los demás sin comprender y sintiendo temor— no parecen diseñadas para hacerlos quedar bien.

Tercero, la expectativa de un Mesías sufriente y ejecutado no era precisamente la idea que los discípulos estaban ansiosos por escuchar.

Y cuarto, la muerte de Jesús en Jerusalén por decisión de las autoridades era suficientemente previsible como para que Él pudiera reconocer el peligro creciente.

La parte verdaderamente extraordinaria de las predicciones es, por supuesto:

“y resucitará.”

Por eso la cuestión histórica no termina preguntando si Jesús habló de su muerte.

La gran pregunta será:

¿Qué ocurrió realmente después de que murió?

Sus discípulos no parecieron esperararlo

Hay un detalle casi paradójico.

Aunque Jesús había anunciado repetidamente su resurrección, cuando finalmente murió, los Evangelios no presentan a los discípulos esperando alegremente junto a la tumba el tercer día.

Ocurre exactamente lo contrario.

Están derrotados.

Atemorizados.

Confundidos.

Las mujeres van al sepulcro llevando especias.

No parecen ir para recibir a un resucitado.

Van hacia una tumba.

Lucas describe incluso la reacción inicial de los apóstoles cuando las mujeres les anuncian que Jesús vive:

“Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían.”

Lucas 24:11, RVR1960

Esto es sorprendente.

Jesús les había dicho que resucitaría.

Pero cuando escucharon que había ocurrido:

no lo creyeron.

Esto muestra hasta qué punto la idea seguía siendo difícil de asimilar.

Ahora imaginemos haber escuchado esas palabras antes de la cruz

Volvamos nuevamente al siglo I.

Estamos caminando con Jesús hacia Jerusalén.

Todavía está vivo.

Todavía no existe una cruz vacía.

Todavía no existe el domingo de resurrección.

Y Él nos dice:

Voy a ser entregado.

Me condenarán.

Me entregarán a los gentiles.

Me azotarán.

Me matarán.

Y después añade:

“Al tercer día resucitaré.”

¿Qué habríamos pensado?

Probablemente algo parecido a los discípulos:

No comprendemos.

Quizá incluso hubiéramos tenido miedo de preguntar.

Porque ya no estamos frente a un hombre que solamente habla acerca de Dios.

Estamos frente a alguien que afirma conocer anticipadamente **su propia muerte** y, todavía más extraordinario, **su victoria sobre ella**.

La resurrección se convierte en la gran prueba

Y aquí sucede algo fascinante.

Jesús prácticamente coloca su propia identidad bajo una prueba histórica.

Porque si hubiera muerto y permanecido en la tumba, las palabras:

“Al tercer día resucitaré”

habrían quedado desmentidas.

No habría argumento teológico capaz de corregirlo.

Un cadáver en una tumba habría sido suficiente.

Pero los primeros cristianos afirmaron exactamente lo contrario.

Proclamaron que la tumba quedó vacía.

Declararon que Jesús se les apareció vivo.

Y colocaron la resurrección en el centro mismo de su mensaje.

Pablo llegará a escribir:

“Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe.”

1 Corintios 15:14, RVR1960

Eso significa que el cristianismo primitivo no intentó protegerse de una posible refutación.

Puso prácticamente todo sobre la mesa.

Si Jesús no resucitó, el mensaje se derrumba.

Pero si resucitó...

entonces todo lo que hemos estado escuchando de sus labios adquiere una dimensión completamente diferente.

Ahora las piezas comienzan a encajar

Recordemos nuevamente nuestro recorrido.

Jesús declaró:

“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”

Después:

“Yo y el Padre uno somos.”

Se identificó con el Hijo del Hombre celestial de Daniel.

Perdonó pecados.

Se declaró:

“el camino, y la verdad, y la vida”.

Dijo:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Aceptó la confesión:

“Señor mío, y Dios mío.”

Recibió adoración.

Y ahora descubrimos que anunció:

Voy a morir.

Voy a ser sepultado.

Y voy a volver a vivir.

Esto es realmente escalofriante si lo pensamos detenidamente.

Porque quizá toda nuestra investigación pueda reducirse finalmente a una pregunta histórica muy concreta:

¿Resucitó Jesús o no resucitó?

Si no resucitó, entonces tenemos que explicar por qué sus seguidores llegaron a creer que sí.

Pero si realmente resucitó, entonces ya no estamos frente a un simple maestro religioso que realizó afirmaciones extraordinarias.

Estaríamos frente a alguien que **predijo su propia victoria sobre la muerte y después hizo exactamente lo que había anunciado.**

Y en ese momento la pregunta:

“¿Es Jesús Dios?”

dejaría de ser solamente una discusión teológica.

Se convertiría en una cuestión histórica de enorme trascendencia.

Referencias

Biblia Reina-Valera 1960: Mateo 12:38-40; Mateo 16:21-23; Mateo 17:22-23; Mateo 20:17-19; Mateo 27:62-66; Marcos 8:27-33; Marcos 9:30-32; Marcos 10:32-34; Lucas 9:22; Lucas 18:31-34; Lucas 24:1-12; Juan 2:18-22; Juan 10:17-18; Juan 20:1-29; 1 Corintios 15:1-20.

France, R. T. *The Gospel of Mark*. The New International Greek Testament Commentary. Eerdmans, 2002.

Keener, Craig S. *The Historical Jesus of the Gospels*. Eerdmans, 2009.

Wright, N. T. *The Resurrection of the Son of God*. Fortress Press, 2003.

Licona, Michael R. *The Resurrection of Jesus: A New Historiographical Approach*. IVP Academic, 2010.

Craig, William Lane. *Assessing the New Testament Evidence for the Historicity of the Resurrection of Jesus*. Edwin Mellen Press, 1989.

Habermas, Gary R. y Michael R. Licona. *The Case for the Resurrection of Jesus*. Kregel, 2004.



11. Jesús estuvo dispuesto a morir por lo que afirmaba ser

Hasta ahora hemos escuchado a Jesús realizar afirmaciones extraordinarias acerca de sí mismo.

Declaró existir antes que Abraham.

Afirmó una profunda unidad con el Padre.

Se identificó con el Hijo del Hombre de Daniel.

Perdonó pecados.

Dijo ser el camino, la verdad y la vida.

Aceptó que Tomás lo llamara “Señor mío, y Dios mío”.

Recibió adoración.

Y anunció anticipadamente que moriría y resucitaría.

Pero ahora debemos considerar un hecho que hace que todas esas afirmaciones adquieran un peso todavía mayor:

Jesús estuvo dispuesto a morir sin retractarse de quién decía ser ni de la misión que afirmaba haber recibido.

Y no estamos hablando de una muerte tranquila.

Estamos hablando de **crucifixión**.

Una de las formas de ejecución más humillantes, dolorosas y aterradoras utilizadas en el mundo romano.

Jesús sabía hacia dónde se dirigía

Según los Evangelios, Jesús no fue sorprendido por completo por los acontecimientos finales.

Había advertido repetidamente a sus discípulos que se dirigía hacia la muerte.

“He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán...”

Marcos 10:33-34, RVR1960

Observe la descripción.

Jesús sabía que se dirigía hacia:

arresto,

condenación,

humillación,

azotes,

maltrato

y:

muerte.

Sin embargo, continuó hacia Jerusalén.

Lucas describe el momento con una expresión notable:

“Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén.”

Lucas 9:51, RVR1960

Jesús sabía que el conflicto estaba creciendo.

Sabía que existían planes contra Él.

Sabía que Jerusalén podía significar su muerte.

Y aun así:

fue.

Había ocasiones en las que quisieron matarlo antes

La hostilidad no apareció repentinamente durante la última semana.

Los Evangelios describen un conflicto creciente.

“Por esto los judíos aun más procuraban matarle...”

Juan 5:18, RVR1960

En otra ocasión:

“Tomaron entonces piedras para arrojárselas...”

Juan 8:59, RVR1960

Después de la resurrección de Lázaro, Juan registra:

“Así que, desde aquel día acordaron matarle.”

Juan 11:53, RVR1960

Jesús podía ver hacia dónde se dirigían las cosas.

La amenaza era real.

Podía retirarse definitivamente.

Podía desaparecer.

Podía modificar su mensaje.

Podía evitar Jerusalén.

Pero no lo hizo.

La crucifixión no era una manera sencilla de morir

Cuando hoy vemos una cruz, generalmente pensamos en un símbolo religioso.

Pero para una persona del siglo I la imagen era completamente diferente.

La cruz era un instrumento romano de ejecución.

Estaba diseñada no solamente para matar, sino también para **humillar, intimidar y exhibir públicamente al condenado.**

Antes de la crucifixión, Jesús fue azotado.

Marcos registra sencillamente:

“...después de azotar a Jesús, le entregó para que fuese crucificado.”

Marcos 15:15, RVR1960

Después los soldados se burlaron de Él.

“Y le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas, comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos!”

Marcos 15:17-18, RVR1960

Y continúa:

“Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias.”

Marcos 15:19, RVR1960

Después:

“Y le sacaron para crucificarle.”

Marcos 15:20, RVR1960

La crucifixión era pública.

Era lenta.

Era degradante.

El condenado quedaba expuesto ante los demás mientras su cuerpo sufría un deterioro extremo.

No era una muerte que alguien pudiera enfrentar ligeramente.

Jesús tuvo oportunidades de evitar el desenlace

Existe otro aspecto importante.

Jesús no fue condenado simplemente porque alguien descubrió accidentalmente algo que Él había hecho.

Durante su interrogatorio tuvo oportunidades de guardar silencio, negar algunas de sus afirmaciones o reformular su identidad.

Cuando el sumo sacerdote le preguntó:

“¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?”

Marcos 14:61, RVR1960

Jesús respondió:

“Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo con las nubes del cielo.”

Marcos 14:62, RVR1960

Ya hemos estudiado la enorme carga de esta declaración.

¿Y cuál fue la reacción?

“Entonces el sumo sacerdote, rasgando su vestidura, dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia...”

Marcos 14:63-64, RVR1960

Jesús sabía perfectamente la gravedad de sus palabras.

Sin embargo, no se retractó.

No respondió:

“Me entendieron mal”.

No dijo:

“Solamente quise decir que soy un maestro”.

No negó aquello que acababa de afirmar.

Continuó hacia la condenación.

¿Morir por algo demuestra que es verdadero?

Aquí debemos ser extremadamente cuidadosos.

No.

El simple hecho de que una persona muera por una creencia no demuestra que la creencia sea verdadera.

A lo largo de la historia seres humanos han muerto por ideas religiosas, políticas y filosóficas que probablemente eran falsas.

Una persona puede estar sinceramente equivocada.

Por tanto, el argumento no debe formularse así:

“Jesús murió por lo que creía, entonces necesariamente era Dios.”

Eso sería demasiado.

Pero el caso de Jesús plantea una pregunta diferente.

Si Jesús **inventó conscientemente** sus afirmaciones acerca de sí mismo, entonces Él sabría que eran falsas.

No sería simplemente una persona engañada por otros.

Sería el autor de la supuesta mentira.

Y entonces debemos preguntar:

¿Por qué permanecer fiel a una mentira que Él mismo habría fabricado cuando abandonarla podía significar escapar de una muerte brutal?

Aquí está la fuerza del argumento.

Una mentira conocida es diferente de una creencia equivocada

Imaginemos a una persona que recibe información falsa y sinceramente cree que es verdadera.

Puede estar dispuesta a sufrir por ella.

Puede incluso morir convencida de que tiene razón.

Pero supongamos ahora que esa misma persona **inventó personalmente la historia.**

Sabe exactamente que es falsa.

Sabe que jamás ocurrió.

Y entonces comienzan:

las amenazas,

los golpes,

la tortura,

y finalmente la perspectiva de una ejecución dolorosa.

En algún momento esperaríamos que dijera:

“No es verdad. Yo lo inventé.”

Especialmente si la mentira no le está proporcionando riqueza, seguridad o poder.

En el caso de Jesús ocurre exactamente lo contrario.

Sus afirmaciones le producen creciente oposición.

Pierde seguidores.

Es acusado.

Es arrestado.

Es golpeado.

Es humillado.

Y finalmente es crucificado.

Sin embargo, no encontramos una retractación.

“Yo pongo mi vida”

El Evangelio de Juan presenta la muerte de Jesús como algo que Él asume voluntariamente dentro de su misión.

Jesús declara:

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.”

Juan 10:17, RVR1960

Después dice:

“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo.”

Juan 10:18, RVR1960

Y añade:

“Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar.”

Juan 10:18, RVR1960

Según el relato, Jesús no se entiende simplemente como una víctima atrapada accidentalmente por las circunstancias.

Ve su muerte como parte de su misión.

Esto aparece también en Marcos:

“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

Marcos 10:45, RVR1960

Observe las palabras:

“para dar su vida”.

Para Jesús, su muerte tenía significado.

Formaba parte de aquello para lo cual había venido.

Getsemaní demuestra que no era indiferente al sufrimiento

Existe algo que hace este argumento todavía más humano y convincente.

Los Evangelios no presentan a Jesús caminando hacia la crucifixión como alguien insensible al dolor.

En Getsemaní vemos exactamente lo contrario.

Jesús dice:

“Mi alma está muy triste, hasta la muerte...”

Mateo 26:38, RVR1960

Después ora:

“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú.”

Mateo 26:39, RVR1960

Esto es importantísimo.

Jesús no deseaba el sufrimiento por el sufrimiento mismo.

Sabía lo que se acercaba.

Experimentó angustia.

No era una representación teatral.

Y aun así decidió continuar:

“No sea como yo quiero, sino como tú.”

Su disposición a morir no parece surgir de indiferencia hacia la vida.

Surge de una convicción profunda acerca de su misión.

Podía haber huido

Cuando llegaron a arrestarlo, Jesús incluso dejó claro que no se consideraba completamente indefenso.

Cuando uno de sus discípulos intentó defenderlo con una espada, Jesús respondió:

“Vuelve tu espada a su lugar...”

Mateo 26:52, RVR1960

Y añadió:

“¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?”

Mateo 26:53, RVR1960

Después explica:

“¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?”

Mateo 26:54, RVR1960

Dentro del relato evangélico, Jesús no va hacia la cruz porque perdió completamente el control.

Va porque considera que aquello forma parte de su misión.

Incluso en la cruz no retiró su mensaje

La burla continuó durante la crucifixión.

Mateo registra que algunos decían:

“Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.”

Mateo 27:40, RVR1960

Y los líderes religiosos se burlaban:

“Confió en Dios; libréle ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios.”

Mateo 27:43, RVR1960

Observe el punto.

Incluso mientras Jesús está crucificado, **su identidad está en el centro de la burla.**

“Ha dicho: Soy Hijo de Dios.”

Si todo hubiera sido una fabricación, aquel habría sido el momento de abandonarla.

Pero no encontramos ninguna retractación.

¿Qué ganó Jesús humanamente con esa supuesta mentira?

Esta pregunta también merece consideración.

Si alguien sostiene que Jesús deliberadamente engañó a las personas acerca de su identidad, debemos preguntar:

¿qué estaba intentando obtener?

¿Riqueza?

No parece haberla acumulado.

¿Una posición política?

No terminó en un palacio.

¿Seguridad?

Terminó arrestado.

¿Prestigio entre las autoridades?

Fue condenado.

¿Una vida cómoda?

Fue crucificado.

La hipótesis de un engaño consciente debe explicar por qué un hombre construiría semejantes afirmaciones, perseveraría en ellas mientras aumentaba el peligro y finalmente soportaría una ejecución brutal sin retractarse.

Esto no prueba por sí solo que Jesús sea Dios.

Pero hace que la explicación:

“Jesús simplemente era un mentiroso que sabía que todo era falso”

sea mucho más difícil de sostener.

La muerte de Jesús demuestra al menos algo importante

Existe una conclusión que podemos formular con bastante prudencia.

Si los relatos evangélicos conservan correctamente el núcleo de estas afirmaciones y de la conducta de Jesús, entonces su disposición a enfrentar la muerte proporciona evidencia importante de que **Jesús parece haber sido profundamente sincero acerca de su misión y de su identidad.**

Eso no resuelve todavía toda la cuestión.

Una persona sincera puede estar equivocada.

Por eso todavía debemos preguntar:

¿Estaba Jesús equivocado?

Pero la alternativa del fraude consciente comienza a tener dificultades.

Jesús no solamente enseñó sus afirmaciones cuando las multitudes lo seguían.

Las sostuvo cuando comenzó la oposición.

Las sostuvo cuando aparecieron amenazas.

Las sostuvo durante su interrogatorio.

Y no las abandonó cuando el precio llegó a ser:

la cruz.

Intente imaginar aquella noche

Regresemos nuevamente a nuestra investigación como si estuviéramos allí.

Sabemos que quieren arrestarnos.

Sabemos que puede haber azotes.

Sabemos que Roma crucifica.

Sabemos que los enemigos están conspirando.

Si toda nuestra historia fuera una mentira inventada personalmente, ¿cuánto tardaríamos en decir:

“Está bien, lo inventé”?

¿Después del primer golpe?

¿Después del azote?

¿Cuando viéramos la cruz?

¿Cuando llegaran los clavos?

Sin embargo, Jesús continúa.

Y eso obliga a tomar en serio una posibilidad:

Él realmente creía ser quien decía ser.

Entonces nuestra investigación se vuelve todavía más inquietante.

Porque si Jesús no parece comportarse como un engañador consciente, quedan otras posibilidades.

Podría haber estado profundamente equivocado acerca de sí mismo.

O podría haber estado diciendo la verdad.

Y entonces aparece una evidencia que puede ayudarnos a decidir entre ambas:

Jesús no solamente dijo que moriría.

También dijo que:

resucitaría.

Por eso la cruz no constituye el final de nuestra investigación.

Nos conduce directamente hacia la pregunta decisiva:

¿Qué ocurrió con Jesús después de su muerte?

Referencias

Biblia Reina-Valera 1960: Mateo 16:21-23; Mateo 20:17-19; Mateo 26:36-54; Mateo 27:27-50; Marcos 8:31-33; Marcos 10:32-45; Marcos 14:53-65; Marcos 15:15-39; Lucas 9:51; Juan 5:18; Juan 8:58-59; Juan 10:17-18; Juan 11:45-53; Juan 18:1-11.

Hengel, Martin. *Crucifixion in the Ancient World and the Folly of the Message of the Cross*. Fortress Press. Estudio clásico sobre la crucifixión romana y su carácter humillante y brutal.

Cook, John Granger. *Crucifixion in the Mediterranean World*. Mohr Siebeck, 2014. Amplio estudio histórico sobre la práctica de la crucifixión en el mundo antiguo.

Keener, Craig S. *The Historical Jesus of the Gospels*. Eerdmans, 2009.

Evans, Craig A. *Jesus and His World: The Archaeological Evidence*. Westminster John Knox Press, 2012.

Wright, N. T. *Jesus and the Victory of God*. Fortress Press, 1996.



12. Los discípulos dijeron que Jesús resucitó... y estuvieron dispuestos a morir por esa convicción

Hasta este punto hemos examinado lo que Jesús dijo acerca de sí mismo. Lo escuchamos afirmar su unidad con el Padre, reclamar autoridad para perdonar pecados, presentarse como el camino, la verdad y la vida, aceptar que Tomás lo llamara **“Señor mío, y Dios mío”**, recibir adoración y anunciar anticipadamente que moriría y resucitaría.

Pero después de la crucifixión ocurrió algo que merece una investigación completamente aparte.

Jesús murió.

Fue sepultado.

Y sus discípulos, que habían quedado desmoralizados y atemorizados, comenzaron poco después a proclamar públicamente una afirmación extraordinaria:

Jesús había resucitado de entre los muertos.

No dijeron simplemente que su recuerdo continuaba vivo.

No afirmaron solamente que sus enseñanzas permanecerían.

Declararon que **el mismo Jesús que había sido crucificado estaba nuevamente vivo y que ellos lo habían visto.**

Y comenzaron a anunciarlo precisamente en Jerusalén, el lugar donde Jesús había sido ejecutado.

De discípulos aterrorizados a testigos públicos

La transformación resulta difícil de ignorar.

La noche del arresto de Jesús, los discípulos no aparecen como hombres particularmente valientes.

Marcos dice:

“Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron.”

Marcos 14:50, RVR1960

Pedro, uno de los más cercanos a Jesús, negó conocerlo.

Después de la crucifixión, Juan describe a los discípulos reunidos:

“...estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos...”

Juan 20:19, RVR1960

Ese detalle es importante.

Tenían miedo.

Su Maestro acababa de morir mediante crucifixión.

Humanamente hablando, el movimiento podía haber terminado allí.

Pero algo ocurrió.

Poco después encontramos a Pedro, el mismo hombre que había negado conocer a Jesús, proclamando públicamente:

“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.”

Hechos 2:32, RVR1960

Y nuevamente:

“Y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.”

Hechos 3:15, RVR1960

Observe la expresión que se repite:

“Somos testigos.”

Los apóstoles no presentan inicialmente la resurrección como una teoría filosófica.

La presentan como **algo que afirman haber presenciado.**

“No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”

La proclamación comenzó a producir oposición.

Pedro y Juan fueron arrestados y llevados delante de las autoridades.

Se les ordenó:

“...que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús.”

Hechos 4:18, RVR1960

Aquello les ofrecía una salida.

Podían simplemente guardar silencio.

Pero respondieron:

“Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.”

Hechos 4:20, RVR1960

La frase resulta extraordinariamente importante.

No dicen:

“Esto es lo que alguien nos contó”.

Declaran:

“Lo que hemos visto y oído.”

Posteriormente fueron nuevamente arrestados.

El sumo sacerdote les recordó:

“¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre?”

Hechos 5:28, RVR1960

Pedro y los demás respondieron:

“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.”

Hechos 5:29, RVR1960

Y continuaron proclamando:

“El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero.”

Hechos 5:30, RVR1960

La amenaza no consiguió silenciarlos.

Fueron golpeados... y continuaron predicando

Las autoridades finalmente mandaron azotar a los apóstoles.

Hechos dice:

“...después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad.”

Hechos 5:40, RVR1960

¿Qué hicieron después?

¿Decidieron que aquello había llegado demasiado lejos?

¿Reconocieron que todo había sido un error?

No.

“Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo.”

Hechos 5:42, RVR1960

Aquí nuevamente debemos hacer una distinción importante.

Sufrir por una creencia no demuestra automáticamente que esa creencia sea verdadera.

Personas sinceramente equivocadas pueden sufrir e incluso morir por ideas falsas.

Pero en el caso de los primeros discípulos existe una diferencia particularmente interesante.

Ellos no estaban muriendo solamente por **algo que alguien más les había enseñado.**

Su proclamación central era:

“Nosotros lo vimos vivo después de su muerte.”

Si aquello hubiese sido una conspiración inventada por ellos mismos, entonces ellos sabrían que era falsa.

Ahí está la relevancia del argumento.

Una creencia equivocada no es lo mismo que una mentira inventada

Imagine a alguien que escucha una historia falsa y sinceramente la cree.

Esa persona podría estar dispuesta a sufrir por ella porque piensa que es verdadera.

Pero imagine algo diferente.

Un grupo de personas decide inventar deliberadamente una historia:

“Jesús resucitó y nosotros lo vimos.”

Ellos saben que nunca sucedió.

Ellos saben dónde está el cuerpo.

Ellos saben que las apariciones nunca ocurrieron.

Y entonces comienzan:

las amenazas,

los arrestos,

los golpes,

la persecución

y eventualmente, en algunos casos, la muerte.

En algún momento esperaríamos que alguien dijera:

“Está bien. Lo inventamos.”

Sin embargo, las fuentes cristianas primitivas muestran exactamente lo contrario.

La proclamación continúa.

“Jesús resucitó.”

La resurrección aparece desde el principio del mensaje cristiano

Esto también es importante históricamente.

La resurrección no aparece como una doctrina añadida siglos después.

La encontramos en las primeras capas de la proclamación cristiana.

Pablo escribió a los corintios:

“Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día...”

1 Corintios 15:3-4, RVR1960

Después enumera apariciones:

“...y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez...”

1 Corintios 15:5-6, RVR1960

También menciona a Jacobo, a los apóstoles y finalmente a sí mismo.

Muchos estudiosos consideran que esta fórmula transmitida por Pablo contiene una tradición cristiana anterior a la redacción de 1 Corintios y muy próxima a los acontecimientos originales.

Eso significa que la proclamación de una resurrección corporal de Jesús no necesitó generaciones para desarrollarse.

Aparece **muy temprano**.

¿Murieron realmente todos los apóstoles como mártires?

Aquí también debemos ser rigurosos.

A veces se afirma que **“los doce apóstoles murieron todos como mártires”** y se presentan detalles precisos sobre cómo murió cada uno.

Históricamente, no contamos con el mismo nivel de evidencia para cada discípulo.

Algunas tradiciones son antiguas y fuertes.

Otras aparecen mucho después.

Por tanto, sería incorrecto construir nuestro argumento diciendo que podemos demostrar históricamente con igual certeza el martirio de cada uno de los apóstoles.

Pero sí tenemos evidencia temprana de persecución y de algunas muertes.

Hechos registra la ejecución de **Jacobo, hermano de Juan**:

“Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan.”

Hechos 12:2, RVR1960

Pedro fue encarcelado y estuvo en serio peligro de ejecución (Hechos 12).

Además, fuentes cristianas muy tempranas fuera del Nuevo Testamento relacionan a **Pedro y Pablo** con sufrimiento y muerte.

Clemente de Roma, escribiendo hacia finales del siglo I, menciona los sufrimientos de Pedro y Pablo como ejemplos conocidos por sus lectores.

Por eso podemos decir con prudencia:

los primeros testigos de la resurrección estuvieron dispuestos a sufrir seriamente por su proclamación, y existen buenas razones históricas para pensar que algunos de sus principales dirigentes murieron manteniendo esa fe.

Eso es suficientemente significativo sin necesidad de exagerar la evidencia.

Jacobo: un caso particularmente extraño

Hay otro personaje que merece nuestra atención.

Jacobo, hermano de Jesús.

Los Evangelios indican que durante el ministerio de Jesús sus hermanos no aparecen inicialmente como creyentes.

Juan declara:

“Porque ni aun sus hermanos creían en él.”

Juan 7:5, RVR1960

Sin embargo, después de la muerte de Jesús encontramos a Jacobo convertido en uno de los dirigentes de la iglesia de Jerusalén.

¿Qué ocurrió?

Pablo incluye una afirmación interesante en su lista de apariciones:

“Después apareció a Jacobo...”

1 Corintios 15:7, RVR1960

Y posteriormente el historiador judío **Flavio Josefo**, escribiendo en el siglo I, relata la muerte de Jacobo, a quien identifica como **“hermano de Jesús, llamado el Cristo”**.

El cambio resulta interesante.

Un familiar que inicialmente no cree termina convertido en dirigente del movimiento que proclama a Jesús como Mesías.

La explicación cristiana primitiva es sencilla:

Jacobo afirmó haber visto a Jesús resucitado.

Pablo: de perseguidor a proclamador

Quizá todavía más sorprendente es el caso de Pablo.

Pablo no era uno de los discípulos originales.

Al contrario.

Perseguía a los cristianos.

Él mismo escribe:

“Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles... porque perseguí a la iglesia de Dios.”

1 Corintios 15:9, RVR1960

¿Qué transformó a un perseguidor del movimiento en uno de sus principales defensores?

Pablo afirma que tuvo un encuentro con Jesús resucitado.

Después pasó años sufriendo por esa convicción.

En 2 Corintios describe:

“De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno.”

“Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado...”

2 Corintios 11:24-25, RVR1960

La transformación de Pablo exige una explicación.

No prueba por sí sola que Jesús resucitara.

Pero añade otra pieza a un conjunto de acontecimientos extraordinarios.

Entonces, ¿qué explica el cambio?

Volvamos nuevamente a Pedro.

Antes de la crucifixión:

niega a Jesús.

Después:

proclama la resurrección públicamente.

Antes:

huye.

Después:

acepta ser arrestado y golpeado.

Antes:

teme ser identificado como discípulo.

Después:

dice delante de las autoridades:

“No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.”

¿Qué ocurrió entre ambos momentos?

Los propios discípulos dieron una explicación:

Vimos a Jesús vivo.

Ese es el dato que tenemos que investigar.

¿Y si los discípulos simplemente inventaron la resurrección?

Esta hipótesis merece ser examinada.

Supongamos por un momento que Jesús murió y permaneció muerto.

Los discípulos lo saben.

Entonces deciden inventar la historia de que resucitó.

Ahora preguntémonos:

¿Qué ganaban?

No obtuvieron inicialmente riqueza.

No recibieron poder político.

No fueron recibidos con honores por las autoridades.

Obtuvieron:

oposición,

amenazas,

arrestos,

golpes

y persecución.

Y sin embargo siguieron diciendo:

“Lo vimos.”

Una vez más, esto no demuestra matemáticamente que la resurrección ocurrió.

Pero hace que la hipótesis de una **conspiración deliberada** resulte mucho menos sencilla de sostener.

Los mentirosos pueden morir por muchas razones.

Pero resulta mucho más difícil explicar por qué un grupo de hombres soportaría persecución por una historia que **ellos mismos sabrían que habían inventado**, especialmente cuando podían abandonarla simplemente admitiendo el engaño.

Una diferencia esencial entre Jesús y sus discípulos

En el artículo anterior vimos que Jesús estuvo dispuesto a morir sin retractarse de quién decía ser.

Eso constituye evidencia relevante acerca de **su sinceridad**.

Ahora encontramos algo distinto.

Los discípulos estuvieron dispuestos a sufrir por una afirmación relacionada con **un acontecimiento que decían haber presenciado**:

Jesús estaba vivo después de su crucifixión.

Por eso ambos argumentos deben mantenerse separados.

Jesús murió sosteniendo su misión y su identidad.

Los discípulos sufrieron proclamando:

“Nosotros lo vimos resucitado.”

Juntos, estos hechos hacen que nuestra investigación se vuelva todavía más seria.

¿Qué ocurrió realmente después de la crucifixión?

Ya no podemos detenernos simplemente en:

Jesús murió.

Porque algo ocurrió inmediatamente después que dio origen a un movimiento inesperado.

Un grupo derrotado comenzó a proclamar victoria.

Hombres escondidos comenzaron a predicar públicamente.

Un hermano incrédulo llegó a convertirse en dirigente de la iglesia.

Un perseguidor se transformó en apóstol.

Y el mensaje central que todos compartían era:

Jesús resucitó.

Eso no significa que debemos aceptar automáticamente su conclusión.

Significa que tenemos que investigar la evidencia.

¿Estaba realmente vacía la tumba?

¿Quién afirmó haber visto a Jesús?

¿Pudieron ser alucinaciones?

¿Fue robado el cuerpo?

¿Sobrevivió Jesús a la crucifixión?

¿Existe alguna explicación alternativa capaz de reunir todos los datos?

Esas preguntas son demasiado importantes para resolverlas en unas cuantas páginas.

La investigación continúa en Cristopedia

Precisamente por eso hemos preparado en Cristopedia una investigación completa dedicada a este acontecimiento:

La resurrección de Jesucristo: ¿verdad o mito?

En esa serie examinamos el caso paso a paso.

Estudiamos la muerte de Jesús, la crucifixión, la tumba, la piedra, la guardia, las posibles explicaciones para la desaparición del cuerpo, los testimonios de quienes afirmaron haberlo visto vivo y la transformación posterior de sus seguidores.

No se trata simplemente de decir:

“La Biblia afirma que Jesús resucitó, por lo tanto debemos creerlo.”

La pregunta es mucho más interesante:

¿Qué explicación encaja mejor con la evidencia disponible?

Si desea continuar esta investigación, le invitamos a leer en **Cristopedia** la serie:

La resurrección de Jesucristo: ¿verdad o mito?

Porque si Jesús murió y permaneció muerto, nuestras conclusiones acerca de Él tendrán que ajustarse a ese hecho.

Pero si realmente ocurrió aquello que sus primeros seguidores proclamaron hasta estar dispuestos a sufrir por ello...

entonces todo cambia.

Porque el hombre que había dicho:

“Yo soy la resurrección y la vida”

también había anunciado:

“Al tercer día resucitaré.”

Y sus discípulos terminaron recorriendo el mundo proclamando:

“Lo vimos vivo.”

La pregunta ya no puede evitarse:

¿Qué ocurrió realmente aquella mañana en Jerusalén?

Referencias

Biblia Reina-Valera 1960: Marcos 14:50; Juan 7:5; Juan 20:19; Hechos 2:22-36; Hechos 3:13-15; Hechos 4:1-22; Hechos 5:17-42; Hechos 12:1-5; 1 Corintios 15:1-11; 2 Corintios 11:23-28.

1 Clemente 5-6. Fuente cristiana de finales del siglo I que menciona los sufrimientos de Pedro y Pablo.

Josefo, Flavio. *Antigüedades judías* 20.200. Referencia a Jacobo, “hermano de Jesús, llamado el Cristo”, y su muerte.

Wright, N. T. *The Resurrection of the Son of God*. Fortress Press, 2003.

Licona, Michael R. *The Resurrection of Jesus: A New Historiographical Approach*. IVP Academic, 2010.

Habermas, Gary R. y Michael R. Licona. *The Case for the Resurrection of Jesus*. Kregel, 2004.

Keener, Craig S. *The Historical Jesus of the Gospels*. Eerdmans, 2009.



13. ¿Qué ganaban con mentir? Cuando seguir la verdad parecía costarlo todo

Hemos llegado al final de esta primera parte de nuestra investigación acerca de una de las preguntas más importantes que podemos formular sobre Jesús de Nazaret:

¿Quién decía Jesús que era?

Durante estos artículos hemos intentado hacer algo muy sencillo: escuchar sus palabras dentro del mundo en que fueron pronunciadas y observar las consecuencias que tuvieron.

Lo escuchamos declarar:

“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”

Lo escuchamos decir:

“Yo y el Padre uno somos.”

Lo vimos identificarse con el **Hijo del Hombre** de Daniel.

Lo vimos perdonar pecados.

Declaró:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.”

Afirmó:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Tomás estuvo frente a Él y exclamó:

“¿Señor mío, y Dios mío!”

Y Jesús no rechazó aquella confesión.

También permitió que las personas se postraran y lo adoraran.

Anunció que moriría.

Dijo que resucitaría.

Y finalmente estuvo dispuesto a enfrentar una muerte brutal sin retractarse de su misión ni de las extraordinarias afirmaciones que había realizado acerca de sí mismo.

Después de su muerte, ocurrió algo igualmente desconcertante.

Sus discípulos comenzaron a proclamar:

“Jesús resucitó. Nosotros lo vimos.”

Y estuvieron dispuestos a sufrir por esa convicción.

Pero antes de continuar con nuestra investigación existe una última pregunta que vale la pena hacer:

¿Qué ganaron con todo aquello?

Sigamos por un momento la pista de los motivos

Cuando intentamos determinar si alguien está diciendo la verdad, una de las preguntas naturales es:

¿Qué obtiene esa persona si consigue que otros le crean?

No es una prueba absoluta. Una persona puede tener motivos complejos, y la sinceridad por sí sola no demuestra que sus afirmaciones sean verdaderas.

Pero los motivos importan.

Porque muchas veces revelan aquello que una persona busca.

Dinero.

Poder.

Prestigio.

Influencia.

Reconocimiento.

Seguridad.

Placer.

Posición política.

¿Qué encontramos cuando aplicamos esas preguntas a Jesús y a sus primeros seguidores?

¿Jesús buscaba riqueza?

Difícilmente.

Jesús llegó a decir:

“Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza.”

Mateo 8:20, RVR1960

No encontramos a Jesús construyéndose un palacio.

No acumuló grandes propiedades.

No terminó su ministerio convertido en uno de los hombres económicamente poderosos de Judea.

Cuando llegó el momento de pagar el tributo del templo, Mateo incluso conserva el curioso episodio de la moneda obtenida para realizar el pago (Mateo 17:24-27).

Y cuando murió, los soldados se repartieron sus vestidos.

El hombre que había dicho:

“Yo y el Padre uno somos”

terminó prácticamente sin posesiones delante de una cruz.

¿Buscaba poder político?

Esta posibilidad resulta especialmente interesante.

Jesús vivió en una nación sometida a Roma.

Existía una enorme sensibilidad política y mesiánica.

Y según Juan, en determinado momento una multitud quiso convertirlo en rey.

“Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo.”

Juan 6:15, RVR1960

Detengámonos.

Si Jesús estuviera construyendo deliberadamente un movimiento para obtener poder político, aquel habría sido un momento extraordinario.

Querían hacerlo rey.

¿Y qué hizo?

Se retiró.

Más tarde diría frente a Pilato:

“Mi reino no es de este mundo...”

Juan 18:36, RVR1960

No encontramos a Jesús intentando ocupar el palacio de Herodes.

No organizó un ejército.

No dirigió una insurrección contra Roma.

No terminó sentado sobre un trono político.

Terminó frente a Pilato.

Y después, en una cruz.

¿Buscaba fama y aceptación?

Jesús ciertamente llegó a ser conocido.

Grandes multitudes lo siguieron durante diferentes momentos de su ministerio.

Pero existe una diferencia entre **ser famoso** y **vivir buscando la fama**.

En ocasiones Jesús hizo precisamente aquello que alguien obsesionado con su popularidad difícilmente haría.

Pronunció enseñanzas que provocaron que muchos dejaran de seguirlo.

Juan registra:

“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él.”

Juan 6:66, RVR1960

¿Qué hizo Jesús?

¿Cambió inmediatamente su mensaje para recuperar audiencia?

No.

Se volvió hacia los doce y preguntó:

“¿Queréis acaso iros también vosotros?”

Juan 6:67, RVR1960

No parece la estrategia de alguien dispuesto a decir cualquier cosa con tal de conservar seguidores.

¿Y qué ganaron los discípulos?

Después de la muerte de Jesús, sus discípulos comenzaron a proclamar que había resucitado.

Entonces podríamos formular la misma pregunta:

¿Qué obtuvieron?

¿Palacios?

No.

¿Cargos dentro del gobierno romano?

No.

¿Posiciones dentro del Sanedrín?

No.

¿Una vida tranquila?

Todo lo contrario.

Hechos registra que fueron amenazados:

“...que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús.”

Hechos 4:18, RVR1960

Después fueron encarcelados.

Posteriormente:

“...después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús...”

Hechos 5:40, RVR1960

Jacobo, hermano de Juan, fue ejecutado:

“Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan.”

Hechos 12:2, RVR1960

Y aun así el mensaje continuó.

“Jesús resucitó.”

Pedro tampoco describe una vida de privilegios

Hay una escena sencilla pero reveladora.

Un hombre necesitado estaba junto a la puerta del templo.

Pedro le dijo:

“No tengo plata ni oro...”

Hechos 3:6, RVR1960

Esta frase por sí sola no reconstruye toda la situación económica de Pedro, pero difícilmente corresponde a la imagen de un hombre que hubiera inventado una nueva religión para enriquecerse.

Los primeros capítulos de Hechos no presentan a los apóstoles viviendo como una nueva aristocracia.

Los presentan predicando, siendo interrogados, amenazados, encarcelados y golpeados.

Pablo: ¿qué ganó?

El caso de Pablo resulta todavía más extraño.

Antes de convertirse en seguidor de Jesús estaba relacionado con el mundo fariseo y perseguía al movimiento cristiano.

Después comenzó a proclamar precisamente aquello que anteriormente combatía.

¿Y qué obtuvo?

Él mismo proporciona una lista:

“En trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces.”

2 Corintios 11:23, RVR1960

Continúa:

“De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno.”

“Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado...”

2 Corintios 11:24-25, RVR1960

Y todavía menciona naufragios, peligros, hambre, sed, frío y desnudez.

Si aquello era una estrategia para obtener comodidad, resultó extraordinariamente mala.

Entonces, ¿qué estaban buscando?

Aquí entramos en una cuestión profundamente humana.

Los motivos hablan acerca de aquello que habita en el corazón.

No podemos observar directamente el corazón de un hombre que vivió hace dos mil años.

Pero podemos observar decisiones.

Podemos examinar qué oportunidades aceptó.

Qué oportunidades rechazó.

Qué estuvo dispuesto a perder.

Y qué continuó afirmando cuando mantenerlo comenzó a resultar doloroso.

Jesús rechazó una oportunidad de ser convertido en rey.

No acumuló riquezas.

No construyó un palacio.

No organizó un ejército.

No modificó su mensaje simplemente porque algunas personas lo abandonaran.

Y cuando sus afirmaciones contribuyeron al conflicto que terminó llevándolo a la muerte, **no se retractó.**

Los discípulos tampoco parecen haber encontrado una vida de privilegios después de comenzar a proclamar la resurrección.

Encontraron oposición.

Amenazas.

Cárcel.

Azotes.

Persecución.

Y algunos, según evidencia temprana, finalmente la muerte.

Pero seamos rigurosos: esto todavía no demuestra que tenían razón

Esta precisión es fundamental.

La ausencia de motivos económicos o políticos no demuestra que todas las afirmaciones de Jesús sean verdaderas.

Tampoco el sufrimiento de los discípulos demuestra automáticamente que Jesús haya resucitado.

Una persona puede ser sincera y estar equivocada.

Un mártir demuestra la profundidad de su convicción, **no necesariamente la verdad de aquello que cree.**

Pero nuestro argumento es más limitado y, precisamente por eso, más fuerte.

Estamos preguntando si la hipótesis de un **fraude deliberado** explica bien los datos.

Si Jesús sabía que todo era una mentira inventada por Él, debemos explicar por qué perseveró cuando aquella mentira dejó de ofrecer beneficios y comenzó a conducirlo hacia la cruz.

Y si los discípulos sabían que habían inventado la resurrección, debemos explicar por qué continuaron proclamándola cuando comenzaron las amenazas, los arrestos y los golpes.

No es imposible que seres humanos actúen irracionalmente.

Pero la explicación:

“Todo fue una mentira consciente inventada para obtener beneficios”

empieza a tropezar con una pregunta incómoda:

¿Cuáles beneficios?

¿Dinero? No. ¿Poder? No. ¿Palacios? No. ¿Entonces qué?

Hagamos el balance.

Si todo hubiera sido una gran conspiración para obtener ventajas personales, esperaríamos encontrar alguna ventaja.

Riqueza: no aparece como resultado característico.

Poder político: no.

Palacios: no.

Posiciones gubernamentales: no.

Aceptación de las autoridades religiosas: precisamente lo contrario.

Seguridad personal: no.

Una vida cómoda: no.

¿Qué encontramos?

Una cruz.

Amenazas.

Azotes.

Cárceles.

Persecución.

Y aun así:

Jesús sostuvo quién decía ser.

Y después:

los discípulos sostuvieron que lo habían visto resucitado.

Algo estaba ocurriendo.

**Hemos demostrado sinceridad; ahora necesitamos
investigar verdad**

Y aquí llegamos al punto exacto donde esta primera parte debe terminar.

Durante estos artículos hemos acumulado suficientes elementos para afirmar algo importante:

Jesús parece haber tomado extraordinariamente en serio las afirmaciones que realizó acerca de sí mismo.

No parecen haber sido simplemente un recurso para obtener dinero, comodidad o poder político.

Y sus primeros seguidores parecen haber estado profundamente convencidos de que después de su crucifixión lo habían visto vivo.

Pero todavía queda una enorme distancia entre dos palabras:

sinceridad

y:

verdad.

Una persona puede ser absolutamente sincera...

y estar equivocada.

Por eso no podemos detener nuestra investigación aquí.

Hasta ahora hemos preguntado:

¿Quién decía Jesús que era?

Y la respuesta que emerge de los textos es extraordinaria.

Jesús realizó afirmaciones acerca de sí mismo que van muchísimo más allá de las de un maestro religioso común.

Pero ahora llega una pregunta todavía más importante:

¿Demostró Jesús que sus afirmaciones eran verdaderas?

Ese será nuestro siguiente paso.

La siguiente investigación: ¿Demostró Jesús ser quien decía ser?

Ahora cambiaremos de pregunta.

Ya no preguntaremos solamente:

¿Qué dijo Jesús?

Preguntaremos:

¿Qué evidencia presentó?

Si afirmó venir de Dios, ¿hay razones para creerlo?

Si reclamó autoridad divina, ¿hizo algo que respaldara semejante autoridad?

¿Qué hacemos con sus milagros?

¿Qué hacemos con su conocimiento extraordinario?

¿Qué hacemos con las profecías relacionadas con su persona?

¿Qué hacemos con su carácter?

¿Qué hacemos con la enorme impresión que produjo sobre quienes convivieron con Él?

Y sobre todo:

¿qué hacemos con la resurrección?

Porque si Jesús realizó afirmaciones extraordinarias pero no pudo respaldarlas, nuestra investigación debe reconocerlo.

Pero si encontramos evidencias extraordinarias detrás de afirmaciones extraordinarias, entonces tendremos que estar dispuestos a seguirlas hasta donde conduzcan.

Hemos terminado de preguntar:

“¿Quién decía Jesús que era?”

Ahora comenzaremos una pregunta todavía más difícil:

“¿Demostró Jesús ser quien decía ser?”

Y si la respuesta fuera afirmativa, entonces ya no estaríamos simplemente estudiando a uno de los personajes más importantes de la historia.

Estaríamos frente a una posibilidad mucho más inquietante y maravillosa:

que hace aproximadamente dos mil años Dios realmente haya entrado en nuestra historia.

Referencias

Biblia Reina-Valera 1960: Mateo 8:18-20; Mateo 16:21-23; Mateo 26:36-46; Marcos 8:31-38; Marcos 10:32-45; Juan 6:15, 60-69; Juan 10:17-18; Juan 18:33-38; Hechos 3:1-10; Hechos 4:1-22; Hechos 5:17-42; Hechos 12:1-5; 1 Corintios 15:1-11; 2 Corintios 11:23-28.

Keener, Craig S. *The Historical Jesus of the Gospels*. Eerdmans, 2009.

Wright, N. T. *Jesus and the Victory of God*. Fortress Press, 1996.

Bauckham, Richard. *Jesus and the Eyewitnesses: The Gospels as Eyewitness Testimony*. Eerdmans.

Hurtado, Larry W. *Lord Jesus Christ: Devotion to Jesus in Earliest Christianity*. Eerdmans, 2003.

Hengel, Martin. *Crucifixion in the Ancient World and the Folly of the Message of the Cross*. Fortress Press.

Cook, John Granger. *Crucifixion in the Mediterranean World*. Mohr Siebeck, 2014.

Sección II

¿Qué Jesucristo hizo qué?

**Si Jesús es Dios... ¿qué esperaríamos
encontrar en Él?**



01. ¿Qué espero de un Dios?

Una cosa es afirmar ser Dios; otra muy diferente es demostrarlo

En la serie anterior examinamos una pregunta extraordinariamente importante: **¿qué afirmó Jesucristo acerca de sí mismo?** Estudiamos sus palabras, la manera en que habló de su relación con el Padre, la autoridad que reclamó y aquellas declaraciones que llevaron a quienes lo escuchaban a comprender que Jesús estaba atribuyéndose una identidad que iba mucho más allá de la de un maestro, profeta o líder religioso.

Pero ahora debemos dar un paso más.

Porque una cosa es **afirmar algo acerca de uno mismo**, y otra muy diferente es **demostrar que esa afirmación es verdadera**.

Cualquier persona podría afirmar poseer poderes extraordinarios. Alguien podría incluso decir que viene de Dios o que posee autoridad divina. Las palabras, por sí solas, no serían suficientes para demostrarlo.

Por eso, en esta nueva serie no queremos preguntarnos solamente:

¿Jesús afirmó ser Dios?

Queremos formular una pregunta todavía más difícil:

¿Pudo demostrarlo?

Y para responderla necesitamos establecer primero un criterio razonable.

Supongamos por un momento que todavía no hemos examinado los milagros de Jesús. Supongamos que simplemente nos hacemos esta pregunta:

Si Dios entrara en nuestro mundo y caminara entre nosotros como hombre, ¿qué esperaríamos encontrar en Él?

¿Qué debería poder hacer?

¿Qué debería conocer?

¿Estaría sometido completamente a las mismas limitaciones que nosotros?

¿O esperaríamos encontrar en Él capacidades que ningún ser humano posee por naturaleza?

Antes de examinar a Jesucristo, establezcamos las reglas.

¿Qué significa realmente la palabra Dios?

Cuando hablamos de Dios en el sentido bíblico, no estamos hablando simplemente de un ser extremadamente poderoso.

Un ángel puede ser más poderoso que un hombre y, sin embargo, **no es Dios**. Un gobernante puede ejercer enorme autoridad y tampoco es Dios. Incluso un ser

capaz de realizar algo que nosotros no comprendemos no se convierte automáticamente en Dios.

La Biblia presenta a Dios como **el Ser supremo, eterno, creador y sustentador de todo cuanto existe**. No recibió la existencia de otro. No pertenece al universo como una criatura más dentro de él. Por el contrario, el universo depende de Él.

La Escritura comienza con una declaración sencilla y monumental:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”

Génesis 1:1

Antes de la tierra, antes de los océanos, antes del Sol y las estrellas, antes de cualquier ser humano, **Dios ya era**.

Moisés lo expresó de una manera extraordinaria:

**“Antes que naciesen los montes
Y formases la tierra y el mundo,
Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios.”**

Salmo 90:2

Por tanto, si alguien afirma poseer naturaleza divina, resulta razonable preguntarnos si encontramos en él características correspondientes a Dios.

¿Cuáles serían esas características?

Primero: esperaríamos que Dios fuera eterno.

Nosotros tenemos un comienzo. Nacemos, vivimos durante determinado número de años y morimos. Nuestra existencia está limitada por el tiempo.

Pero Dios no comenzó a existir cuando comenzó el universo.

Él existía antes.

Por eso, si Jesucristo realmente posee naturaleza divina, deberíamos encontrar algo extraordinario en la manera en que habla de su propia existencia. ¿Se consideró simplemente un hombre cuyo comienzo ocurrió en Belén, o afirmó una existencia anterior a su nacimiento humano?

Esa será una de las preguntas que tendremos que investigar.

Segundo: esperaríamos que Dios conociera aquello que nosotros no podemos conocer.

Nuestro conocimiento es limitado.

Podemos observar el rostro de una persona, escuchar sus palabras y estudiar su comportamiento, pero no podemos entrar en su mente y conocer con absoluta certeza lo que está pensando.

Dios, según la Biblia, sí puede hacerlo.

**“Pues aún no está la palabra en mi lengua,
Y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda.”**

Salmo 139:4

Si Jesús es quien afirmó ser, entonces sería razonable preguntarnos:

¿Demostró conocer cosas que un hombre ordinario no podía conocer?

¿Conoció pensamientos?

¿Conoció intenciones escondidas?

¿Sabía cosas que nadie le había contado?

Tercero: esperaríamos que Dios conociera el futuro.

Nosotros podemos hacer predicciones. Podemos estudiar tendencias, calcular probabilidades y anticipar razonablemente algunas cosas.

Pero no conocemos verdaderamente el futuro.

La Biblia presenta este conocimiento como una característica extraordinaria de Dios:

“Que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho.”

Isaías 46:10

Entonces tendremos que preguntar:

¿Jesús conoció acontecimientos antes de que sucedieran?

¿Predijo solamente cosas generales, o anunció acontecimientos concretos relacionados con personas, circunstancias e incluso con su propia muerte?

Cuarto: esperaríamos que Dios tuviera poder creador.

Los seres humanos podemos fabricar cosas, pero fabricar y crear no significan exactamente lo mismo.

Podemos tomar madera y construir una mesa. Podemos tomar metales y fabricar una máquina. Podemos combinar sustancias y producir nuevos materiales.

Pero siempre comenzamos con algo que ya existe.

La Biblia atribuye a Dios un poder incomparable:

“Porque él dijo, y fue hecho;

Él mandó, y existió.”

Salmo 33:9

Cuando estudiemos a Jesús tendremos que observar cuidadosamente algunos acontecimientos extraordinarios.

¿Qué ocurrió cuando unos cuantos panes alimentaron a miles de personas?

¿Qué ocurrió cuando el agua se convirtió en vino?

¿Estamos solamente frente a hechos inexplicables, o existen indicios de una autoridad mucho más profunda sobre la materia?

Quinto: esperaríamos que Dios tuviera autoridad sobre la naturaleza.

Podemos estudiar la naturaleza.

Podemos pronosticar una tormenta.

Podemos protegernos parcialmente de ella.

Pero no podemos salir en medio de un huracán y decirle al viento:

“Detente”.

No podemos ordenar al océano que permanezca quieto.

Sin embargo, la Biblia presenta a Dios como Señor de la naturaleza:

**“Porque habló, e hizo levantar un viento tempestuoso,
Que encrespa sus ondas.”**

Salmo 107:25

Y después declara:

**“Cambia la tempestad en sosiego,
Y se apaciguan sus ondas.”**

Salmo 107:29

Esto hace especialmente interesante aquella noche en que Jesús estaba en una barca mientras una violenta tormenta aterrorizaba a sus discípulos.

La pregunta no será solamente **qué ocurrió**, sino:

¿Quién tiene autoridad para ordenar al viento y al mar que se detengan?

Sexto: esperaríamos que Dios tuviera autoridad sobre el mundo físico y la materia.

Vivimos dentro de un universo que funciona de acuerdo con propiedades físicas extraordinariamente constantes.

No decidimos cuánto pesaremos gravitacionalmente mañana. No podemos modificar a voluntad la densidad del agua para caminar sobre ella. Tampoco podemos convertir agua en otra sustancia simplemente pronunciando una orden.

Nosotros estamos sometidos a las condiciones físicas de nuestro mundo.

Pero si Dios es el Creador de ese mundo, resulta razonable esperar que **el Creador no esté limitado frente a su creación de la misma manera que nosotros.**

Esto hará que algunos acontecimientos de la vida de Jesús resulten particularmente interesantes.

Jesús caminó sobre el agua.

Transformó agua en vino.

Multiplicó alimentos.

No utilizaremos expresiones sensacionalistas ni afirmaremos más de lo que los textos permiten. Simplemente examinaremos los acontecimientos y preguntaremos:

¿Qué clase de autoridad estamos observando?

Séptimo: esperaríamos que Dios tuviera autoridad sobre el cuerpo humano y la enfermedad.

El cuerpo humano posee una complejidad extraordinaria.

Cuando un nervio está destruido, cuando un ojo no puede ver, cuando una persona está paralizada o cuando un tejido se encuentra gravemente enfermo, restaurarlo puede requerir medicamentos, cirugía, rehabilitación y tiempo.

Y aun con toda nuestra medicina, existen daños que no podemos reparar.

Pero ¿qué esperaríamos del Creador del cuerpo humano?

La Biblia declara:

**“Porque tú formaste mis entrañas;
Tú me hiciste en el vientre de mi madre.”**

Salmo 139:13

Si Dios diseñó y formó el cuerpo humano, sería razonable pensar que tendría autoridad para restaurarlo.

Por eso examinaremos cuidadosamente algo sorprendente en Jesús: personas ciegas que recuperaron la vista, paralíticos que caminaron, leprosos que fueron limpiados y enfermos que quedaron sanos.

Y en muchos casos, **la restauración fue inmediata.**

Octavo: esperaríamos que Dios tuviera autoridad sobre el mundo espiritual.

La Biblia no presenta solamente una realidad material. También habla de seres espirituales, ángeles y espíritus malignos.

Si Dios es soberano, entonces ninguna criatura espiritual puede encontrarse por encima de su autoridad.

Por eso será particularmente importante observar cómo reaccionaban los demonios frente a Jesucristo.

No solamente lo reconocían.

Le obedecían.

Y eso merece ser investigado.

Noveno: esperaríamos que Dios tuviera autoridad sobre el pecado.

Esta característica es especialmente importante porque nos lleva más allá de los milagros físicos.

Los profetas podían anunciar el perdón de Dios, pero Jesús hizo algo que provocó inmediatamente una controversia.

Dijo a un hombre:

“Hijo, tus pecados te son perdonados.”

Marcos 2:5

Los escribas comprendieron perfectamente la gravedad de aquella declaración y pensaron:

“¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”

Marcos 2:7

Precisamente.

Esa es la pregunta.

Décimo: esperaríamos que Dios tuviera autoridad sobre la vida y la muerte.

Aquí llegamos probablemente a la frontera más impresionante de todas.

Podemos combatir una enfermedad.

Podemos prolongar una vida.

Podemos reanimar, en circunstancias determinadas, a una persona cuyo corazón acaba de detenerse.

Pero cuando la muerte se ha establecido definitivamente, el ser humano encuentra una frontera que no puede cruzar.

Sin embargo, la Biblia declara acerca de Dios:

“Jehová mata, y él da vida.”

1 Samuel 2:6

Entonces tendremos que observar a Jesús frente a la muerte.

¿Qué ocurrió con la hija de Jairo?

¿Qué ocurrió con el hijo de la viuda de Naín?

¿Y qué ocurrió cuando Jesús se colocó delante de la tumba de un hombre que llevaba cuatro días muerto y gritó:

“¡Lázaro, ven fuera!”?

Juan 11:43

Pero todavía tendremos que enfrentarnos a una evidencia aún mayor:

¿Qué ocurrió con el propio Jesús después de su muerte?

Ahora tenemos un criterio

Esto es precisamente lo que necesitábamos establecer antes de continuar.

No queremos adaptar nuestra definición de Dios a Jesucristo después de conocer los acontecimientos.

Queremos hacer lo contrario.

Primero establecemos aquello que razonablemente esperaríamos de Dios y **después examinamos a Jesucristo.**

Esperaríamos eternidad.

Esperaríamos conocimiento que trascienda las limitaciones humanas.

Esperaríamos conocimiento del futuro.

Esperaríamos poder creador.

Esperaríamos autoridad sobre la naturaleza.

Esperaríamos autoridad sobre la materia y el mundo físico.

Esperaríamos autoridad sobre el cuerpo humano y la enfermedad.

Esperaríamos autoridad sobre el mundo espiritual.

Esperaríamos autoridad sobre el pecado.

Y esperaríamos, finalmente, **autoridad sobre la vida y la muerte.**

Ahora podemos abrir los Evangelios y comenzar nuestra investigación.

No preguntaremos solamente qué dijo Jesús.

Preguntaremos **qué hizo.**

Y acontecimiento tras acontecimiento iremos colocando la evidencia sobre la mesa.

Al terminar esta serie regresaremos exactamente al lugar donde comenzamos y formularemos nuevamente la pregunta:

Si Jesús realmente es Dios, ¿hizo aquello que esperaríamos que Dios pudiera hacer?

Porque si un hombre afirmó una identidad extraordinaria y después manifestó autoridad sobre cosas que ningún ser humano puede controlar —la naturaleza, la materia, la enfermedad, el mundo espiritual, el pecado, la vida y la muerte— entonces sus afirmaciones merecen ser examinadas con toda seriedad.

En el próximo artículo comenzaremos con algo que ninguno de nosotros puede hacer:

conocer aquello que nadie nos ha dicho.

Referencias bíblicas

- **Génesis 1:1** — “En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”
- **1 Samuel 2:6** — “Jehová mata, y él da vida; él hace descender al Seol, y hace subir.”
- **Salmo 33:9** — “Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió.”
- **Salmo 90:2** — “Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios.”

¿Qué Jesucristo dijo que?

- **Salmo 107:25, 29** — Dios levanta el viento tempestuoso y también cambia “la tempestad en sosiego”.
- **Salmo 139:4** — “Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda.”
- **Salmo 139:13** — “Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre.”
- **Isaías 46:9-10** — Dios declara “lo por venir desde el principio” y aquello que todavía no ha sucedido.
- **Marcos 2:5-12** — Jesús perdona los pecados del paralítico y demuestra su autoridad sanándolo.
- **Marcos 4:35-41** — Jesús reprende al viento y ordena al mar que calle y enmudezca.
- **Juan 2:1-11** — Jesús transforma el agua en vino en las bodas de Caná.
- **Juan 6:1-14** — Jesús alimenta a una multitud utilizando cinco panes y dos peces.
- **Juan 11:1-44** — Jesús resucita a Lázaro después de cuatro días en el sepulcro.



02. Jesús sabía lo que ningún hombre podía saber: cuando anunció el futuro

Una afirmación extraordinaria puede ponerse a prueba

En el artículo anterior establecimos algunas de las características que razonablemente esperaríamos encontrar en Dios. Una de ellas era particularmente difícil de imitar: **el conocimiento del futuro**.

Una persona inteligente puede anticipar ciertas consecuencias. Un militar puede calcular cómo terminará una batalla. Un economista puede hacer proyecciones. Un meteorólogo puede pronosticar una tormenta.

Pero todo eso se basa en información disponible, probabilidades y circunstancias conocidas.

Conocer acontecimientos específicos que todavía no han ocurrido es algo completamente diferente.

Y precisamente aquí encontramos una manera extraordinariamente interesante de examinar las afirmaciones de Jesucristo.

Porque si Jesús hubiera sido un farsante que pretendía poseer una identidad divina, habría cometido un enorme riesgo al hablar acerca del futuro. Una afirmación acerca de algo invisible puede ser difícil de comprobar; **una profecía acerca de un acontecimiento histórico futuro puede ser contrastada con lo que finalmente ocurrió.**

Por eso podemos formular una prueba sencilla:

¿Anunció Jesús acontecimientos futuros suficientemente concretos como para poder comprobarlos?

Y si lo hizo:

¿ocurrieron realmente?

No necesitamos comenzar con acontecimientos que sucedieron unas horas después de pronunciadas sus palabras. Vamos a mirar más lejos.

Décadas.

Siglos.

Y acontecimientos cuyas consecuencias todavía pueden observarse en la historia.

Jesús anunció la destrucción de Jerusalén

Pocas profecías de Jesús resultan tan impresionantes como sus declaraciones acerca del futuro de Jerusalén.

Al aproximarse a la ciudad, Lucas describe una escena conmovedora:

“Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella.”

Lucas 19:41

Entonces Jesús pronunció palabras terribles acerca de lo que ocurriría:

“Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti.”

Lucas 19:43-44

Observe los elementos de la predicción.

Jerusalén sería rodeada.

Sería sitiada.

Sus enemigos la estrecharían.

La ciudad sufriría una terrible destrucción.

Y sus habitantes padecerían las consecuencias.

Jesús no estaba describiendo algo que estaba ocurriendo delante de sus ojos.

Estaba hablando del futuro.

Décadas después, Jerusalén experimentaría precisamente una catástrofe de esta naturaleza.

“Cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos”

En otra ocasión Jesús fue todavía más explícito:

“Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado.”

Lucas 21:20

Estas palabras resultan extraordinariamente concretas.

No dijo simplemente que Jerusalén tendría problemas.

No dijo solamente que algún día habría una guerra.

Habló de **Jerusalén rodeada por ejércitos**.

Y aproximadamente cuatro décadas después del ministerio de Jesús comenzó la gran guerra entre Judea y Roma.

En el año 66 d. C. estalló la rebelión judía contra Roma. Finalmente, las fuerzas romanas bajo el mando de Tito llegaron contra Jerusalén.

La ciudad fue rodeada.

El sitio se volvió devastador.

El hambre, la violencia y la muerte se extendieron dentro de Jerusalén.

Finalmente, en el año 70 d. C., la ciudad cayó.

El historiador judío **Flavio Josefo**, testigo del conflicto y nuestra principal fuente antigua para muchos detalles de aquella guerra, dejó una extensa descripción del sitio y de la destrucción de Jerusalén en su obra *La guerra de los judíos*.

Aquí tenemos entonces un primer punto que podemos contrastar:

Jesús anunció que Jerusalén sería rodeada por ejércitos.

La historia registra que Jerusalén terminó rodeada y sitiada por el ejército romano.

Jesús anunció la destrucción del Templo

Pero Jesús hizo una predicción todavía más peligrosa.

Sus discípulos contemplaban el impresionante complejo del Templo de Jerusalén.

Marcos relata:

“Maestro, mira qué piedras, y qué edificios.”

Marcos 13:1

La respuesta de Jesús debió resultar desconcertante:

“¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada.”

Marcos 13:2

Mateo conserva una declaración semejante:

“De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.”

Mateo 24:2

Para comprender la magnitud de estas palabras debemos recordar lo que representaba aquel lugar.

El Templo era el centro religioso de la nación judía.

Herodes el Grande había realizado una gigantesca ampliación del complejo. Sus estructuras, patios y enormes piedras producían admiración.

Predecir su destrucción no era una afirmación pequeña.

Y nuevamente llegó el año 70 d. C.

Durante la conquista romana de Jerusalén, **el Templo fue destruido.**

Josefo describe el incendio del santuario y la devastación que acompañó la caída de la ciudad.

El edificio que parecía representar permanencia desapareció.

Las palabras atribuidas a Jesús habían sido pronunciadas décadas antes.

Jesús anunció días de sufrimiento extraordinario

Jesús también advirtió acerca de la magnitud del desastre:

“Porque habrá entonces gran tribulación.”

Mateo 24:21

Lucas registra:

“Porque estos son días de retribución.”

Lucas 21:22

Y después:

“Porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo.”

Lucas 21:23

Cuando leemos posteriormente la descripción de Josefo acerca del sitio de Jerusalén encontramos una situación espantosa.

El hambre alcanzó niveles extremos.

Las facciones internas luchaban entre sí.

La población quedó atrapada.

Miles murieron durante el conflicto.

La ciudad finalmente fue conquistada y devastada.

Independientemente de las discusiones sobre determinadas cifras transmitidas por las fuentes antiguas, **la magnitud de la catástrofe está fuera de discusión.**

Jerusalén sufrió uno de los acontecimientos más terribles de su historia.

Pero Jesús habló de algo todavía más lejano

Hasta este momento podríamos decir:

Muy bien. Jesús anunció acontecimientos que ocurrieron aproximadamente cuarenta años después.

Pero sus palabras fueron todavía más lejos.

Lucas registra:

“Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones.”

Lucas 21:24

Esta declaración amplía considerablemente el horizonte.

Jesús no habló solamente de la destrucción de una ciudad.

Habló también de **dispersión**.

La guerra del 66-73 d. C. produjo muerte, esclavitud y desplazamiento. Décadas después, tras la revuelta de Bar Kojba de 132-135 d. C., la situación de la población judía en Judea sufrió otro golpe devastador bajo Roma.

A lo largo de los siglos siguientes, las comunidades judías estuvieron presentes en numerosas regiones del mundo mediterráneo, Oriente Medio, Europa y posteriormente muchas otras partes del planeta.

Aquí debemos ser cuidadosos: la diáspora judía **ya existía antes de Jesús**. No sería históricamente correcto afirmar que comenzó exclusivamente en el año 70.

Lo extraordinario de las palabras de Jesús es otra cosa: **anunció que la catástrofe venidera produciría muerte, cautiverio y una dispersión de enorme alcance.**

“Jerusalén será hollada por los gentiles”

Y entonces encontramos una declaración cuyo horizonte se extiende todavía más:

“Y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.”

Lucas 21:24

Observe nuevamente el lenguaje.

Jerusalén no solamente sufriría una invasión momentánea.

Jesús presenta un período prolongado relacionado con el dominio de pueblos gentiles sobre la ciudad.

Después de la conquista romana, Jerusalén efectivamente pasó durante largos períodos bajo el gobierno de diferentes poderes no judíos.

Romanos.

Bizantinos.

Diversos gobiernos musulmanes.

Cruzados.

Mamelucos.

Otomanos.

Y posteriormente el Mandato Británico.

Aquí entramos en un terreno donde las interpretaciones proféticas cristianas difieren respecto al significado preciso de la expresión “**hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan**”. No necesitamos resolver esa discusión para reconocer el dato histórico fundamental:

Jerusalén permaneció durante siglos bajo sucesivos gobiernos gentiles.

La predicción de Jesús, por tanto, no miraba solamente algunas semanas hacia adelante.

Su horizonte alcanzaba acontecimientos que se desarrollarían durante períodos extraordinariamente largos.

Una profecía es peligrosa para un farsante

Aquí aparece una reflexión que merece nuestra atención.

Si alguien quiere engañar a otras personas, una de las cosas menos convenientes que puede hacer es proporcionar afirmaciones que el futuro pueda demostrar falsas.

Imagine que una persona afirma:

“Dentro de algunas décadas esta ciudad será rodeada por ejércitos y destruida.”

La ciudad permanece intacta.

La predicción fracasa.

Tenemos un problema.

Ahora imagine que añade:

“Este extraordinario Templo será destruido.”

El Templo permanece.

Otro problema.

Después anuncia cautiverio, sufrimiento y un prolongado período relacionado con el dominio extranjero sobre Jerusalén.

Si nada de aquello ocurre, las palabras quedan expuestas.

Por eso las profecías proporcionan un criterio que podemos investigar históricamente.

Una predicción suficientemente concreta deja una huella que puede contrastarse con los acontecimientos posteriores.

La prueba está sobre la mesa

En la serie anterior estudiamos lo que Jesús afirmó acerca de su identidad.

Ahora estamos haciendo algo diferente.

Estamos preguntando:

¿Encontramos en Él características que esperaríamos encontrar en Dios?

Una de ellas era el conocimiento del futuro.

Y Jesús hizo algo extraordinariamente arriesgado.

Habló acerca del destino de Jerusalén.

Anunció que sería rodeada por ejércitos.

Anunció una terrible destrucción.

Anunció la caída del Templo.

Habló de muerte y cautiverio.

Y habló de un período prolongado relacionado con el dominio gentil sobre Jerusalén.

Después vino la historia.

Roma sitió Jerusalén.

Jerusalén cayó.

El Templo fue destruido.

Hubo muerte, esclavitud y desplazamiento.

Y durante muchos siglos Jerusalén permaneció bajo diferentes poderes gentiles.

Esto no obliga automáticamente a una persona a aceptar que Jesús es Dios.

Pero sí nos obliga a formular una pregunta difícil:

¿Cómo sabía Jesús lo que iba a ocurrir?

Y nuestra investigación apenas comienza porque Jesús pronunció aproximadamente 90 profecías, pero por motivo de espacio no las estudiaremos aquí

Referencias bíblicas

- **Mateo 24:1-2** — Jesús anuncia la destrucción de los edificios del Templo.
- **Mateo 24:15-22** — Advertencia acerca de la crisis que vendría sobre Judea.
- **Marcos 13:1-2** — “No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada.”
- **Marcos 13:14-20** — Jesús advierte acerca del sufrimiento venidero.
- **Lucas 19:41-44** — Jesús llora sobre Jerusalén y anuncia que sus enemigos la rodearán, sitiarán y derribarán.
- **Lucas 21:5-6** — Predicción de la destrucción del Templo.
- **Lucas 21:20** — “Cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado.”
- **Lucas 21:21-24** — Jesús anuncia la huida de Judea, gran calamidad, muerte, cautiverio y que Jerusalén sería hollada por los gentiles.

Referencias históricas para comprobar el cumplimiento

- **Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*, libros V-VI.**
Fuente antigua fundamental para el sitio romano de Jerusalén, el hambre dentro de la ciudad, los combates y la destrucción del Templo en el año 70 d. C.
- **Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*, libro VII.**
Describe las consecuencias posteriores de la guerra y la derrota final de la resistencia judía.
- **Tácito, *Historias*, libro V.**
El historiador romano describe el conflicto entre Roma y los judíos y el contexto del sitio de Jerusalén.
- **Casio Dio, *Historia romana*, libro LXIX.**
Fuente antigua importante para la posterior revuelta de Bar Kojba contra Roma durante el reinado del emperador Adriano.
- **Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, libro III, capítulo 5.**
Conserva una tradición cristiana antigua acerca de la salida de cristianos de Jerusalén antes de la catástrofe de la guerra.
- **Cumplimiento histórico principal: 66-70 d. C.**
La Primera Guerra Judeo-Romana culminó con el sitio y caída de Jerusalén y la destrucción del Segundo Templo por las fuerzas romanas dirigidas por Tito.
- **Cumplimiento histórico posterior: 132-135 d. C.**
La revuelta de Bar Kojba terminó con otra devastadora derrota judía bajo el Imperio romano y profundas consecuencias para Judea y Jerusalén.



03. Cuando hasta el viento y el mar obedecieron a Jesús

¿Qué esperaríamos que ocurriera si el Creador estuviera dentro de una barca?

En los artículos anteriores establecimos una manera sencilla de examinar las afirmaciones de Jesucristo. Si Jesús afirmó poseer una identidad divina, entonces no basta con estudiar solamente **lo que dijo**. También debemos observar **lo que hizo**.

Y una de las características que razonablemente esperaríamos encontrar en Dios sería **autoridad sobre la naturaleza**.

Los seres humanos hemos aprendido muchísimo acerca del mundo natural. Podemos estudiar la atmósfera, medir la velocidad del viento, observar las nubes,

anticipar tormentas y construir embarcaciones capaces de soportar condiciones extraordinariamente difíciles.

Pero existe una diferencia enorme entre **comprender una tormenta y ordenarle que se detenga**.

Un meteorólogo puede anunciar que viene una tormenta.

Un marinero experimentado puede intentar atravesarla.

Un científico puede explicar cómo se formó.

Pero ninguno puede levantarse frente al viento y decir:

“Calla, enmudece”.

Y esperar que la naturaleza obedezca.

Sin embargo, los Evangelios afirman que eso fue precisamente lo que hizo Jesús.

Una noche en el mar de Galilea

El acontecimiento aparece registrado en Mateo, Marcos y Lucas, lo cual nos permite comparar tres relatos del mismo episodio.

Marcos proporciona algunos detalles particularmente interesantes.

Después de un día de enseñanza, Jesús dijo a sus discípulos:

“Pasemos al otro lado.”

Marcos 4:35

Subieron a la embarcación y comenzaron a cruzar el mar de Galilea.

Entonces ocurrió algo peligroso:

“Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba.”

Marcos 4:37

No se trataba simplemente de una lluvia incómoda.

Marcos describe **una gran tempestad de viento**.

Las olas golpeaban la embarcación y el agua comenzaba a entrar.

Lucas confirma la gravedad de la situación:

“Y se desencadenó una tempestad de viento en el lago; y se anegaban y peligrosaban.”

Lucas 8:23

La última palabra es importante:

Peligrosaban.

Los discípulos entendieron que podían morir.

El mar de Galilea puede cambiar rápidamente

La geografía ayuda a comprender la escena.

El mar de Galilea es realmente un gran lago de agua dulce situado en una depresión, a más de doscientos metros por debajo del nivel del mar. Está rodeado en buena parte por terrenos elevados.

Las diferencias de temperatura y presión entre las regiones circundantes y la superficie del lago pueden producir vientos fuertes y cambios rápidos en las condiciones del agua.

Por tanto, una tormenta repentina en el mar de Galilea no constituye un elemento fantástico añadido a la narración.

Es perfectamente compatible con la geografía del lugar.

Pero aquella tormenta tenía algo especialmente preocupante.

Entre los hombres que estaban dentro de la barca había pescadores.

Pedro, Andrés, Jacobo y Juan conocían aquellas aguas.

No eran turistas sorprendidos por unas cuantas olas.

Eran hombres acostumbrados a navegar y pescar en el mar de Galilea.

Si ellos estaban aterrorizados, debemos tomar seriamente la magnitud del peligro.

Mientras todos luchaban contra la tormenta, Jesús dormía

Entonces encontramos uno de los contrastes más sorprendentes del relato.

Mientras la embarcación se llenaba de agua y los discípulos temían por sus vidas:

“Él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal.”

Marcos 4:38

Jesús dormía.

Después de un día agotador de actividad y enseñanza, su cuerpo necesitaba descanso.

Aquí observamos nuevamente algo extraordinario acerca de Jesucristo.

Los Evangelios no presentan a un personaje que simplemente aparentaba ser humano.

Jesús experimentaba cansancio.

Dormía.

Tenía un verdadero cuerpo humano.

Pero en unos segundos aquellos hombres iban a presenciar algo que ningún hombre ordinario podía hacer.

Desesperados, lo despertaron:

“Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?”

Marcos 4:38

Mateo conserva la angustia de los discípulos con otras palabras:

“¡Señor, sálvanos, que perecemos!”

Mateo 8:25

Ellos sabían que estaban en peligro.

Pero probablemente todavía no comprendían completamente **quién estaba dentro de aquella barca.**

Jesús no pidió que la tormenta se detuviera

Aquí llegamos al detalle central del acontecimiento.

Jesús se levantó.

Pero observe cuidadosamente lo que **no hizo.**

El relato no dice que Jesús levantó las manos al cielo y pidió:

“Padre, por favor, detén esta tormenta.”

Tampoco describe una ceremonia.

No encontramos un ritual.

No encontramos instrumentos.

No encontramos ningún esfuerzo humano para controlar la naturaleza.

Marcos dice:

“Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece.”

Marcos 4:39

Jesús **habló directamente al viento y al mar.**

No aparece como alguien intentando convencer a la naturaleza.

Aparece dando una orden.

“Calla.”

“Enmudece.”

Y entonces sucedió:

“Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza.”

Marcos 4:39

No solamente cesó el viento

Hay un detalle que fácilmente podemos pasar por alto.

Marcos no dice solamente que el viento disminuyó.

Dice que:

“se hizo grande bonanza.”

Esto resulta especialmente interesante.

Cuando un viento fuerte deja de soplar sobre una gran superficie de agua, las olas producidas por ese viento no necesariamente desaparecen en el mismo instante. El agua conserva movimiento y necesita tiempo para disipar la energía acumulada.

Pero el relato presenta una transición extraordinariamente rápida:

gran tempestad → orden de Jesús → grande bonanza.

El viento cesó.

Y el mar se calmó.

Jesús no solamente parecía tener autoridad sobre aquello que producía las olas.

El resultado completo quedó bajo su autoridad.

¿Quién puede hacer algo semejante?

La Biblia hebrea contiene numerosos pasajes donde precisamente esta clase de autoridad pertenece a Dios.

El Salmo 89 declara:

**“Tú tienes dominio sobre la braveza del mar;
Cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas.”**

Salmo 89:9

El Salmo 107 describe a hombres atrapados en una tormenta:

**“Porque habló, e hizo levantar un viento tempestuoso,
Que encrespa sus ondas.”**

Salmo 107:25

Los navegantes temen por sus vidas y claman a Jehová.

Entonces ocurre esto:

**“Cambia la tempestad en sosiego,
Y se apaciguan sus ondas.”**

Salmo 107:29

Observe la semejanza.

En el Antiguo Testamento, **Dios tiene dominio sobre el mar y sosiega sus ondas.**

En los Evangelios, Jesús se encuentra en una embarcación en medio de una tempestad, habla al viento y al mar, y:

“se hizo grande bonanza.”

Para un lector familiarizado con las Escrituras hebreas, la escena debía resultar profundamente significativa.

Los discípulos hicieron exactamente la pregunta correcta

Después de calmar la tormenta, Jesús preguntó:

“¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?”

Marcos 4:40

Pero la reacción de los discípulos es todavía más interesante.

Uno podría imaginar que después de desaparecer el peligro todos comenzarían a celebrar.

No ocurrió así.

Marcos dice:

“Entonces temieron con gran temor.”

Marcos 4:41

Primero tuvieron miedo de la tormenta.

Ahora tenían otro tipo de temor.

Porque acababan de observar algo que no podían explicar.

Y se preguntaban unos a otros:

“¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?”

Marcos 4:41

Esa pregunta constituye el corazón de todo el acontecimiento.

¿Quién es éste?

No preguntaron:

¿Cómo hizo esto?

Preguntaron:

¿Quién es?

Porque comprendieron que el problema ya no era simplemente meteorológico.

El problema era **la identidad del hombre que estaba dentro de la barca.**

Un profeta podía pedir un milagro; Jesús dio una orden

En las Escrituras encontramos profetas mediante los cuales Dios realizó acontecimientos extraordinarios.

Moisés extendió su mano sobre el mar Rojo, pero el texto deja claro quién realizó el milagro:

“E hizo Jehová que el mar se retirase.”

Éxodo 14:21

Elías también oró a Dios antes de que descendiera fuego del cielo.

Los profetas dependían del poder de Dios.

Pero la escena del mar de Galilea tiene una característica notable.

Jesús simplemente se levantó y **dio una orden.**

“Calla.”

“Enmudece.”

Y la naturaleza obedeció.

Esto no significa que debamos construir toda la doctrina de la divinidad de Cristo a partir de un solo milagro. Esa no es la intención de esta serie.

Estamos acumulando evidencia.

Una pieza.

Después otra.

Y después otra.

“¿Quién es éste?”

El episodio de calmar la tormenta no aparece como una historia aislada dentro de los Evangelios.

Forma parte de un conjunto mucho mayor de acontecimientos en los que Jesús manifiesta autoridad sobre la enfermedad, la materia, el mundo espiritual, el cuerpo humano y finalmente la muerte.

¿Qué esperaríamos de Dios?

Regresemos a nuestra pregunta inicial.

Si Dios es realmente el Creador de la naturaleza, ¿esperaríamos que estuviera indefenso frente a ella?

¿Esperaríamos que el viento estuviera fuera de su autoridad?

¿Esperaríamos que las olas fueran más poderosas que Él?

La Biblia responde:

“Tú tienes dominio sobre la braveza del mar.”

Salmo 89:9

Y ahora encontramos a Jesús frente a un mar embravecido.

No construyó una barrera.

No huyó de la tormenta.

No esperó simplemente a que terminara.

Le habló.

Y el viento y el mar obedecieron.

La pregunta continúa abierta

En esta serie estamos investigando si las obras de Jesús corresponden con las afirmaciones extraordinarias que hizo acerca de sí mismo.

Ya establecimos el criterio:

Si Jesús realmente es Dios, deberíamos encontrar en Él una autoridad que trascienda las capacidades humanas.

Ahora tenemos otra pieza de evidencia.

Según tres Evangelios, Jesús estuvo frente a una fuerza natural completamente fuera del control humano y **la naturaleza respondió a su palabra.**

Por eso quizá la mejor conclusión de este artículo no sea nuestra.

Es la de aquellos hombres que estaban dentro de la barca.

Ellos conocían el mar.

Ellos experimentaron la tormenta.

Ellos sintieron el agua entrando en la embarcación.

Ellos escucharon las palabras de Jesús.

Y ellos contemplaron la calma que siguió.

Su pregunta atravesó los siglos y llega hasta nosotros:

“¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?”

Esa es precisamente la pregunta que esta serie intenta responder.

Referencias bíblicas

- **Mateo 8:23-27** — Relato de Jesús calmando la tempestad. Los discípulos preguntan: “¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?”
- **Marcos 4:35-41** — Relato detallado de la tempestad. Jesús ordena al mar: “Calla, enmudece”, el viento cesa y se produce una gran bonanza.
- **Lucas 8:22-25** — Lucas señala que la embarcación se anegaba y los discípulos estaban en peligro. Jesús reprende al viento y a las olas, y sobreviene la calma.
- **Éxodo 14:21** — Dios divide el mar durante el éxodo de Israel: “E hizo Jehová que el mar se retirase”.
- **Salmo 65:7** — “El que sosiega el estruendo de los mares, el estruendo de sus ondas.”
- **Salmo 89:9** — “Tú tienes dominio sobre la braveza del mar; cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas.”
- **Salmo 107:23-30** — Describe a navegantes atrapados en una tempestad que claman a Jehová: “Cambia la tempestad en sosiego, y se apaciguan sus ondas.”
- **Jonás 1:4-16** — Una tempestad en el mar muestra nuevamente, dentro del Antiguo Testamento, que el viento y el mar se encuentran bajo la soberanía de Dios.



04. Cuando Jesús caminó sobre el agua: autoridad sobre el mundo físico

Hay cosas que un ser humano sencillamente no puede hacer

A lo largo de esta serie estamos examinando las obras de Jesucristo a partir de una pregunta fundamental: **si Jesús es Dios, ¿encontramos en Él aquello que esperaríamos encontrar en Dios?**

En el artículo anterior contemplamos una extraordinaria manifestación de su autoridad sobre la naturaleza. Una tormenta amenazaba la embarcación de los discípulos. Jesús se levantó, habló directamente al viento y al mar, y ambos obedecieron.

Ahora encontramos algo diferente.

Esta vez Jesús no ordenó al agua que se calmara.

Caminó sobre ella.

Los seres humanos vivimos sometidos a determinadas condiciones físicas. Podemos estudiarlas, comprenderlas y aprovecharlas, pero no podemos simplemente decidir que dejarán de afectarnos.

Un hombre puede nadar.

Puede flotar.

Puede navegar.

Puede construir una embarcación capaz de sostenerlo sobre el agua.

Pero no puede colocar sus pies sobre la superficie de un lago y comenzar a caminar.

Jesús sí lo hizo.

Una noche en medio del mar de Galilea

El acontecimiento ocurrió después de la alimentación de los cinco mil.

Jesús hizo que sus discípulos entraran en una barca y comenzaran a cruzar el mar mientras Él despedía a la multitud.

Después:

“Despedida la multitud, subió al monte a orar aparte.”
Mateo 14:23

Mientras Jesús permanecía en tierra, los discípulos avanzaban por el mar.

Las condiciones comenzaron a complicarse.

“Y ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas; porque el viento era contrario.”
Mateo 14:24

Marcos añade:

“Y viéndoles remar con gran fatiga, porque el viento les era contrario...”

Marcos 6:48

Juan proporciona otro detalle:

“Cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios...”

Juan 6:19

Los discípulos se encontraban lejos de la orilla.

Era de noche.

El viento era contrario.

Las olas golpeaban la embarcación.

Los hombres estaban fatigados de remar.

Y entonces apareció Jesús.

Jesús vino hacia ellos caminando sobre el mar

Mateo lo expresa con extraordinaria sencillez:

“Mas a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar.”

Mateo 14:25

La cuarta vigilia correspondía aproximadamente al período entre las tres y las seis de la madrugada.

En medio de la oscuridad, los discípulos vieron una figura acercándose.

No venía nadando.

No utilizaba una embarcación.

Jesús venía caminando sobre el agua.

Marcos confirma:

“Vino a ellos andando sobre el mar.”

Marcos 6:48

Y Juan declara:

“Vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca.”

Juan 6:19

Tres Evangelios conservan esta extraordinaria escena.

Jesucristo caminó sobre las aguas del mar de Galilea.

¿Qué estaba ocurriendo físicamente?

Para comprender la magnitud del acontecimiento debemos recordar algo muy sencillo.

El agua no puede sostener el peso concentrado de un hombre que intenta caminar normalmente sobre su superficie.

Nuestro cuerpo puede flotar bajo determinadas circunstancias debido a la fuerza de flotación, pero **flotar y caminar sobre el agua son fenómenos completamente diferentes.**

Al caminar, el peso corporal se concentra alternativamente sobre los pies. La superficie del agua no proporciona el soporte necesario para mantener a un hombre de pie.

Por eso, cuando cualquiera de nosotros intenta colocar un pie sobre el agua:

el pie se hunde.

La tensión superficial puede sostener pequeños insectos debido a su diminuto peso y a la forma en que este se distribuye.

Pero no puede sostener a un hombre caminando.

Lo ocurrido aquella madrugada, por tanto, estaba completamente fuera de las capacidades físicas ordinarias del cuerpo humano.

Y precisamente allí se encuentra la importancia del acontecimiento.

El Creador no está sometido a su creación como nosotros

Cuando hablamos de las leyes de la naturaleza debemos comprender qué representan.

Describen la manera regular en que funciona el universo creado.

Nosotros vivimos dentro de ese universo y estamos sometidos a sus condiciones.

No podemos decidir dejar de experimentar gravedad.

No podemos decidir que el agua sostenga nuestro peso.

No podemos modificar por nuestra propia voluntad las propiedades de la materia.

Pero Dios no es una criatura atrapada dentro de aquello que creó.

Él es el Creador.

La Biblia declara:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”

Génesis 1:1

Y también:

“Porque él dijo, y fue hecho;

Él mandó, y existió.”

Salmo 33:9

Si Dios estableció las propiedades mediante las cuales funciona nuestro mundo, entonces posee autoridad sobre ellas.

Jesús no estaba descubriendo una manera extraordinaria de utilizar las propiedades del agua.

Estaba manifestando autoridad sobre el mundo físico.

Los discípulos sabían que aquello era imposible para un hombre

Cuando los discípulos vieron a Jesús, su reacción fue inmediata:

“Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo.”

Mateo 14:26

Aquellos hombres conocían el agua.

Varios eran pescadores.

Habían pasado incontables horas navegando sobre el mar de Galilea.

Sabían perfectamente lo que podía y no podía hacer un hombre sobre aquellas aguas.

Por eso se aterrorizaron.

No necesitaban conocer fórmulas de física.

La experiencia de toda una vida les decía que **un hombre no camina sobre el agua.**

Pero delante de ellos estaba Jesús.

Caminando.

“¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!”

Jesús inmediatamente habló:

“¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!”

Mateo 14:27

Aquella voz transformó la escena.

No era un fantasma.

Era Jesús.

El mismo hombre que había sanado enfermos.

El mismo que había multiplicado los alimentos.

El mismo que había mostrado autoridad sobre la naturaleza.

Ahora estaba caminando hacia ellos sobre las aguas.

Pero todavía faltaba algo extraordinario.

Pedro también caminó sobre el agua

Pedro respondió:

“Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.”

Mateo 14:28

La respuesta de Jesús fue solamente:

“Ven.”

Mateo 14:29

Entonces ocurrió algo extraordinario:

“Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.”

Mateo 14:29

Ahora tenemos una demostración todavía más profunda de la autoridad de Cristo.

Jesús no solamente podía caminar sobre las aguas.

Su autoridad permitió que otro hombre hiciera lo mismo.

Pedro no poseía aquella capacidad.

No era una habilidad natural.

No había aprendido una técnica.

Todo comenzó con una palabra de Jesús:

“Ven.”

Y Pedro descendió de la barca.

Colocó sus pies sobre aquello que normalmente no podía sostenerlo.

Y caminó.

Cuando Pedro comenzó a hundirse

Entonces Pedro miró el viento.

Tuvo miedo.

“Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!”

Mateo 14:30

Aquí el relato muestra perfectamente la diferencia entre la condición humana ordinaria y la autoridad de Jesucristo.

Pedro comenzó a hundirse.

Eso era lo natural.

Eso era lo que normalmente debía suceder.

Entonces gritó:

“¡Señor, sálvame!”

Y:

“Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él.”

Mateo 14:31

En medio del mar, Jesús tomó a Pedro y lo sostuvo.

La escena entera gira alrededor de una realidad:

Jesucristo tenía autoridad donde el hombre solamente tenía limitaciones.

La Biblia ya había hablado de alguien que camina sobre las aguas

Aquí encontramos una conexión extraordinaria con el Antiguo Testamento.

Siglos antes, Job había descrito la grandeza de Dios diciendo:

**“Él solo extendió los cielos,
Y anda sobre las olas del mar.”**

Job 9:8

No habla de un marinero.

No habla de un profeta.

Habla de **Dios**.

“Anda sobre las olas del mar.”

El Salmo 77 declara igualmente:

**“En el mar fue tu camino,
Y tus sendas en las muchas aguas;
Y tus pisadas no fueron conocidas.”**

Salmo 77:19

Y el profeta Isaías presenta a Jehová como:

“El que abre camino en el mar, y senda en las aguas impetuosas.”
Isaías 43:16

Ahora regresemos al mar de Galilea.

Es de madrugada.

Los discípulos están dentro de una embarcación.

Levantán los ojos.

Y ven a Jesús haciendo aquello que las Escrituras utilizaban para describir la soberanía de Dios:

caminando sobre las aguas.

No fue solamente un milagro; fue una revelación de quién era Jesús

Aquí encontramos el verdadero propósito de este artículo.

No estamos simplemente recopilando historias sorprendentes acerca de Jesucristo.

Estamos preguntando qué revelan sus obras acerca de su identidad.

Cuando Jesús caminó sobre el agua mostró que las limitaciones físicas que gobiernan nuestra experiencia humana **no limitaban su autoridad.**

Pero el acontecimiento fue todavía más allá.

Por una palabra suya, Pedro también caminó.

Jesús no solamente manifestó autoridad sobre el mundo físico en su propio cuerpo.

Extendió esa autoridad sobre otro hombre.

Y cuando Pedro perdió el valor y comenzó a hundirse, nuevamente dependió de Jesús.

“¡Señor, sálvame!”

Y Jesús lo salvó.

La reacción de los discípulos nos dice mucho

Después de que Jesús y Pedro entraron en la embarcación:

“Y cuando ellos subieron en la barca, se calmó el viento.”

Mateo 14:32

Entonces sucedió algo profundamente significativo:

“Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo:

Verdaderamente eres Hijo de Dios.”

Mateo 14:33

Los hombres que estuvieron allí comprendieron que acababan de contemplar algo mucho mayor que una hazaña impresionante.

Le adoraron.

Y declararon:

“Verdaderamente eres Hijo de Dios.”

Esta reacción adquiere todavía mayor significado cuando recordamos que eran judíos formados dentro de una fe profundamente monoteísta.

No estaban acostumbrados a adorar hombres.

Pero después de contemplar a Jesús caminando sobre las aguas, su respuesta fue postrarse delante de Él.

¿Qué esperaríamos de un Dios?

Regresemos a la pregunta que comenzó nuestra serie.

¿Qué esperaríamos de Dios?

Esperaríamos que el Creador tuviera autoridad sobre su creación.

Esperaríamos que las propiedades del mundo material no representaran para Él una barrera imposible.

Esperaríamos que aquello que limita al hombre **no limitara al Creador de todas las cosas.**

Y eso es precisamente lo que encontramos aquella madrugada en el mar de Galilea.

Un hombre no podía hacerlo.

Pedro, abandonado a sus propias limitaciones, comenzó a hundirse.

Pero Jesús caminó sobre las aguas.

Y por su palabra:

Pedro también caminó.

La pregunta, por tanto, ya no es simplemente:

¿Cómo pudo un hombre caminar sobre el agua?

La verdadera pregunta es mucho más profunda:

¿Quién era realmente aquel hombre?

Job había dicho acerca de Dios:

“Él solo... anda sobre las olas del mar.”

Y siglos después, en la oscuridad de una madrugada en Galilea, unos pescadores levantaron los ojos y contemplaron a Jesucristo.

Venía hacia ellos.

Caminando sobre el mar.

Referencias bíblicas

- **Mateo 14:22-33** — Jesús camina sobre el agua. Pedro, por orden de Jesús, también camina sobre las aguas; después comienza a hundirse y Cristo lo rescata. Al entrar en la barca, los discípulos adoran a Jesús y declaran: “Verdaderamente eres Hijo de Dios.”
- **Marcos 6:45-52** — Los discípulos reman con gran fatiga debido al viento contrario y Jesús se aproxima a ellos “andando sobre el mar”.
- **Juan 6:16-21** — Después de remar aproximadamente veinticinco o treinta estadios, los discípulos ven a Jesús caminando sobre el mar y acercándose a la barca.
- **Génesis 1:1** — “En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”
- **Job 9:8** — Acerca de Dios: “Él solo extendió los cielos, y anda sobre las olas del mar.”
- **Salmo 33:9** — “Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió.”
- **Salmo 77:19** — “En el mar fue tu camino, y tus sendas en las muchas aguas; y tus pisadas no fueron conocidas.”
- **Salmo 89:9** — “Tú tienes dominio sobre la braveza del mar; cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas.”
- **Isaías 43:16** — “Así dice Jehová, el que abre camino en el mar, y senda en las aguas impetuosas.”



05. Cuando el agua se convirtió en vino: autoridad sobre la materia

El día en que una sustancia se convirtió en otra

A lo largo de esta serie estamos examinando diferentes manifestaciones de la autoridad de Jesucristo. Ya vimos que habló acerca de acontecimientos futuros, que el viento y el mar obedecieron su palabra y que caminó sobre las aguas del mar de Galilea.

Ahora llegamos a un acontecimiento diferente y, desde el punto de vista de la materia, extraordinariamente interesante.

Jesús no calmó una tormenta.

No caminó sobre el agua.

Esta vez hizo algo completamente distinto:

transformó el agua en vino.

Estamos tan familiarizados con la historia de las bodas de Caná que podemos perder de vista la magnitud de lo ocurrido.

El agua posee determinadas características.

El vino posee otras.

No tienen la misma composición.

No tienen el mismo sabor.

No tienen el mismo aroma.

No contienen las mismas sustancias.

Para obtener vino normalmente necesitamos uvas y una serie de procesos físicos, químicos y biológicos que requieren tiempo.

Pero en Caná no hubo viñedo.

No hubo cosecha.

No hubo uvas exprimidas.

No hubo fermentación esperando su proceso natural.

Había agua.

Y después:

había vino.

Todo comenzó durante una boda

Juan sitúa el acontecimiento en Caná de Galilea.

“Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús.”

Juan 2:1

Jesús y sus discípulos también fueron invitados.

Entonces surgió un problema:

“Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino.”

Juan 2:3

Para nosotros podría parecer simplemente un inconveniente.

Pero dentro de aquella cultura, una boda constituía una celebración social de enorme importancia que podía prolongarse durante varios días. La hospitalidad de la familia era parte fundamental de la celebración.

Quedarse sin vino frente a los invitados representaba una situación profundamente vergonzosa para los anfitriones.

María informó a Jesús.

Después dijo a quienes servían:

“Haced todo lo que os dijere.”

Juan 2:5

Aquellas palabras prepararon el escenario para el primer milagro que Juan identifica como una **señal** realizada por Jesucristo.

Seis tinajas llenas de agua

Juan proporciona un detalle que resulta muy importante:

“Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros.”

Juan 2:6

Jesús ordenó:

“Llenad estas tinajas de agua.”

Juan 2:7

Y Juan añade:

“Y las llenaron hasta arriba.”

Este pequeño detalle tiene enorme importancia.

Las tinajas no quedaron medio llenas.

No había espacio considerable para añadir otra sustancia.

Las llenaron hasta arriba.

Lo que entró en ellas fue agua.

Los sirvientes lo sabían porque ellos mismos las habían llenado.

Entonces Jesús dijo:

“Sacad ahora, y llevadlo al maestresala.”

Juan 2:8

Y lo hicieron.

El agua ya no era agua

Cuando el encargado del banquete recibió lo que habían sacado de las tinajas ocurrió algo extraordinario.

Juan dice:

“Cuando el maestresala probó el agua hecha vino...”

Juan 2:9

Observe cuidadosamente las palabras:

“el agua hecha vino.”

No dice que el agua **parecía** vino.

No dice que adquirió simplemente el color del vino.

No dice que alguien añadió saborizante.

Juan afirma directamente que:

el agua se había convertido en vino.

Y existe un detalle todavía más importante.

El producto fue **probado**.

Esto significa que el milagro no consistió solamente en una modificación visual.

El maestresala lo llevó a su boca.

Percibió su sabor.

Evaluó su calidad.

Y llegó a una conclusión.

No solamente era vino: era buen vino

El encargado del banquete llamó al esposo y le dijo:

“Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora.”

Juan 2:10

Esto hace todavía más extraordinario el acontecimiento.

Jesús no produjo simplemente una sustancia que pudiera confundirse vagamente con vino.

El resultado fue suficientemente auténtico como para que una persona familiarizada con la bebida pudiera probarlo y **evaluar su calidad**.

Y su conclusión fue que era bueno.

Muy bueno.

El agua había adquirido las propiedades necesarias para ser reconocida como vino.

¿Qué significa convertir agua en vino?

Aquí podemos observar el acontecimiento desde una perspectiva particularmente interesante.

El agua es una sustancia relativamente sencilla, formada fundamentalmente por moléculas de H₂O.

El vino es enormemente más complejo.

Además de agua, contiene numerosas sustancias procedentes de las uvas y de los procesos que intervienen en su elaboración: azúcares residuales, ácidos orgánicos, compuestos aromáticos, pigmentos, minerales y muchas otras moléculas que contribuyen a su sabor, aroma y características.

Por tanto, convertir agua en vino no significa simplemente cambiar su color.

Significa producir materia organizada de una composición diferente.

Allí donde antes no estaban presentes los componentes característicos del vino, ahora tenían que estar presentes.

Donde había agua, ahora había una bebida que podía ser servida, probada y reconocida como vino.

Desde nuestra perspectiva moderna, esto hace que el milagro resulte todavía más impresionante.

Jesús realizó en un instante lo que normalmente requiere una larga cadena de procesos

Pensemos por un momento en todo lo que normalmente tendría que ocurrir para producir vino.

Primero necesitamos una vid.

La vid necesita crecer.

Necesita desarrollar hojas.

Necesita recibir agua y nutrientes del suelo.

Necesita luz.

Tiene que producir uvas.

Las uvas deben madurar.

Después deben ser cosechadas.

Su jugo debe ser extraído.

Y posteriormente intervienen procesos de fermentación y elaboración hasta obtener vino.

Todo esto requiere materia.

Energía.

Procesos biológicos.

Reacciones químicas.

Y tiempo.

En Caná, Jesús **omitió toda esa cadena visible de procesos.**

No necesitó una viña.

No necesitó esperar una cosecha.

No necesitó uvas.

No necesitó una prensa.

No necesitó esperar la fermentación.

El proceso que normalmente requiere numerosos pasos quedó sustituido por **la autoridad de Jesucristo**.

Pensemos en la magnitud de lo ocurrido

Juan menciona seis tinajas.

Cada una podía contener dos o tres medidas.

Las estimaciones exactas varían debido a las antiguas unidades utilizadas, pero estamos hablando de **una cantidad considerable de líquido**, probablemente del orden de cientos de litros en total.

No fue simplemente un vaso.

No fue una pequeña muestra.

Seis grandes recipientes habían sido llenados hasta arriba.

El volumen del milagro hace todavía más impresionante la transformación.

Una enorme cantidad de agua fue convertida en vino.

Materia que antes no estaba allí

Aquí llegamos al punto central de nuestro estudio.

¿De dónde procedieron los componentes que ahora formaban el vino?

Antes había agua.

Después había vino.

No hubo uvas introducidas en las tinajas.

No hubo ingredientes añadidos por los sirvientes.

No hubo un proceso natural visible mediante el cual aquellos componentes aparecieran.

Jesús manifestó **autoridad sobre la materia misma**.

Aquello que no estaba presente en la composición inicial apareció en el producto final.

Esta observación nos acerca inevitablemente a una característica que en el primer artículo dijimos que esperaríamos encontrar en Dios:

poder creador.

La Biblia presenta a Dios como Creador de la materia

La primera frase de la Biblia declara:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”

Génesis 1:1

El Salmo 33 describe el poder creador de Dios de una manera extraordinaria:

“Porque él dijo, y fue hecho;

Él mandó, y existió.”

Salmo 33:9

La materia no representa una dificultad para Dios.

Él es su Creador.

Y cuando llegamos al Nuevo Testamento encontramos una declaración sorprendente acerca de Jesucristo:

“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”

Juan 1:3

Esto aparece precisamente en el mismo Evangelio que poco después nos llevará a Caná.

Juan comienza presentando al Verbo como participante en la creación.

Después nos muestra al Verbo hecho carne.

Y entonces, en el capítulo dos, nos presenta a Jesús **transformando la materia**.

El Creador conocía perfectamente su creación

Hay algo hermoso en este acontecimiento.

Para nosotros, la química del vino es compleja.

Tenemos que estudiar sus moléculas.

Analizar sus componentes.

Comprender sus reacciones.

Pero para el Creador no existe misterio alguno en la estructura de la materia.

Cada átomo.

Cada molécula.

Cada enlace.

Cada propiedad.

Todo existe dentro de un universo cuya existencia depende finalmente de Dios.

La carta a los Colosenses declara acerca de Cristo:

“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra.”

Colosenses 1:16

Y después añade:

“Y todas las cosas en él subsisten.”

Colosenses 1:17

El milagro de Caná adquiere entonces una profundidad extraordinaria.

El que creó la materia **manifestó autoridad sobre ella.**

Jesús ni siquiera tocó el agua

Otro detalle resulta sorprendente.

El relato no dice que Jesús introdujera sus manos en las tinajas.

No mezcló ingredientes.

No realizó movimientos especiales.

No pronunció una fórmula.

Los sirvientes llenaron las tinajas.

Jesús simplemente ordenó:

“Sacad ahora, y llevadlo al maestresala.”

Eso fue todo.

Cuando llegó al encargado:

era vino.

La sencillez con la que Jesús realiza el milagro constituye parte de su grandeza.

No vemos esfuerzo.

Vemos **autoridad**.

El milagro ocurrió delante de personas que conocían el origen del agua

El maestresala no sabía de dónde había salido aquel vino.

Pero había personas que sí lo sabían.

Juan añade:

“Aunque no sabía él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua.”

Juan 2:9

Los sirvientes eran testigos privilegiados.

Ellos habían llevado el agua.

Ellos habían llenado las tinajas.

Ellos sabían que habían colocado **agua** dentro de aquellos recipientes.

Después sacaron el contenido.

Y ahora era vino.

No necesitaban que alguien les explicara lo ocurrido.

Lo habían visto desde el principio.

Juan no lo llamó simplemente milagro: lo llamó señal

El Evangelio termina el episodio con una declaración fundamental:

“Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.”

Juan 2:11

Juan utiliza una palabra profundamente significativa:

señal.

Una señal apunta hacia algo.

El propósito del acontecimiento no era simplemente solucionar el problema de una boda.

Aquella transformación revelaba algo acerca de **quién era Jesús.**

Juan lo dice directamente:

“manifestó su gloria.”

Los discípulos no contemplaron simplemente vino extraordinario.

Contemplaron una manifestación de la gloria de Cristo.

¿Qué esperaríamos de un Dios?

Regresemos nuevamente a nuestra pregunta.

Si Dios creó la materia, ¿esperaríamos que tuviera autoridad sobre ella?

Sí.

Si creó los elementos y las propiedades mediante las cuales interactúan, ¿esperaríamos que pudiera transformarlos?

Sí.

Si es el Creador de las uvas, de sus moléculas, de sus azúcares, de sus ácidos y de todos los procesos mediante los cuales se produce naturalmente el vino, ¿sería extraño que pudiera producir directamente aquello que normalmente requiere esos procesos?

No.

Eso es precisamente lo que esperaríamos **del Creador**.

Y eso es lo que Jesús hizo en Caná.

De agua a vino

Detengámonos finalmente frente a aquellas seis tinajas.

Los sirvientes las llenaron hasta arriba.

Sabían lo que habían colocado dentro:

agua.

Después Jesús intervino.

Sacaron nuevamente el contenido.

El maestra sala lo probó.

Reconoció inmediatamente lo que tenía delante.

Vino.

Y no cualquier vino.

Buen vino.

Algo había sucedido con la materia contenida en aquellas tinajas.

Su composición había cambiado.

Aquello que no estaba allí ahora estaba presente.

Y Juan nos dice por qué aquel acontecimiento era importante:

“manifestó su gloria.”

En el artículo anterior vimos a Jesucristo caminando sobre el agua.

Ahora lo hemos visto hacer algo todavía diferente:

transformarla.

Y nuevamente encontramos aquello que hemos estado buscando desde el comienzo de esta serie:

una autoridad que pertenece al Creador sobre su propia creación.

Referencias bíblicas

- **Juan 2:1-11** — Relato completo de las bodas de Caná. Jesús ordena llenar seis tinajas de agua; el agua es transformada en vino, el maestra sala lo prueba y reconoce su calidad. Juan declara que mediante esta señal Jesús “manifestó su gloria”.
- **Juan 1:1-3** — “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”
- **Juan 1:14** — “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... y vimos su gloria.”
- **Génesis 1:1** — “En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”
- **Salmo 33:6** — “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.”
- **Salmo 33:9** — “Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió.”
- **Colosenses 1:16** — “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra.”
- **Colosenses 1:17** — “Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.”
- **Hebreos 1:2-3** — Dios hizo el universo por medio del Hijo, quien sustenta “todas las cosas con la palabra de su poder”.



06. Cinco panes para miles: el extraordinario poder de multiplicar la materia

¿De dónde salió aquello que antes no estaba allí?

En esta serie hemos contemplado a Jesucristo haciendo cosas que se encuentran completamente fuera de las capacidades humanas. El viento y el mar obedecieron su palabra. Caminó sobre las aguas. Transformó agua en vino. Restauró cuerpos gravemente dañados.

Ahora llegamos a uno de los acontecimientos más conocidos de su ministerio.

Precisamente por ser tan conocido, existe el peligro de leerlo rápidamente y perder de vista lo extraordinario de lo que realmente ocurrió.

Un muchacho tenía:

cinco panes y dos peces.

Jesús tomó aquella pequeña cantidad de alimento.

Miles de personas comieron.

Comieron hasta quedar satisfechas.

Y cuando todo terminó:

había más alimento sobrante que el que había al principio.

Esto plantea una pregunta inevitable:

¿De dónde salió toda aquella materia?

La alimentación de los cinco mil posee una característica especial: es uno de los acontecimientos milagrosos del ministerio de Jesús registrado por **Mateo, Marcos, Lucas y Juan.**

Los cuatro evangelistas consideraron importante conservarlo.

La escena comienza en un lugar apartado.

Mateo dice:

“Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos.”

Mateo 14:14

Pasaron las horas.

Comenzó a hacerse tarde.

Entonces los discípulos propusieron una solución lógica:

“El lugar es desierto, y la hora ya pasada; despide a la multitud, para que vayan por las aldeas y compren de comer.”

Mateo 14:15

Desde el punto de vista humano, tenían razón.

No estaban en una ciudad.

No había suficiente comida.

Había miles de personas.

Pero Jesús respondió:

“No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer.”

Mateo 14:16

Juan conserva una conversación particularmente interesante.

Jesús preguntó a Felipe:

“¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?”

Juan 6:5

Pero Juan aclara:

“Esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer.”

Juan 6:6

Felipe comenzó a calcular.

Respondió:

“Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco.”

Juan 6:7

El problema era enorme.

Entonces Andrés encontró a un muchacho.

Dijo:

“Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos.”

Juan 6:9

Y luego hizo la pregunta inevitable:

“Mas ¿qué es esto para tantos?”

Exactamente.

Cinco panes.

Dos peces.

Miles de personas.

Humanamente:

no alcanzaba.

Cinco panes, dos peces y miles de personas

Jesús ordenó que la multitud se sentara.

Marcos dice:

“Entonces les mandó que hiciesen recostar a todos por grupos sobre la hierba verde.”

Marcos 6:39

Y añade:

“Y se recostaron por grupos, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta.”

Marcos 6:40

Miles de personas quedaron preparadas para comer.

Pero todavía solamente había:

cinco panes y dos peces.

Mateo relata:

“Y tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud.”

Mateo 14:19

Jesús tomó los alimentos.

Bendijo.

Partió.

Y comenzó a entregar.

Los discípulos recibían.

Después repartían.

Y el alimento seguía alcanzando.

Aquí está el punto.

Una simple división nunca aumenta la materia.

Si tenemos cinco panes y comenzamos a repartirlos, las porciones se hacen cada vez más pequeñas.

Cinco panes divididos entre diez personas continúan siendo cinco panes.

Divididos entre cien continúan siendo cinco panes.

Divididos entre cinco mil continúan siendo cinco panes.

Pero aquí ocurrió algo completamente diferente.

El alimento fue distribuido una y otra vez y **no se agotó**.

Juan dice:

“Asimismo de los peces, cuanto querían.”

Juan 6:11

Mateo añade:

“Y comieron todos, y se saciaron.”

Mateo 14:20

No recibieron una migaja simbólica.

Comieron.

Y quedaron satisfechos.

Mateo además aclara:

“Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.”

Mateo 14:21

Por tanto, la multitud total era todavía mayor.

Cinco panes.

Dos peces.

Miles de personas.

Todos comieron.

Y todos se saciaron.

Pero todavía faltaba algo más.

Jesús ordenó recoger lo que había sobrado:

“Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada.”

Juan 6:12

Y Juan dice:

“Llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido.”

Juan 6:13

Doce cestas.

Al principio había cinco panes.

Miles comieron.

Y al final quedaron doce cestas.

La pregunta vuelve a aparecer:

¿De dónde salió aquello que antes no estaba allí?

El poder creador de Jesucristo

La materia no aparece simplemente porque repartamos algo.

Si comenzamos con una cantidad determinada de alimento y miles de personas consumen porciones reales, esa cantidad debería disminuir.

Pero aquí sucede exactamente lo contrario.

La multitud consume.

El alimento continúa.

Todos comen.

Todos quedan satisfechos.

Y todavía sobra.

Por tanto, apareció alimento que anteriormente **no estaba disponible en aquella cantidad.**

Esto nos conduce directamente a una de las características que desde el comienzo dijimos que esperaríamos encontrar en Dios:

poder creador.

La Biblia declara:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”

Génesis 1:1

Y el Salmo 33 dice:

“Porque él dijo, y fue hecho;

Él mandó, y existió.”

Salmo 33:9

En Caná vimos a Jesús transformar materia.

Agua se convirtió en vino.

Aquí observamos algo distinto.

Ahora contemplamos **multiplicación de materia.**

La cantidad inicial no podía alimentar a la multitud.

La cantidad final alimentó a miles y produjo sobrantes.

Juan ya había declarado acerca de Cristo:

“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”

Juan 1:3

El mismo Evangelio que declara que todas las cosas fueron hechas por medio de Él nos presenta ahora a Jesús sosteniendo cinco panes.

Para un hombre:

cinco panes son cinco panes.

Pero delante de aquella multitud estaba Aquel por quien fueron hechas todas las cosas.

El eco del maná en el desierto

Aquí aparece una conexión bíblica extraordinaria.

Mucho antes de que Jesús alimentara a aquella multitud, Israel había vivido una escena sorprendentemente semejante.

Israel había salido de Egipto.

Una enorme multitud se encontraba en el desierto.

No había suficiente alimento.

El pueblo tenía hambre.

Y humanamente no había manera de alimentarlo.

Observe la semejanza.

Desierto.

Una gran multitud.

Hambre.

Ausencia de suficiente alimento.

Entonces Dios intervino.

Jehová dijo a Moisés:

“He aquí yo os haré llover pan del cielo.”

Éxodo 16:4

Y después:

“A la mañana os saciaréis de pan; y sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios.”

Éxodo 16:12

A la mañana siguiente apareció el maná.

Moisés explicó:

“Es el pan que Jehová os da para comer.”

Éxodo 16:15

Ahora avancemos hasta los Evangelios.

Otra vez encontramos:

un lugar desierto.

Otra vez:

una gran multitud.

Otra vez:

hambre.

Otra vez:

insuficiencia humana.

Y otra vez:

pan proporcionado sobrenaturalmente.

Pero ahora, en medio de la multitud, está:

Jesucristo.

La semejanza es impresionante.

En el Éxodo: Dios alimenta a Israel en el desierto.

En Galilea: Jesús alimenta a una multitud en un lugar desierto.

En el Éxodo: el pueblo no tenía suficiente alimento.

En Galilea: cinco panes y dos peces eran totalmente insuficientes.

En el Éxodo: Dios proporcionó pan.

En Galilea: Jesús proporcionó pan.

En el Éxodo: el pueblo fue saciado.

En Galilea: “comieron todos, y se saciaron”.

La propia multitud recordó el maná

Esta conexión no fue inventada siglos después.

El propio Evangelio de Juan muestra que la multitud la reconoció.

Después de la multiplicación dijeron a Jesús:

“Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer.”

Juan 6:31

Ellos mismos recordaron el Éxodo.

Ellos mismos hablaron del pan en el desierto.

Entonces Jesús respondió:

“De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo.”

Juan 6:32

Y añadió:

“Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.”

Juan 6:33

La multitud respondió:

“Señor, danos siempre este pan.”

Juan 6:34

Entonces Jesús pronunció una de sus declaraciones más profundas:

“Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre.”

Juan 6:35

El milagro, por tanto, no trataba solamente de alimentar cuerpos.

Revelaba algo acerca de **quién era Jesús**.

Israel conocía al Dios que daba pan en el desierto.

Ahora una nueva multitud se encontraba en un lugar desierto.

Y Jesús la alimentó.

Después no dijo simplemente:

“Yo puedo darles pan.”

Dijo:

“Yo soy el pan de vida.”

¿Qué esperaríamos de un Dios?

Regresemos finalmente a nuestra pregunta fundamental.

¿Qué esperaríamos del Creador?

Esperaríamos autoridad sobre la materia.

Esperaríamos poder para proporcionar aquello que su creación necesita.

Esperaríamos que la escasez humana no estableciera los límites de su capacidad.

Y eso es exactamente lo que encontramos aquí.

Los discípulos podían repartir pan.

Pero no podían producirlo.

Podían contar peces.

Pero no podían multiplicarlos.

Podían calcular cuánto dinero necesitaban.

Pero no podían resolver el problema.

Jesús sí.

Y existe una imagen que resume todo el acontecimiento:

Cinco panes.

Dos peces.

Miles de personas.

Doce cestas sobrantes.

El desierto vuelve a aparecer.

La multitud vuelve a tener hambre.

El pan vuelve a ser provisto sobrenaturalmente.

Pero esta vez, en medio de ellos, está Jesucristo.

En Caná contemplamos su autoridad para **transformar la materia**.

Aquí contemplamos su autoridad para **multiplicarla**.

Y detrás de todo escuchamos el eco de una antigua historia:

el Dios de Israel alimentando a su pueblo en el desierto.

Una vez más encontramos en Jesucristo aquello que esperaríamos encontrar en Dios:

poder creador, provisión sobrenatural y autoridad sobre su creación.

Referencias bíblicas

- **Mateo 14:13-21** — Jesús alimenta a la multitud con cinco panes y dos peces. “Comieron todos, y se saciaron”, y posteriormente recogieron doce cestas. Mateo especifica aproximadamente cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.
- **Marcos 6:30-44** — Jesús organiza a la multitud por grupos, multiplica los panes y los peces y todos comen hasta quedar satisfechos.
- **Lucas 9:10-17** — Jesús toma cinco panes y dos peces, los bendice y los entrega para su distribución. Todos comen y sobran doce cestas.
- **Juan 6:1-13** — Juan identifica al muchacho que tenía cinco panes de cebada y dos pececillos. Jesús proporciona a la multitud “cuanto querían”.
- **Éxodo 16:4** — Dios anuncia: “He aquí yo os haré llover pan del cielo.”
- **Éxodo 16:12-15** — Dios promete saciar a Israel con pan y proporciona el maná en el desierto: “Es el pan que Jehová os da para comer.”
- **Deuteronomio 8:3** — Moisés recuerda que Dios sustentó a Israel con maná en el desierto.
- **Salmo 78:23-25** — Dios hace llover maná, les da “trigo de los cielos” y envía alimento “hasta saciarles”.
- **Juan 6:30-35** — Después de la multiplicación, la multitud recuerda el maná del desierto. Jesús explica que el Padre da el verdadero pan del cielo y declara: “Yo soy el pan de vida.”
- **Mateo 15:32-38** — Segunda multiplicación de alimentos. Jesús alimenta a cuatro mil hombres, además de mujeres y niños, y sobran siete canastas.
- **Marcos 8:1-9** — Relato paralelo de la alimentación de los cuatro mil.
- **Génesis 1:1** — “En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”
- **Salmo 33:9** — “Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió.”
- **Juan 1:1-3** — “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”

¿Qué Jesucristo dijo que?

- **Colosenses 1:16-17** — “Porque en él fueron creadas todas las cosas” y “todas las cosas en él subsisten.”



07. Cuando Jesús restauraba lo que faltaba: cojos, mancos y cuerpos mutilados

No solamente sanaba enfermedades: restauraba cuerpos

Cuando hablamos de los milagros de Jesucristo solemos utilizar una expresión general:

Jesús sanaba enfermos.

Es verdad.

Pero esa frase puede quedarse corta.

Los Evangelios describen personas ciegas que comenzaron a ver, parálíticos que volvieron a caminar y cuerpos gravemente dañados que fueron restaurados. Incluso utilizan vocabulario que puede incluir a personas **lisiadas o mutiladas**.

Esto merece nuestra atención porque existe una enorme diferencia entre curar una enfermedad y **restaurar una parte corporal dañada o perdida**.

Podemos administrar un medicamento y eliminar una infección.

Podemos realizar una cirugía y reparar determinados tejidos.

Podemos colocar una prótesis cuando una extremidad ha sido amputada.

Pero si un hombre ha perdido una mano, la medicina no puede ordenarle:

“Vuelve a crecer.”

Si ha perdido parte de una extremidad, no podemos simplemente reconstruirla instantáneamente con una palabra.

Y, sin embargo, algunos de los relatos acerca de Jesús nos introducen precisamente en el terreno de la **restauración corporal**.

Esto nos lleva nuevamente a nuestra pregunta:

¿Qué esperaríamos del Creador del cuerpo humano?

Los cojos y los mancos fueron llevados ante Jesús

Mateo describe una escena extraordinaria:

“Y se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó.”

Mateo 15:30

Después describe lo que la multitud contempló:

“De manera que la multitud se maravillaba, viendo a los mudos hablar, a los mancos sanados, a los cojos andar, y a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel.”

Mateo 15:31

Detengámonos aquí.

Mateo distingue diferentes clases de personas.

Ciegos.

Mudos.

Cojos.

Y aquellos que la Reina-Valera 1960 traduce como:

“mancos”.

La palabra utilizada por Mateo es particularmente interesante

El término griego relacionado con “mancos” en este pasaje es **κυλλός** (*kyllos*).

La palabra puede describir a alguien **lisiado, mutilado o privado del uso —e incluso de una parte— de una extremidad.**

Por eso no debemos reducir automáticamente la escena a personas que simplemente tenían dolor en una mano.

Entre aquellas multitudes podían encontrarse personas con deformidades graves, extremidades mutiladas o partes corporales ausentes.

Al mismo tiempo, el texto no nos permite afirmar que cada “manco” había perdido completamente una mano ni que cada “cojo” carecía de una pierna. Lo importante es que **el lenguaje empleado abarca condiciones mucho más graves que una simple molestia física.**

Y Mateo dice que:

“los mancos [eran] sanados.”

La multitud podía observar el resultado.

Por eso:

“se maravillaba”.

¿Qué significa restaurar un miembro mutilado?

Aquí el milagro adquiere otra dimensión.

Si falta tejido corporal, sanar no significa solamente eliminar dolor.

Se necesita materia.

Hueso.

Músculo.

Tendones.

Ligamentos.

Vasos sanguíneos.

Nervios.

Piel.

Cada estructura debe encontrarse en el lugar correcto.

Cada una debe integrarse con aquello que ya existe.

Y todo debe funcionar conjuntamente.

Cuando existe pérdida real de tejido, una restauración instantánea implica algo que se aproxima mucho más a **reconstrucción** que a una simple curación.

Y aquí comenzamos a ver una conexión extraordinaria con nuestro artículo anterior.

En Caná contemplamos a Jesús manifestando autoridad sobre la materia.

Ahora contemplamos esa autoridad frente a **la materia organizada de un cuerpo humano.**

Malco: una parte del cuerpo cortada por una espada

Pero existe un episodio donde no tenemos que preguntarnos si había una lesión traumática.

Lo sabemos.

Ocurrió durante el arresto de Jesús.

Juan identifica incluso al hombre:

“Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco.”

Juan 18:10

Aquí no tenemos una enfermedad.

Tenemos **una espada.**

Tenemos un golpe.

Tenemos una oreja cortada.

Tenemos pérdida traumática de tejido.

Y tenemos incluso el nombre del hombre:

Malco.

Jesús tocó la herida y la restauró

Lucas registra lo que sucedió inmediatamente después:

“Entonces respondiendo Jesús, dijo: Basta ya; dejad. Y tocando su oreja, le sanó.”

Lucas 22:51

La sencillez de la descripción resulta impresionante.

“Tocando su oreja, le sanó.”

No hubo cirugía.

No hubo suturas.

No hubo vendajes.

No hubo semanas de cicatrización.

No hubo reconstrucción quirúrgica.

Jesús tocó al hombre.

Y la lesión fue sanada.

Pensemos anatómicamente en lo ocurrido con Malco

Una oreja no es simplemente piel.

Posee cartílago que determina su forma.

Está recubierta de piel.

Contiene tejido conjuntivo.

Posee vasos sanguíneos.

Posee terminaciones nerviosas.

Todo ello forma una estructura tridimensional extraordinariamente particular.

Una espada había cortado aquella región.

Había destrucción de tejidos.

Había vasos seccionados.

Había una herida abierta.

Y Jesús la restauró inmediatamente.

Donde había una lesión producida por una espada:

volvió a haber integridad corporal.

El hombre de la mano seca

Otro acontecimiento nos permite observar una restauración visible.

Jesús encontró en una sinagoga:

“un hombre que tenía seca una mano.”

Mateo 12:10

Una mano atrofiada durante un período prolongado puede presentar pérdida muscular, deformidad, limitación de movimiento y deterioro funcional.

Jesús no comenzó una terapia.

Simplemente dijo:

“Extiende tu mano.”

Mateo 12:13

Y entonces:

“Él la extendió, y le fue restaurada sana como la otra.”

Mateo 12:13

Mateo utiliza una comparación extraordinariamente clara:

“sana como la otra.”

Una mano estaba dañada.

La otra estaba sana.

Después de la intervención de Jesús, ambas podían compararse.

La restauración era visible.

Y después encontramos al hombre de treinta y ocho años

Juan nos lleva al estanque de Betesda.

Allí había:

“una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos.”

Juan 5:3

Entre ellos se encontraba:

“un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo.”

Juan 5:5

Treinta y ocho años.

Es difícil comprender lo que significa para un cuerpo humano permanecer incapacitado durante tanto tiempo.

Décadas de deterioro.

Décadas sin actividad normal.

Décadas sin caminar normalmente.

Y Jesús sabía perfectamente cuánto tiempo llevaba así:

“Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así...”

Juan 5:6

Treinta y ocho años no desaparecen mediante rehabilitación instantánea

Una inmovilidad prolongada afecta profundamente al cuerpo.

Los músculos pierden volumen y fuerza.

Los huesos pueden debilitarse.

Las articulaciones pierden movilidad.

El equilibrio se deteriora.

La coordinación necesaria para caminar disminuye.

Después de períodos relativamente breves de inmovilización, muchas personas necesitan rehabilitación.

Este hombre llevaba **treinta y ocho años** enfermo.

Entonces Jesús le dijo:

“Levántate, toma tu lecho, y anda.”

Juan 5:8

Y ocurrió:

“Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo.”

Juan 5:9

Juan no dice que comenzó a mejorar.

Dice:

“al instante”.

No solamente se puso de pie: caminó cargando su lecho

Este detalle es extraordinario.

Para caminar necesitamos mucho más que dos piernas.

Se requiere fuerza muscular.

Huesos capaces de soportar el peso.

Articulaciones funcionales.

Nervios transmitiendo información.

Equilibrio.

Coordinación.

Propiocepción.

Control cerebral de movimientos complejos.

Todo debe funcionar conjuntamente.

Pero Jesús no solamente dijo al hombre que se levantara.

Le ordenó:

“Toma tu lecho.”

Y eso hizo.

El hombre que había estado acostado ahora podía levantarse, caminar y **cargar aquello que durante años lo había cargado a él.**

Jesús no necesitaba tiempo para reparar

Aquí encontramos una característica que se repite una y otra vez.

Nosotros necesitamos tiempo.

Una cirugía necesita tiempo.

La cicatrización necesita tiempo.

La rehabilitación necesita tiempo.

El fortalecimiento muscular necesita tiempo.

Pero cuando Jesús ejercía su autoridad, el tiempo necesario para los procesos naturales dejaba de ser una barrera.

Al hombre de Betesda:

“Levántate.”

Y se levantó.

Al hombre de la mano seca:

“Extiende tu mano.”

Y quedó restaurada.

A Malco:

Lo tocó.

Y lo sanó.

A las multitudes de cojos, mancos y personas con cuerpos gravemente dañados:

“los sanó.”

[Aquí aparece nuevamente el poder creador](#)

En el artículo anterior vimos algo extraordinario.

El agua se convirtió en vino.

Materia organizada de una determinada manera apareció donde antes no existía de esa forma.

Ahora estamos frente al cuerpo humano.

Cuando hablamos de restaurar tejido mutilado, entramos nuevamente en el terreno de la materia.

Pero esta vez es muchísimo más compleja.

No basta con producir materia.

Debe ser **materia viva**.

Debe poseer la estructura correcta.

Debe conectarse con nervios.

Debe recibir sangre.

Debe integrarse con músculos y huesos.

Debe responder al cerebro.

Debe funcionar.

¿Quién podría realizar semejante restauración instantáneamente?

La respuesta nos lleva directamente a la pregunta que guía esta serie:

¿Qué esperaríamos del Creador del cuerpo humano?

“Tú formaste mis entrañas”

David escribió:

**“Porque tú formaste mis entrañas;
Tú me hiciste en el vientre de mi madre.”**

Salmo 139:13

Para nosotros, el cuerpo humano es extraordinariamente complejo.

Todavía existen innumerables procesos que continuamos investigando.

Pero el Creador no necesita estudiar el cuerpo.

Él lo diseñó.

Conoce perfectamente cada hueso.

Cada músculo.

Cada vaso.

Cada nervio.

Cada tejido.

Cada célula.

Por eso resulta profundamente significativo que Juan declare acerca de Cristo:

“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”

Juan 1:3

Y Pablo escriba:

“Porque en él fueron creadas todas las cosas.”

Colosenses 1:16

El que creó el cuerpo humano tenía autoridad para restaurarlo.

Del daño a la integridad

Coloquemos finalmente las escenas una junto a otra.

Un hombre llevaba treinta y ocho años incapacitado.

Caminó.

Un hombre tenía una mano atrofiada.

Fue restaurada sana como la otra.

Cojos y personas gravemente lisiadas eran llevados ante Jesús.

Andaban.

Mancos y mutilados eran colocados a sus pies.

Eran sanados.

Una espada cortó la oreja de Malco.

Jesús la tocó.

Y lo sanó.

No estamos contemplando solamente el alivio del dolor.

Estamos contemplando **la restauración de aquello que estaba físicamente dañado.**

¿Qué clase de autoridad estamos contemplando?

El viento obedeció a Jesús.

El mar obedeció a Jesús.

Las aguas sostuvieron sus pasos.

El agua se convirtió en vino.

Y ahora el cuerpo humano responde a su palabra.

Tejidos dañados.

Extremidades atrofiadas.

Personas lisiadas.

Lesiones traumáticas.

Décadas de incapacidad.

Nada de aquello representaba una barrera para Jesucristo.

Y nuevamente encontramos una característica que esperaríamos encontrar en Dios:

poder para restaurar su propia creación.

Pero todavía queda una frontera mucho mayor.

Una cosa es restaurar tejido que todavía tiene vida.

Otra muy diferente es encontrarse frente a un cuerpo en el cual **la vida ya se ha extinguido.**

Jesucristo también estuvo frente a esa frontera.

Y cuando lleguemos allí veremos que incluso **la muerte escuchaba su voz.**

Referencias bíblicas

- **Mateo 15:29-31** — Las multitudes llevan ante Jesús “cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos”. Mateo afirma que Jesús “los sanó” y que la multitud contempló “a los mancos sanados, a los cojos andar”.
- **Mateo 12:9-13** — Jesús restaura la mano seca de un hombre: “Extiende tu mano”. Mateo declara que “le fue restaurada sana como la otra”.
- **Marcos 3:1-5** — Relato paralelo de la restauración del hombre que tenía la mano seca.
- **Lucas 6:6-10** — Lucas también registra la restauración de la mano del hombre.
- **Juan 5:1-9** — Jesús encuentra en Betesda a un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Le dice: “Levántate, toma tu lecho, y anda”, y “al instante” el hombre es sanado y camina.
- **Juan 18:10-11** — Pedro hiere con una espada a Malco, siervo del sumo sacerdote, y le corta la oreja derecha.
- **Lucas 22:50-51** — Durante el arresto de Jesús, la oreja del siervo del sumo sacerdote es herida. Jesús interviene: “Y tocando su oreja, le sanó.”
- **Salmo 139:13-16** — “Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre.”
- **Juan 1:1-3, 14** — El Verbo por quien “todas las cosas” fueron hechas se hizo carne y habitó entre nosotros.
- **Colosenses 1:16-17** — Acerca de Cristo: “En él fueron creadas todas las cosas” y “todas las cosas en él subsisten”.



08. Cuando hasta la muerte tuvo que obedecer

La frontera que ningún hombre puede cruzar por sí mismo

A lo largo de esta serie hemos visto a Jesucristo manifestar autoridad sobre la naturaleza, sobre el mundo físico, sobre la materia y sobre el cuerpo humano.

Pero todavía quedaba una frontera mayor.

La muerte.

El ser humano puede combatir enfermedades.

Puede prolongar la vida.

Puede intervenir médicamente en momentos críticos.

Pero cuando la muerte se ha establecido de manera definitiva, nuestra capacidad termina.

No podemos ordenar a un cadáver que vuelva a vivir.

No podemos restaurar por nuestra propia autoridad aquello que ha dejado de funcionar.

Sin embargo, los Evangelios presentan a Jesús frente a la muerte en tres escenas extraordinarias.

Una niña.

Un joven.

Y un hombre que llevaba cuatro días en la tumba.

En los tres casos, la muerte tuvo que ceder ante su palabra.

La hija de Jairo: “Niña, a ti te digo, levántate”

Jairo era uno de los principales de la sinagoga.

Su hija estaba gravemente enferma.

Desesperado, buscó a Jesús.

Marcos dice:

“Y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá.”

Marcos 5:23

Jesús fue con él.

Pero mientras avanzaban llegó la noticia que todo padre teme escuchar:

“Tu hija ha muerto; ¿para qué molestas más al Maestro?”

Marcos 5:35

Humanamente, el caso había terminado.

Ya no había una enferma que sanar.

Había una niña muerta.

Pero Jesús respondió:

“No temas, cree solamente.”

Marcos 5:36

Cuando llegó a la casa encontró llanto, alboroto y personas lamentándose.

Entonces entró donde estaba la niña.

Tomó su mano.

Y dijo:

“Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate.”

Marcos 5:41

Marcos añade:

“Y luego la niña se levantó y andaba.”

Marcos 5:42

Observe nuevamente la autoridad.

Jesús no realizó una larga ceremonia.

No pronunció una oración extensa.

No pidió que la muerte cediera.

Le habló a la niña.

“Levántate.”

Y ella se levantó.

La muerte obedeció.

El hijo de la viuda de Naín: “Joven, a ti te digo, levántate”

El segundo acontecimiento ocurrió cerca de una ciudad llamada Naín.

Jesús se encontró con un cortejo fúnebre.

Lucas relata:

“He aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda.”

Lucas 7:12

La escena era profundamente dolorosa.

La mujer ya había perdido a su esposo.

Ahora había perdido también a su único hijo.

El joven no estaba enfermo.

No estaba agonizando.

Lo llevaban a enterrar.

Lucas dice que Jesús la vio:

“Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores.”

Lucas 7:13

Entonces Jesús se acercó.

Tocó el féretro.

Y pronunció estas palabras:

“Joven, a ti te digo, levántate.”

Lucas 7:14

Y entonces:

“Se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar.”

Lucas 7:15

Lucas no deja lugar a confusión.

Dice:

“el que había muerto.”

Y después:

“comenzó a hablar.”

El hombre que era llevado al sepulcro volvió a la vida.

Jesús no necesitó tocarlo durante horas.

No necesitó aplicar ningún procedimiento.

Pronunció una orden.

Y la muerte retrocedió.

Lázaro: cuatro días dentro de la tumba

Pero quizá el acontecimiento más impresionante de todos ocurrió en Betania.

Lázaro, hermano de Marta y María, estaba enfermo.

Jesús recibió la noticia.

Pero no llegó inmediatamente.

Cuando finalmente llegó a Betania, Juan dice:

“Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro.”
Juan 11:17

Cuatro días.

Esto es fundamental.

Lázaro no acababa de morir.

No estaba en los primeros minutos después de un colapso.

No existía la posibilidad de confundir aquella escena con una reanimación inmediata.

Llevaba cuatro días sepultado.

Marta lo sabía perfectamente.

Cuando Jesús ordenó quitar la piedra, ella respondió:

“Señor, hiede ya, porque es de cuatro días.”
Juan 11:39

El cuerpo había comenzado a experimentar los procesos naturales posteriores a la muerte.

Humanamente:

todo había terminado.

“Yo soy la resurrección y la vida”

Antes de llegar a la tumba, Jesús había dicho a Marta algo extraordinario:

“Tu hermano resucitará.”

Juan 11:23

Marta respondió:

“Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero.”

Juan 11:24

Entonces Jesús declaró:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.”

Juan 11:25

Observe cuidadosamente lo que Jesús no dijo.

No dijo simplemente:

“Yo conozco acerca de la resurrección.”

No dijo:

“Dios puede resucitar.”

Dijo:

“Yo soy la resurrección y la vida.”

Y poco después iba a respaldar aquellas palabras con una demostración pública.

Frente a la tumba, Jesús dio una orden

Jesús llegó al sepulcro.

Mandó quitar la piedra.

Después de orar al Padre, pronunció una orden:

“¡Lázaro, ven fuera!”

Juan 11:43

Juan continúa:

“Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario.”

Juan 11:44

Nuevamente observe la expresión:

“el que había muerto salió.”

Jesús habló.

Y el hombre que llevaba cuatro días en la tumba:

salió caminando.

La muerte había retenido a Lázaro.

Hasta que Jesús habló.

¿Qué tuvo que ocurrir en el cuerpo de Lázaro?

Aquí podemos detenernos para comprender la magnitud del acontecimiento.

Un cuerpo muerto no necesita solamente que el corazón vuelva a latir.

Después de cuatro días, múltiples sistemas corporales ya han dejado de funcionar.

El cerebro.

La circulación.

La respiración.

Los tejidos.

Los procesos celulares.

Todo estaba detenido.

Para que Lázaro saliera caminando era necesario que su organismo completo recuperara funcionalidad.

El corazón debía latir.

Los pulmones debían respirar.

El cerebro debía funcionar.

Los nervios debían transmitir señales.

Los músculos debían responder.

La conciencia debía regresar.

La coordinación debía restablecerse.

Y todo ocurrió bajo una sola orden:

“¡Lázaro, ven fuera!”

Tres muertos, tres órdenes, una misma autoridad

Coloquemos ahora las tres escenas una junto a la otra.

A la hija de Jairo:

“Niña, a ti te digo, levántate.”

Y se levantó.

Al hijo de la viuda de Naín:

“Joven, a ti te digo, levántate.”

Y comenzó a hablar.

A Lázaro:

“¡Ven fuera!”

Y salió de la tumba.

Tres personas.

Tres circunstancias distintas.

Tres momentos diferentes.

Pero una misma realidad:

la voz de Jesucristo tenía autoridad sobre la muerte.

La Biblia atribuye a Dios poder sobre la vida y la muerte

Desde el Antiguo Testamento encontramos que la autoridad sobre la vida pertenece a Dios.

Ana declaró:

**“Jehová mata, y él da vida;
Él hace descender al Seol, y hace subir.”**
1 Samuel 2:6

Deuteronomio registra:

**“Ved ahora que yo, yo soy,
Y no hay dioses conmigo;
Yo hago morir, y yo hago vivir.”**
Deuteronomio 32:39

La vida no está fuera del dominio de Dios.

Y ahora los Evangelios presentan a Jesús frente a personas muertas.

No solamente orando por ellas.

Dándoles órdenes.

La muerte escuchaba su voz

Hay algo profundamente impactante en la forma en que Jesús actuó.

Ante la niña:

“Levántate.”

Ante el joven:

“Levántate.”

Ante Lázaro:

“Ven fuera.”

Jesús hablaba a los muertos como si todavía pudieran oírlo.

Y lo extraordinario es que:

lo oían.

Esto recuerda una declaración que el propio Jesús había hecho:

“Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz.”

Juan 5:28

Y añadió:

“Y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida.”

Juan 5:29

En Betania, aquella declaración tuvo una demostración impresionante.

Un hombre estaba dentro de un sepulcro.

Jesús habló.

Y el muerto oyó su voz.

¿Qué esperaríamos de un Dios?

Regresemos a la pregunta que inició toda esta serie.

¿Qué esperaríamos de Dios?

Esperaríamos autoridad sobre la naturaleza.

Esperaríamos autoridad sobre la materia.

Esperaríamos autoridad sobre el cuerpo humano.

Y finalmente:

esperaríamos autoridad sobre la vida y la muerte.

Eso es exactamente lo que encontramos en Jesucristo.

La enfermedad no era una frontera para Él.

La incapacidad física no era una frontera.

La mutilación no era una frontera.

Y finalmente:

la muerte tampoco lo fue.

Pero todavía faltaba la demostración más grande

La hija de Jairo volvió a vivir.

El hijo de la viuda volvió a vivir.

Lázaro volvió a vivir.

Pero los tres, con el tiempo, volverían a morir.

Todavía faltaba algo mayor.

Jesús había dicho:

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.”

Juan 10:17

Y añadió:

“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar.”

Juan 10:18

El hombre que había llamado a otros fuera de la muerte estaba anunciando que Él mismo entraría en ella.

Y que saldría.

Por eso, cuando estudiamos la autoridad de Jesucristo sobre la muerte, Lázaro no es el final.

Es una preparación.

La culminación se encuentra en:

la resurrección del propio Jesucristo.

Ese acontecimiento merece un estudio completo, y ha sido tratado ampliamente en otra serie de Cristopedia.

Pero aquí basta recordar algo.

Jesús no solamente dijo:

“Yo soy la resurrección y la vida.”

Lo demostró frente a una niña.

Frente a un joven.

Frente a una tumba cerrada durante cuatro días.

Y finalmente:

frente a su propia tumba.

El viento le obedeció.

El mar le obedeció.

La materia respondió a su autoridad.

Los cuerpos fueron restaurados.

Y cuando Jesucristo habló frente a la muerte:

hasta la muerte tuvo que obedecer.

Referencias bíblicas

Marcos 5:21-43 — Jesús resucita a la hija de Jairo. Le dice: “Talita cumi... Niña, a ti te digo, levántate”, y ella inmediatamente se levanta y camina.

Mateo 9:18-26 — Relato paralelo de la resurrección de la hija de Jairo.

Lucas 8:40-56 — Lucas también registra la resurrección de la niña.

Lucas 7:11-17 — Jesús encuentra el cortejo fúnebre del hijo único de una viuda en Naín. Ordena: “Joven, a ti te digo, levántate”, y “se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar”.

Juan 11:1-44 — Relato completo de la enfermedad, muerte y resurrección de Lázaro. Llevaba cuatro días en el sepulcro cuando Jesús ordenó: “¡Lázaro, ven fuera!”

Juan 11:25-26 — Jesús declara: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.”

Juan 5:21 — “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida.”

Juan 5:28-29 — Jesús anuncia que llegará la hora cuando los que están en los sepulcros “oirán su voz” y saldrán.

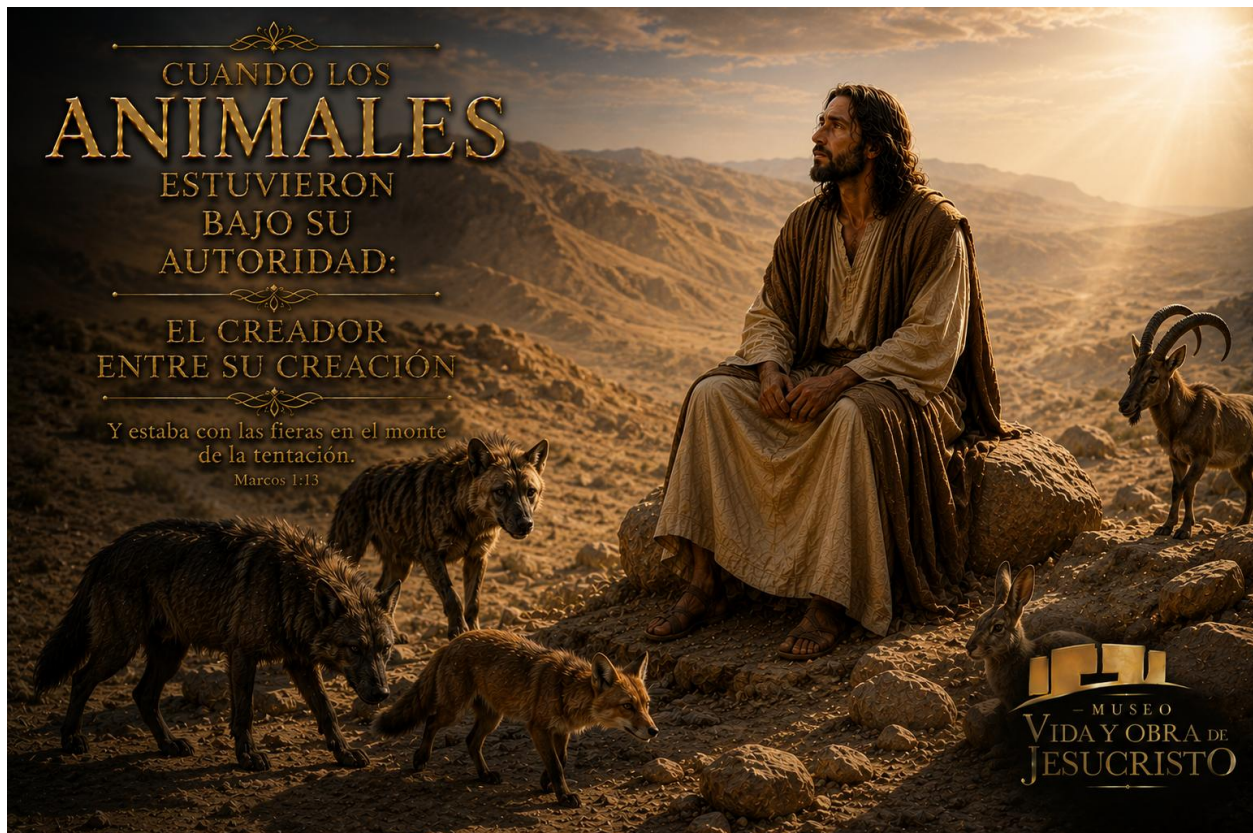
Juan 10:17-18 — Jesús afirma tener autoridad para poner su vida y volverla a tomar.

¿Qué Jesucristo dijo que?

1 Samuel 2:6 — “Jehová mata, y él da vida; él hace descender al Seol, y hace subir.”

Deuteronomio 32:39 — Dios declara: “Yo hago morir, y yo hago vivir.”

Juan 20:1-18 — Relato del sepulcro vacío y las primeras evidencias de la resurrección de Jesucristo.



09. Cuando los animales estuvieron bajo su autoridad: el Creador entre su creación

El Creador entre los animales que había creado

A lo largo de esta serie hemos visto a Jesucristo manifestar una autoridad extraordinaria sobre diferentes aspectos de la creación.

El viento y el mar obedecieron su palabra.

Caminó sobre las aguas.

Transformó agua en vino.

Multiplicó panes y peces.

Restauró cuerpos humanos gravemente dañados.

Pero existe otra parte de la creación sobre la que también encontramos manifestaciones sorprendentes de su autoridad:

los animales.

Los Evangelios presentan peces apareciendo exactamente donde Jesús determina, redes llenándose después de noches enteras sin pesca, un pez específico llegando al anzuelo de Pedro llevando una moneda, un pollino nunca montado sirviendo para su entrada en Jerusalén y, al comienzo mismo de su ministerio, una escena extraordinariamente breve que Marcos consideró importante registrar:

Jesús estaba en el desierto con las fieras.

Todo esto nos lleva nuevamente a nuestra pregunta:

¿Qué esperaríamos del Creador frente a los animales que Él mismo creó?

Esperaríamos que los conociera.

Esperaríamos que supiera dónde se encuentran.

Esperaríamos que pudiera dirigirlos.

Esperaríamos que toda criatura permaneciera bajo su autoridad.

Jesús en el desierto “con las fieras”

Marcos comienza el ministerio de Jesús relatando su permanencia en el desierto.

Dice:

“Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás, y estaba con las fieras; y los ángeles le servían.”

Marcos 1:13

Es una frase muy breve.

Pero extraordinariamente sugestiva.

Jesús estaba en el desierto.

Durante cuarenta días.

Y Marcos considera importante mencionar que:

“estaba con las fieras.”

La palabra utilizada se refiere a **animales salvajes**.

No eran animales domésticos.

No era un rebaño acostumbrado a la presencia humana.

Marcos coloca a Jesús en medio de un ambiente silvestre, acompañado por las criaturas del desierto.

Debemos leer cuidadosamente el versículo: Marcos no dice que las fieras “le servían”; quienes le servían eran **los ángeles**.

Pero sí hace algo extraordinario:

coloca al Hijo de Dios en el desierto, en presencia de los animales salvajes, y no describe conflicto alguno entre ellos.

Jesús:

“estaba con las fieras.”

La escena adquiere una belleza especial cuando recordamos cómo comenzó la historia de la humanidad.

En Génesis, Dios creó los animales y los colocó bajo el dominio del hombre:

“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias...”

Génesis 1:26

Después de la entrada del pecado, la relación entre el ser humano y la creación quedó profundamente afectada.

El mundo salvaje se convirtió también en un lugar de peligro.

Pero ahora Marcos nos presenta a Jesús en el desierto:

“con las fieras.”

No huyendo de ellas.

No siendo atacado por ellas.

Simplemente:

con ellas.

El Creador estaba caminando en medio de su creación.

Los peces aparecían exactamente donde Jesús ordenaba

Esta autoridad se vuelve todavía más evidente cuando llegamos al mar de Galilea.

Lucas relata que Pedro y sus compañeros habían pasado toda la noche pescando.

Eran pescadores experimentados.

Conocían el lago.

Conocían las redes.

Conocían los horarios.

Pero aquella noche:

no habían pescado absolutamente nada.

Pedro mismo dijo:

“Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado.”

Lucas 5:5

Entonces Jesús ordenó:

“Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.”

Lucas 5:4

Pedro obedeció.

Y sucedió algo extraordinario:

“Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía.”

Lucas 5:6

La cantidad era tan grande que necesitaron ayuda:

“Y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían.”

Lucas 5:7

Detengámonos aquí.

Durante horas los pescadores habían utilizado sus conocimientos.

Nada.

Jesús habló.

Y las redes se llenaron.

No con unos cuantos peces.

Con tantos que:

dos barcas comenzaron a hundirse bajo su peso.

Los peces del lago terminaron exactamente donde Jesús había indicado que lanzaran las redes.

Y esto plantea una pregunta inevitable:

¿Quién puede dirigir criaturas que se encuentran ocultas bajo las aguas de un enorme lago?

Un pescador puede intentar encontrarlas.

Jesús sabía dónde estaban.

Después de la resurrección volvió a hacerlo

Lo ocurrido en Lucas no quedó como un acontecimiento aislado.

Después de la resurrección, Pedro y otros discípulos volvieron a pescar.

Juan dice:

“Aquella noche no pescaron nada.”

Juan 21:3

La escena parece repetirse.

Toda una noche.

Redes.

Pescadores experimentados.

Y:

nada.

Al amanecer Jesús apareció en la playa y les dijo:

“Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis.”

Juan 21:6

Observe la seguridad de sus palabras:

“y hallaréis.”

No dijo:

“Quizá tengan mejor suerte.”

Dijo:

“hallaréis.”

Los discípulos obedecieron.

Y Juan dice:

“Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces.”

Juan 21:6

Cuando finalmente llevaron la red a tierra:

“llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres.”

Juan 21:11

Ciento cincuenta y tres.

Y Juan especifica:

grandes peces.

Toda la noche no habían encontrado ninguno.

Jesús indicó un lugar.

Y allí estaban.

El pez que llegó llevando exactamente lo que Jesús había dicho

Pero existe otro acontecimiento todavía más preciso.

Cuando surgió la cuestión del impuesto del Templo, Jesús dijo a Pedro:

“Ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómalo, y dáselo por mí y por ti.”

Mateo 17:27

Pensemos en todo lo que tenía que coincidir.

Pedro debía ir al mar.

Lanzar un anzuelo.

Un pez debía morderlo.

Pero no cualquier pez.

El primer pez.

Y ese pez debía tener:

una moneda en la boca.

Además, la moneda debía poseer el valor necesario.

¿Quién podía saber qué pez tenía aquella moneda?

¿Quién sabía dónde estaba?

¿Quién podía garantizar que precisamente ese pez sería el primero en llegar al anzuelo?

Jesús.

Para Pedro, debajo de la superficie había un mundo invisible lleno de peces.

Para el Creador:

cada criatura era conocida.

El Dios del Antiguo Testamento también mandaba sobre los animales

Aquí encontramos una conexión extraordinaria con el Antiguo Testamento.

La Biblia presenta repetidamente a Dios ejerciendo autoridad sobre los animales.

Quizá uno de los ejemplos más claros sea Jonás.

Cuando Jonás fue arrojado al mar:

“Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás.”

Jonás 1:17

Observe cuidadosamente:

“Jehová tenía preparado.”

No apareció simplemente cualquier pez por casualidad.

Dios tenía preparado uno.

El animal estuvo en el lugar preciso.

En el momento preciso.

Para cumplir un propósito preciso.

Pero después ocurre algo todavía más interesante.

Cuando llegó el momento de sacar a Jonás:

“Y mandó Jehová al pez, y vomitó a Jonás en tierra.”

Jonás 2:10

La expresión es extraordinaria:

“mandó Jehová al pez.”

Dios dio una orden.

El pez respondió.

Ahora vayamos a los Evangelios.

Jesús dice a los pescadores dónde arrojar las redes.

Los peces aparecen.

Jesús dice a Pedro que lance un anzuelo.

El pez correcto aparece.

Otra vez encontramos el mismo principio:

la creación animal está bajo autoridad divina.

Desde los peces hasta un pollino nunca montado

No solamente ocurrió con criaturas acuáticas.

Cuando Jesús estaba a punto de entrar en Jerusalén, envió a dos discípulos:

“Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos.”

Mateo 21:2

Marcos añade:

“Hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado.”

Marcos 11:2

Este detalle resulta interesante.

Era un animal:

“en el cual ningún hombre ha montado.”

Un animal sin experiencia de ser montado puede resistirse, asustarse o reaccionar de manera impredecible.

Pero aquel pollino llevó a Jesucristo durante su entrada en Jerusalén.

Y con ello se cumplió la antigua profecía:

“He aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.”

Zacarías 9:9

La creación animal participaba incluso en el cumplimiento de la profecía mesiánica.

Toda criatura pertenece a Dios

El Antiguo Testamento declara:

**“Porque mía es toda bestia del bosque,
Y los millares de animales en los collados.”**

Salmo 50:10

Y continúa:

**“Conozco a todas las aves de los montes,
Y todo lo que se mueve en los campos me pertenece.”**

Salmo 50:11

Observe esas dos afirmaciones:

“Conozco...”

Y:

“me pertenece.”

Dios conoce a los animales.

Los animales pertenecen a Dios.

El Salmo 104 describe también la dependencia de toda criatura:

**“Todos ellos esperan en ti,
Para que les des su comida a su tiempo.”**

Salmo 104:27

Y el Salmo 147 dice:

**“Él da a la bestia su mantenimiento,
Y a los hijos de los cuervos que claman.”**

Salmo 147:9

El Dios de la Biblia no es solamente Creador de los animales.

Es también:

su sustentador y Señor.

¿Qué esperaríamos del Creador de los animales?

Ahora coloquemos todas las escenas una junto a la otra.

En el desierto:

Jesús estaba con las fieras.

En Galilea:

Los pescadores trabajan toda la noche.

Nada.

Jesús habla.

Dos barcas se llenan de peces.

Después de la resurrección:

Otra noche sin pesca.

Jesús dice:

“Echad la red a la derecha.”

Y aparecen:

ciento cincuenta y tres grandes peces.

Pedro necesita una moneda.

Jesús le indica que pesque.

El primer pez lleva exactamente la moneda anunciada.

Jesús necesita entrar en Jerusalén.

Un pollino nunca montado está preparado y lo lleva.

Y siglos antes encontramos:

“Mandó Jehová al pez.”

Y el pez obedeció.

¿Es esto lo que esperaríamos encontrar en el Creador?

Sí.

Génesis declara:

“E hizo Dios animales de la tierra según su género.”

Génesis 1:25

Juan declara acerca de Jesucristo:

“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”

Juan 1:3

Y Pablo añade:

“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles.”

Colosenses 1:16

Los peces fueron creados por Él.

Las aves fueron creadas por Él.

Los animales terrestres fueron creados por Él.

Las criaturas salvajes del desierto fueron creadas por Él.

Por eso hay algo profundamente hermoso en aquella pequeña frase de Marcos:

“Y estaba con las fieras.”

El que había creado a los animales:

estaba entre ellos.

El que conocía a cada criatura:

caminaba en medio de su creación.

Y posteriormente, cuando necesitó peces, allí estuvieron.

Cuando señaló dónde lanzar una red, allí estuvieron.

Cuando indicó qué pez llegaría al anzuelo, aquel pez llegó.

Cuando necesitó un pollino, estuvo preparado.

Porque nuevamente encontramos en Jesucristo aquello que esperaríamos encontrar en Dios:

el Creador ejerciendo autoridad sobre su creación.

Referencias bíblicas

- **Marcos 1:12-13** — Durante los cuarenta días en el desierto, Jesús “estaba con las fieras; y los ángeles le servían”.
- **Génesis 1:20-28** — Dios crea los animales marinos, las aves y los animales terrestres, y establece el orden de su creación.
- **Lucas 5:1-11** — Después de una noche sin pescar, Jesús ordena echar nuevamente las redes. Capturan tantos peces que dos barcas comienzan a hundirse.
- **Juan 21:1-14** — Después de otra noche sin pesca, Jesús indica dónde arrojar la red y los discípulos capturan ciento cincuenta y tres grandes peces.
- **Mateo 17:24-27** — Jesús anuncia que el primer pez capturado por Pedro tendrá en su boca la moneda necesaria para el impuesto.
- **Mateo 21:1-11; Marcos 11:1-10** — Jesús indica dónde encontrar el pollino que utilizará para entrar en Jerusalén.
- **Zacarías 9:9** — Profecía acerca del Rey que entra en Jerusalén “cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna”.
- **Jonás 1:17** — “Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás.”
- **Jonás 2:10** — “Y mandó Jehová al pez, y vomitó a Jonás en tierra.”
- **Salmo 50:10-11** — Dios declara que las bestias, las aves y todo lo que se mueve en los campos le pertenecen.
- **Salmo 104:24-28** — Los animales dependen de Dios para recibir su alimento.
- **Salmo 147:9** — Dios proporciona alimento a las bestias y a los cuervos.
- **Mateo 10:29** — Jesús enseña que ni siquiera un pequeño pájaro cae a tierra sin el conocimiento del Padre.
- **Juan 1:3** — “Todas las cosas por él fueron hechas.”
- **Colosenses 1:16-17** — “En él fueron creadas todas las cosas” y “todas las cosas en él subsisten.”



10. Cuando Jesús transformaba vidas: el dador de nuevos comienzos

No solamente sanaba cuerpos: transformaba personas

A lo largo de esta serie hemos contemplado a Jesucristo ejerciendo autoridad sobre la naturaleza, sobre la materia, sobre los animales, sobre el cuerpo humano y sobre la muerte.

Pero existe otro tipo de poder que también resulta extraordinario:

el poder de transformar una vida.

Porque una cosa es sanar una mano.

Otra es cambiar un corazón.

Una cosa es hacer caminar a un paralítico.

Otra es tomar a un hombre dominado por la codicia, la violencia, el odio, la culpa o una vida desordenada y convertirlo en una persona completamente diferente.

Jesús hizo ambas cosas.

No solamente devolvía salud.

Daba nuevos comienzos.

Y en los Evangelios encontramos transformaciones tan profundas que parecen dividir la vida de las personas en dos partes:

antes de conocer a Jesús

y

después de conocerlo.

[Zaqueo: del dinero injusto a la restitución](#)

Zaqueo era jefe de los publicanos.

Lucas dice:

“Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico.”

Lucas 19:2

Los publicanos eran despreciados por muchos judíos porque recaudaban impuestos para Roma y con frecuencia estaban asociados con abusos y enriquecimiento.

Zaqueo había acumulado riqueza.

Pero cuando Jesús llegó a Jericó, algo ocurrió.

Zaqueo quería verlo.

Era pequeño de estatura, así que subió a un árbol.

Jesús llegó al lugar, levantó los ojos y le dijo:

“Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa.”

Lucas 19:5

Aquella visita cambió algo profundamente dentro de él.

Zaqueo se levantó y dijo:

“He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado.”

Lucas 19:8

Observe el cambio.

El hombre conocido por acumular ahora quería dar.

El hombre relacionado con la explotación ahora quería restituir.

El dinero que antes parecía gobernar su vida dejó de hacerlo.

Jesús respondió:

“Hoy ha venido la salvación a esta casa.”

Lucas 19:9

Zaqueo no recibió solamente una nueva doctrina.

Recibió:

una nueva vida.

Mateo: de la mesa de los impuestos a seguir a Jesucristo

Mateo representa otra transformación extraordinaria.

Jesús lo encontró:

“sentado al banco de los tributos públicos.”

Mateo 9:9

Aquella mesa representaba su profesión.

Su posición.

Su ingreso.

Su antigua vida.

Entonces Jesús pronunció solamente dos palabras:

“Sígueme.”

Mateo 9:9

Y Mateo:

“Se levantó y le siguió.”

Lucas, hablando de Leví, añade:

“Y dejándolo todo, se levantó y le siguió.”

Lucas 5:28

Qué frase tan extraordinaria:

“dejándolo todo.”

Mateo dejó la mesa.

Dejó la recaudación.

Dejó atrás una identidad que lo había definido.

Y siguió a Jesucristo.

El publicano terminó convertido en discípulo.

Y aquel hombre cuya vida había estado ligada a recaudar impuestos sería posteriormente identificado por la tradición cristiana con el Evangelio que lleva su nombre.

Jesús vio en Mateo algo que otros probablemente no veían.

No solamente vio lo que era.

Vio:

lo que podía llegar a ser.

Simón el Zelote: un hombre que pudo sentarse junto a Mateo

Aquí encontramos una transformación que suele pasar inadvertida.

Entre los doce discípulos estaba:

“Simón llamado Zelote.”

Lucas 6:15

Y entre ellos también estaba Mateo:

el publicano.

Pensemos en el contraste.

Los zelotes estaban asociados con un profundo rechazo al dominio romano.

Los publicanos, en cambio, trabajaban dentro del sistema tributario relacionado con Roma.

Humanamente, aquellos dos hombres podían representar mundos opuestos.

Uno podía mirar al otro como colaborador.

El otro podía mirar al primero como peligroso enemigo del orden establecido.

Pero Jesús llamó a ambos.

Mateo.

Simón.

Y los convirtió en compañeros.

Los sentó alrededor de la misma mesa.

Los hizo caminar por los mismos caminos.

Escuchar las mismas enseñanzas.

Servir en la misma misión.

Esto también es transformación.

Jesús no solamente cambiaba individuos.

Rompía barreras entre personas que humanamente podían considerarse enemigos.

Pedro: de hombre impulsivo a pastor de la iglesia

Pedro constituye otro caso extraordinario.

Era apasionado.

Impulsivo.

A veces hablaba antes de pensar.

Prometió a Jesús:

“Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré.”

Mateo 26:35

Pero pocas horas después lo negó tres veces.

Lucas dice:

“Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente.”

Lucas 22:62

Para muchos hombres, aquella caída podría haber significado el final.

Había fallado en el momento más importante.

Pero después de la resurrección, Jesús fue a buscarlo.

Tres veces le preguntó:

“¿Me amas?”

Y después le encomendó nuevamente una misión:

“Apacienta mis ovejas.”

Juan 21:17

Jesús no definió a Pedro por su peor momento.

Lo restauró.

El hombre que había negado conocerlo posteriormente se levantó públicamente en Jerusalén y proclamó:

“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.”

Hechos 2:32

El Pedro aterrorizado de la noche del arresto se convirtió en un hombre dispuesto a anunciar públicamente a Jesucristo.

Eso es:

una vida transformada.

María Magdalena: de profunda opresión a fiel discípula

Lucas menciona a María Magdalena diciendo:

“María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios.”

Lucas 8:2

No sabemos todos los detalles de su condición anterior.

Pero sí sabemos que su vida había estado marcada por una profunda opresión.

Después la encontramos siguiendo a Jesús.

Sirviendo.

Permaneciendo cerca de la cruz.

Acudiendo al sepulcro.

Y siendo una de las primeras personas en anunciar que había visto al Señor resucitado.

Juan relata que Jesús le dijo:

“¡María!”

Juan 20:16

Y posteriormente:

“Ve a mis hermanos, y diles...”

Juan 20:17

La mujer cuya vida había estado bajo opresión terminó convertida en:

testigo de la resurrección.

Jesús no arreglaba solamente comportamientos

Aquí está el punto central.

Jesús no se limitaba a decir a las personas:

“Compórtate mejor.”

Su obra iba mucho más profundo.

Transformaba prioridades.

Transformaba lealtades.

Transformaba relaciones.

Transformaba el uso del dinero.

Transformaba la identidad.

Transformaba el propósito de la vida.

El codicioso aprendía a dar.

El publicano abandonaba su mesa.

El zelote podía convivir con quien había trabajado dentro del sistema romano.

El cobarde recuperaba valor.

La persona oprimida encontraba libertad.

El derrotado recibía una nueva oportunidad.

Eso es mucho más que modificación externa.

Es:

renovación interior.

La Biblia presenta a Dios como quien da un corazón nuevo

Esta idea también tiene una profunda conexión con el Antiguo Testamento.

Dios había prometido por medio de Ezequiel:

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros.”

Ezequiel 36:26

Y añadió:

“Y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.”

Dios no prometía solamente nuevas reglas.

Prometía:

un corazón nuevo.

David había orado:

**“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.”**

Salmo 51:10

Observe el verbo:

“Crea.”

La transformación interior es presentada casi como una nueva obra creadora.

Y eso es exactamente lo que vemos alrededor de Jesús.

Una nueva creación

Más adelante, el apóstol Pablo expresaría esta realidad con palabras extraordinarias:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

2 Corintios 5:17

La expresión:

“nueva criatura”

también puede entenderse como:

nueva creación.

Y aquí encontramos una conexión hermosa con toda esta serie.

Jesús transformó agua en vino.

Multiplicó materia.

Restauró cuerpos.

Pero también hizo algo todavía más profundo:

transformó personas.

El Creador no solamente podía actuar sobre la materia exterior.

Podía actuar sobre:

el corazón humano.

El poder de dar un nuevo comienzo

Quizá esta sea una de las manifestaciones más cercanas de la autoridad de Jesucristo.

No todos necesitamos que una tormenta se detenga.

No todos estaremos frente a una multiplicación de panes.

Pero todos sabemos lo que significa tener partes de nuestra vida que necesitan cambiar.

Errores.

Culpa.

Hábitos.

Heridas.

Decisiones equivocadas.

Relaciones rotas.

Fracaso.

Jesús encontró personas así durante todo su ministerio.

Y no las dejó necesariamente como las encontró.

Zaqueo bajó del árbol siendo un hombre y terminó aquel día convertido en otro.

Mateo se levantó de una mesa de impuestos y comenzó una nueva vida.

Pedro pasó de la vergüenza a la restauración.

María Magdalena pasó de la opresión al discipulado.

Simón el Zelote encontró una familia espiritual junto a hombres que antes podían representar todo lo que rechazaba.

Jesús daba:

nuevos comienzos.

¿Qué esperaríamos de un Dios?

Regresemos a la pregunta que guía esta serie.

¿Qué esperaríamos de Dios?

Esperaríamos poder sobre la naturaleza.

Poder sobre la materia.

Poder sobre el cuerpo.

Poder sobre la muerte.

Pero también esperaríamos algo más:

poder para transformar al ser humano por dentro.

Porque el problema del hombre no está solamente fuera de él.

También está dentro.

Jesús mismo dijo:

“Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos...”

Marcos 7:21

Si el problema llega hasta el corazón, entonces necesitamos algo más profundo que una reforma externa.

Necesitamos:

un corazón nuevo.

Y esa era precisamente la promesa de Dios.

El Creador que hace nuevas todas las cosas

Al final, quizá este sea uno de los milagros más hermosos de Jesucristo.

No siempre deja una señal visible en el cielo.

No siempre produce una multitud asombrada.

A veces comienza dentro de una persona.

Un hombre egoísta comienza a dar.

Un hombre endurecido comienza a amar.

Uno derrotado vuelve a levantarse.

Un enemigo se convierte en hermano.

Una persona sin rumbo encuentra propósito.

Jesús no solamente dijo:

“Sígueme.”

También dio a quienes lo siguieron:

una nueva manera de vivir.

El mismo Dios que había prometido:

“Os daré corazón nuevo”

se manifestó en Jesucristo transformando vidas delante de los ojos de todos.

Zaqueo.

Mateo.

Simón.

Pedro.

María Magdalena.

Y muchos más.

Sus historias eran diferentes.

Pero tenían algo en común:

después de encontrarse con Jesucristo, ya no eran los mismos.

Porque el Creador no solamente tiene poder para crear vida.

También tiene poder para:

hacer nueva una vida que ya existe.

Referencias bíblicas

- **Lucas 19:1-10** — Transformación de Zaqueo. Decide dar la mitad de sus bienes a los pobres y restituir cuadruplicado aquello que hubiera defraudado.
- **Mateo 9:9-13; Lucas 5:27-32** — Jesús llama a Mateo/Leví desde el banco de los tributos. Lucas dice que “dejándolo todo, se levantó y le siguió”.
- **Lucas 6:13-16** — Entre los doce aparecen Mateo y “Simón llamado Zelote”, hombres procedentes de contextos profundamente diferentes unidos por el llamado de Jesús.
- **Mateo 26:33-35, 69-75** — Pedro promete fidelidad, pero posteriormente niega tres veces a Jesús.
- **Juan 21:15-19** — Después de la resurrección, Jesús restaura a Pedro y le encomienda nuevamente cuidar de sus ovejas.
- **Hechos 2:14-36** — Pedro proclama públicamente a Jesucristo después de haber sido restaurado.
- **Lucas 8:1-3** — María Magdalena aparece entre las mujeres que seguían y servían a Jesús; Lucas recuerda que de ella habían salido siete demonios.
- **Juan 20:11-18** — Jesús resucitado se aparece a María Magdalena y la envía a anunciarlo a los discípulos.
- **Ezequiel 36:26-27** — Dios promete: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros.”
- **Salmo 51:10** — “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí.”
- **Marcos 7:20-23** — Jesús enseña que los problemas morales del ser humano proceden del corazón.
- **2 Corintios 5:17** — “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”
- **Juan 10:10** — Jesús declara: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.”



11. Entonces, ¿quién es Jesucristo?

Cuanto más observamos a Jesús, más familiar nos resulta

Llegamos al final de esta serie.

Al comenzar hicimos una pregunta sencilla:

¿Qué esperaríamos encontrar en Dios?

Esperaríamos conocimiento que trascienda las limitaciones humanas.

Esperaríamos conocimiento del futuro.

Esperaríamos autoridad sobre la naturaleza.

Esperaríamos poder sobre la materia.

Esperaríamos autoridad sobre los animales.

Esperaríamos poder para restaurar el cuerpo humano.

Esperaríamos autoridad sobre el pecado.

Y esperaríamos, finalmente, autoridad sobre la vida y la muerte.

Después abrimos los Evangelios.

Y comenzamos a observar a Jesucristo.

Lo vimos hablar del futuro.

Lo vimos ordenar al viento y al mar.

Lo vimos caminar sobre las aguas.

Lo vimos transformar agua en vino.

Lo vimos multiplicar alimentos.

Lo vimos dirigir peces y animales de su creación.

Lo vimos restaurar cuerpos gravemente dañados.

Lo vimos transformar vidas.

Lo vimos llamar a los muertos.

Y los muertos respondieron.

Entonces surge una pregunta inevitable:

¿A quién nos recuerda Jesucristo?

Cuanto más lo observamos, más difícil resulta considerarlo simplemente un maestro religioso.

Porque muchas de las cosas que hace en los Evangelios son precisamente las cosas que el Antiguo Testamento atribuye a:

Dios.

El Dios que domina el mar aparece nuevamente en Jesucristo

En el Antiguo Testamento encontramos a Dios como Señor de las aguas.

El Salmo declara:

**“Tú tienes dominio sobre la braveza del mar;
Cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas.”**

Salmo 89:9

Y también:

**“Cambia la tempestad en sosiego,
Y se apaciguan sus ondas.”**

Salmo 107:29

Después llegamos a los Evangelios.

Una tormenta amenaza una embarcación.

Jesús se levanta.

Habla al viento.

Habla al mar.

Y:

“cesó el viento, y se hizo grande bonanza.”

Marcos 4:39

El Dios del Antiguo Testamento domina el mar.

Jesucristo domina el mar.

Job había dicho acerca de Dios:

**“Él solo extendió los cielos,
Y anda sobre las olas del mar.”**

Job 9:8

Después los discípulos levantaron los ojos en medio del lago.

Y vieron a Jesús:

“andando sobre el mar.”

Mateo 14:25

La semejanza no es pequeña.

Es profunda.

El Dios que alimentó a Israel en el desierto aparece nuevamente

Israel se encontraba en el desierto.

Había una multitud.

No había alimento suficiente.

Entonces Dios dijo:

“He aquí yo os haré llover pan del cielo.”

Éxodo 16:4

El pueblo comió.

Y fue saciado.

Siglos después aparece otra multitud.

Otra vez en un lugar desierto.

Otra vez sin alimento suficiente.

Cinco panes.

Dos peces.

Y Jesucristo está en medio de ellos.

Jesús toma el pan.

Lo parte.

Lo distribuye.

Miles comen.

Y:

“comieron todos, y se saciaron.”

Mateo 14:20

La propia multitud recordó el maná.

Le dijeron:

“Nuestros padres comieron el maná en el desierto.”

Juan 6:31

Y Jesús respondió:

“Yo soy el pan de vida.”

Juan 6:35

El Dios que alimentó a Israel en el desierto vuelve a aparecer frente a una multitud hambrienta.

Y nuevamente:

hay pan.

El Dios que gobierna a los animales aparece nuevamente

El Antiguo Testamento declara:

“Porque mía es toda bestia del bosque.”

Salmo 50:10

Y:

“Conozco a todas las aves de los montes,

Y todo lo que se mueve en los campos me pertenece.”

Salmo 50:11

Jonás registra:

“Jehová tenía preparado un gran pez.”

Jonás 1:17

Y después:

“Mandó Jehová al pez.”

Jonás 2:10

Dios conoce.

Dios dirige.

Dios manda sobre su creación.

Después encontramos a Jesús.

Pescadores trabajan toda la noche.

No encuentran nada.

Jesús les dice dónde lanzar las redes.

Y aparecen tantos peces que las embarcaciones casi se hunden.

Después de la resurrección ocurre nuevamente.

Otra noche sin pesca.

Jesús ordena:

“Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis.”

Juan 21:6

Y allí están.

Ciento cincuenta y tres grandes peces.

Pedro necesita una moneda.

Jesús sabe exactamente qué pez la lleva.

El Creador del Antiguo Testamento gobierna a sus criaturas.

Jesucristo también.

El Dios que creó el cuerpo humano aparece restaurándolo

David escribió:

**“Porque tú formaste mis entrañas;
Tú me hiciste en el vientre de mi madre.”**

Salmo 139:13

Dios es presentado como el formador del cuerpo humano.

Ahora contemplemos a Jesucristo.

Un hombre lleva treinta y ocho años enfermo.

Jesús dice:

“Levántate, toma tu lecho, y anda.”

Juan 5:8

Y camina.

Un hombre tiene una mano seca.

Jesús dice:

“Extiende tu mano.”

Mateo 12:13

Y queda:

“restaurada sana como la otra.”

Pedro corta con una espada la oreja de Malco.

Jesús toca la herida.

Y:

“le sanó.”

Lucas 22:51

Cojos caminan.

Mancos son restaurados.

Cuerpos deteriorados responden a su palabra.

El Dios que formó el cuerpo humano:

aparece en Jesucristo restaurándolo.

El Dios que da la vida aparece llamando a los muertos

El Antiguo Testamento declara:

“Jehová mata, y él da vida.”

1 Samuel 2:6

Y:

“Yo hago morir, y yo hago vivir.”

Deuteronomio 32:39

Ahora miremos a Jesús.

Frente a la hija de Jairo:

“Niña, a ti te digo, levántate.”

Marcos 5:41

Y se levanta.

Frente al hijo de la viuda de Naín:

“Joven, a ti te digo, levántate.”

Lucas 7:14

Y el muerto comienza a hablar.

Frente a una tumba cerrada durante cuatro días:

“¡Lázaro, ven fuera!”

Juan 11:43

Y:

“el que había muerto salió.”

Juan 11:44

El Antiguo Testamento presenta a Dios como Aquel que da vida.

Jesucristo habla.

Y los muertos viven.

El Dios que perdona pecados aparece perdonándolos

El Salmo dice:

“Bendice, alma mía, a Jehová...

Él es quien perdona todas tus iniquidades.”

Salmo 103:2-3

El profeta Isaías declara:

“Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo.”

Isaías 43:25

Perdonar pecados es una prerrogativa divina.

Por eso, cuando Jesús dijo al paralítico:

“Hijo, tus pecados te son perdonados.”

Marcos 2:5

los escribas reaccionaron inmediatamente:

“¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”

Marcos 2:7

Ellos entendieron perfectamente lo que estaba implicado.

Y Jesús no retiró sus palabras.

Por el contrario, sanó al paralítico para demostrar:

“que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados.”

Marcos 2:10

El Dios que perdona en el Antiguo Testamento:

aparece en Jesucristo ejerciendo esa misma autoridad.

Cuanto más lo vemos, más claro se vuelve el patrón

No estamos hablando de una sola coincidencia.

No estamos hablando de un único milagro.

Estamos contemplando un patrón repetido.

En el Antiguo Testamento:

Dios gobierna el mar.

En los Evangelios:

Jesús gobierna el mar.

En el Antiguo Testamento:

Dios camina sobre las aguas.

En los Evangelios:

Jesús camina sobre las aguas.

En el Antiguo Testamento:

Dios alimenta a su pueblo en el desierto.

En los Evangelios:

Jesús alimenta a miles en un lugar desierto.

En el Antiguo Testamento:

Dios gobierna a los animales.

En los Evangelios:

la creación animal responde a Jesús.

En el Antiguo Testamento:

Dios forma el cuerpo humano.

En los Evangelios:

Jesús restaura cuerpos.

En el Antiguo Testamento:

Dios perdona pecados.

En los Evangelios:

Jesús perdona pecados.

En el Antiguo Testamento:

Dios da vida a los muertos.

En los Evangelios:

los muertos escuchan la voz de Jesús y viven.

La pregunta ya no es simplemente:

¿Jesús hizo cosas extraordinarias?

La pregunta es:

¿Por qué Jesús hace precisamente las cosas que las Escrituras atribuyen a Dios?

Jesús no solamente actuó como Dios: habló como Dios

Aquí debemos recordar la serie anterior.

No solamente estamos observando obras extraordinarias.

Jesús también hizo declaraciones extraordinarias acerca de sí mismo.

Dijo:

“Antes que Abraham fuese, yo soy.”

Juan 8:58

Dijo:

“Yo y el Padre uno somos.”

Juan 10:30

Dijo:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Juan 14:9

Dijo:

“Yo soy la resurrección y la vida.”

Juan 11:25

Dijo:

“Yo soy el pan de vida.”

Juan 6:35

Y afirmó tener autoridad para dar vida:

“Así también el Hijo a los que quiere da vida.”

Juan 5:21

Sus palabras y sus obras apuntan en la misma dirección.

No tenemos a un hombre haciendo milagros mientras insiste en ser solamente un hombre.

Tenemos a alguien que hizo afirmaciones divinas y después manifestó:

autoridad divina.

El Antiguo y el Nuevo Testamento comienzan a encontrarse en una sola persona

Aquí aparece quizá la conclusión más hermosa de toda la serie.

Durante siglos, Israel había leído acerca de Jehová.

El Dios creador.

El Dios que dominaba las aguas.

El Dios que alimentaba en el desierto.

El Dios que gobernaba sobre los animales.

El Dios que conocía los corazones.

El Dios que perdonaba pecados.

El Dios que daba vida.

Después llegamos a los Evangelios.

Y encontramos a Jesucristo.

Al principio quizá vemos a un rabino de Galilea.

Pero continuamos leyendo.

Y algo comienza a suceder.

Sus palabras nos recuerdan a alguien.

Sus obras nos recuerdan a alguien.

Su autoridad nos recuerda a alguien.

Cada vez más:

nos recuerda al Dios del Antiguo Testamento.

Hasta que finalmente las piezas comienzan a encajar.

Juan lo había declarado desde el principio:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.”

Juan 1:1

Y después:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.”

Juan 1:14

La conclusión de Juan es extraordinaria.

El Dios eterno no dejó de ser Dios.

Entró en nuestra historia.

Entonces, ¿quién es Jesucristo?

Ahora podemos regresar a la pregunta inicial.

¿Encontramos en Jesucristo aquello que razonablemente esperaríamos encontrar en Dios?

Después de recorrer los Evangelios, la respuesta resulta difícil de ignorar.

Sí.

Encontramos conocimiento extraordinario.

Encontramos autoridad sobre el futuro.

Encontramos poder sobre la naturaleza.

Encontramos dominio sobre la materia.

Encontramos autoridad sobre la creación animal.

Encontramos poder para restaurar cuerpos.

Encontramos autoridad para perdonar pecados.

Encontramos poder para transformar vidas.

Encontramos autoridad sobre la muerte.

Y cuando comparamos todo esto con el Dios revelado en el Antiguo Testamento, encontramos una continuidad extraordinaria.

No parecen dos personajes completamente diferentes.

Reconocemos la misma autoridad.

El mismo dominio.

El mismo poder.

El mismo carácter creador.

La misma capacidad de dar vida.

Por eso el Nuevo Testamento puede declarar acerca de Jesucristo:

“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.”

Colosenses 2:9

Y Tomás, después de encontrarse con Jesús resucitado, pudo mirarlo y decir:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28

Jesús no lo corrigió.

El veredicto

Al comienzo de esta serie dijimos que una afirmación extraordinaria debía ir acompañada de evidencia extraordinaria.

Jesús afirmó una identidad extraordinaria.

Después:

la naturaleza le obedeció.

la materia respondió a su autoridad.

los animales sirvieron a sus propósitos.

los cuerpos fueron restaurados.

los pecados fueron perdonados.

las vidas fueron transformadas.

y los muertos escucharon su voz.

Cuanto más observamos a Jesucristo:

más vemos al Dios revelado en las antiguas Escrituras.

Y quizá esa sea precisamente la razón por la que Jesús pudo decir a Felipe:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Juan 14:9

Después de todo lo estudiado, la pregunta final ya no es solamente:

¿Qué hizo Jesús?

La pregunta es:

¿Quién tendría que ser para hacer todo aquello?

Los Evangelios responden.

Juan responde.

Pablo responde.

Tomás responde.

Y toda esta serie nos ha llevado hacia la misma conclusión:

Jesucristo no solamente mostró el poder de Dios.

En Jesucristo, Dios mismo se dio a conocer.

Referencias bíblicas

- **Juan 1:1-3, 14** — El Verbo estaba con Dios, era Dios, todas las cosas fueron hechas por medio de Él y posteriormente “fue hecho carne”.
- **Juan 8:58** — Jesús declara: “Antes que Abraham fuese, yo soy.”
- **Juan 10:30** — “Yo y el Padre uno somos.”
- **Juan 14:9** — “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”
- **Juan 20:28** — Tomás responde a Jesús resucitado: “¡Señor mío, y Dios mío!”
- **Colosenses 1:16-17** — En Cristo fueron creadas todas las cosas y todas las cosas en Él subsisten.
- **Colosenses 2:9** — “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.”
- **Salmo 89:9; Salmo 107:29** — Dios domina el mar y calma sus ondas.
- **Job 9:8; Mateo 14:25** — Job describe a Dios andando sobre las olas; Mateo presenta a Jesús caminando sobre el mar.
- **Éxodo 16:4, 12-15; Juan 6:1-35** — Dios alimenta a Israel con pan en el desierto; Jesús alimenta a la multitud y declara: “Yo soy el pan de vida.”
- **Salmo 50:10-11; Jonás 1:17; 2:10** — Dios declara que los animales le pertenecen y ejerce autoridad sobre ellos.
- **Salmo 139:13; Juan 5:1-9; Mateo 12:9-13; Lucas 22:50-51** — Dios forma el cuerpo humano; Jesús restaura cuerpos gravemente dañados.
- **Salmo 103:2-3; Isaías 43:25; Marcos 2:5-12** — Dios perdona pecados; Jesús declara y demuestra autoridad para perdonarlos.
- **1 Samuel 2:6; Deuteronomio 32:39; Marcos 5:35-43; Lucas 7:11-17; Juan 11:1-44** — Dios da vida; Jesús llama a los muertos y estos viven.
- **Juan 5:21** — “Así también el Hijo a los que quiere da vida.”

BLOQUE DE ESCRITURA



12. Cuando nadie pudo detenerlo: Jesús venció la muerte y salió de la tumba

¿Puede alguien detener verdaderamente a Dios?

A lo largo de esta serie hemos visto a Jesucristo manifestar autoridad sobre la naturaleza, la materia, los animales, el cuerpo humano, el pecado y la muerte.

Pero todavía quedaba una prueba final.

No se trataba ya de resucitar a otra persona.

No se trataba de llamar a Lázaro fuera de una tumba.

Ahora Jesús mismo iba a entrar en la muerte.

Sería arrestado.

Golpeado.

Crucificado.

Declarado muerto.

Colocado dentro de un sepulcro.

La entrada sería cerrada con una piedra.

Y sus enemigos intentarían asegurarse de que todo terminara allí.

Humanamente, parecía el final perfecto.

Pero si Jesucristo era realmente quien había afirmado ser, entonces quedaba una pregunta:

¿Podía la muerte retenerlo?

Porque podemos detener a un hombre.

Podemos arrestarlo.

Podemos encadenarlo.

Podemos encerrarlo.

Incluso podemos matarlo.

Pero si estamos frente a Dios:

¿quién puede detenerlo?

Jesús había anunciado que volvería a levantarse

La resurrección no aparece en los Evangelios como una idea inventada después de su muerte.

Jesús la anunció antes.

Mateo registra:

“Y le matarán; mas al tercer día resucitará.”

Mateo 17:23

Marcos dice:

“El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día.”

Marcos 9:31

Y Jesús hizo una afirmación todavía más sorprendente acerca de su propia vida:

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.”

Juan 10:17

Después añadió:

“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar.”

Juan 10:18

Estas palabras son extraordinarias.

Jesús no habló como una víctima indefensa.

Dijo:

“Yo pongo mi vida.”

Y después:

“Tengo poder para volverla a tomar.”

La cruz no lo tomó por sorpresa.

La muerte no apareció como algo fuera de su conocimiento.

Jesús sabía hacia dónde caminaba.

Hicieron todo lo humanamente posible para terminar con Él

Jesús fue crucificado.

Los soldados romanos comprobaron que estaba muerto.

Juan relata que:

“Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.”

Juan 19:34

Después José de Arimatea recibió el cuerpo.

Jesús fue colocado en un sepulcro.

Mateo dice:

“Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.”

Mateo 27:59-60

Pero sus enemigos todavía estaban preocupados.

Recordaban que Jesús había hablado de resucitar.

Por eso fueron ante Pilato y dijeron:

“Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré.”

Mateo 27:63

Pidieron que el sepulcro fuera asegurado.

Pilato respondió:

“Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis.”

Mateo 27:65

Y Mateo dice:

“Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.”

Mateo 27:66

Piedra.

Sello.

Guardia.

Un cuerpo dentro de la tumba.

Todo parecía controlado.

Pero había un problema que ningún sistema de seguridad humano podía resolver:

el hombre dentro de aquella tumba había dicho que volvería a vivir.

La muerte no pudo retenerlo

Llegó el primer día de la semana.

Las mujeres fueron al sepulcro.

Y la piedra estaba removida.

Mateo relata:

“Hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella.”

Mateo 28:2

Entonces el ángel anunció:

“No está aquí, pues ha resucitado, como dijo.”

Mateo 28:6

Observe esas últimas palabras:

“como dijo.”

Jesús había anunciado lo que sucedería.

Y sucedió.

Pedro predicó posteriormente acerca de Él:

“Al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.”

Hechos 2:24

Esa frase resume perfectamente el tema:

“era imposible que fuese retenido por ella.”

La muerte pudo recibirlo.

Pero no pudo conservarlo.

Una tumba podía encerrar un cuerpo, pero no al Autor de la vida

Aquí encontramos una paradoja extraordinaria.

Los hombres colocaron a Jesús dentro de una tumba.

Pero Pedro lo llamaría después:

“el Autor de la vida.”

Hechos 3:15

¿Cómo puede la muerte retener indefinidamente al Autor de la vida?

¿Cómo puede una piedra convertirse en prisión para Aquel por quien fueron hechas todas las cosas?

Juan había dicho:

“Todas las cosas por él fueron hechas.”

Juan 1:3

Y Pablo escribiría:

“Porque en él fueron creadas todas las cosas.”

Colosenses 1:16

Una piedra podía cerrar una tumba.

Pero esa piedra también formaba parte de la creación.

Los soldados podían custodiar la entrada.

Pero ellos también eran criaturas.

La muerte podía reclamar un cuerpo.

Pero incluso la muerte estaba frente a Aquel que había dicho:

“Yo soy la resurrección y la vida.”

Juan 11:25

El Dios del Antiguo Testamento tampoco podía ser frustrado

Esta idea posee una profunda conexión con el Antiguo Testamento.

Job declaró acerca de Dios:

**“Yo conozco que todo lo puedes,
Y que no hay pensamiento que se esconda de ti.”**
Job 42:2

Isaías registra:

“Porque Jehová de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá?”
Isaías 14:27

Y Daniel dice:

“Él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano.”
Daniel 4:35

Observe la expresión:

“no hay quien detenga su mano.”

Ese es el Dios del Antiguo Testamento.

Nadie puede frustrar finalmente su propósito.

Nadie puede imponerle una prisión definitiva.

Nadie puede decirle:

“Hasta aquí llegaste.”

Ahora mire la tumba de Jesús.

Los hombres intentaron cerrar la historia.

Dios todavía no había terminado.

Los hombres podían crucificarlo, pero no podían impedir su resurrección

Aquí está una de las diferencias más impresionantes entre Jesús y cualquier otro hombre de la historia.

Grandes líderes han muerto.

Reyes han muerto.

Profetas han muerto.

Conquistadores han muerto.

Filósofos han muerto.

Todos han terminado finalmente bajo el poder de la muerte.

Jesús también murió.

Pero no permaneció muerto.

Los hombres pudieron llevarlo a la cruz.

Pudieron clavar sus manos.

Pudieron comprobar su muerte.

Pudieron colocar su cuerpo en una tumba.

Pudieron cerrar la entrada.

Pudieron sellarla.

Pudieron colocar una guardia.

Pero no pudieron impedir:

el tercer día.

Porque la resurrección no dependía del permiso de Roma.

No dependía del Sanedrín.

No dependía de los soldados.

No dependía de la piedra.

Jesús había dicho:

“Tengo poder para volverla a tomar.”

El mismo Jesús que llamó a Lázaro salió ahora de su propia tumba

En un artículo anterior vimos a Jesús delante de la tumba de Lázaro.

Allí gritó:

“¡Lázaro, ven fuera!”

Juan 11:43

Y Lázaro salió.

Ahora Jesús mismo estaba dentro de una tumba.

Pero existe una diferencia fundamental.

Lázaro necesitó que otro lo llamara.

Jesús había declarado acerca de su propia vida:

“Tengo poder para volverla a tomar.”

Lázaro fue resucitado.

Jesucristo:

resucitó.

Y por eso Apocalipsis presenta a Jesús diciendo:

“Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos.”

Apocalipsis 1:17-18

Y añade:

“Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.”

No solamente escapó de la muerte.

Tiene autoridad sobre ella.

¿Qué esperaríamos de un Dios?

Llegamos nuevamente a nuestra pregunta fundamental.

¿Qué esperaríamos de Dios?

Esperaríamos que ningún poder creado pudiera derrotarlo definitivamente.

Esperaríamos que ningún hombre pudiera frustrar su propósito final.

Esperaríamos que ninguna prisión pudiera contenerlo para siempre.

Y si Dios es la fuente de la vida:

esperaríamos que ni siquiera la muerte tuviera la última palabra sobre Él.

Eso es precisamente lo que encontramos en Jesucristo.

Lo arrestaron.

Pero no lo derrotaron.

Lo crucificaron.

Pero no acabaron con Él.

Lo enterraron.

Pero no pudieron retenerlo.

Sellaron la tumba.

Pero el sello no pudo detenerlo.

Colocaron una guardia.

Pero la guardia no pudo impedirlo.

La muerte misma lo recibió.

Pero Pedro declaró:

“Era imposible que fuese retenido por ella.”

Una tumba vacía cambió la historia

Aquella mañana las mujeres llegaron esperando encontrar un cadáver.

Encontraron una tumba abierta.

Los discípulos que habían huido comenzaron posteriormente a anunciar públicamente:

Jesús vive.

Pedro, que había negado conocerlo, proclamó:

“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.”

Hechos 2:32

La resurrección se convirtió en el centro de la proclamación cristiana.

Porque si Jesús resucitó, entonces la cruz no fue su derrota.

Fue el camino hacia su victoria.

Y la tumba no fue su destino.

Fue solamente:

un lugar temporal.

Nadie pudo detenerlo

Tal vez podamos resumir toda la escena de una manera muy sencilla.

Judas lo entregó.

No pudo detenerlo.

Las autoridades lo arrestaron.

No pudieron detenerlo.

Roma lo crucificó.

No pudo detenerlo.

Una piedra cerró su tumba.

No pudo detenerlo.

Una guardia vigiló el sepulcro.

No pudo detenerlo.

La muerte misma lo recibió.

Tampoco pudo detenerlo.

Porque cuando estamos hablando de Jesucristo no estamos hablando simplemente de un hombre excepcional.

Estamos hablando de Aquel que dijo:

“Yo soy la resurrección y la vida.”

Y después:

lo demostró.

Por eso la pregunta final no es solamente:

¿Quién movió la piedra?

La pregunta mucho más grande es:

¿Quién era Aquel a quien ni siquiera la muerte pudo retener?

La respuesta del Nuevo Testamento es clara.

Jesucristo.

El Autor de la vida.

El Señor sobre la muerte.

El que estuvo muerto:

y vive por los siglos de los siglos.

Referencias bíblicas

- **Mateo 17:22-23; Marcos 9:30-31** — Jesús anuncia anticipadamente su muerte y su resurrección al tercer día.
- **Juan 10:17-18** — Jesús declara: “Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar.”
- **Juan 19:30-37** — Muerte de Jesucristo en la cruz y comprobación de su muerte.
- **Mateo 27:57-66** — Jesús es colocado en el sepulcro; la piedra es sellada y se coloca una guardia.
- **Mateo 28:1-10** — La tumba aparece abierta y el ángel anuncia: “No está aquí, pues ha resucitado, como dijo.”
- **Lucas 24:1-8** — Las mujeres encuentran el sepulcro vacío y reciben el anuncio de la resurrección.
- **Juan 20:1-18** — Pedro y Juan encuentran el sepulcro vacío; Jesús resucitado se aparece a María Magdalena.

¿Qué Jesucristo dijo que?

- **Hechos 2:24** — Dios levantó a Jesús, “por cuanto era imposible que fuese retenido” por la muerte.
- **Hechos 2:32** — “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.”
- **Hechos 3:15** — Pedro llama a Jesucristo “el Autor de la vida”.
- **Job 42:2** — “Yo conozco que todo lo puedes.”
- **Isaías 14:27** — “Jehová de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá?”
- **Daniel 4:35** — Acerca de Dios: “No hay quien detenga su mano.”
- **Juan 11:25** — Jesús declara: “Yo soy la resurrección y la vida.”
- **Apocalipsis 1:17-18** — Jesús declara: “Estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos” y afirma tener “las llaves de la muerte y del Hades”.



13. ¿Por qué creer que los discípulos realmente vieron lo que contaron acerca de Jesús?

No estaban defendiendo solamente una resurrección

Después de recorrer esta serie, hemos contemplado una cantidad extraordinaria de acontecimientos atribuidos a Jesucristo.

Sus discípulos afirmaron haber visto al viento y al mar obedecerle.

Lo vieron caminar sobre las aguas.

Lo vieron transformar agua en vino.

Lo vieron multiplicar unos cuantos panes hasta alimentar a miles.

Vieron redes llenarse de peces después de noches enteras sin pesca.

Vieron cuerpos gravemente dañados ser restaurados.

Vieron al paralítico de treinta y ocho años levantarse y caminar.

Vieron a cojos andar y a mancos ser restaurados.

Vieron a Malco sanar después de que una espada había cortado su oreja.

Vieron vidas completamente transformadas.

Vieron a la hija de Jairo levantarse.

Vieron al hijo de la viuda de Naín regresar a la vida.

Vieron a Lázaro salir de una tumba después de cuatro días.

Y finalmente afirmaron haber visto al propio Jesucristo vivo después de haber sido crucificado.

Por eso, cuando hablamos del testimonio de los discípulos, no estamos hablando solamente de una afirmación aislada:

“Jesús resucitó.”

Estamos hablando de aproximadamente tres años de convivencia con un hombre cuyas palabras y obras, según ellos, fueron completamente extraordinarias.

Comieron con Él.

Caminaron con Él.

Durmieron cerca de Él.

Navegaron con Él.

Escucharon sus enseñanzas.

Observaron sus milagros.

Vieron cómo trataba a las personas.

Y estuvieron presentes en acontecimientos que posteriormente contarían durante el resto de sus vidas.

Por tanto, la pregunta es mucho más amplia:

¿Realmente creían los discípulos que habían presenciado todo aquello que después proclamaron acerca de Jesucristo?

Ellos se presentaron como testigos de lo que habían visto y oído

Los primeros cristianos no presentaron su mensaje simplemente como una filosofía.

Los apóstoles insistieron repetidamente en que hablaban de acontecimientos que ellos mismos habían experimentado.

Pedro y Juan dijeron ante las autoridades:

“Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.”

Hechos 4:20

Juan expresó la misma idea al comenzar su primera carta:

“Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos...”

1 Juan 1:1

Y después:

“Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos.”

1 Juan 1:3

Observe la insistencia:

oído.

visto.

contemplado.

tocado.

No estaban diciendo:

“Nos contaron una antigua historia.”

Decían:

“Estuvimos allí.”

Esto comprende mucho más que la resurrección.

Juan había estado con Jesús durante su ministerio.

Pedro había estado dentro de la barca.

Habían participado en la distribución de los panes.

Habían visto multitudes acudir a Jesús.

Habían escuchado sus declaraciones.

Habían contemplado milagros una y otra vez.

Y después se convirtieron en los hombres que transmitieron aquellas historias.

Después llegaron las amenazas, los golpes y la persecución

Aquí aparece un elemento histórico profundamente importante.

Aquellos hombres comenzaron a proclamar a Jesucristo públicamente.

No muchos siglos después.

No en otro continente donde nadie pudiera conocer los acontecimientos.

Lo hicieron dentro del mismo mundo donde Jesús había vivido.

Y muy pronto comenzaron los problemas.

Pedro y Juan fueron arrestados.

Las autoridades les ordenaron:

“Que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús.”

Hechos 4:18

Podían detenerse.

Podían regresar a sus antiguos oficios.

Pedro podía volver definitivamente a la pesca.

Mateo podía intentar reconstruir otra vida.

Los demás podían guardar silencio.

Pero respondieron:

“No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.”

Después las amenazas se convirtieron en golpes.

Hechos dice:

“Y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús.”

Hechos 5:40

¿Y qué hicieron?

“No cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo.”

Hechos 5:42

Los amenazaron.

Continuaron.

Los encarcelaron.

Continuaron.

Los golpearon.

Continuaron.

Y posteriormente algunos comenzaron a morir.

No estaban sufriendo por algo que solamente habían oído de otros

Esto es fundamental.

Una persona puede sufrir y morir por algo falso creyendo sinceramente que es verdadero.

La historia está llena de personas que dieron la vida por creencias equivocadas.

Pero los primeros discípulos estaban en una posición distinta.

Ellos afirmaban ser **los testigos originales**.

Pedro sabía si realmente había estado en aquella barca.

Juan sabía si había visto a Lázaro salir de la tumba.

Los discípulos sabían si realmente habían recogido doce cestas después de alimentar a miles con cinco panes.

Sabían si habían convivido con Jesús.

Sabían lo que habían escuchado de su boca.

Y sabían si las cosas que posteriormente proclamaban habían ocurrido delante de ellos.

Si todo hubiera sido una fabricación deliberada, ellos mismos habrían conocido el engaño.

Sin embargo, cuando comenzaron a sufrir por su testimonio:

no lo negaron.

Jacobo murió; Pedro y Pablo siguieron hasta el final

Hechos registra directamente la muerte de uno de los miembros del círculo más cercano de Jesús:

“Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan.”

Hechos 12:2

Jacobo había acompañado a Jesús.

Había formado parte, junto con Pedro y Juan, del grupo más cercano.

Y murió dentro del contexto de la persecución de la iglesia.

Pedro fue arrestado varias veces y una antigua tradición cristiana, ya conocida a finales del primer siglo, relaciona posteriormente su muerte con la persecución en Roma.

Pablo también sufrió repetidamente.

Él mismo escribió:

“En cárceles más; en azotes sin número; en peligros de muerte muchas veces.”

2 Corintios 11:23

Y continuó enumerando golpes, apedreamiento, peligros y persecuciones.

Estas personas no obtuvieron una vida confortable al proclamar a Cristo.

Su testimonio tuvo un costo.

Pero hubo alguien que decidió investigar antes de creer: Lucas

Aquí encontramos una pieza particularmente interesante.

No todos los autores del Nuevo Testamento pertenecieron al grupo original de los Doce.

Lucas constituye un caso distinto.

Él no comienza su Evangelio diciendo:

“Yo estuve allí desde el primer día.”

Hace algo que resulta extraordinariamente interesante para una investigación histórica.

Dice que **investigó**.

Al comenzar su Evangelio escribió:

“Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra...”

Lucas 1:1-2

Observe lo que Lucas reconoce.

Ya existían relatos.

Existían personas que:

“desde el principio lo vieron con sus ojos.”

Y entonces añade:

“Me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden...”

Lucas 1:3

La expresión es extraordinaria:

“investigado con diligencia.”

Lucas no presenta su obra como una historia que escuchó una vez y decidió repetir.

Nos dice que examinó cuidadosamente los acontecimientos.

Todavía existían testigos que podían ser consultados

Lucas escribió en una época en la que muchos de quienes habían conocido a Jesús todavía pertenecían a la generación viva de aquellos acontecimientos.

Esto resulta fundamental.

No estaba investigando un personaje que había vivido quinientos años antes.

Estaba investigando acontecimientos recientes para su propio mundo.

Los apóstoles existían.

Otros discípulos existían.

Mujeres que habían acompañado a Jesús existían.

Comunidades enteras conocían las historias desde sus primeros años.

Había personas:

localizables.

Personas que podían ser entrevistadas.

Personas que podían decir:

“Sí, yo estuve allí.”

O:

“Eso no ocurrió así.”

Lucas tuvo acceso a esa generación.

Por eso su introducción posee tanta importancia.

Él afirma haber acudido precisamente a:

“los que desde el principio lo vieron con sus ojos.”

Lucas investigó mucho más que la resurrección

Cuando abrimos el Evangelio de Lucas vemos qué clase de acontecimientos decidió registrar después de su investigación.

Registró las enseñanzas de Jesús.

Registró sus sanidades.

Registró la pesca milagrosa.

Registró la tempestad calmada.

Registró expulsiones de demonios.

Registró la resurrección del hijo de la viuda de Naín.

Registró la hija de Jairo.

Registró la transformación de Zaqueo.

Registró la curación de Malco durante el arresto de Jesús.

Registró la crucifixión.

Y registró la resurrección.

Por tanto, Lucas no investigó solamente una afirmación final.

Investigó:

la vida y el ministerio de Jesucristo.

Y después de investigar, no escribió un libro desenmascarando una colección de exageraciones.

Escribió uno de los testimonios más completos que poseemos acerca de Jesús.

¿A qué conclusión llegó Lucas?

Lucas presenta a Jesucristo con una autoridad extraordinaria.

En su Evangelio, Jesús es llamado:

“Señor”.

Los ángeles anuncian acerca de su nacimiento:

“Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor.”

Lucas 2:11

Lucas registra cómo la gente se pregunta:

“¿Quién es éste, que aun a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen?”

Lucas 8:25

Lo presenta perdonando pecados.

Dominando el mundo espiritual.

Sanando cuerpos.

Levantando muertos.

Conociendo lo que sucedería.

Y finalmente venciendo la muerte.

Lucas comenzó investigando.

Y el resultado de su investigación fue un Evangelio que presenta a Jesucristo como:

Señor, Salvador y Mesías.

Pablo también apeló a hechos conocidos públicamente

Existe otro detalle interesante.

Cuando Pablo presentó su defensa delante del rey Agripa, habló de la muerte y resurrección de Jesús y dijo:

“Pues el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo con toda confianza. Porque no pienso que ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en algún rincón.”

Hechos 26:26

Qué expresión tan significativa:

“No se ha hecho esto en algún rincón.”

El cristianismo primitivo no presentaba sus afirmaciones como acontecimientos secretos conocidos únicamente por un pequeño grupo aislado.

Jesús había enseñado públicamente.

Había recorrido pueblos y ciudades.

Multitudes lo habían visto.

Sus enfrentamientos con las autoridades habían sido públicos.

Su crucifixión había sido pública.

Y sus seguidores proclamaban su mensaje públicamente.

Pablo incluso menciona a cientos de testigos todavía vivos

Al hablar de las apariciones del Cristo resucitado, Pablo hizo algo particularmente audaz.

Escribió que Jesús:

“Apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún.”

1 Corintios 15:6

Observe la última expresión:

“muchos viven aún.”

¿Por qué mencionar eso?

Porque todavía había personas que podían ser consultadas.

Pablo estaba escribiendo dentro de una generación en la que muchos testigos seguían vivos.

La afirmación quedaba expuesta al examen de sus contemporáneos.

El argumento no depende de que cada detalle del martirio sea conocido

No necesitamos afirmar más de lo que la evidencia permite.

No conocemos con la misma certeza histórica cómo murió cada uno de los Doce.

Algunas tradiciones son tempranas.

Otras son posteriores.

Pero eso no cambia el punto principal.

Sabemos que el movimiento cristiano enfrentó persecución muy temprano.

Sabemos por Hechos que los apóstoles fueron arrestados, amenazados y golpeados.

Sabemos que Jacobo fue ejecutado.

Tenemos testimonios antiguos acerca del sufrimiento y muerte de Pedro y Pablo.

Y sabemos que, pese a todo aquello:

el testimonio no cambió.

No apareció Pedro diciendo:

“Lo inventamos.”

No apareció Juan diciendo:

“Los milagros nunca ocurrieron.”

No apareció un movimiento apostólico arrepentido confesando que había fabricado la historia.

Continuaron diciendo:

“Lo hemos visto y oído.”

No ganaron aquello que normalmente buscamos al inventar una mentira

Vale la pena recordar qué obtuvieron.

No fundaron un reino político.

No ocuparon palacios.

No recibieron puestos dentro del Imperio.

No se hicieron ricos gracias a una estructura de poder.

Mateo dejó su fuente de ingresos.

Pedro abandonó repetidamente sus redes.

Pablo perdió la posición que tenía como perseguidor celoso del movimiento.

Y a cambio encontraron:

oposición,

golpes,

cárceles,

persecución,

rechazo,

y para algunos:

la muerte.

No demuestra automáticamente que cada afirmación sea verdadera.

Pero sí demuestra algo muy importante:

no se comportaron como hombres que sabían que estaban sosteniendo una farsa.

Y Lucas constituye una segunda clase de testigo

Aquí podemos distinguir dos grupos extraordinariamente importantes.

Primero: los testigos presenciales.

Pedro.

Juan.

Jacobo.

Los demás discípulos.

Personas que afirmaron haber estado allí.

Segundo: el investigador.

Lucas.

Un hombre que no se conformó simplemente con recibir una historia.

Buscó los testimonios.

Investigó:

“con diligencia todas las cosas desde su origen.”

Y llegó a la misma historia fundamental.

Jesús no era simplemente un rabino.

Era el Cristo.

El Señor.

El Salvador.

Toda la serie queda ahora bajo otra luz

Pensemos en todo lo que hemos estudiado.

La tormenta calmada.

Jesús caminando sobre las aguas.

El agua convertida en vino.

Los panes multiplicados.

Los peces respondiendo.

Los cuerpos restaurados.

Las vidas transformadas.

Los muertos levantados.

Sus palabras acerca de sí mismo.

Sus profecías.

Su muerte.

Su resurrección.

No fueron historias atribuidas a Jesús por primera vez muchos siglos después.

Fueron proclamadas dentro de la generación de quienes decían haberlo conocido.

Los testigos aceptaron sufrir antes que negar aquello que afirmaban haber visto.

Y Lucas, en lugar de aceptar todo ciegamente, investigó a quienes:

“desde el principio lo vieron con sus ojos.”

Después escribió.

Entonces, ¿qué hacemos con sus testimonios?

Cada lector deberá responder por sí mismo.

Pero existe una explicación que se vuelve cada vez más difícil de sostener:

que todo fue simplemente inventado por hombres que sabían que era mentira.

Sus vidas no parecen las vidas de hombres intentando proteger un fraude.

Parecen las vidas de personas profundamente convencidas de haber presenciado algo extraordinario.

Y Lucas añade otra capa.

Él no había estado en todas aquellas escenas.

Por eso investigó.

Buscó a quienes sí estuvieron.

Comparó.

Ordenó.

Escribió.

Y terminó presentándonos al mismo Jesucristo que encontramos en los demás Evangelios:

el Señor que tiene autoridad sobre la naturaleza, el cuerpo, los demonios, la vida y la muerte.

Eso no obliga a nadie a creer.

Pero sí nos invita a tomar muy en serio el testimonio.

Porque cuanto más examinamos a los hombres que contaron aquellas historias, más difícil resulta pensar que simplemente estaban jugando con una mentira.

Ellos dijeron:

“Lo vimos.”

Lucas dijo:

“Lo investigué.”

Y ambos caminos terminaron apuntando hacia la misma persona:

Jesucristo.

Referencias bíblicas

- **Lucas 1:1-4** — Lucas explica que recibió información de quienes “desde el principio lo vieron con sus ojos” y que investigó “con diligencia todas las cosas desde su origen”.
- **Hechos 4:18-20** — Pedro y Juan reciben la orden de guardar silencio y responden: “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.”

- **1 Juan 1:1-3** — Juan presenta su mensaje como aquello que habían oído, visto, contemplado y tocado.
- **Hechos 5:27-42** — Los apóstoles son interrogados, azotados y amenazados, pero continúan predicando a Jesucristo.
- **Hechos 12:1-2** — Herodes mata a espada a Jacobo, hermano de Juan.
- **2 Corintios 11:23-28** — Pablo describe cárceles, azotes, apedreamiento y numerosas persecuciones sufridas durante su ministerio.
- **Lucas 5:1-11** — Lucas registra la pesca milagrosa después de haber investigado cuidadosamente los acontecimientos de la vida de Jesús.
- **Lucas 7:11-17** — Lucas registra la resurrección del hijo de la viuda de Naín.
- **Lucas 8:22-25** — Jesús reprende al viento y a las olas, y estos obedecen.
- **Lucas 8:40-56** — Resurrección de la hija de Jairo.
- **Lucas 19:1-10** — Transformación de Zaqueo.
- **Lucas 22:50-51** — Lucas registra que Jesús sanó la oreja herida durante su arresto.
- **Lucas 24:1-49** — Lucas presenta la resurrección de Jesucristo y sus apariciones a los discípulos.
- **Lucas 2:11** — Jesús es anunciado como “Salvador, que es CRISTO el Señor”.
- **1 Corintios 15:3-8** — Pablo menciona diferentes apariciones de Jesús resucitado, incluyendo una a más de quinientas personas, “de los cuales muchos viven aún”.
- **Hechos 26:25-26** — Pablo declara ante Agripa que aquellos acontecimientos “no se han hecho... en algún rincón”.

Referencias históricas antiguas

- **Clemente de Roma, 1 Clemente 5-6** — Testimonio cristiano muy temprano acerca de los sufrimientos de Pedro y Pablo y de la persecución padecida por los creyentes.
- **Tácito, Anales 15.44** — El historiador romano registra la persecución severa de cristianos en Roma bajo Nerón.
- **Flavio Josefo, Antigüedades judías 20.200** — Registra la ejecución de Jacobo, identificado como “hermano de Jesús, llamado el Cristo”.
- **Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica** — Conserva testimonios y tradiciones cristianas anteriores acerca de los apóstoles; su valor histórico depende de la antigüedad y naturaleza de cada fuente citada.

Sección III

¿Cumplió Cristo lo que prometió?



00. Introducción: ¿Cumple Cristo lo que prometió?

En nuestra investigación **¿Existe Dios? Y si existe... ¿cómo es?**, hemos llegado a Jesucristo.

En la subserie anterior examinamos una afirmación extraordinaria: **Jesús afirmó ser Dios**. Pero no nos conformamos simplemente con sus palabras. Nos preguntamos si realmente podía hacer aquello que esperaríamos de alguien que afirmaba poseer naturaleza y autoridad divinas.

Ahora queremos llevar nuestra investigación un paso más adelante.

Porque Jesucristo no solamente habló acerca de quién era.

También hizo promesas.

Y algunas de esas promesas presentan una oportunidad extraordinaria para continuar nuestra investigación, porque no fueron hechas solamente para las personas que caminaron con Él hace dos mil años. Muchas fueron dirigidas a quienes creerían en Él después.

De hecho, Jesús dijo:

“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.”

Juan 17:20, RVR1960

Eso nos incluye.

Y aquí aparece una pregunta inevitable.

Si Jesucristo verdaderamente es quien afirmó ser, **¿puede cumplir hoy aquello que prometió hace casi dos mil años?**

No queremos comenzar esta serie suponiendo la respuesta. Queremos investigarla.

Durante muchos años como pastor he conocido a cientos de personas que aseguran haber experimentado en sus propias vidas cosas que Jesucristo prometió. Yo mismo podría añadir mi testimonio al de ellas.

Pero precisamente por eso quiero hacer algo diferente en esta subserie.

Quiero regresar primero a las palabras de Jesús.

¿Qué prometió realmente?

¿A quién se lo prometió?

¿Era una promesa solamente para sus primeros discípulos o también alcanzaba a quienes creerían posteriormente?

Y, sobre todo:

¿Existen evidencias de que Cristo continúa cumpliendo esas promesas hoy?

Jesús mismo estableció un principio extraordinario:

“Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras.”

Juan 10:37-38, RVR1960

En esta nueva subserie pondremos bajo investigación **diez promesas de Jesucristo.**

No queremos adelantarnos al veredicto.

Primero examinaremos las promesas.

Después examinaremos la evidencia.

Y al final tendremos que responder una pregunta que toca directamente el corazón de toda nuestra investigación:

Si Jesucristo dijo que haría estas cosas, ¿las está cumpliendo?

Vamos a investigarlo.



01. Prometió darnos su paz

Una promesa que todavía puede ponerse a prueba

Hay promesas de Jesucristo que podríamos considerar difíciles de investigar porque ocurrieron hace casi dos mil años. Pero existen otras que presentan una característica extraordinaria:

pueden ser experimentadas personalmente.

Una de ellas es la promesa de su paz.

Pocas horas antes de ser arrestado y crucificado, Jesús dijo a sus discípulos:

“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.”

Juan 14:27, RVR1960

Observe cuidadosamente sus palabras.

Jesús no dijo simplemente: “Deseo que tengan paz”.

Dijo:

“Mi paz os doy”.

Eso convierte sus palabras en una promesa que merece ser investigada.

¿Puede Jesucristo realmente dar paz?

Durante mis años como pastor he visto algo repetirse una y otra vez.

He conocido a miles de personas que aseguran haber encontrado paz en Jesucristo.

Personas atravesando problemas familiares.

Personas enfrentando pérdidas.

Personas llenas de temor.

Personas que no sabían qué hacer con su vida.

Personas que llegaron delante de Dios quebrantadas y que después dijeron algo muy parecido:

“No sé cómo explicarlo, pero tengo paz”.

Por supuesto, alguien podría responder:

“Eso es solamente lo que esas personas dicen”.

Y precisamente allí comienza nuestra investigación.

Pregúnteles

No tenemos que aceptar ciegamente el testimonio de nadie.

Podemos preguntar.

Pregúntele a una persona que verdaderamente ha depositado su confianza en Jesucristo qué ha experimentado en los momentos más difíciles de su vida.

Pregúntele a diferentes creyentes.

Pregunte a hombres y mujeres.

Pregunte a jóvenes y ancianos.

Pregunte a personas de diferentes países y culturas.

Y escuche sus respuestas.

Naturalmente, no todos describirán exactamente la misma experiencia. Pero resulta interesante descubrir cuántas personas utilizan precisamente la palabra que Jesús utilizó:

paz.

Pablo describió posteriormente algo semejante:

“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.”

Filipenses 4:7, RVR1960

Una paz que **“sobrepasa todo entendimiento”**.

Es decir, una paz que puede aparecer incluso cuando las circunstancias externas no parecen justificarla.

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Hasta ahora podemos escuchar el testimonio de otras personas.

Pero esta promesa tiene una característica muy especial:

usted mismo puede ponerla a prueba.

No necesita conocerme a mí.

No necesita estar en una iglesia determinada.

No necesita que un pastor esté presente.

No necesita intermediarios humanos para hablar con Jesucristo.

Puede ser un asunto directamente entre **usted y Él.**

Jesús dijo:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Mateo 11:28, RVR1960

Observe nuevamente la invitación:

“Venid a mí”.

Así de personal.

Una persona puede acercarse a Jesucristo con sinceridad, reconocer delante de Él su necesidad y pedirle aquello que prometió dar.

No necesita palabras especiales.

No necesita una fórmula.

Puede simplemente hablar con Él.

“Jesucristo, necesito tu paz. Si verdaderamente eres quien dijiste ser, te necesito. Dame la paz que prometiste.”

Y entonces ocurre algo extraordinario desde el punto de vista de nuestra investigación.

Ya no estamos hablando solamente de lo que experimentaron los apóstoles.

Ya no estamos hablando solamente de lo que yo he visto durante años como pastor.

Ya no estamos hablando solamente del testimonio de miles de personas.

Estamos hablando de algo que cada persona puede investigar por sí misma.

Una promesa hecha hace casi dos mil años

Aquí está, entonces, la primera pregunta de nuestra investigación.

Jesucristo dijo:

“Mi paz os doy.”

Si solamente fue un hombre que murió hace casi dos mil años, sus palabras quedaron escritas en un libro.

Pero si Jesucristo está vivo y es verdaderamente quien afirmó ser, entonces estamos ante algo completamente diferente.

Debería poder cumplir su promesa.

Por eso, en este primer punto no quiero pedirle simplemente que crea mi testimonio.

Pregunte a quienes dicen haber experimentado su paz.

Examine sus historias.

Y, si realmente quiere llevar la investigación hasta sus últimas consecuencias, haga algo todavía más sencillo:

pídasela usted mismo.

Preséntese delante de Jesucristo con un corazón sincero y humilde. Dígale que necesita su paz.

Después, juzgue usted mismo el resultado.

Porque si Jesucristo prometió:

“Mi paz os doy”

la pregunta no es solamente qué significaron aquellas palabras hace dos mil años.

La pregunta es:

¿Puede cumplirlas hoy?

Aquí está el punto que no debemos pasar por alto.

Jesucristo pronunció esta promesa hace casi dos mil años:

“Mi paz os doy.”

Juan 14:27, RVR1960

Ahora piense por un momento en lo que esto significa.

Si Jesucristo fue solamente un hombre que vivió hace dos mil años, murió y dejó de existir, **¿cómo podría seguir cumpliendo personalmente una promesa que hizo entonces?**

Un hombre puede dejar enseñanzas.

Puede dejar libros.

Puede dejar seguidores.

Puede dejar una filosofía capaz de influir en generaciones posteriores.

Pero no puede continuar actuando personalmente después de muerto.

Por eso nuestra pregunta es mucho más profunda que simplemente saber si las enseñanzas de Jesús producen tranquilidad.

La pregunta es:

¿Jesucristo mismo continúa dando la paz que prometió?

Si una persona se acerca hoy a Cristo, lo invoca sinceramente y recibe esa paz que Él prometió; y si esto no ocurre solamente una vez, sino que ha sido testificado repetidamente por creyentes a través de generaciones, entonces tenemos algo que merece ser investigado seriamente.

Porque si Cristo **continúa cumpliendo hoy una promesa que hizo hace casi dos mil años**, entonces Cristo no quedó atrapado en el primer siglo.

Sigue vivo.

Y si sigue vivo después de casi dos mil años, comenzamos a encontrarnos frente a otra característica que atribuimos a Dios:

la eternidad.

“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.”

Hebreos 13:8, RVR1960

Por eso esta primera promesa tiene implicaciones enormes para nuestra investigación.

No demuestra por sí sola todo lo que queremos investigar acerca de Jesucristo. Pero nos obliga a formular una pregunta difícil de ignorar:

Si Cristo sigue cumpliendo hoy lo que prometió hace casi dos mil años, ¿estamos realmente frente a alguien que pertenece solamente al pasado... o frente a alguien que sigue

vivo y posee una característica propia de Dios: la eternidad?



02. Prometió estar con nosotros

Una promesa que debería ser imposible para un hombre común

Algunas palabras de Jesucristo adquieren una dimensión completamente diferente cuando nos detenemos a pensar en lo que realmente significan.

Después de su resurrección, poco antes de ascender, Jesús hizo a sus discípulos una promesa extraordinaria:

“Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

Mateo 28:20, RVR1960

Observe cuidadosamente lo que Jesús prometió.

No dijo solamente: “Recuerden mis enseñanzas”.

No dijo: “Mi influencia permanecerá con ustedes”.

No dijo: “Cuando yo ya no esté, recuerden lo que les enseñé”.

Dijo:

“Yo estoy con vosotros todos los días”.

Si tomamos seriamente estas palabras, tenemos delante de nosotros otra promesa que podemos investigar.

¿Puede Jesucristo realmente estar con nosotros?

Durante mis años como pastor he escuchado una experiencia repetirse innumerables veces.

Personas que aseguran haber experimentado la presencia de Jesucristo.

Algunas estaban en una iglesia.

Pero muchas no.

Algunas estaban orando acompañadas de otras personas.

Pero otras estaban completamente solas.

Personas en habitaciones.

Personas viajando.

Personas atravesando momentos de profunda tristeza.

Personas enfrentando situaciones difíciles.

Personas que simplemente comenzaron a orar y, según su propio testimonio, **supieron que no estaban solas.**

Una y otra vez he escuchado expresiones semejantes:

“Sentí que Dios estaba conmigo”.

“Experimenté su presencia”.

“Sabía que Cristo estaba allí”.

Por supuesto, desde el punto de vista de nuestra investigación podemos preguntar:

¿Cómo sabemos que esas experiencias son reales?

La respuesta inicial es muy sencilla.

Pregúnteles

No tenemos que comenzar aceptando ciegamente lo que alguien dice.

Podemos investigar.

Pregúntele a personas que han caminado con Jesucristo durante años si alguna vez han experimentado su presencia.

Pregunte a diferentes personas.

Pregunte a hombres y mujeres.

Pregunte a jóvenes y ancianos.

Pregunte a personas de diferentes iglesias, países y culturas.

Y después escuche.

Las experiencias no serán idénticas. Algunos hablarán de una profunda seguridad interior. Otros describirán consuelo. Otros hablarán de una presencia difícil de expresar con palabras.

Pero resulta extraordinario encontrar una experiencia que se repite constantemente:

“Cristo estaba conmigo”.

David había expresado siglos antes esta realidad acerca de la presencia de Dios:

“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?”

Salmos 139:7, RVR1960

Y precisamente aquí nuestra investigación comienza a adquirir una dimensión todavía más interesante.

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Como sucedió con la promesa de la paz, no tenemos que limitarnos al testimonio de otras personas.

Esta también es una promesa que **cada persona puede investigar personalmente.**

No necesita que yo esté presente.

No necesita estar dentro de un templo.

No necesita viajar a Jerusalén.

No necesita encontrarse delante de una imagen.

No necesita intermediarios humanos para hablar con Jesucristo.

Puede estar completamente solo.

Porque si la promesa es verdadera, el lugar no debería ser el obstáculo.

Jesús dijo:

“Yo estoy con vosotros todos los días”.

Entonces una persona puede acercarse directamente a Él con sinceridad.

No necesita una oración complicada.

No necesita palabras religiosas.

Puede simplemente decir:

“Jesucristo, si realmente estás aquí, necesito conocerte. Si prometiste estar con nosotros, permite que pueda experimentar tu presencia”.

Y después ocurre nuevamente algo extraordinario desde el punto de vista de nuestra investigación.

Ya no estamos hablando solamente de lo que experimentaron los apóstoles.

Ya no estamos hablando solamente de lo que otros creyentes aseguran haber experimentado.

Ya no estamos hablando solamente de lo que yo he observado durante mis años como pastor.

La persona puede investigarlo por sí misma.

Una promesa hecha hace casi dos mil años

Ahora llegamos al punto central.

Jesucristo dijo hace casi dos mil años:

“Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

Piense detenidamente en lo que esto implica.

Un hombre común puede estar con algunas personas.

Puede acompañar a su familia.

Puede caminar con sus discípulos.

Puede encontrarse en una ciudad determinada.

Pero está limitado por el espacio.

Si está en Jerusalén, no está físicamente al mismo tiempo en Roma.

Si está en una casa, no está simultáneamente en miles de casas diferentes alrededor del mundo.

Y si murió hace casi dos mil años y dejó de existir, mucho menos podría estar hoy con alguien que lo invoca.

Sin embargo, Jesús prometió exactamente algo extraordinario:

“Yo estoy con vosotros todos los días”.

¿Puede cumplirla hoy?

Aquí está nuevamente nuestra prueba.

Si Jesucristo fue solamente un hombre extraordinario del primer siglo, sus seguidores pueden recordar sus enseñanzas.

Pueden estudiar sus palabras.

Pueden admirar su vida.

Pueden continuar difundiendo su mensaje.

Pero existe una enorme diferencia entre **recordar a alguien** y afirmar que **esa persona está presente**.

Por eso nuestra pregunta no es simplemente si pensar en Jesús hace sentir acompañada a una persona.

La pregunta es mucho más profunda:

¿Jesucristo continúa estando realmente con quienes lo invocan?

Porque si personas en diferentes lugares del mundo pueden acudir a Cristo y experimentar su presencia, entonces aparece ante nosotros otra característica extraordinaria.

No estamos hablando solamente de eternidad.

Estamos hablando también de **presencia más allá de las limitaciones humanas del espacio.**

La Biblia atribuye precisamente esa característica a Dios:

“¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?”

Jeremías 23:24, RVR1960

Y David escribió:

“Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás.”

Salmos 139:8, RVR1960

Por eso esta segunda promesa tiene implicaciones enormes para nuestra investigación.

Si Jesucristo continúa cumpliendo una promesa pronunciada hace casi dos mil años, entonces nuevamente encontramos la característica que vimos anteriormente:

sigue vivo.

Pero si además puede estar con personas que lo invocan en diferentes lugares del mundo, surge otra pregunta todavía más profunda.

Si Cristo puede estar hoy con personas separadas por ciudades, países y continentes, ¿estamos frente a alguien limitado por el espacio como cualquier ser humano... o frente

**a alguien que posee una característica que atribuimos a Dios:
estar presente sin las limitaciones humanas del espacio?**



03. Prometió responder la oración

Una promesa que puede dejar resultados concretos

Llegamos ahora a una de las promesas de Jesucristo que, personalmente, ha tenido un peso enorme en mi propia convicción acerca de quién es Él.

La oración.

Jesús no solamente enseñó a sus discípulos a orar. Hizo algo mucho más extraordinario: **les aseguró que sus oraciones serían escuchadas y que Él actuaría en respuesta a ellas.**

Poco antes de su crucifixión les dijo:

“Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.”

Juan 16:24, RVR1960

Y también declaró:

“Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré.”

Juan 14:13-14, RVR1960

Deténgase por un momento.

“Yo lo haré”.

Estas no son palabras pequeñas.

Si Jesucristo fue solamente un maestro religioso que vivió en el primer siglo, estamos ante una afirmación extraordinariamente difícil de explicar.

Porque una cosa es enseñar a las personas a orar.

Y otra completamente diferente es afirmar:

“Pedid... y recibiréis”.

¿Puede Jesucristo realmente responder nuestras oraciones?

En mi caso, esta pregunta dejó de ser solamente teológica hace mucho tiempo.

Una de las cosas que más me han convencido personalmente de que Jesucristo es quien afirmó ser **es la manera en que ha respondido mis oraciones a lo largo de mi vida.**

He orado cuando no sabía qué hacer.

He pedido dirección.

He pedido ayuda.

He llevado necesidades delante de Dios que estaban completamente fuera de mis posibilidades.

Y una y otra vez he visto respuestas que, personalmente, no puedo ignorar.

Algunas llegaron de maneras diferentes a las que esperaba.

Otras requirieron tiempo.

Y en otras ocasiones la respuesta fue tan específica que me obligó a detenerme y pensar:

“Dios escuchó”.

Por eso, cuando hablo de la oración, no estoy hablando solamente como pastor o como investigador.

Estoy hablando también como alguien que ha orado y que considera haber recibido respuestas.

Pero mi testimonio no es suficiente

Sería muy fácil escribir este artículo contando solamente mis propias experiencias.

Pero eso reduciría demasiado nuestra investigación.

Porque yo soy solamente una persona.

Lo verdaderamente interesante comienza cuando descubrimos que **muchísimas otras personas afirman haber experimentado exactamente lo mismo.**

Durante mis años como pastor he escuchado innumerables testimonios de personas que aseguran haber recibido respuestas concretas después de orar.

Personas que pidieron dirección y la encontraron.

Personas que oraron por provisión.

Personas que pidieron ayuda en circunstancias difíciles.

Personas que oraron durante años por familiares.

Personas que aseguran haber visto abrirse una puerta precisamente cuando parecía que todas estaban cerradas.

Naturalmente, cada historia debe examinarse con prudencia. No todo acontecimiento favorable después de una oración demuestra automáticamente una intervención sobrenatural.

Pero cuando el fenómeno se repite una y otra vez, surge una pregunta legítima:

¿Estamos simplemente frente a coincidencias, o Jesucristo realmente continúa respondiendo la oración como prometió?

Pregúnteles

Nuevamente, no tiene que aceptar mi palabra.

Pregunte.

Busque personas que lleven años caminando con Jesucristo y pregúnteles:

“¿Alguna vez has recibido una respuesta a una oración que te haya convencido de que Dios te escuchó?”

Después escuche.

No todos tendrán la misma historia.

No todos recibieron aquello que originalmente pidieron.

No todas las respuestas llegaron inmediatamente.

Pero probablemente descubrirá algo sorprendente.

Muchísimas personas podrán señalar momentos específicos de su vida y decir:

“Yo oré... y Dios respondió”.

La Biblia misma presenta esta experiencia como algo que los creyentes podían esperar:

“Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye.”

1 Juan 5:14, RVR1960

Esto no significa que Dios haga todo lo que le pidamos

Aquí necesitamos hacer una aclaración importante.

La promesa de Jesús **no convierte la oración en una fórmula para obtener automáticamente cualquier cosa que deseemos.**

La misma Biblia establece condiciones y límites.

Juan habla de pedir **“conforme a su voluntad”**.

Santiago advierte:

“Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites.”

Santiago 4:3, RVR1960

Incluso Jesús, en Getsemaní, oró:

“Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.”

Lucas 22:42, RVR1960

Por tanto, estamos investigando algo muy diferente a decir: “Pida cualquier cosa y Dios está obligado a concedérsela”.

Estamos preguntando si existe **una relación real entre Dios y la persona que ora**, en la cual Dios escucha, responde, dirige, abre puertas, cierra otras y actúa conforme a su voluntad.

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Como ocurrió con las dos promesas anteriores, usted no tiene que limitarse a escuchar testimonios.

Puede orar.

No necesita que un pastor ore por usted.

No necesita encontrarse dentro de una iglesia.

No necesita utilizar palabras especiales.

No necesita intermediarios humanos para acercarse a Jesucristo.

Puede hablar directamente con Él.

Puede presentarle una necesidad real.

Puede pedirle dirección.

Puede decirle con toda sinceridad:

“Jesucristo, si realmente estás vivo y escuchas la oración, quiero conocerte. Ayúdame. Guíame y permite que pueda reconocer tu respuesta”.

Y entonces nuestra investigación deja nuevamente de ser solamente histórica.

Se vuelve personal.

Una promesa hecha hace casi dos mil años

Ahora piense detenidamente en lo que estamos investigando.

Jesucristo dijo hace casi dos mil años:

“Pedid, y recibiréis.”

Y también:

“Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré.”

Si Jesucristo murió y dejó de existir, puede haber dejado hermosas enseñanzas acerca de la oración.

Pero existe un problema.

Un muerto no escucha oraciones.

Mucho menos puede escuchar a personas que oran simultáneamente desde diferentes lugares del planeta.

Y mucho menos puede intervenir en sus vidas.

¿Puede cumplirla hoy?

Aquí está nuevamente nuestra prueba.

Si Cristo continúa respondiendo oraciones casi dos mil años después de haber pronunciado estas palabras, entonces estamos frente a algo extraordinario.

Porque para responder una oración tendría que, como mínimo, **estar vivo para escucharla.**

Pero pensemos todavía un poco más.

En este mismo momento puede haber personas orando a Jesucristo en México, Estados Unidos, Brasil, África, Europa, Asia y miles de lugares diferentes.

Algunas pueden estar hablando.

Otras quizá ni siquiera puedan expresar con palabras lo que sienten.

Y, sin embargo, la Biblia atribuye a Dios incluso el conocimiento de aquello que todavía no hemos pronunciado:

“Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda.”

Salmos 139:4, RVR1960

Por eso esta tercera promesa tiene implicaciones enormes para nuestra investigación.

Si Jesucristo escucha y responde hoy las oraciones de personas que lo invocan alrededor del mundo, entonces nuevamente encontramos que **sigue vivo.**

Pero encontramos algo más.

Para hacerlo tendría que poder escuchar innumerables personas, conocer sus necesidades y actuar mucho más allá de las limitaciones de cualquier ser humano.

Y eso nos conduce nuevamente hacia las características que atribuimos a Dios.

Si Cristo puede escuchar y responder hoy las oraciones de personas alrededor del mundo, casi dos mil años después de haberlo prometido, ¿estamos frente al recuerdo de un hombre que murió... o frente a alguien que sigue vivo y posee capacidades que solamente esperaríamos encontrar en Dios?



04. Prometió transformar la vida de quienes permanecieran en Él

Una promesa cuyos resultados deberían poder verse

Llegamos ahora a una promesa de Jesucristo que presenta una característica diferente a las anteriores.

La paz puede experimentarse interiormente.

La presencia de Cristo puede sentirse de una manera profundamente personal.

La respuesta a una oración puede ocurrir entre Dios y quien ora.

Pero cuando una vida comienza a transformarse, **otras personas pueden verlo.**

Jesús dijo:

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”

Juan 15:5, RVR1960

Observe la promesa.

Jesús afirmó que cuando una persona permanece unida a Él, **algo comienza a suceder en su vida.**

Produce fruto.

Es decir, la relación con Jesucristo no debería limitarse simplemente a adoptar una nueva religión, asistir a una iglesia o aprender determinadas doctrinas.

Debería producir cambios.

¿Puede Jesucristo realmente transformar una vida?

Esta pregunta es profundamente personal para mí.

Porque cuando hablo acerca de vidas transformadas por Jesucristo, **no tengo que comenzar con la historia de otra persona.**

Puedo comenzar con la mía.

Mi vida era un desastre.

Era una vida sin rumbo, llena de sufrimiento, conflictos y situaciones que no sabía cómo resolver.

No tenía delante de mí el camino que posteriormente recorrería.

Pero un día Jesucristo entró en mi historia.

Y comenzó un proceso que terminaría transformándolo todo.

No quiero decir con esto que desde ese momento nunca volví a tener problemas, que nunca cometí errores o que todas mis dificultades desaparecieron.

Eso no sería verdad.

Estoy hablando de algo diferente.

Cambió la dirección de mi vida.

Cambió mis prioridades.

Cambió mi manera de entenderme a mí mismo.

Cambió mi manera de mirar a los demás.

Me dio propósito donde antes había confusión.

Y cuando observo hacia atrás y comparo quién era con la persona en la que me fui convirtiendo, para mí existe una conclusión difícil de evitar:

Jesucristo transformó mi vida.

Pero mi historia es solamente una entre muchísimas

Aquí es donde nuestra investigación vuelve a hacerse interesante.

Porque si yo fuera la única persona que afirmara algo semejante, podríamos estudiar mi historia como un caso aislado.

Pero no lo soy.

Durante mis años como pastor he visto esta historia repetirse innumerables veces.

He visto personas llegar destruidas y comenzar a reconstruir sus vidas.

He visto adicciones abandonadas.

He visto matrimonios restaurados.

He visto personas dominadas por el enojo comenzar a cambiar.

He visto reconciliaciones que parecían imposibles.

He visto prioridades completamente reordenadas.

He visto personas que vivían sin propósito descubrir una razón para levantarse cada mañana.

No todas las historias son iguales.

No todas las transformaciones ocurren de un día para otro.

Algunas son extraordinariamente rápidas.

Otras requieren años de crecimiento, caídas, aprendizaje y perseverancia.

Pero existe algo que se repite una y otra vez:

personas que aseguran que conocer a Jesucristo cambió el rumbo de sus vidas.

Pablo describió esta transformación con palabras extraordinarias:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

2 Corintios 5:17, RVR1960

Pregúnteles

Nuevamente, no tiene que aceptar mi testimonio.

Investigue.

Pregunte a personas que verdaderamente han caminado con Jesucristo durante años:

“¿Qué cambió en tu vida después de conocer a Cristo?”

Pero existe algo todavía mejor.

Cuando sea posible, **pregunte también a quienes las conocían antes.**

Pregunte a su esposo o esposa.

Pregunte a sus hijos.

Pregunte a sus padres.

Pregunte a sus amigos.

Porque una transformación verdadera deja evidencias.

Si una persona violenta deja de serlo, alguien lo nota.

Si alguien abandona una adicción, su familia lo sabe.

Si una persona aprende a perdonar después de vivir durante años llena de resentimiento, quienes están cerca pueden verlo.

Si alguien que caminaba sin rumbo comienza a vivir con propósito, **su historia comienza a hablar por ella misma.**

¿Significa esto que todos los cristianos cambian inmediatamente?

No.

Y sería incorrecto presentar la promesa de Jesús de esa manera.

Jesús utilizó una palabra fundamental:

“permanece”.

“El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto.”

Una rama no produce todo su fruto en un instante.

Existe crecimiento.

Existe proceso.

Existe aprendizaje.

Por eso encontramos cristianos en diferentes etapas de madurez y también personas que profesan una fe que quizá nunca se refleja verdaderamente en su conducta.

Jesús mismo dijo:

“Por sus frutos los conoceréis.”

Mateo 7:20, RVR1960

La afirmación que estamos investigando, por tanto, no es que toda persona que se llame cristiana será perfecta.

La afirmación es mucho más específica:

Jesucristo dijo que quien permanece verdaderamente unido a Él producirá fruto.

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Esta promesa también puede dejar de ser solamente la historia de otras personas.

Quizá alguien que lee estas palabras piensa:

“Mi vida también es un desastre”.

Quizá ha intentado cambiar muchas veces.

Quizá existen áreas que parecen imposibles de transformar.

Quizá ni siquiera sabe hacia dónde dirigir su vida.

Entonces puede hacer lo mismo que hemos planteado en los artículos anteriores.

Puede acercarse directamente a Jesucristo.

No necesita intermediarios humanos.

No necesita tener primero su vida arreglada para acercarse a Él.

Precisamente puede acercarse porque **necesita ayuda**.

Puede decirle con sinceridad:

“Jesucristo, mi vida necesita cambiar. Si realmente eres quien dijiste ser, entra en mi vida, guíame y comienza a hacer en mí aquello que yo no he podido hacer solo”.

Después viene una palabra fundamental:

permanecer.

Conocerlo.

Escuchar sus palabras.

Seguirlo.

Obedecerlo.

Caminar con Él.

Y entonces observar qué comienza a suceder.

Una promesa hecha hace casi dos mil años

Ahora volvamos a nuestra investigación.

Jesucristo dijo:

“El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto.”

Han pasado casi dos mil años.

Sin embargo, alrededor del mundo continúan apareciendo personas que afirman:

“Cristo cambió mi vida”.

Yo soy una de ellas.

Y conozco muchas más.

Eso no significa que cada historia constituya por sí sola una demostración de la divinidad de Cristo. Las transformaciones humanas pueden tener diferentes causas y cada testimonio merece ser examinado.

Pero cuando la misma afirmación atraviesa generaciones, culturas, condiciones sociales y circunstancias completamente diferentes, tenemos delante de nosotros algo que merece ser investigado.

¿Puede cumplirla hoy?

Aquí está nuevamente nuestra prueba.

Jesucristo no prometió simplemente dejar buenas enseñanzas que pudieran inspirar a las personas.

Dijo:

“El que permanece en mí, y yo en él...”

Está hablando de una relación continua con Él.

Y afirmó que esa relación produciría fruto.

Si Jesucristo murió hace casi dos mil años y dejó de existir, podemos estudiar su filosofía.

Podemos admirar su ética.

Podemos intentar imitar su comportamiento.

Pero Jesús afirmó algo mucho mayor:

que Él permanecería en nosotros y que nuestra unión con Él produciría una vida diferente.

Por eso, si Jesucristo continúa transformando personas hoy, estamos nuevamente frente a una pregunta extraordinaria.

Para continuar actuando en la vida de seres humanos casi dos mil años después de haber pronunciado esta promesa, **tendría que seguir vivo.**

Y si puede entrar en la historia de una persona, cambiar su dirección, producir fruto y hacer lo mismo simultáneamente en innumerables vidas alrededor del mundo, entonces estamos observando nuevamente capacidades que van mucho más allá de las de un maestro humano del primer siglo.

La Escritura atribuye precisamente a Dios la capacidad de producir una transformación interior:

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros.”

Ezequiel 36:26, RVR1960

Por eso esta cuarta promesa vuelve a colocarnos frente al centro de nuestra investigación.

Si Jesucristo continúa transformando vidas casi dos mil años después de haber prometido que quienes permanecieran en Él llevarían fruto, ¿estamos simplemente ante la influencia

de las enseñanzas de un hombre del pasado... o ante la acción presente de alguien que sigue vivo y puede hacer en el interior del ser humano lo que la Escritura atribuye a Dios?



05. Prometió sanar enfermos

Una de las afirmaciones que debe investigarse con mayor cuidado

Llegamos ahora a un tema que requiere prudencia, pero que no podemos evitar si realmente estamos investigando quién es Jesucristo.

La sanidad.

Durante su ministerio, Jesús no solamente enseñó acerca de Dios. Los Evangelios presentan una y otra vez a personas enfermas acercándose a Él y siendo sanadas.

Mateo lo resume de esta manera:

“Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.”

Mateo 4:23, RVR1960

Pero el asunto no terminó allí.

Jesús también relacionó la oración de sus seguidores con la sanidad y, después de su resurrección, habló de señales que acompañarían a quienes creyeran:

“Sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.”

Marcos 16:18, RVR1960

Y Santiago posteriormente instruyó a la iglesia:

“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él...”

Santiago 5:14, RVR1960

Por tanto, tenemos delante de nosotros otra pregunta que merece ser investigada:

¿Continúa Jesucristo sanando enfermos?

En mi caso, esta pregunta tampoco es solamente teológica.

He visto personas sanar.

Y no una sola vez.

A través de los años he visto, vez tras vez, personas por quienes se oró y que posteriormente experimentaron mejoría o recuperación que ellas atribuyeron a la intervención de Dios.

Como médico, sé perfectamente que no toda recuperación después de una oración demuestra automáticamente un milagro.

El cuerpo humano posee mecanismos extraordinarios de recuperación.

Los tratamientos funcionan.

Algunas enfermedades son autolimitadas.

Los diagnósticos pueden equivocarse.

Y también existen coincidencias.

Precisamente por eso debemos ser cuidadosos.

Pero reconocer esas posibilidades **no me obliga a negar lo que también he observado.**

He visto casos que me han hecho detenerme.

He visto personas por quienes se oró y después mejoraron.

He escuchado testimonios de sanidades que quienes las experimentaron no dudan en atribuir a Jesucristo.

Y después de tantos años, no puedo simplemente fingir que nunca lo he visto.

Pero también he visto personas que no sanaron

Y aquí necesito ser igualmente claro.

He orado por personas que sanaron.

Y he orado por personas que no sanaron.

¿Por qué unas sí y otras no?

No lo sé.

Y no quiero inventar una explicación para algo que la Biblia no me permite explicar completamente.

Tampoco considero correcto decir automáticamente que una persona no sanó porque “le faltó fe”.

Eso puede colocar sobre alguien que ya está sufriendo una carga que Jesucristo nunca nos autorizó a imponerle.

Pablo mismo habló de una aflicción que pidió repetidamente que fuera quitada:

“Respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí.”
2 Corintios 12:8, RVR1960

Y la respuesta que recibió no fue la que había solicitado:

“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad.”
2 Corintios 12:9, RVR1960

Por tanto, el cristianismo bíblico no enseña que podamos ordenar a Dios que sane a toda persona cuando nosotros queramos.

Dios sigue siendo Dios.

Pero tampoco podemos ignorar que el Nuevo Testamento presenta la sanidad como una de las maneras en que su poder puede manifestarse.

Pregúnteles

Como hemos hecho a lo largo de esta investigación, no tiene que aceptar solamente mi testimonio.

Pregunte.

Pregunte a creyentes si alguna vez han experimentado una sanidad que atribuyen a la oración.

Pregunte a pastores.

Pregunte a familias.

Y cuando exista documentación médica, **examínela.**

¿Qué diagnóstico existía antes?

¿Qué tratamiento recibió la persona?

¿Qué sucedió después?

¿Cuánto tiempo transcurrió?

¿Existe alguna explicación médica razonable?

No necesitamos tener miedo de investigar.

Si algo verdaderamente ocurrió, examinarlo cuidadosamente no debería destruir la verdad.

Y tampoco necesitamos llamar milagro a todo.

La investigación seria exige reconocer tanto aquello que podemos explicar como aquello que todavía nos resulta difícil explicar.

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Si una persona está enferma, puede pedirle a Jesucristo que la sane.

Puede hacerlo directamente.

Puede pedir también que otros creyentes oren por ella, tal como enseña Santiago.

Pero debe hacerlo entendiendo algo fundamental:

orar por sanidad no significa abandonar la atención médica.

La fe y la atención médica no necesitan ser enemigas.

Una persona puede orar y al mismo tiempo acudir a su médico, realizarse estudios, recibir tratamiento y tomar responsablemente los medicamentos que necesita.

Puede decir sencillamente:

“Jesucristo, estoy enfermo. Tú conoces mi cuerpo y conoces mi necesidad. Si es tu voluntad, sáname. Ayúdame y haz tu voluntad en mi vida”.

Y después podemos observar lo que sucede.

Una realidad que no puedo ignorar

Después de tantos años, hay algo que personalmente no puedo decir:

no puedo decir que nunca he visto sanar a nadie después de orar.

Sí lo he visto.

Muchas veces.

No entiendo por qué unos sanan y otros no.

No tengo una fórmula.

No puedo prometerle a ninguna persona que si ora necesariamente recibirá la sanidad física que desea.

Pero tampoco puedo negar lo que he presenciado.

Y precisamente por eso considero que merece formar parte de nuestra investigación acerca de Jesucristo.

¿Puede hacerlo hoy?

Ahora regresemos a nuestra pregunta central.

Los Evangelios presentan a Jesucristo sanando enfermos hace casi dos mil años.

Si allí hubiera terminado todo, podríamos estudiar aquellas historias como acontecimientos del pasado.

Pero si personas continúan orando hoy en el nombre de Jesucristo y algunas experimentan sanidades reales, entonces la pregunta cambia completamente.

Porque nuevamente estaríamos ante **una acción presente**.

Jesucristo tendría que seguir vivo para actuar.

Y si puede intervenir en el cuerpo humano y restaurar aquello que la enfermedad ha dañado, entonces estamos nuevamente ante una capacidad que la Escritura atribuye a Dios:

“Porque yo soy Jehová tu sanador.”

Éxodo 15:26, RVR1960

Esto no significa que cada enfermedad tenga que desaparecer ni que comprendamos por qué Dios interviene de una manera en un caso y de otra manera en otro.

Significa que tenemos otra evidencia que merece ser examinada.

Y para mí tiene un peso especial porque **no solamente he leído acerca de ella**.

La he visto.

Si Jesucristo continúa sanando enfermos hoy, casi dos mil años después de haber caminado entre los enfermos de Galilea, ¿estamos solamente recordando los milagros atribuidos a un hombre del pasado... o seguimos encontrándonos con el poder presente de alguien que está vivo y posee una capacidad que la Escritura atribuye a Dios?

Una promesa que se vuelve visible cuando llega el dolor

Hay promesas de Jesucristo que quizá nunca comprendamos completamente hasta que atravesamos uno de esos momentos en los que las palabras humanas parecen insuficientes.

Una de ellas es **el consuelo**.

Poco antes de su crucifixión, cuando sus discípulos estaban a punto de enfrentar su ausencia, Jesús les hizo una promesa extraordinaria:

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre.”

Juan 14:16, RVR1960

Jesús estaba hablando del Espíritu Santo.

No prometió que sus seguidores nunca sufrirían.

No prometió que nunca llorarían.

No prometió que nunca perderían a alguien que amaban.

Prometió algo diferente:

en medio del dolor, no quedarían sin Consolador.

Y esa es una promesa que, después de muchos años como pastor, he tenido oportunidad de observar en uno de los lugares donde resulta más difícil fingir lo que una persona realmente siente:

frente a la muerte.



06. Prometió dar consuelo

¿Puede Dios realmente consolar a una persona?

Durante años he asistido a funerales.

He estado junto a familias cuando reciben noticias que nadie quiere recibir.

He visto personas despedirse de padres, madres, esposos, esposas, hijos, hermanos y amigos.

Y he observado algo que muchas veces me ha impresionado profundamente.

He visto creyentes sufrir.

Los he visto llorar.

Los he visto abrazar un ataúd.

Los he visto experimentar el enorme vacío que deja alguien amado.

El cristiano también siente dolor.

La fe no elimina el amor y, por tanto, tampoco elimina el dolor de la separación.

Pero muchas veces he visto algo más.

En medio de ese dolor existe consuelo.

Hay lágrimas, pero también esperanza.

Hay tristeza, pero no necesariamente desesperación.

Hay una ausencia profundamente dolorosa, pero al mismo tiempo una convicción interior de que la muerte no tiene la última palabra.

Pablo describió precisamente esa diferencia:

“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza.”

1 Tesalonicenses 4:13, RVR1960

Observe que Pablo no dijo:

“para que no os entristezcáis”.

Dijo:

“para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza”.

Existe tristeza.

Pero existe también esperanza.

Lo he observado muchas veces

Como pastor he podido observar personas con una fe profunda y también personas que no comparten esa fe enfrentarse a la muerte de alguien amado.

Naturalmente, cada ser humano vive el duelo de manera diferente. No sería correcto afirmar que todo creyente reacciona serenamente ni que toda persona no creyente necesariamente se desespera. Existen personalidades, culturas, relaciones y circunstancias muy diferentes.

Pero a través de los años sí he observado repetidamente algo que me parece difícil de ignorar.

He visto creyentes atravesar dolores enormes y, aun así, experimentar un consuelo extraordinario.

No significa que no lloren.

Lloran.

No significa que no extrañen.

Extrañan.

No significa que el corazón no duela.

Duele.

Pero muchas veces, debajo de todo ese dolor, parece existir algo que los sostiene.

Consuelo.

Y cuando uno ha estado presente suficientes veces, comienza a preguntarse:

¿De dónde viene?

En mi propia vida también lo he experimentado

Pero nuevamente, no necesito hablar solamente de otras personas.

También me ha tocado despedirme de seres queridos.

Cuando murió mi madre y cuando he atravesado otras pérdidas importantes en mi vida, he experimentado dolor verdadero.

La fe nunca convirtió esas pérdidas en algo insignificante.

Pero juntamente con el dolor he experimentado algo que me resulta difícil explicar completamente con palabras.

He recibido consuelo.

No sé explicar exactamente cómo lo hace Dios.

No sé describir el mecanismo.

Solamente puedo hablar de su efecto.

Hay momentos en los que humanamente existen razones suficientes para sentirse destrozado y, sin embargo, en medio del dolor aparece una fortaleza que uno sabe que no produjo por sí mismo.

Una tranquilidad.

Una esperanza.

Una capacidad para continuar.

Una certeza de que Dios sigue allí.

Pablo llamó a Dios:

“Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones.”

2 Corintios 1:3-4, RVR1960

Eso que Pablo escribió hace casi dos mil años **es algo que yo también considero haber experimentado.**

Pregúnteles

Como hemos hecho con las promesas anteriores, no tiene que aceptar mi experiencia como prueba suficiente.

Pregunte.

Busque a creyentes que hayan atravesado pérdidas profundas.

Pregúnteles:

“¿Qué te sostuvo cuando murió esa persona que amabas?”

Pregunte a alguien que perdió a su madre.

Pregunte a alguien que perdió a su padre.

Pregunte a una viuda o a un viudo.

Pregunte a alguien que atravesó una tragedia y, aun así, continuó caminando.

Escuche sus historias.

Y probablemente escuchará repetirse una expresión:

“Dios me consoló”.

Tal vez cada uno lo explicará de manera diferente.

Pero la pregunta para nuestra investigación permanece:

¿Por qué tantas personas describen precisamente aquello que Jesucristo prometió?

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Esta promesa tampoco pertenece exclusivamente a otras personas.

Quizá quien está leyendo estas palabras está atravesando precisamente ahora una pérdida.

Quizá acaba de despedirse de alguien.

Quizá existe una ausencia que todavía duele.

Puede acudir directamente a Dios.

No necesita palabras especiales.

No necesita ocultar sus lágrimas.

No necesita aparentar fortaleza.

Puede presentarse delante de Él tal como está y decir:

“Señor, estoy sufriendo. No puedo con este dolor yo solo. Necesito tu consuelo. Si verdaderamente eres el Dios de toda consolación, consuélame”.

Y después observe.

No necesariamente desaparecerán las lágrimas.

Probablemente seguirá extrañando.

Pero quizá comenzará a comprender aquello que millones de creyentes han intentado explicar durante generaciones:

se puede tener dolor y, al mismo tiempo, estar consolado.

Una promesa hecha hace casi dos mil años

Ahora volvamos a nuestra investigación.

Jesús prometió:

“Os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre.”

Observe esas últimas palabras:

“para siempre”.

No era solamente una promesa para unas cuantas horas después de la última cena.

Jesús estaba hablando de una presencia que continuaría.

Y casi dos mil años después encontramos personas alrededor del mundo afirmando que, precisamente cuando atravesaron sus momentos más dolorosos, **Dios las consoló.**

¿Puede cumplirla hoy?

Aquí está nuevamente nuestra prueba.

Una persona puede decir palabras hermosas antes de morir.

Puede dejar cartas.

Puede dejar enseñanzas.

Puede incluso dejar palabras que consuelen a generaciones futuras.

Pero Jesús prometió algo mucho mayor.

Prometió **un Consolador que estaría con sus seguidores para siempre.**

Si ese Consolador continúa actuando hoy, entonces no estamos hablando solamente del efecto psicológico de recordar las palabras de un maestro antiguo.

Estamos hablando de **una acción presente de Dios en el interior de seres humanos que están sufriendo.**

¿Cómo lo hace?

No lo sé.

Pero no conocer completamente el mecanismo no significa que tengamos que negar el efecto.

Yo lo he observado en otras personas.

Y lo he experimentado personalmente.

Jesús dijo acerca del Espíritu Santo:

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas.”

Juan 14:26, RVR1960

Por eso esta sexta promesa vuelve a colocarnos frente a algo extraordinario.

Si casi dos mil años después personas que acuden a Cristo continúan experimentando el consuelo que Él prometió, entonces nuevamente tenemos delante de nosotros una promesa que **no quedó encerrada en el primer siglo.**

Si Jesucristo prometió un Consolador que estaría con nosotros para siempre, y casi dos mil años después seguimos encontrando personas que aseguran experimentar ese consuelo precisamente cuando más lo necesitan, ¿estamos solamente ante el recuerdo de unas palabras pronunciadas hace siglos... o ante la presencia de un Dios que todavía consuela?



07. PrometiÓ darnos descanso

Una promesa para quienes ya no pueden con sus cargas

Hay momentos en la vida en los que el cansancio no está en el cuerpo.

Una persona puede dormir toda la noche y despertar cansada.

Puede tomar vacaciones y regresar igual.

Puede sentarse, dejar de trabajar y, sin embargo, descubrir que **por dentro continúa agotada.**

Porque existen cargas que no se llevan sobre los hombros.

Preocupaciones.

Culpa.

Problemas familiares.

Miedo.

Dolor.

Decisiones que no sabemos cómo tomar.

Situaciones que llevamos durante meses o años.

Y precisamente a personas así Jesucristo hizo una de sus invitaciones más extraordinarias:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Mateo 11:28, RVR1960

Observe nuevamente quién hace la promesa.

Jesús no dijo simplemente:

“Descansen”.

Tampoco dijo:

“Olviden sus problemas”.

Dijo:

“Venid a mí... y yo os haré descansar”.

Él mismo se presentó como la fuente de ese descanso.

¿Puede Jesucristo realmente darle descanso al alma?

Durante mis años como pastor he visto muchas personas llegar completamente cargadas.

Personas agotadas emocionalmente.

Personas que llevaban años tratando de resolver problemas que parecían no terminar.

Personas consumidas por la preocupación.

Personas cargando culpa por decisiones del pasado.

Personas que exteriormente parecían estar bien, pero interiormente estaban exhaustas.

Y he visto muchas de esas mismas personas acercarse a Jesucristo y comenzar a experimentar algo diferente.

Descanso.

No necesariamente porque el problema desapareció.

No necesariamente porque las circunstancias cambiaron inmediatamente.

Sino porque dejaron de sentir que tenían que cargar solas con todo aquello.

Y esa diferencia puede ser enorme.

Yo también lo he experimentado

Nuevamente, no necesito hablar solamente como pastor.

También puedo hablar desde mi propia experiencia.

He atravesado momentos en mi vida en los que las cargas parecían demasiado grandes.

He tenido preocupaciones.

He enfrentado situaciones que no sabía cómo resolver.

He experimentado momentos en los que mi mente continuaba trabajando, buscando respuestas, tratando de encontrar una salida.

Y muchas veces he hecho algo muy sencillo:

he llevado esas cargas delante de Jesucristo.

No puedo explicar completamente cómo sucede.

El problema puede continuar allí.

La situación quizá todavía necesita resolverse.

Pero algo cambia por dentro.

La carga deja de sentirse igual.

He experimentado esa sensación de poder decir:

“Señor, ya no puedo con esto. Te lo entrego”.

Y después encontrar descanso.

Por eso cuando leo las palabras:

“Yo os haré descansar”

no estoy leyendo solamente una frase hermosa escrita hace casi dos mil años.

Estoy leyendo algo que considero haber experimentado personalmente.

Pregúnteles

Pero nuevamente, mi experiencia no tiene que ser suficiente para usted.

Pregunte.

Busque personas que verdaderamente caminen con Jesucristo.

Pregúnteles qué hacen cuando sienten que las cargas de la vida son demasiado grandes.

Pregúnteles si alguna vez han llegado delante de Dios completamente agotadas y han salido diferentes después de orar.

Pregúnteles si han experimentado descanso aun cuando su problema todavía no se había solucionado.

Y escuche.

Probablemente encontrará personas que le dirán:

“Le entregué mi problema a Dios”.

“Dejé de cargarlo yo solo”.

“Oré y pude descansar”.

Pedro describió algo muy parecido:

“Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.”

1 Pedro 5:7, RVR1960

Observe la expresión:

“sobre él”.

La carga que estaba sobre nosotros puede ser depositada sobre Él.

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Esta quizá sea una de las promesas más sencillas de poner a prueba personalmente.

Porque Jesús mismo dijo:

“Venid a mí”.

No dijo que necesitaba intermediarios.

No dijo que primero tenía que resolver sus problemas.

No dijo que debía arreglar su vida antes de acercarse.

Dijo:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados”.

Precisamente los cansados.

Precisamente los cargados.

Precisamente quienes ya no pueden más.

Puede estar solo en su habitación.

Puede encontrarse dentro de un automóvil.

Puede estar sentado en una banca.

Puede hacerlo en este mismo momento.

Simplemente díglele:

“Jesucristo, estoy cansado. Estoy cargando cosas que ya no puedo llevar solo. Tú dijiste que viniera a ti y que me harías descansar. Aquí estoy. Te entrego mis cargas. Dame el descanso que prometiste”.

Y después observe qué sucede.

No le estoy diciendo que todos sus problemas desaparecerán.

Jesús no prometió eso en este pasaje.

Prometió algo diferente:

“Yo os haré descansar”.

Una promesa hecha hace casi dos mil años

Pensemos nuevamente en nuestra investigación.

Estas palabras fueron pronunciadas por Jesucristo hace casi dos mil años:

“Venid a mí... y yo os haré descansar.”

Sin embargo, personas continúan acudiendo a Él hoy.

Personas que Jesús nunca conoció físicamente durante su ministerio en Galilea.

Personas nacidas siglos después.

Personas viviendo a miles de kilómetros de Jerusalén.

Y continúan afirmando:

“Encontré descanso en Cristo”.

Esto merece, por lo menos, nuestra atención.

¿Puede cumplirla hoy?

Aquí está nuevamente nuestra prueba.

Un maestro puede enseñar técnicas para descansar.

Un filósofo puede dejar consejos para enfrentar las preocupaciones.

Un libro puede ayudarnos a pensar de manera diferente.

Pero Jesucristo no dijo solamente:

“Les enseñaré cómo descansar”.

Dijo:

“Venid a mí... y yo os haré descansar”.

La promesa depende de **Él**.

Por eso, si una persona puede acudir hoy directamente a Jesucristo y experimentar el descanso que Él prometió, volvemos a encontrarnos con la misma dificultad que ha aparecido en toda esta investigación.

Cristo tendría que seguir vivo para recibir a quienes continúan viniendo a Él.

Y si millones de personas, en diferentes generaciones y lugares, pueden acudir a Él con sus cargas, entonces su capacidad para recibirlas no parece estar limitada por el tiempo ni por el espacio.

La Escritura atribuye precisamente a Dios la capacidad de dar descanso:

“Mi presencia irá contigo, y te daré descanso.”

Éxodo 33:14, RVR1960

No sé explicar exactamente cómo Jesucristo toma una carga que parece insoportable y hace que una persona pueda continuar caminando.

Pero sí puedo decir algo.

Lo he visto en otros.

Y lo he experimentado personalmente.

Si Jesucristo prometió hace casi dos mil años: “Venid a mí... y yo os haré descansar”, y todavía hoy personas cargadas acuden a Él y encuentran ese descanso, ¿estamos solamente ante las palabras consoladoras de un maestro del pasado... o ante alguien que sigue vivo y continúa haciendo exactamente lo que prometió?



08. Prometió sanar a los quebrantados de corazón y dar libertad a los oprimidos

Hay heridas que ningún médico puede suturar

Existen heridas que pueden verse.

Una fractura puede aparecer en una radiografía.

Una infección puede detectarse mediante estudios.

Una herida puede limpiarse, suturarse y tratarse.

Pero existen otras heridas que **nadie puede ver**.

La muerte de alguien amado.

El abandono.

El rechazo.

La traición.

Una infancia dolorosa.

Una familia destruida.

Palabras pronunciadas hace décadas que todavía duelen cuando se recuerdan.

Experiencias que terminaron hace muchos años, pero que parecen continuar viviendo dentro de la persona.

Y precisamente para seres humanos así Jesucristo anunció algo extraordinario.

Al comenzar públicamente su ministerio, entró en la sinagoga de Nazaret y leyó una profecía de Isaías:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos.”

Lucas 4:18, RVR1960

Después hizo una declaración sorprendente:

“Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.”

Lucas 4:21, RVR1960

Jesús estaba diciendo que aquello que acababan de escuchar **se estaba cumpliendo en Él.**

¿Puede Jesucristo sanar un corazón quebrantado?

Durante mis años como pastor he conocido muchas personas heridas por dentro.

Personas que continuaban funcionando.

Trabajaban.

Criaban a sus hijos.

Sonreían.

Conversaban.

Iban a la iglesia.

Pero cuando uno comenzaba a conocer su historia descubría heridas profundas que habían permanecido allí durante años.

He conocido personas marcadas por el abandono.

Personas heridas por el rechazo.

Personas que no podían perdonar lo que alguien les había hecho.

Personas que vivían atrapadas en acontecimientos ocurridos muchos años atrás.

Personas oprimidas por recuerdos, culpa, resentimiento o dolor.

Y también he visto algo extraordinario:

he visto personas sanar por dentro.

No significa que olvidaron lo ocurrido.

No significa que aquello que les hicieron dejó de ser malo.

No significa que el pasado desapareció.

Significa que **el pasado dejó de gobernar su presente.**

Yo también sé lo que significa necesitar sanidad interior

Como ha sucedido con otras promesas de esta serie, tampoco puedo hablar de esta solamente como observador.

En mi propia vida he conocido el sufrimiento.

He atravesado pérdidas.

He experimentado momentos capaces de quebrantar profundamente el corazón de una persona.

Y también he experimentado algo que para mí ha sido extraordinario:

Jesucristo ha sanado heridas que yo no sabía cómo sanar.

No puedo señalar el momento exacto en que cada herida dejó de doler.

Muchas veces fue un proceso.

Pero puedo mirar hacia atrás y reconocer que existen cosas que alguna vez me lastimaron profundamente y que hoy **ya no tienen sobre mí el poder que tuvieron antes.**

¿Cómo lo hizo?

No puedo explicarlo completamente.

Pero conozco el resultado.

Y nuevamente encuentro en mi propia experiencia aquello que las Escrituras atribuyen a Dios:

“Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.”

Salmos 147:3, RVR1960

He visto lo mismo en muchas otras personas

Durante años he visto personas llegar cargando historias terribles.

Y después las he visto cambiar.

He visto personas perdonar aquello que durante años juraron que nunca podrían perdonar.

He visto personas liberarse de resentimientos que estaban destruyendo su vida.

He visto personas dejar de definirse por aquello que les hicieron.

He visto personas recuperar esperanza.

He visto rostros cambiar.

He visto familias comenzar a reconstruirse.

Y muchas de ellas atribuyen esa transformación a una persona:

Jesucristo.

Eso merece nuestra atención.

Pregúnteles

Nuevamente, no tiene que creerme solamente porque yo lo digo.

Investigue.

Pregunte a creyentes:

“¿Había alguna herida en tu vida que Jesucristo sanó?”

Pregunte:

“¿Existe algo que antes te dominaba y que hoy ya no tiene el mismo poder sobre ti?”

Pregunte a personas que llevan años caminando con Cristo cómo enfrentaron el abandono, la pérdida, el rechazo, la traición o las heridas de su pasado.

Después escuche sus historias.

Probablemente encontrará una expresión que se repite:

“Cristo me sanó por dentro”.

Esto no significa negar la ayuda humana

También debemos ser responsables en este punto.

Buscar a Jesucristo no significa que una persona no pueda necesitar ayuda de otras personas.

Existen heridas emocionales profundas para las que puede ser apropiado buscar acompañamiento pastoral y también atención profesional.

No existe contradicción en recibir ayuda mientras se busca a Dios.

Pero existe algo que muchos creyentes aseguran haber encontrado en Jesucristo que va más allá de simplemente comprender intelectualmente lo ocurrido:

una transformación interior.

El recuerdo permanece.

Pero la herida comienza a cerrar.

La historia no cambia.

Pero la persona sí.

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Quizá esta sea una de las promesas que algunas personas necesitan investigar no solamente con la mente, sino con su propia historia.

Quizá quien está leyendo estas palabras lleva años cargando algo.

Una persona que lo abandonó.

Alguien que lo lastimó.

Una pérdida que todavía no puede aceptar.

Una injusticia.

Una traición.

Una herida que nadie más conoce.

Puede presentarla directamente delante de Jesucristo.

No necesita intermediarios.

No necesita fingir que ya está bien.

Puede decir:

“Jesucristo, estoy herido. Tú conoces lo que ocurrió y sabes lo que todavía siento. Si verdaderamente viniste a sanar a los quebrantados de corazón y a poner en libertad a los oprimidos, comienza esa obra en mí. Sana lo que yo no he podido sanar y libérame de aquello que todavía me tiene atado”.

Y después comience a caminar con Él.

Quizá la sanidad sea inmediata.

Quizá sea un proceso.

Pero observe lo que sucede.

Una promesa hecha hace casi dos mil años

Jesucristo anunció:

“Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón... a poner en libertad a los oprimidos.”

Han pasado casi dos mil años.

Y todavía encontramos personas afirmando:

“Cristo sanó mi corazón”.

“Cristo me hizo libre”.

No una sola persona.

No solamente en un país.

No solamente en una generación.

Personas con historias completamente diferentes continúan atribuyendo a Jesucristo una obra interior que cambió sus vidas.

¿Puede cumplirla hoy?

Aquí está nuevamente nuestra prueba.

Un maestro puede darnos buenos consejos para enfrentar el pasado.

Un amigo puede escucharnos.

Un profesional puede ayudarnos a comprender nuestras heridas y desarrollar herramientas para enfrentarlas.

Todo eso puede ser valioso.

Pero Jesucristo hizo una afirmación mucho mayor.

Dijo que había venido:

“a sanar a los quebrantados de corazón”

y

“a poner en libertad a los oprimidos”.

Si continúa haciéndolo hoy, entonces nuevamente no estamos hablando solamente de la influencia histórica de sus enseñanzas.

Estamos hablando de **una acción presente.**

De alguien capaz de llegar hasta lugares del corazón humano que nadie más puede ver.

De alguien que conoce heridas ocultas.

De alguien que puede actuar en el interior de una persona.

Y nuevamente encontramos que la Escritura atribuye precisamente esa capacidad a Dios:

“Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.”

Salmos 147:3, RVR1960

¿Cómo lo hace?

No puedo explicarlo completamente.

Pero nuevamente puedo decir algo:

lo he visto en otros y lo he experimentado en mi propia vida.

Si Jesucristo anunció hace casi dos mil años que había venido a sanar a los quebrantados de corazón y a poner en libertad a los oprimidos, y todavía hoy encontramos personas que afirman haber experimentado exactamente esa sanidad y esa libertad, ¿estamos solamente ante las palabras de un hombre del pasado... o ante alguien que sigue vivo y continúa haciendo aquello que la Escritura dice que Dios puede hacer?



09. Prometió cargar con nuestra ansiedad

¿Qué hacemos con aquello que nuestra mente ya no puede cargar?

Vivimos en una época extraordinariamente avanzada.

Tenemos medicamentos.

Tenemos psicoterapia.

Tenemos hospitales.

Tenemos especialistas.

Tenemos técnicas de relajación, programas de ejercicio, aplicaciones, libros y toda clase de recursos para intentar controlar el estrés y la ansiedad.

Y muchos de estos recursos pueden ser útiles y necesarios.

Sin embargo, la ansiedad continúa siendo uno de los grandes problemas de nuestro tiempo.

La Organización Mundial de la Salud estima que **359 millones de personas vivían con algún trastorno de ansiedad en 2021**, convirtiéndolos en los trastornos mentales más comunes del mundo.

Millones de seres humanos están intentando encontrar una manera de calmar una mente que no se detiene.

Algunos buscan ayuda profesional.

Otros recurren a medicamentos.

Otros intentan tranquilizarse con alcohol u otras sustancias.

Y otros simplemente continúan cargando silenciosamente preocupaciones que cada día parecen hacerse más pesadas.

En medio de esta realidad, encontramos una declaración extraordinariamente sencilla escrita por el apóstol Pedro:

“Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.”

1 Pedro 5:7, RVR1960

Observe cuidadosamente lo que dice.

No dice simplemente:

“Dejen de preocuparse”.

Dice algo completamente diferente:

“Echando toda vuestra ansiedad sobre él”.

La ansiedad tiene un lugar donde ser depositada

La imagen es extraordinaria.

Existe una carga.

Yo la estoy llevando.

Pero Dios me invita a colocarla **sobre Él**.

La razón también aparece en el mismo versículo:

“porque él tiene cuidado de vosotros”.

Esto cambia completamente la perspectiva.

El creyente no dice necesariamente:

“Ya no tengo ningún problema”.

Dice:

“Ya no estoy cargándolo solo”.

Quizá mañana todavía exista la deuda.

Quizá todavía tenga que enfrentar una decisión.

Quizá el diagnóstico médico no haya cambiado.

Quizá el problema familiar todavía necesite resolverse.

Pero existe una diferencia enorme entre enfrentar un problema pensando:

“Todo depende de mí”.

y enfrentarlo creyendo:

“Dios está conmigo y puedo depositar esto en sus manos”.

¿Funciona?

Esta es nuevamente la pregunta de nuestra investigación.

Y mi respuesta personal es:

yo lo he experimentado.

He tenido preocupaciones que parecían ocupar completamente mi mente.

He enfrentado situaciones que no sabía cómo resolver.

He tenido momentos en los que humanamente no encontraba una respuesta.

Y he hecho exactamente lo que Pedro escribió.

He llevado mi ansiedad delante de Dios.

He hablado con Él.

Le he explicado aquello que me preocupa, aunque sé que Él ya lo conoce.

Y finalmente he llegado al punto de decir:

“Señor, esto es demasiado para mí. Yo no puedo controlarlo todo. Lo pongo en tus manos”.

¿Cómo sucede lo que viene después?

No lo sé completamente.

Pero sí conozco el efecto.

La carga cambia.

Muchas veces el problema continúa allí, pero la ansiedad que estaba produciendo deja de dominarme de la misma manera.

Y esto no es algo que solamente yo diga haber experimentado.

Pregúnteles

Como hemos hecho a lo largo de esta serie, no tiene que creermelo simplemente porque yo lo digo.

Pregunte a creyentes que llevan años caminando con Jesucristo:

“¿Qué haces cuando la ansiedad te sobrepasa?”

Pregúnteles si alguna vez llegaron delante de Dios con la mente llena de preocupación y después de orar experimentaron tranquilidad.

Pregunte si alguna vez tuvieron un problema que no podían resolver y finalmente decidieron colocarlo en las manos de Dios.

Y escuche.

Probablemente encontrará muchas personas que describirán algo semejante:

“Oré”.

“Se lo entregué a Dios”.

“El problema todavía estaba allí, pero yo estaba diferente”.

Pablo describió precisamente este proceso:

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias.”

Filipenses 4:6, RVR1960

¿Y qué dijo que ocurriría después?

“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.”

Filipenses 4:7, RVR1960

Primero aparece la preocupación.

Después la oración.

Y posteriormente aparece algo que Pablo llama:

“la paz de Dios”.

El mundo también está buscando cómo controlar la ansiedad

Debemos ser responsables en este punto.

Un trastorno de ansiedad es una condición real y tratable. La psicoterapia, especialmente enfoques como la terapia cognitivo-conductual, y determinados medicamentos pueden ser tratamientos eficaces.

Por eso, acudir a Dios **no significa que una persona con un trastorno de ansiedad deba abandonar la atención médica, psicológica o sus medicamentos.**

Pero también existe otra realidad.

Algunas personas intentan escapar de la ansiedad mediante el alcohol u otras sustancias. Lejos de resolver el problema, el consumo nocivo de alcohol puede estar asociado con la ansiedad y empeorarla.

También existen medicamentos ansiolíticos que pueden ser útiles cuando están correctamente indicados. Algunos, como las benzodiazepinas, pueden disminuir rápidamente determinados síntomas, pero también pueden producir tolerancia y dependencia, razón por la cual requieren supervisión médica y generalmente se reservan para usos específicos o periodos breves.

La pregunta de este artículo, por tanto, no es si debemos enfrentar la medicina contra la fe.

No necesitamos hacerlo.

La pregunta es otra:

¿Existe además una ayuda que procede de Dios?

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Esta promesa puede ponerse a prueba de una manera extraordinariamente sencilla.

Quizá existe algo que en este momento no lo deja dormir.

Quizá su mente lleva horas imaginando todo lo que podría salir mal.

Quizá está intentando controlar una situación que sencillamente está fuera de sus manos.

Entonces haga exactamente lo que Pedro escribió:

échelo sobre Él.

Puede decir:

“Jesucristo, esto me está sobrepasando. No puedo seguir cargándolo yo solo. Tú conoces mi problema, conoces mis temores y sabes lo que puede suceder. Pongo esta situación en tus manos. Ayúdame a hacer aquello que me corresponde y a dejar en tus manos aquello que yo no puedo controlar”.

Y después observe qué sucede.

No estoy diciendo que el problema desaparecerá inmediatamente.

No estoy diciendo que una oración sustituya el tratamiento de un trastorno de ansiedad.

Estoy diciendo algo mucho más sencillo:

pruebe lo que dice la Escritura.

“Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.”

Una promesa que continúa funcionando

Pensemos nuevamente en nuestra investigación.

Pedro escribió estas palabras hace casi dos mil años.

Sin embargo, hoy encontramos personas que continúan haciendo exactamente lo que él dijo.

Toman aquello que las está consumiendo.

Lo llevan delante de Dios.

Oran.

Lo entregan.

Y muchas afirman experimentar después una tranquilidad que antes no tenían.

Yo mismo puedo decir:

lo he hecho y funciona.

¿Puede hacerlo hoy?

Aquí volvemos al centro de nuestra investigación.

Si Dios invita a una persona a echar sobre Él su ansiedad porque **“él tiene cuidado”** de ella, entonces no estamos hablando de una técnica mental impersonal.

Estamos hablando de una relación.

Alguien está preocupado.

Alguien escucha.

Alguien recibe la carga.

Alguien cuida.

Y si Jesucristo puede recibir hoy las cargas de personas que viven en diferentes lugares del mundo, conocer aquello que las preocupa y darles paz en medio de circunstancias que quizá todavía no han cambiado, volvemos a encontrarnos frente a algo que trasciende las capacidades de cualquier ser humano.

¿Cómo lo hace?

No lo sé.

Pero nuevamente puedo decir algo:

he visto sus efectos en otras personas y los he experimentado en mi propia vida.

Si casi dos mil años después podemos echar nuestra ansiedad sobre Dios y experimentar su cuidado y su paz, ¿estamos solamente practicando una enseñanza antigua... o estamos depositando realmente nuestras cargas sobre alguien que sigue vivo, nos escucha y todavía tiene cuidado de nosotros?



10. Prometió ser nuestro Consejero

¿Puede Jesucristo aconsejarnos hoy?

Llegamos a otra característica extraordinaria de Jesucristo.

Mucho antes de su nacimiento, el profeta Isaías anunció la llegada de alguien cuyos nombres revelarían quién sería:

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.”

Isaías 9:6, RVR1960

Observe algo extraordinario.

Entre los nombres que aparecen en esta profecía encontramos:

“Admirable, Consejero”.

Pero en el mismo versículo encontramos también:

“Dios Fuerte”.

No estamos hablando simplemente de alguien que enseñaría algunas buenas ideas.

Estamos hablando de alguien presentado como **un Consejero extraordinario y, al mismo tiempo, como Dios Fuerte.**

Esto nos conduce directamente a nuestra investigación.

Si Jesucristo verdaderamente es ese Consejero anunciado por Isaías, entonces surge una pregunta muy sencilla:

¿Continúa aconsejando a las personas hoy?

Durante mis años caminando con Jesucristo he tenido que tomar innumerables decisiones.

Algunas sencillas.

Otras capaces de cambiar completamente el rumbo de mi vida.

He tenido momentos en los que sabía perfectamente qué hacer.

Pero también he tenido muchos otros en los que sinceramente **no sabía cuál camino tomar.**

Y en esos momentos he hecho algo que se convirtió en parte fundamental de mi relación con Dios:

he pedido consejo.

He orado.

He buscado dirección en las Escrituras.

He esperado.

He pedido a Dios que cierre puertas que no debo cruzar y que abra aquellas por las que debo caminar.

Y muchas veces considero haber recibido dirección de una manera tan clara que no puedo ignorarla.

¿Cómo lo hace?

No siempre de la misma manera.

A veces mediante las Escrituras.

A veces poniendo claridad donde antes había confusión.

A veces utilizando el consejo sabio de otra persona.

A veces cerrando una puerta que yo quería abrir.

Y otras veces permitiendo circunstancias que terminaron mostrándome el camino.

Pero después de años caminando con Él puedo decir algo:

he pedido consejo a Dios y considero que lo he recibido.

No soy el único

Nuevamente, mi experiencia personal no es suficiente para nuestra investigación.

Pero pregunte a personas que llevan años caminando con Jesucristo.

Pregúnteles:

“¿Alguna vez has pedido dirección a Dios y has sentido que Él te mostró qué hacer?”

Probablemente comenzará a escuchar historias.

Personas que oraron antes de tomar una decisión.

Personas que estuvieron a punto de tomar un camino y sintieron que debían detenerse.

Personas que no sabían qué hacer con su matrimonio, su familia, su trabajo o su futuro.

Personas que buscaron dirección y después dijeron:

“Dios me mostró el camino”.

Eso es precisamente lo que las Escrituras habían prometido:

“Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos.”

Salmos 32:8, RVR1960

El consejo de Jesucristo también quedó escrito

Pero existe otra manera extraordinaria en que Jesucristo continúa aconsejándonos.

Tenemos sus palabras.

Abra los Evangelios y encontrará consejo para algunas de las decisiones más importantes de la existencia humana.

¿Cómo tratar a quienes nos hacen daño?

Jesús enseñó a amar a nuestros enemigos.

¿Qué hacer con la preocupación?

Nos enseñó a confiar en nuestro Padre celestial.

¿Qué hacer con quienes nos ofenden?

Nos enseñó a perdonar.

¿Cómo debemos tratar a otras personas?

Dijo:

“Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos.”

Mateo 7:12, RVR1960

¿Qué debemos buscar primero?

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”

Mateo 6:33, RVR1960

¿Qué hacer cuando estamos cargados?

“Venid a mí...”

Mateo 11:28, RVR1960

Sus consejos fueron pronunciados hace casi dos mil años y, sin embargo, continúan siendo aplicados diariamente por personas alrededor del mundo.

Pero existe algo todavía más personal

Hasta aquí alguien podría responder:

“Eso solamente demuestra que Jesús dejó buenas enseñanzas”.

Y sería una observación válida.

Un hombre puede morir y sus consejos pueden permanecer durante siglos.

Pero los creyentes afirman experimentar algo más.

Afirman que Dios continúa guiándolos personalmente.

Jesús dijo acerca del Espíritu Santo:

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad.”

Juan 16:13, RVR1960

Por eso la experiencia cristiana no consiste solamente en leer consejos antiguos.

Consiste también en pedir dirección a un Dios que, según Jesucristo, continúa presente.

Pregúntele

Esta es otra afirmación que usted mismo puede investigar.

Quizá existe una decisión que necesita tomar.

Quizá no sabe cuál camino seguir.

Entonces haga algo sencillo.

Pídale consejo.

No necesita intermediarios humanos para hablar con Dios.

Puede decir:

“Jesucristo, tú eres llamado Admirable, Consejero. No sé qué hacer. Si realmente eres quien dijiste ser, guíame. Muéstrame el camino correcto y ayúdame a reconocer tu dirección”.

Después haga también su parte.

Lea las Escrituras.

Busque sabiduría.

No tome decisiones impulsivas atribuyéndolas automáticamente a Dios.

Examine aquello que cree haber recibido.

Porque la Biblia también dice:

“Los pensamientos son frustrados donde no hay consejo; mas en la multitud de consejeros se afirman.”

Proverbios 15:22, RVR1960

Buscar dirección de Dios no significa rechazar el consejo sabio de otras personas.

Pero sí significa reconocer que, finalmente, **queremos conocer el camino que Dios desea que tomemos.**

Una descripción hecha siglos antes de Cristo

Ahora volvamos a nuestra investigación.

Isaías anunció:

“Y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte...”

Esto es particularmente importante para nuestra serie.

Porque las dos expresiones aparecen juntas.

Consejero.

Dios Fuerte.

Si Jesucristo solamente dejó consejos sabios, podemos admirarlo como uno de los grandes maestros de la historia.

Pero si casi dos mil años después **continúa guiando personalmente a quienes acuden a Él**, entonces nuevamente estamos ante algo completamente diferente.

¿Puede hacerlo hoy?

Aquí está nuestra prueba.

Un consejero humano puede aconsejar a unas cuantas personas.

Necesita escucharlas.

Necesita conocer su situación.

Necesita tiempo.

Y solamente puede atender a un número limitado de personas.

Pero imagine lo que significaría que Jesucristo fuera realmente el **Admirable Consejero**.

Personas en México pueden pedirle dirección.

Personas en África pueden hacerlo al mismo tiempo.

Personas en Europa, Asia, América o cualquier otro lugar pueden acudir simultáneamente a Él.

Para aconsejarlas tendría que conocer sus circunstancias.

Tendría que conocer aquello que ellas no conocen.

Tendría que saber qué consecuencias tendrá cada camino.

Y, finalmente, tendría que **conocer el futuro**.

Eso ya no describe las capacidades de un consejero humano.

Describe características que atribuimos a Dios.

Por eso Isaías no solamente lo llamó:

“Consejero”.

Lo llamó:

“Admirable, Consejero, Dios Fuerte”.

¿Cómo nos dirige Dios en cada circunstancia?

No puedo explicarlo completamente.

Pero puedo decir algo:

he pedido su consejo muchas veces y considero haber recibido su dirección.

Y existen innumerables creyentes que pueden decir lo mismo.

Si Jesucristo puede continuar guiando y aconsejando hoy a personas alrededor del mundo, conociendo sus circunstancias, el camino que tienen delante y aquello que ellas mismas todavía no pueden ver, ¿estamos solamente siguiendo los consejos de un maestro que murió hace dos mil años... o estamos recibiendo dirección del “Admirable, Consejero, Dios Fuerte” anunciado por Isaías?



11. Prometió libertad interior

Hay cárceles que no tienen barrotes

Una persona puede caminar libremente por la calle y, sin embargo, **vivir prisionera por dentro**.

No necesita estar detrás de unos barrotes.

Puede estar encadenada al pasado.

A la culpa.

Al resentimiento.

Al odio.

Al temor.

A una conducta que desea abandonar pero que continúa repitiendo.

A recuerdos que regresan una y otra vez.

A una adicción.

A pensamientos que parecen dominarla.

A una herida que terminó convirtiéndose en una prisión.

Precisamente hablando de libertad, Jesucristo hizo una declaración extraordinaria:

“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.”

Juan 8:36, RVR1960

Observe quién afirmó que produciría esa libertad.

Jesús no dijo solamente:

“Mis enseñanzas pueden ayudarlos a ser libres”.

Dijo:

“Si el Hijo os libertare...”

La libertad que prometió está directamente relacionada con **Él**.

Y eso nos proporciona otra afirmación que podemos investigar.

¿Puede Jesucristo realmente hacer libre a una persona?

Durante mis años como pastor he visto personas llegar completamente esclavizadas por situaciones interiores que parecían controlar su vida.

Personas llenas de resentimiento.

Personas incapaces de perdonar.

Personas dominadas por la culpa.

Personas atrapadas en conductas destructivas.

Personas que habían intentado cambiar muchas veces y siempre terminaban regresando al mismo lugar.

Y también he visto algo extraordinario:

he visto personas hacerse libres.

No simplemente aprender a esconder mejor aquello que les sucedía.

Libres.

Personas que finalmente pudieron perdonar.

Personas que dejaron atrás conductas que las habían dominado durante años.

Personas que pudieron hablar de su pasado sin continuar viviendo prisioneras de él.

Personas que dejaron de vivir dominadas por el odio.

Personas que encontraron libertad de una culpa que llevaban cargando durante mucho tiempo.

Y una y otra vez he escuchado la misma explicación:

“Cristo me hizo libre”.

Yo también conozco esa libertad

Como ha ocurrido con varias de las promesas que estamos investigando, tampoco puedo hablar de esta solamente como observador.

Yo sé lo que significa cargar cosas por dentro.

Sé lo que significa luchar con situaciones que uno quisiera cambiar.

Y también sé lo que significa llevarlas delante de Jesucristo y descubrir que aquello que parecía tener poder sobre uno **puede comenzar a perderlo.**

No estoy afirmando que toda lucha desaparezca instantáneamente.

Algunas libertades llegan en un momento.

Otras forman parte de un proceso.

Pero puedo mirar mi propia vida y reconocer áreas en las que Jesucristo produjo una libertad que yo no había podido producir por mí mismo.

Por eso, cuando leo:

“Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”

no estoy leyendo solamente una declaración teológica.

Estoy leyendo algo que considero haber experimentado.

Pregúnteles

Nuevamente, no tiene que creermelo a mí.

Investigue.

Pregunte a personas que llevan años caminando con Jesucristo:

“¿De qué te hizo libre Cristo?”

Y después escuche.

Probablemente encontrará historias completamente diferentes.

Una persona hablará de culpa.

Otra hablará de resentimiento.

Otra de odio.

Otra de temor.

Otra de una conducta destructiva.

Otra de una adicción.

Otra quizá simplemente diga:

“Yo era prisionero de mi pasado”.

Lo extraordinario es que personas separadas por generaciones, países, idiomas y culturas continúan utilizando una palabra semejante para describir lo que sucedió cuando encontraron a Jesucristo:

libertad.

Una libertad que comienza con la verdad

Jesús explicó algo importante inmediatamente antes de hacer esta promesa:

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.”

Juan 8:32, RVR1960

La libertad de Cristo no consiste simplemente en eliminar consecuencias o permitirnos hacer cualquier cosa que deseemos.

Jesús relacionó la libertad con **conocer la verdad**.

Verdad acerca de Dios.

Verdad acerca de nosotros mismos.

Verdad acerca del pecado.

Verdad acerca del perdón.

Verdad acerca de nuestra identidad.

Verdad acerca de aquello que nos está destruyendo.

Y finalmente, verdad acerca de quién puede hacernos libres.

Esto tampoco significa rechazar la ayuda profesional

Debemos mantener la misma prudencia que hemos tenido en otros artículos.

Una persona atrapada en una adicción o en una conducta destructiva puede necesitar tratamiento médico, psicológico, rehabilitación, acompañamiento pastoral o una combinación de diferentes recursos.

Buscar ayuda **no significa falta de fe.**

Pero existe algo que innumerables creyentes afirman haber encontrado en Jesucristo y que merece formar parte de nuestra investigación:

un poder interior para comenzar a vivir de una manera diferente.

La ayuda humana puede acompañar el proceso.

Pero ellos atribuyen a Cristo el comienzo de una libertad mucho más profunda.

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Quizá quien está leyendo estas palabras sabe perfectamente cuál es su prisión.

Nadie necesita decírselo.

Usted sabe qué cosa continúa dominándolo.

Quizá lleva años diciendo:

“Voy a cambiar”.

Y vuelve a caer.

Quizá es algo que nadie conoce.

Entonces esta promesa puede dejar de ser solamente una frase escrita en la Biblia.

Puede acudir directamente a Jesucristo.

No necesita intermediarios.

Puede decirle exactamente qué lo tiene atado:

“Jesucristo, tú dijiste que si el Hijo me libertare sería verdaderamente libre. Yo no he podido liberarme de esto. Necesito que hagas en mí lo que yo no he podido hacer. Hazme libre”.

Después comience a caminar con Él.

Busque ayuda cuando la necesite.

Tome decisiones.

Aléjese de aquello que lo vuelve a esclavizar.

Pero sobre todo, permanezca cerca de Cristo.

Y observe qué sucede.

Una promesa hecha hace casi dos mil años

Jesucristo dijo:

“Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.”

Han pasado casi dos mil años.

Sin embargo, continúan apareciendo testimonios de personas que afirman exactamente eso:

“Cristo me hizo libre”.

Personas de diferentes generaciones.

Personas de diferentes culturas.

Personas con historias completamente distintas.

Y esto plantea nuevamente una pregunta importante para nuestra investigación.

¿Puede cumplirla hoy?

Un maestro puede enseñarnos principios que ayuden a modificar nuestro comportamiento.

Un filósofo puede cambiar nuestra manera de pensar.

Un terapeuta puede ayudarnos a comprender patrones destructivos y desarrollar herramientas para modificarlos.

Todo eso puede ser valioso.

Pero Jesucristo hizo una afirmación diferente:

“Si el Hijo os libertare...”

Se colocó a sí mismo como quien produce la libertad.

Por eso, si casi dos mil años después personas continúan acercándose directamente a Jesucristo y experimentando libertad de cosas que durante años las habían dominado, nuevamente tenemos que preguntarnos:

¿cómo puede un hombre que murió hace casi dos mil años continuar libertando personas hoy?

Para hacerlo tendría que estar vivo.

Tendría que conocer aquello que ocurre en el interior de cada persona.

Tendría que poder actuar donde nadie más puede ver.

Y tendría que poseer poder para romper cadenas que, en algunos casos, la persona no había podido romper por sí misma.

Pablo escribió:

“Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.”

2 Corintios 3:17, RVR1960

¿Cómo lo hace Jesucristo?

No puedo explicar completamente el mecanismo.

Pero nuevamente puedo decir:

he visto sus resultados en muchas personas y los he experimentado en mi propia vida.

Si Jesucristo prometió hace casi dos mil años que el Hijo podía hacernos verdaderamente libres, y todavía hoy personas de diferentes lugares y circunstancias afirman haber sido liberadas de aquello que las mantenía prisioneras, ¿estamos solamente aplicando las enseñanzas de un hombre del pasado... o estamos experimentando el poder presente de alguien que sigue vivo y todavía puede hacer verdaderamente libre al ser humano?



12. Prometió darnos gozo

Un gozo que no depende de que todo salga bien

Existe una diferencia entre **estar feliz porque las circunstancias son favorables** y tener un gozo que permanece incluso cuando las circunstancias no lo son.

Es fácil alegrarse cuando recibimos buenas noticias.

Cuando tenemos salud.

Cuando la familia está bien.

Cuando hay provisión.

Cuando nuestros planes funcionan.

Cuando las cosas suceden como esperábamos.

Lo extraordinario sería conservar algo de ese gozo **cuando ocurre exactamente lo contrario.**

Y precisamente eso forma parte de lo que Jesucristo prometió.

Poco antes de ser arrestado y crucificado, cuando Él mismo estaba a punto de atravesar horas terribles, dijo a sus discípulos:

“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.”

Juan 15:11, RVR1960

Observe cuidadosamente sus palabras.

Jesús no dijo solamente:

“Quiero que estén contentos”.

Dijo algo mucho más profundo:

“Para que mi gozo esté en vosotros”.

No cualquier gozo.

Su gozo.

¿Puede Jesucristo realmente producir gozo en una persona?

Jesús nunca prometió a sus seguidores una vida sin problemas.

De hecho, dijo exactamente lo contrario:

“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.”

Juan 16:33, RVR1960

Por tanto, la promesa cristiana no es:

“Venga a Cristo y nunca volverá a sufrir”.

Eso no sería bíblico.

Los cristianos enferman.

Pierden seres queridos.

Enfrentan problemas económicos.

Son decepcionados.

Experimentan conflictos.

Lloran.

Sufren.

La pregunta que estamos investigando es completamente diferente:

¿Puede existir gozo aun en medio de todo eso?

Lo he visto muchas veces

Durante mis años como pastor he conocido personas atravesando circunstancias que, humanamente, parecían capaces de quitarles toda razón para estar gozosas.

Y, sin embargo, algo permanecía.

No estaban fingiendo que no sufrían.

No estaban negando su problema.

No estaban sonriendo porque todo estuviera bien.

Había dolor y había gozo al mismo tiempo.

He visto creyentes atravesar enfermedades y conservar su gozo.

He visto personas enfrentar problemas familiares y continuar adorando a Dios.

He visto personas con necesidades económicas agradecer por aquello que todavía tenían.

He visto personas llorar por una pérdida y, aun entre lágrimas, hablar de la bondad de Dios.

¿Cómo puede ocurrir eso?

Humanamente esperaríamos que el gozo desapareciera cuando desaparecen las circunstancias que lo producen.

Pero Jesús habló de otra fuente:

“Mi gozo... en vosotros”.

Yo también lo he experimentado

Como sucede con muchas de las promesas que estamos investigando, tampoco puedo hablar de esta solamente desde lo que he observado en otras personas.

He tenido momentos extraordinariamente felices.

Pero también he atravesado etapas profundamente dolorosas.

He conocido pérdidas.

He experimentado decepciones.

He tenido problemas que hubiera preferido nunca enfrentar.

Y he descubierto algo que para mí ha sido extraordinario:

el dolor no necesariamente elimina el gozo que Cristo produce.

Puede haber lágrimas y todavía existir gozo.

Puede haber preguntas y todavía existir gozo.

Puede existir una circunstancia que quisiera cambiar y, sin embargo, en alguna parte profunda del corazón continuar existiendo gratitud, esperanza y la certeza de que Dios sigue siendo bueno.

No siempre sé explicar cómo sucede.

Pero conozco el resultado.

Y encuentro en mi propia experiencia algo semejante a aquello que Jesús prometió:

“Mi gozo esté en vosotros”.

Pregúnteles

Nuevamente, no tiene que aceptar solamente mi experiencia.

Investigue.

Pregunte a personas que verdaderamente llevan años caminando con Jesucristo:

“¿Has podido experimentar gozo aun durante una etapa difícil de tu vida?”

No pregunte solamente cuando todo está bien.

Pregunte a alguien que haya atravesado una tormenta.

Pregunte a alguien que haya sufrido una pérdida.

Pregunte a alguien que haya enfrentado enfermedad.

Pregunte a alguien que haya pasado por una crisis y que, aun así, continúe amando y sirviendo a Dios.

Después escuche.

Probablemente encontrará personas que le dirán algo difícil de entender desde afuera:

“Estaba sufriendo, pero todavía tenía gozo”.

Los primeros cristianos afirmaron experimentarlo

Esto no es solamente un fenómeno moderno.

El Nuevo Testamento presenta exactamente la misma experiencia.

Pedro escribió a creyentes que atravesaban pruebas y dijo:

“A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso.”

1 Pedro 1:8, RVR1960

Pablo escribió desde una prisión:

“Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!”

Filipenses 4:4, RVR1960

Piense en eso.

Desde una prisión.

Las circunstancias no eran las que producían el gozo.

La fuente estaba en otro lugar.

Pero existe una manera todavía más personal de investigarlo

Esta promesa tampoco necesita permanecer solamente en las historias de otras personas.

Quizá usted atraviesa precisamente ahora una etapa difícil.

No tiene que fingir delante de Jesucristo.

No tiene que negar aquello que siente.

Puede decirle:

“Jesucristo, mis circunstancias no me producen alegría. Estoy atravesando algo difícil. Pero tú dijiste que tu gozo podía estar en nosotros. Necesito ese gozo. Haz en mí aquello que yo no puedo producir por mis propias fuerzas”.

Y después permanezca en Él.

Precisamente ese era el contexto de Juan 15.

Jesús había dicho:

“Permaneced en mí, y yo en vosotros.”

Juan 15:4, RVR1960

El gozo cristiano no es simplemente repetir pensamientos positivos.

Surge de **una relación con Cristo.**

Una promesa hecha hace casi dos mil años

Ahora regresemos a nuestra investigación.

Jesucristo dijo:

“Para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.”

Han pasado casi dos mil años.

Y todavía encontramos creyentes alrededor del mundo afirmando que han experimentado un gozo que no pueden explicar solamente por sus circunstancias.

Esto es importante.

Porque si el gozo dependiera exclusivamente de tener una vida fácil, desaparecería cuando llegara el sufrimiento.

Pero Jesús prometió **su gozo**.

Un gozo cuya fuente no está simplemente en lo que sucede alrededor de nosotros.

¿Puede cumplirla hoy?

Aquí está nuevamente nuestra prueba.

Un maestro puede dejar pensamientos inspiradores.

Un libro puede ayudarnos a mirar nuestras circunstancias de otra manera.

Pero Jesucristo hizo una afirmación mucho más personal:

“Mi gozo esté en vosotros”.

Si casi dos mil años después personas que permanecen en Cristo continúan experimentando ese gozo aun en circunstancias difíciles, nuevamente debemos preguntarnos de dónde procede.

La Biblia presenta precisamente el gozo como algo que Dios puede producir en el interior del ser humano:

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz...”

Gálatas 5:22, RVR1960

Observe nuevamente.

Fruto del Espíritu.

No simplemente producto de circunstancias favorables.

¿Cómo puede Dios producir gozo en una persona que tiene razones para llorar?

No puedo explicar completamente cómo lo hace.

Pero puedo decir algo:

lo he visto en otros y lo he experimentado en mi propia vida.

Si Jesucristo prometió hace casi dos mil años que su gozo podía estar en nosotros, y todavía hoy encontramos personas que conservan ese gozo incluso mientras atraviesan enfermedad, pérdida, dificultades y sufrimiento, ¿estamos solamente ante una manera positiva de enfrentar la vida... o ante la obra presente de alguien que sigue vivo y continúa colocando su gozo en quienes permanecen en Él?

Editorial Cristopedia



Información: dreliorivera@hotmail.com

WhatsApp: 51 877 1261374